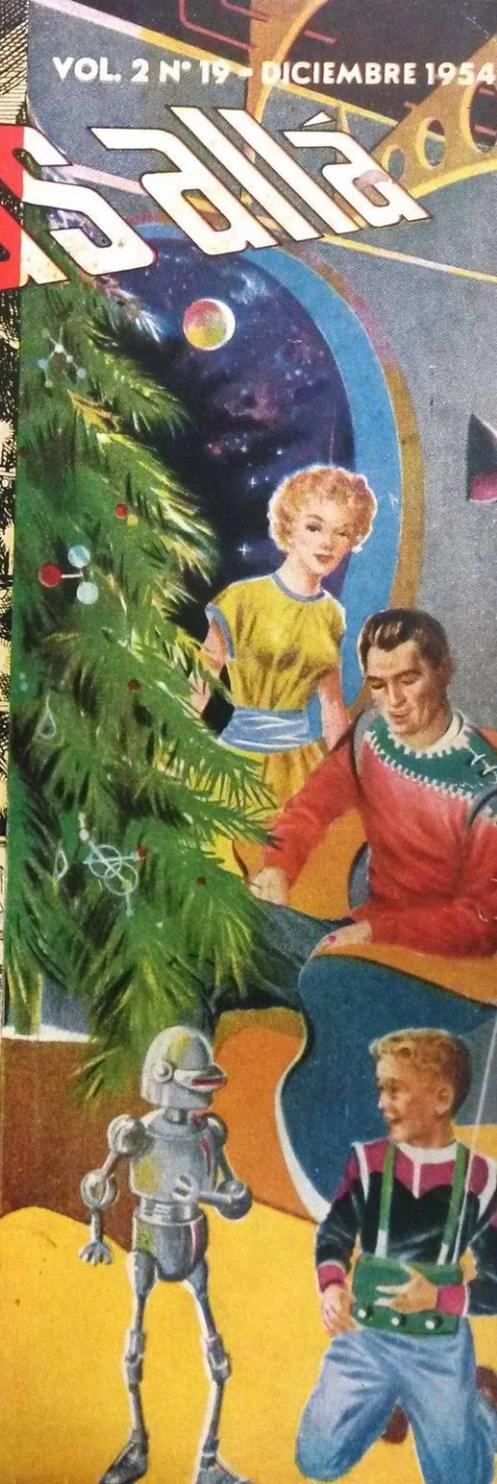


VOL. 2 N° 19 - DICEMBRE 1954

Mirabilia



REVISTA MENSUAL
DE AVENTURAS
APASIONANTES EN
EL MUNDO DE LA
MAGIA CIENTIFICA



NUESTRA
PORTADA

por De la Torre

Navidad de ayer.
Navidad de mañana... Dan vueltas los siglos, pero no varía en el hombre el afán de paz y el deseo de amor.

sumario

Redacción y Administr.:
Editorial Abril S. R.
L., Av. Alem 884,
Bs. As., Rep. Argentina

novela (conclusión)

LOS SEÑORES DEL TIEMPO, por WILSON TUCKER

La misteriosa personalidad de quienes vagabundean entre el pasado y el porvenir

96

novela corta

"MADE IN U. S. A.", por J. T. M'INTOSH
La verdad inocultable en el juicio de divorcio más extraño de la historia.

34

cuentos

EL ARQUEÓLOGO, por RAY BRADBURY
En pos de un pasado que se hace presente con embriagadora evidencia ...

4

ARTISTA DE VISITA, por DEE ROGER
El arte, si no sabemos qué es, resulta terriblemente peligroso

72

aventuras de la mente

LA VIDA EN EL UNIVERSO: MÁS ALLÁ DEL SISTEMA SOLAR, por GRON AGUIRRE y ÁNGEL GIDE

22

LAS EDADES GLACIALES, por WILLY LEY

62

novedades cósmicas

CORRESPONDENCIA: Projectiles dirigidos y respuestas científicas

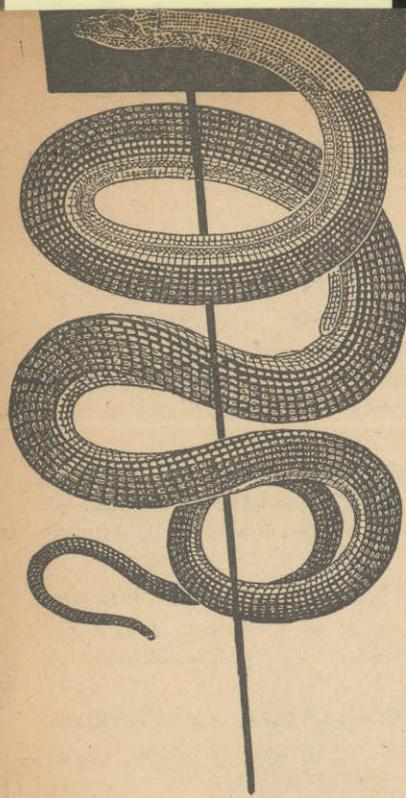
66

ESPACIOTEST

94

SONRISA EN EL INFINITO (Editorial)

2



SONRISA

Los últimos días del año son propicios para las reflexiones. Todos sabemos muy bien que "el fin del año" es un concepto puramente simbólico, en cuanto no puede decirse que el tiempo esté dividido en fracciones y que, cuando termina una, otra comienza. El tiempo es una unidad inseparable, continua y eterna, sin comienzo y sin fin; existe hoy, tal como existió ayer y existirá mañana. "El año", por lo tanto, es sólo un concepto de utilidad práctica, como lo son el quilate, la legua, el chelín, la versta, el litro y el galón.

Sabemos que todas las unidades de medida son arbitrarias; tenemos clara conciencia de que los meses, las horas, los minutos, son complicadas convenciones que podrían ser mejoradas notablemente (con mayor facilidad para los cálculos); estamos completamente convencidos de que nada "termina" el 31 de diciembre; a pesar de todo eso, seguimos pensando que los últimos días del año son los más propicios para recorrer mentalmente el período de doce meses transcurridos, recapitularlo, y sacar de esa síntesis una conclusión, una guía, una moraleja, una inspiración.

¿Qué buscamos haciendo esta síntesis anual? Buscamos la forma de comprimir en algo fácil, de recordar todo lo que ha ocurrido en un período arbitrariamente preestablecido; es decir, buscamos un símbolo.

La búsqueda, el hallazgo, la fijación y la sucesiva transmisión y adoración

editorial

EN EL INFINITO

de símbolos es la actividad poética y fantástica de la humanidad, en su forma más sencilla y más pura. Cediendo a las tradiciones, he adornado esta página con la serpiente, símbolo del tiempo desde las épocas más antiguas y, desde Esculapio, también símbolo de la curación y de la medicina. La serpiente me ha parecido un símbolo muy apropiado para el Editorial de diciembre.

¿Qué es el símbolo? Lo he definido como la forma de poesía más primitiva; y lo es, en cuanto por él se asocian de manera espontánea y fantástica, conceptos aparentemente diversos. La base del símbolo es la facultad humana de ver, más allá de las formas, a través de las emociones, las relaciones que existen entre fenómenos sin nexo y sin parecido evidente. El símbolo es el libre vuelo de la fantasía. En cuanto penetra más allá de las apariencias y busca lo afín en lo contradictorio, es una actividad humana del humorismo.

La vida moderna es rica en símbolos, y cada vez más rica. Nuestro tesoro de símbolos, parte de los cuales nos han llegado desde épocas prehistóricas, se enriquece con cada adelanto técnico y espiritual. Una de las formas literarias que está creando mayor número de símbolos es justamente la fantasía científica, en su ardorosa búsqueda de lo lógico en lo considerado irracional, del orden en lo aparentemente absurdo, de lo permanente en lo variable y de lo variable en lo permanente. Pero los

símbolos más amados son los de antaño, legados de tiempos idos, y que no sufren alteración con el correr de los siglos. La permanencia de un símbolo es, a su vez, simbólica. El árbol de Navidad que adorna la cubierta de este número es, quizá, el más dulce y más querido de todos los símbolos y representa la conmovedora perpetuidad del anhelo humano de amor, paz y fraternidad, a pesar de todas las vicisitudes, a través de todos los tiempos y de todos los espacios. ✦

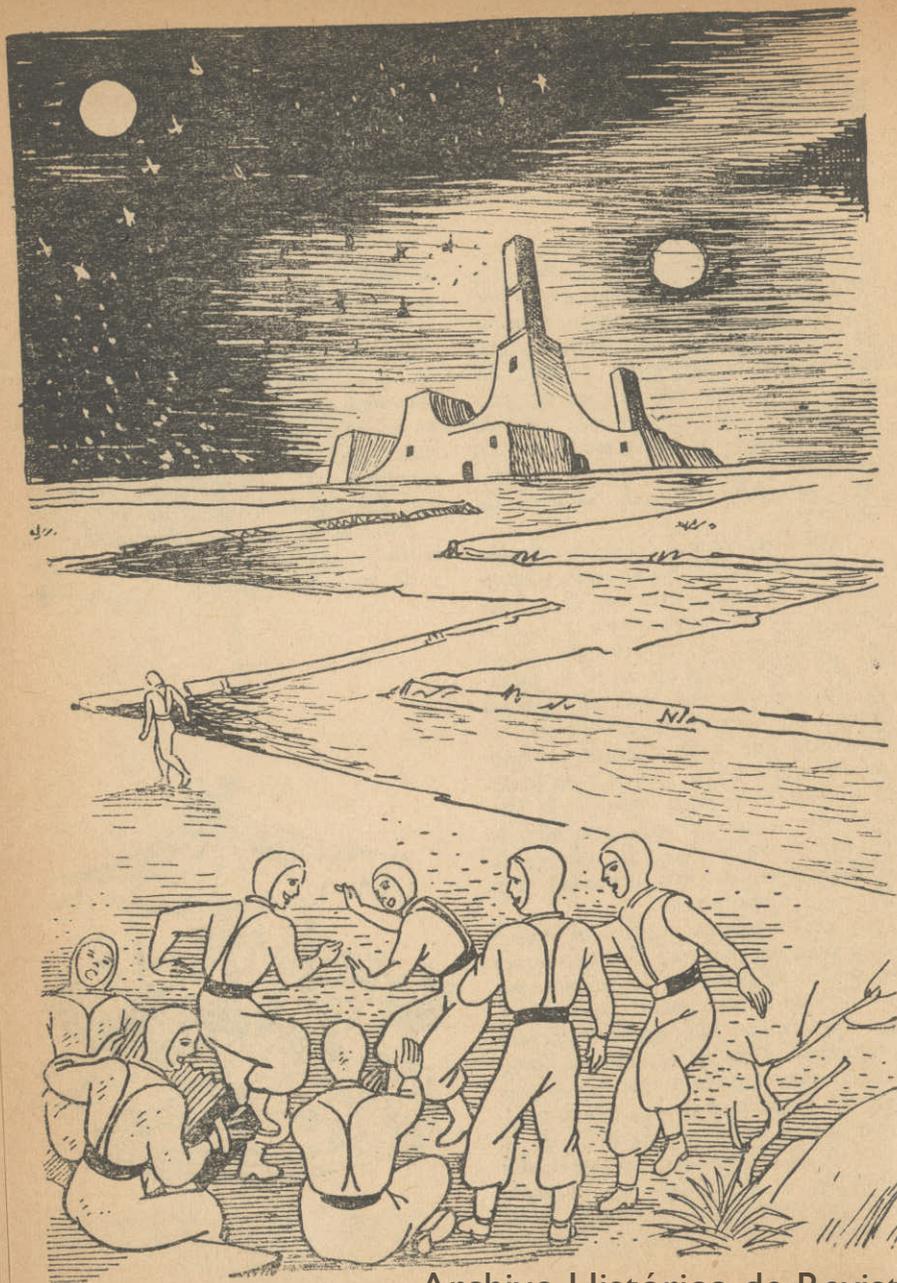


EL ARQUEOLOGO

La razón de vivir es la vida. Y dentro de cincuenta mil años la extraña música marciana aún resonará. Y la Luna aún brillará en el cielo.

por RAY BRADBURY

ilustrado por PEDRO OLMOS



HACIA tanto frío cuando salieron por primera vez del cohete y se internaron en la noche, que Spender se puso a recoger la leña seca de Marte para encender una hoguera. No dijo una palabra acerca de la celebración; se limitó a recoger la leña, la encendió, y luego se puso a contemplar cómo ardía.

Luego dirigió su mirada parsimoniosamente hacia el cohete que los había traído a él, al capitán Wilder y a sus compañeros, a través del silente espacio oscuro de las estrellas, hasta dejarlos en aquel mundo, muerto y soñador.

José Spender esperó el ruido. Esperó que los otros hombres se pusieran a saltar y a gritar. Sucedería tan pronto como se les pasase el sopor, la pesadez de ser los primeros hombres que aterrizan en Marte. Nadie dijo nada, pero en secreto todos, deseaban que las tres

expediciones anteriores hubieran fracasado, y que fueran ellos los primeros. No había mala intención en sus deseos. Pero de todos modos, en eso pensaban, soñaban en el honor y en la fama, mientras su pulmones trataban de acostumbrarse a la atmósfera enrarecida, que los embriagaba si se movían con demasiada viveza.

Gibs se acercó al fuego recién encendido y dijo:

—¿Por qué no usamos el fuego químico en vez de madera?

—No te preocupes —le respondió Spender por sobre el hombro.

Le hubiera parecido casi un sacrilegio turbar la primera noche de Marte con ruidos extraños. Bajar una estufa hubiera sido una blasfemia. Ya habría tiempo más adelante, cuando los humanos llegaran en masa. Ya habría tiempo para tirar las latas de leche con-

densada en los orgullosos canales de Marte, para que las hojas de diario correteasen y se pudrieran en el fondo de los mares exhaustos. Ya habría tiempo para sembrar con cáscaras de banana y platos para picnic las ruinas de las ciudades Marcianas del valle. Tiempo de sobra. Y el pensarlo lo hizo estremerse interiormente.

Echó más leña al fuego y sintió como si ofreciera un sacrificio a alguna divinidad extinguida. Habían aterrizado en una inmensa tumba. Allí había vivido y había muerto una civilización. Era de elemental cortesía pasar la primera noche sin perturbar sus manes.

—Yo no había pensado celebrarlo así — dijo Spender al capitán Wilder —. ¿Qué le parece si en cambio abrimos nuestras raciones de carne y de gin y nos alegramos un poco?

El capitán Wilder contempló la ciudad muerta que yacía dos kilómetros más allá.

—Estamos todos cansados — respondió débilmente, lejano, como si toda su atención estuviera ocupada por la ciudad y hubiera olvidado a sus hombres. —Mañana a la noche, tal vez. Por hoy contentémonos con haber atravesado el espacio sin habernos destrozado la cabeza contra un aerolito, y sin perder ni un hombre.

La tripulación formó coro alrededor de ellos. Eran veinte. Se apoyaban en los hombros del que tenían al lado, o se ajustaban los cinturones y el correa-je. Spender los observó. No estaban satisfechos. Habían arriesgado sus vidas para hacer algo grande. Ahora hubieran necesitado emborracharse o disparar sus armas para mostrar lo maravilloso de la empresa: ¡haber cruzado el espacio y haber llegado a Martel!

Pero todos estaban silenciosos. El capitán dió una orden. Uno de los hombres corrió hacia la nave y volvió con latas de alimentos, que abrieron y repartieron entre sí. Los hombres

comenzaban ahora a hablar. El capitán se sentó y les volvió a contar lo sucedido durante el viaje, como si no lo supieran. Pero de todos modos, era satisfactorio escucharlo como algo que ha sido cumplido, que ha terminado y de lo cual no hay que volverse a preocupar. No querían, en cambio, tocar el tema del viaje de regreso. Alguien lo mencionó, pero lo hicieron callar inmediatamente. Las cucharas relucían bajo la luz de la doble luna; la comida sabía bien, y el vino mucho más.

Un rastro de fuego cruzó el cielo durante unos instantes y el cohete auxiliar aterrizó detrás del campo. Spender observó cómo se abría la portezuela y salía Hathaway, el físico-geólogo (todos ellos eran hombres de dos especialidades para reducir la tripulación al *mínimum imprescindible*). Este se acercó lentamente hacia el capitán.

—¿Qué tal? — preguntó el capitán Wilder.

Hathaway contempló las ciudades distantes que titilaban bajo la luz de las estrellas.

—Esa ciudad, capitán — respondió —, está muerta, y lo está desde hace millares de años. Lo mismo sucede con las otras ciudades de las montañas. Pero la otra ciudad, la quinta, que se encuentra a cuatrocientos kilómetros de aquí...

—¿Qué tiene?

—Ha estado habitada hasta hace una semana.

Spender se puso en pie.

—Marcianos — dijo Hathaway.

—¿Dónde se fueron?

—Están muertos — respondió Hathaway —. Entré en una casa. Pensé que estaba muerta desde hacía siglos, como la de las otras ciudades. ¡Estaba llena de cadáveres! Apilados como hojas en otoño. Y estaban frescos. No hace más de diez días que murieron.

—¿Revisó las otras ciudades? ¿Había alguien vivo?

—Absolutamente nada. Salí y las re-

MÁS ALLÁ

bían perecido muchos miles de años antes. No tengo la menor idea de lo que le pasó a los pobladores originales. Pero la quinta estaba llena de cadáveres. De millares de cadáveres.

—¿De qué murieron? — preguntó Spender adelantándose.

—No lo va a creer. Le parecerá increíble.

—Dígalo de una vez.

Hathaway respondió sencillamente:

—De viruelas.

—¡Imposible!

—Téngalo por cierto. Hice análisis.

Parece que al hacerles el metabolismo reaccionaron de un modo completamente distinto al de los humanos. Estaban consumidos y casi carbonizados. Pero es viruela, de todos modos. Lo cual quiere decir que Yor, el capitán Williams y el capitán Black estuvieron en Marte antes que nosotros. ¡Dios sabe lo qué les habrá sucedido! Pero, en cambio, sabemos lo que ellos, sin quererlo, hicieron a los marcianos.

—¿No encontró algún otro ser vivo?

—Es posible que algunos de los Marcianos, si se dieron cuenta a tiempo, hayan huido a las montañas. Pero no lo creo. Este planeta ha terminado.

Spender se volvió y se sentó otra vez cerca del fuego. Viruela... ¡Santo Dios! ¡Viruela! Una raza trabaja para constituirse durante un millón de años, se refina culturalmente, hace todo lo que puede para construir una civilización, y luego muere. Parte de ella

momento, antes de nuestra época, con dignidad. ¡Pero el resto! El resto de Marte sucumbe bajo una enfermedad estúpida, que en la Tierra no puede ni siquiera contra los niños. No está bien. ¡Es injusto! Es como decir que los griegos perecieron de indigestión, o los orgullosos romanos murieron en sus hermosas colinas de pie de atleta! ¡Si al menos les hubiéramos dado tiempo a los marcianos para prepararse, para vestir las vestiduras fúnebres y tenderse dignamente en sus tumbas! Es imposible: tales estragos no puede haberlos causado la viruela. No está de acuerdo con esa magnífica arquitectura, no concuerda con todo este mundo.

—Bueno, Hathaway. Coma algo.

—Gracias, capitán.

Y nadie volvió a hablar del asunto.

Spender no quitó los ojos de sus compañeros. Dejó su comida en el plato. Sintió que las manos se le enfriaban y el suelo se helaba bajo sus pies. Las estrellas se acercaron rápidamente.

Cuando alguno de los hombres hablaba en voz alta, el capitán le respondía a media voz.

El aire tenía olor a cosa limpia y nueva. Spender permaneció sentado un largo rato disfrutándolo. Traía muchos aromas que él no podía identificar: flores, sustancias químicas, polvo.

—Entonces fué cuando conseguí aquella rubia en Nueva York... — decía Bigs.

Spender se contrajo. Pronto sus manos comenzaron a temblar, mientras

Progreso

La palabra cáncer es capaz de provocarle escalofríos al más guapo. Sin embargo, la gente sería menos pesimista si tuviera en cuenta no sólo los fracasos, sino también los triunfos de la medicina en su lucha contra la enfermedad. Tal, por ejemplo, las estadísticas publicadas por el Hospital General Metropolitano de Windsor, Ontario. En 1935 sólo se salvaba el 17% de los cancerosos. Actualmente es como para alegrarse, aunque no sea mucho.

EL ARQUEÓLOGO

sus ojos se movían detrás de sus pestañas delgadas y ralas.

—Y la rubia me dijo... —proseguía Bigs, tratando de terminar algo que no le dejaban.

Los hombres respondieron con una gran carcajada.

—Y entonces le pegué con fuerza —concluyó Bigs, con la botella en la mano.

Spender abandonó su plato. Escuchó el viento frío que silbaba.

—¡Qué mujer! Qué mujer! —insistía Bigs—. Nunca he encontrado otra igual.

Uno de los hombres, llamado Schonenke, sacó un acordeón y empezó a ejecutar algunas canciones de moda. A la par que tocaba, se movía bailoteando y levantando nubes de polvo. Los demás arrojaron los platos vacíos. Tres de ellos se pusieron en fila y comenzaron a bailar imitando a unas coristas. Los demás golpeaban las manos y gritaban, esperando que sucediese algo. Cherokee se sacó la camisa y mostró su torso desnudo. La luz de la luna brillaba contra su cabello cortado a reglamento y sus jóvenes mejillas afeitadas.

En el fondo del mar el viento levantaba débiles vapores, y desde las montañas grandes rostros de piedra contemplaban el cohete plateado y la pequeña hoguera.

El ruido aumentó. Uno de los hombres sacó una armónica, otro extrajo un peine envuelto en un papel. Veinte botellas más se abrieron y otras tantas se bebieron. Bigs se tambaleaba con los brazos abiertos dirigiendo la música.

—¡Venga, señor! —dijo Cherokee al capitán.

Este se vió obligado a sumarse a la danza. No hubiera querido hacerlo. Su rostro expresaba solemnidad. Spender lo observó, pensando: "¡Pobre hombre! ¡Qué noche! Ellos no saben qué

hacer. Les hubiera hecho falta un programa para la llegada a Marte, que les indicara la manera de conducirse los primeros días".

—Bueno, suficiente —dijo el capitán, y se sentó diciendo que estaba agotado. Spender miró el pecho del capitán. No se había movido demasiado. Su rostro estaba sudoroso.

¡Acordeón, armónica, vino, gritos, baile, rondas, carcajadas!

Bigs se acercó haciendo eses al borde del canal marciano. Llevaba seis botellas vacías y las tiró una por una en las profundas aguas azules del canal.

—Yo te bautizo, yo te bautizo, yo te bautizo —fué diciendo con voz agudamentosa—. —Yo te bautizo "Canal de Bigs".

Spender se había levantado y estaba al lado de Bigs antes que nadie lo advirtiera. Golpeó a Bigs una vez en la boca y otra en una oreja. Bigs se balanceó y cayó dentro del canal. Spender esperó silenciosamente que volviera a salir. Cuando logró hacerlo, los demás rodeaban a Spender y lo sujetaban de los brazos.

—¡Eh! ¿Qué diablos te pasa, Spender?

Bigs trepó y se quedó de pie escuchándose. Vió a sus compañeros que contenían a Spender.

Bueno —dijo, y se acercó al grupo.

—¡Basta! —ordenó secamente el capitán—. Los demás soltaron a Spender y se hicieron a un lado. Bigs se quedó mirando al capitán.

—Vaya a mudarse, Bigs — Ustedes sigan con la fiesta. Usted venga conmigo, Spender.

Los demás volvieron a su sitio. Wilder se alejó unos pasos en compañía de Spender. Cuando estuvieron lo bastante alejados, le preguntó:

—¿Quiere decirme qué le pasa?

Spender miró al canal en forma muy extraña.

—No lo sé —dijo—. Estaba avergonzado. De Bigs, y de nosotros, y del alboroto. ¡Qué espectáculo!

—El viaje fué muy largo. Les hace falta una expansión.

—¿No tienen respeto por nada?

—Usted está cansado. Y además tiene un modo distinto de ver las cosas, Spender. Le corresponde una multa de cincuenta dólares.

—Sí, señor. La idea de que Ellos nos estaban mirando me hizo perder la cabeza.

—¿Ellos?

—Los marcianos, vivos o muertos.

—Muertos; no cabe duda. ¿Usted cree que ellos saben que nosotros estamos aquí?

—¿No piensa usted que lo viejo sabe siempre cuando llega lo nuevo?

—Supongo que sí. Pero pareciera que usted creyera en los espíritus. ¿No es así?

—Creo en lo que ha sido hecho. Y hay pruebas de que se hicieron muchas cosas en Marte. Hay calles y casas y libros. Y grandes canales, establos, si no para caballos, para algún animal doméstico. Por cualquier lado que miro, encuentro cosas que han sido usadas. Cosas que fueron tocadas y manejadas durante siglos.

—Pregúnteme si creo en el espíritu de las cosas que fueron usadas —prosiguió Spender— y le responderé: sí. Están todas ahí. Y las cosas que estaban destinadas a algún uso. Y las montañas que tenían sus nombres, Y nunca podremos usarlas sin sentirnos molestos. Y de algún modo, los nuevos nombres que demos a las cosas no nos sonarán bien. Los nombres que les pongamos a las montañas y a los canales resbalarán sobre ellos como el agua sobre un pato. Cualquiera sea el modo como toquemos a Marte, nunca lo tocaremos de verdad. Y luego nos enfurecemos contra él. ¿Y sabe qué haremos entonces? Lo destrozaremos. Le arran-

caremos la piel y se la cambiaremos para que quede a nuestro gusto.

—No, no estropearemos a Marte —dijo el capitán—; es demasiado viejo y a la vez, demasiado magnífico.

—¿Usted cree? —replicó Spender—. Nosotros, los hombres de la Tierra, tenemos una especial habilidad para arruinar las cosas grandes y hermosas. La única razón porque no hemos instalado un bar lácteo en medio del templo egipcio de Karnak, es porque está fuera del camino y no sirve para fines comerciales. Y Egipto es una pequeña porción de la Tierra. Pero aquí las cosas son diferentes. Tenga por seguro que llamaremos "Rockefeller" al gran canal, y "Rey Jorge" a la cadena de montañas. Y no estará bien, porque estos lugares tienen los nombres que les corresponden.

—Pero ésta es su obligación como arqueólogo: encontrar los nombres verdaderos. Nosotros los usaremos, si usted los descubre.

—No, capitán. ¿Qué pueden hacer unos pocos hombres, como nosotros, frente a todos los gigantes intereses comerciales?

Spender contempló las gigantescas montañas de hierro.

—Ellos saben que nosotros hemos venido para indagar, e imagino que ya nos aborrecen.

El capitán sacudió su cabeza.

—No hay odio en un lugar como éste. A juzgar por el aspecto de sus ciudades, los marcianos fueron un pueblo gracioso, hermoso y filósofo. Aceptaron lo que les cayó en suerte. Aceptaron la muerte en masa, de acuerdo a nuestras investigaciones, y sin una guerra de último momento que estropease sus ciudades. Todas las ciudades que hemos encontrado hasta ahora estaban intactas. Probablemente no les preocupó que estemos aquí más de lo que les preocuparía que unos niños jugaran en el jardín, com-

prendiendo cómo son los chicos y qué se puede esperar de ellos. Y, de todos modos, esta experiencia puede sernos muy favorable.

El capitán ofreció un cigarrillo a Spender y encendió otro.

—¿Notó el recogimiento de los muchachos antes de que Bigs los obligara a “alegrarse”? Parecían sobrecogidos y atemorizados. No lo olvide: somos más que nada unos niños que jugamos con nuestros cohetes y átomos. Pero algún día, los hombres de la Tierra serán como los marcianos lo fueron hasta hace poco. Este espectáculo nos hará madurar. Estamos recibiendo una lección directa sobre la civilización. Aprenderemos mucho de Marte. Y ahora, anímese. Volvamos y juguemos a que estamos contentos. ¡Ah, no se olvide de la multa!

PERO la fiesta no iba del todo bien. El viento seguía soplando desde el mar muerto. Se movía alrededor de los hombres y se movía alrededor de Spender y del capitán cuando regresaban hacia el grupo. El viento golpeaba con violencia contra el resplandeciente cohete y contra el acordeón. Y el polvo se metía dentro de la armónica, y en los ojos. El viento gemía en el cielo. Y de pronto cesó, tan súbitamente como había comenzado. Y la fiesta murió también. Los hombres quedaron solos fren-

te al oscuro y helado firmamento. —¡Vamos, muchachos! —gritó Bigs saliendo del cohete con un uniforme nuevo. No miró ni una sola vez a Spender. Pero su voz resonó en la misma forma como si alguien hablara solo en un teatro vacío. Estaba solo.

—¿Vamos! —gritó. Nadie se movió.

—¡Vamos, Whitie, tu armónica! Whitie sopló en el aparato, pero el sonido salió quebrado y falso. Whitie secó la humedad de la armónica y la guardó.

—¿Qué clase de fiesta es ésta? —preguntó Bigs.

Alguien apretó el acordeón. Soltó un sonido semejante al quejido de un animal moribundo. Y nada más.

—Muy bien. Yo y mi botella seguiremos la fiesta —dijo Bigs tambaleándose contra el cohete.

Spender lo observó durante un largo rato sin moverse.

—¿Quién quiere ir conmigo hasta la ciudad? —propuso en seguida el capitán—. Quedará una guardia junto al cohete y llevaremos armas, por lo que pudiera suceder.

Catorce de los hombres aceptaron la invitación, entre ellos Bigs, que manifestó ruidosamente su adhesión, sacudiendo la botella. Seis hombres se quedaron.

—¡Vamos! —gritó Bigs.

El grupo se puso en movimiento si-

lenciosamente. Caminaron hasta las afueras de la ciudad iluminados por las Lunas gemelas. Las sombras que proyectaban eran dobles también. Durante un largo rato no respiraron, o por lo menos no se los oyó respirar. Esperaban que algo se moviera en la ciudad muerta, que algún fantasma grisáceo se levantase.

Spender recorrió las calles con su mirada y con su mente. Los habitantes se movían como luces azuladas, escuchaba murmullos de voces y rumores de fantásticos animales que se arrastraban sobre las armas rojizas. Le parecía que en cada una de las ventanas se asomaba alguien. En su oído resonó una música ancestral, y se imaginó la forma que tendría cada instrumento para producir semejante melodía. Los muertos seguían presentes en la ciudad muerta.

—¡Eh! —gritó Bigs, poniéndose las manos como bocina delante de la boca—. ¡Eh!

—¡Bigs! —dijo el capitán.

Bigs se calló.

Avanzaron por una avenida pavimentada con azulejos. Ahora todos hablaban susurrando, porque era como entrar en una biblioteca desierta o en un mausoleo en el cual vivía el viento y sobre el que brillaban las estrellas. El capitán habló apaciblemente. Se preguntó hacia dónde habían ido los habitantes de la ciudad, cómo habían sido, quiénes habrían sido sus reyes y en qué forma habrían muerto. Y se admiró pensando cómo habrían edificado la ciudad para que pudiera resistir a través de los tiempos, y si sus habitantes habrían llegado alguna vez hasta la Tierra. ¿Habrían sido sus antepasados hombres de la Tierra trasladados en algún momento a Marte?

Sin pronunciar una sola palabra, los hombres de la Tierra se detuvieron en el centro de la ciudad. Era una noche clara. No se oía otro sonido que el del

viento. Estaban en un gran patio embaldosado. Las baldosas dibujaban las figuras de antiguos animales y pueblos. Los miraron.

De pronto, Bigs sintió náuseas. Dejó escapar una arcada. Sus ojos estaban nublados. Se llevó las manos a la boca. Se contrajo convulsivamente. Cerró lo sojos, se inclinó, y se oyó el ruido del líquido que salpicaba los mosaicos y cubría los dibujos. Bigs hizo lo mismo otras dos veces. Un agrio olor a vino llenó el aire gélido.

Nadie se movió para ayudarlo.

Spender lo miró un momento, se dio vuelta luego, y desapareció caminando solo por una de las avenidas de la ciudad. Ni una sola vez se detuvo para mirar a sus compañeros agrupados.

REGRESARON a las cuatro de la madrugada. Se recostaron en sus cuchetas, cerraron los ojos y aspiraron el aire fresco. El capitán se quedó sentado junto al fuego, alimentándolo de vez en cuando con astillas.

MacLure abrió los ojos dos horas después:

—¿No duerme, capitán? —le preguntó.

—Estoy esperando a Spender —respondió sonriendo.

MacLure reflexionó.

—¿Quiere que le diga lo que pienso? Spender no volverá. No sé por qué pienso que no volverá, pero algo me lo dice. Nunca volverá.

MacLure se dio vuelta y se durmió otra vez. El fuego restalló y terminó de consumirse.

SPENDER no había regresado al cabo de una semana. El capitán envió patrullas de exploración, pero siempre retornaron expresando que no podían imaginarse dónde se hallaría Spender. Seguramente cuando se sintiera bien y dispuesto. En realidad, era

Una nueva enfermedad

ANTES, en la Edad Media, la vida sí que era divertida. Cuando uno menos se lo esperaba saltaba por ahí alguna peste de las más raras que liquidaba a medio mundo. En cambio, ahora: pues no tanto, que con motivo de la guerra de Corea se ha podido individualizar una nueva enfermedad infecciosa, desconocida hasta el presente. Se trata del “Sun-Wu” o Songo y está caracterizada por fiebres altas, vómitos terribles y hemorragias subcutáneas, oscilando su mortalidad del 15 al 50%. Entre los ejércitos que lucharon en Corea adquirió muchas veces caracteres epidémicos, y para colmo de males ninguno de los antibióticos conocidos es capaz de detenerla.

un demente, decían. ¡Al diablo con él!

El capitán no dijo nada, pero dejó constancia de lo sucedido en su libro de bitácora.

Era una mañana que podía ser de un lunes, de un miércoles o de cualquier otro día en Marte. Bigs estaba sentado en el borde del canal, descalzo y con los pies hundidos en el agua, mientras el sol le daba en el rostro.

Un hombre apareció caminando a lo largo del canal. Cuando estuvo cerca de Bigs, su sombra cayó sobre él. Bigs levantó la vista y lo miró.

—¡Spender! —exclamó.

—Soy el último marciano —dijo el hombre sacando una pistola.

—¿Qué dice?

—Que te voy a matar.

—¡Eh, no hagas chistes!

—Levántate. Quiero darte en el estómago.

—¡Por amor de Dios, deja esa pistola!

Spender apretó el gatillo sólo una vez. Bigs se sentó en el borde del canal antes de caer de cabeza al agua. La pistola sólo había zumbado. El cuerpo se hundió despreocupadamente en las aguas. Se escuchó un ruido hueco y burbujeante, que cesó instantáneamente.

Spender colocó la pistola en la pistola y se alejó sin hacer ruido. El sol brillaba sobre Marte. Sintió que le quemaba las manos y que resbalaba sobre su rostro. No corrió, como si no hubiera sucedido nada. Llegó tranquilamente hasta el cohete, donde un grupo tomaba un desayuno recién preparado por el cocinero.

—¡Ahí llega el ermitaño! —dijo uno de ellos.

—¡Hola, Spender! ¡Cuánto tiempo sin verte!

Los cuatro hombres se quedaron mirando al hombre silencioso que tenían ante sí.

—¿Escarbaste a gusto tus ruinas? —preguntó el cocinero—. Pareces un perro en un baldío lleno de huesos.

—Puede ser —respondió Spender—. ¿Qué le parece si les digo que encontré un marciano?

Los cuatro hombres dejaron sus cubiertos.

—¿De veras? ¿Dónde?

—No interesa. Les voy a hacer una pregunta: ¿Cómo se sentirían ustedes si fueran marcianos y aparecieran unos extraños y se pusieran a estropear su país?

—Yo sé lo que sentiría —respondió Cherokee—: Yo tengo un poco de sangre Cherokee. Mi abuelo me contó muchas cosas de la invasión de los blancos. Si queda un solo marciano, yo estoy de su lado.

—¿Y ustedes? —preguntó Spender cautamente.

Nadie respondió, pero el silencio era más elocuente que ninguna respuesta: el que tenga más fuerza, que se quede con todo.

—Bueno —repitió Spender—, encontré un marciano.

Los hombres lo miraron.

—Lo encontré en una de las ciudades muertas de la montaña. No creía que lo podría encontrar. No sé qué estaba haciendo allí. Yo llevaba viviendo una semana en una de las pequeñas ciudades del valle, aprendiendo a leer su alfabeto y estudiando sus obras de arte. Y un día divisé al marciano. Se detuvo un momento y desapareció de inmediato. No volvió hasta el día siguiente. Yo estaba estudiando un libro marciano, y volvió a aparecer y a marcharse. Y así día tras día, acercándose más cada vez, hasta que conseguí descifrar el lenguaje de los marcianos —es increíblemente simple, y preparé unos gráficos para enseñárselos a ustedes—. El marciano se apareció delante de mí y me ordenó: "Dame tus botas". Se las dí y me dijo: "Dame tu

uniforme y el resto de tu equipo". Y se lo di todo. Entonces agregó: "Dame tu pistola". Y le di mi pistola. Y luego prosiguió: "Ven conmigo y observa lo que pasa". Y el marciano vino al campamento y ahora está delante de ustedes.

—No veo ningún marciano —dijo Cherokee.

—Lo siento.

Spender sacó su pistola. Zumbó suavemente. El primer proyectil hizo blanco en el hombre de la izquierda; el segundo y el tercero dieron en el hombre sentado a la derecha y en el del centro. El cocinero se volvió aterrorizado para recibir en su cuerpo el cuarto proyectil. Se desplomó sobre el fuego donde cocinaba y sus ropas se encendieron.

El cohete yacía bajo los rayos del sol. Tres hombres estaban sentados a la mesa del desayuno, sin moverse, mientras la comida se enfriaba delante de ellos. Cherokee, el único sobrevi-

viente, estaba sentado, mirando a Spender sin acabar de dar crédito a lo que veía.

—Puedes venir conmigo —dijo Spender.

Cherokee no respondió.

—Puedes ser mi compañero —dijo Spender.

Finalmente, Cherokee pudo hablar:

—Los mataste —dijo, mirando a los cadáveres que lo rodeaban.

—Lo merecían.

—¡Estás loco!

—Puede ser. Pero puedes venir conmigo.

—Ir contigo... ¿para qué —balbuceó Cherokee con el rostro pálido. ¡Vete... vete!

El rostro de Spender se contrajo:

—Creí que tú, al menos, entenderías.

—¡Vete! —dijo una vez más Cherokee, echando mano al revólver.

Spender hizo fuego una vez más. Cherokee dejó de moverse.



Ahora Spender se tambaleaba. Se pasó la mano por su rostro sudoroso. Miró el cohete y de pronto comenzó a temblar, estremeciéndose todo su cuerpo. Estuvo a punto de caer, tan fuerte fué la reacción física. Su cara parecía la de alguien que acababa de despertar de un sueño hipnótico. Se sentó un momento y concentró su voluntad para cesar de temblar.

—¡Basta! ¡Basta! —ordenó a su cuerpo. Hasta la última de sus fibras vibraba y se estremecía. Estrujó su cuerpo hasta que expulsó la última onda de temblor. Ahora tenía las manos tranquilas sobre las rodillas.

Se levantó y se colocó a la espalda una mochila con tranquila eficiencia. Su mano comenzó otra vez a temblar, pero el temblor duró más de un instante. Luego, comenzó a caminar entre las rojizas colinas marcianas, solo.

EL sol abrasaba desde lo alto del cielo. Una hora después, el capitán bajaba de la espacionave para tomar su desayuno. Estaba por saludar a los cuatro hombres sentados en torno a la mesa, cuando percibió un débil olor a carne chamuscada. Vió al cocinero caído sobre el fuego. Los cuatro hombres seguían sentados, pero la comida estaba ahora fría.

Un momento después, descendieron también Parkhill y otros dos. El capitán los detuvo, fascinado por los cuatro hombres silenciosos y el modo como estaban sentados a la mesa en ese momento.

—¡Llámelos a todos! —ordenó el capitán.

Parkhill salió a la carrera por el borde del canal.

El capitán se acercó a Cherokee y lo tocó. Cherokee se deslizó y cayó de la silla. El sol ardía en sus cabellos crespos y en sus pómulos pronunciados.

Los hombres llegaron.

—¿Falta alguien?

—Fué Spender, capitán. Encontramos a Bigs flotando en el canal.

—¡Spender!

El capitán miró hacia las colinas que se alzaban a contraluz.

—¡Maldito sea! —dijo con cansancio—. ¿Por qué no vino y habló conmigo?

—¡Debía haber hablado conmigo! —exclamó Parkill, con los ojos relampagueando—: le hubiera reventado los sesos de un balazo, eso es lo que hubiera hecho.

El capitán Wilder señaló a dos de sus hombres:

—¡Traigan azadas! —dijo.

Era pesado cavar con ese calor. Un viento cálido que soplabla desde el lecho del mar desecado, traía nubes de polvo que los envolvían, mientras el capitán dirigía las oraciones. Cuando el capitán hubo terminado, alguien comenzó a palear arena sobre los cuerpos envueltos.

Volvieron al cohete, sacaron el seguro de los fusiles, cargaron granadas en las mochilas, y soltaron la correa de las pistoleras. A cada uno le tocó una parte de las colinas. El capitán impartió las órdenes sin levantar la voz y sin mover las manos, que pendían a sus costados.

—¡Vamos ya! —dijo.

SPENDER vió las nubecillas del polvo que se levantaban en varios puntos del valle, y comprendió que la persecución había comenzado. Dejó el libro de plata que había estado leyendo, cómodamente sentado sobre una roca plana. Las páginas eran de plata pura, delgadas como una piel humana y pintadas a mano con colores dorados y negros. Era un libro de filosofía, de diez mil años de antigüedad por lo menos, que había encontrado en una ciudad abandonada del valle. No tenía ganas de interrumpir la lectura.

Durante un tiempo había pensado: "¿Para qué? Mejor quedarme sentado aquí hasta que vengan y disparen".

La primera reacción después de matar a los seis hombres esa mañana, fué un período de embotamiento, luego otro de náuseas y por último una extraña paz. Pero la paz estaba desapareciendo también, porque al ver las columnillas de humo que levantaban los hombres, sintió que su pensamiento se encendía de nuevo.

Bebió de su cantimplora un sorbo de agua fría. Luego se puso en pie, se estiró, bostezó y se puso a contemplar el maravilloso valle que se extendía debajo de su vista. ¡Qué espléndido sería, si él y unos cuantos más de la Tierra pudieran vivir allí, sin escuchar ni un ruido y sin experimentar ninguna preocupación!

Llevaba el libro en una mano y la pistola en la otra. Cuando llegó a un pequeño salto de agua, lleno de blancos guijarros y rocas, se desvistió y entró en él para lavarse. Con toda tranquilidad. Luego se vistió, tomó su pistola y prosiguió la marcha.

El tiroteo comenzó a eso de las tres de la tarde. Spender ya había escalado las montañas. Lo siguieron a través de los pequeños pueblos montañoses de los marcianos. Arriba, desperdigadas como guijarros, había pequeñas casas de campo, donde algunas viejas familias habían encontrado un ojo de agua, un paraje verde y habían construido una pileta de mosaicos, una biblioteca y un patio con una fuente burbujeante. Spender pasó media hora bañándose en una de las piletas, llena de agua de lluvia, esperando que sus seguidores se le aproximasen.

Los tiros resonaron cuando él salía de la pequeña villa. Los mosaicos se astillaron veinte pasos detrás de él. Aceleró su marcha, se escondió detrás de unos peñascos, se volvió, y al pri-

mer disparo derribó a uno de sus seguidores.

Iban a formar una red, un círculo. Spender lo sabía. Lo rodearían, estrecharían el círculo, y lo tomarían. Era extraño que no hubieran empleado todavía las granadas. El capitán Wilder hubiera podido ordenar que las usasen.

"Pero yo soy demasiado simpático para ser deshecho a pedazos". Esto es lo que seguramente piensa el capitán. "Me quiere con un solo agujero. ¿No es absurdo? ¿Quiere que mi muerte sea limpia? ¿Por qué? Porque él me entiende. Y porque me entiende, está dispuesto a arriesgar la vida de alguno de sus hombres para matarme de un tiro limpio en la cabeza. ¿No es verdad?"

Nueve, diez disparos resonaron en una ráfaga. Las rocas que estaban alrededor de él se quebraron, Spender disparó con el pulso firme, mirando de vez en cuando al libro que tenía en la mano.

El capitán corrió bajo el calor del sol con un fusil en su mano. Spender lo tuvo bajo la mira de su arma, pero no disparó. En cambio, disparó contra una roca donde estaba tendido Whitie y escuchó un grito de rabia.

Repentinamente, el capitán se detuvo. Tenía un pañuelo blanco en la mano. Dió una orden a sus hombres y se acercó caminando, después de dejar el fusil a un lado. Spender permaneció tendido donde estaba, con su arma preparada. El capitán llegó donde estaba, se sentó sobre una roca sin mirar a Spender.

El capitán buscó algo en el bolsillo de su camisa. Los dedos de Spender oprimieron con fuerza la empuñadura de su pistola.

El capitán preguntó:

—¿Un cigarrillo?

—Gracias —dijo Spender y se sirvió uno.

—¿Fuego?

—Tengo, gracias.
Aspiraron una o dos pitadas en silencio.

—Calor —dijo el capitán.

—Sí.

—¿Está cómodo aquí?

—Bastante.

—¿Cuánto tiempo cree que podrá resistir?

—Doce hombres.

—¿Por qué no nos mató esta mañana? Era su oportunidad...

—Sí. Me dió náuseas. Cuando uno está por hacer algo incorrecto porque lo desea, se miente a sí mismo. Usted se dice que los demás están equivocados. Bueno, no bien comencé a matar a esos hombres, sentí que eran solamente tontos, y que no debía matarlos. Pero era demasiado tarde. No podía seguir con ellos, por eso me volví aquí, para mentirme otra vez, y detestarlos otra vez lo suficiente.

—¿Lo consiguió?

—Todavía no.

El capitán miró su cigarrillo atentamente.

—¿Por qué lo hizo?

—Porque he visto lo que los marcianos tenían y es mucho mejor de lo que jamás tendremos nosotros. Se detuvieron donde nosotros hubiéramos debido detenernos hace mil años. He caminado por sus ciudades, y conozco a ese pueblo, y me sentiría satisfecho de llamarlos antepasados míos.

—Tienen una hermosa ciudad —dijo el capitán, señalando a una de ellas.

—No sólo es eso. Sí, sus ciudades son hermosas. Sabían como mezclar el arte con la vida, y para nosotros, el arte ha sido siempre algo fuera de la vida, algo que se consume acaso los domingos, mezclado con la religión. Bueno, esos marcianos tenían arte y religión y todo.

—¿Usted cree que sabían apreciarlo?

—Estoy totalmente seguro.

—¿Y por eso comenzó a matar a sus semejantes?

—Cuando yo era niño, mis padres me llevaron una vez a conocer la ciudad de México. Siempre he recordado el modo cómo actuó mi padre. Era grande y ruidoso. Y a mi madre no le gustaban los nativos porque eran de piel oscura y no se lavaban lo suficiente. Y mi hermana no quería hablar con la mayoría de ellos. Yo era el único de la familia que los quería. Y me imagino a mi padre y a mi madre viniendo a Marte y comportándose como entonces. Y además, ¡La guerra! Recuerde los discursos de los parlamentarios antes de que saliéramos de la Tierra. Proyectos para construir tres depósitos de armas atómicas en Marte. Y eso significa que Marte se ha acabado. Todas sus maravillas han terminado. ¿Cómo se sentiría usted si un marciano vomitase su borrachera en un salón de la Casa Blanca?

El capitán no respondió, pero siguió escuchando.

Spender prosiguió:

—Y además los otros intereses. Los hombres expertos en minerales y los hombres expertos en turismo. ¿Recuerda lo que les pasó a los mejicanos cuando Cortés y sus acompañantes llegaron a México? Una civilización entera exterminada por unos cuantos fanáticos obtusos. La historia nunca perdonará a Cortés.

—Pero usted tampoco actuó éticamente hoy —observó el capitán.

—¿Y qué iba a hacer? ¿Discutir con ustedes? Soy uno solo contra toda la organización estúpida y arrolladora de la Tierra. Traerán sus sanguinarias bombas atómicas para incubar otra guerra. No les es suficiente haber arruinado un planeta entero. Necesitan otro. Cuando llegué aquí, no sólo me sentí libre de su cultura, sino también de lo que llaman su ética y costumbres. Estoy fuera de su sistema de

referencias. Todo lo que tengo que hacer es matarlos a ustedes y comenzar mi nueva vida.

—Pero no tuvo coraje para hacerlo —dijo el capitán.

—No. Después de matar al quinto hombre esta mañana, descubrí que yo no me había transformado totalmente, que no era un marciano íntegro. No puedo desprenderme tan fácilmente de todo lo que he aprendido y vivido en la Tierra. Pero ahora me siento otra vez firme. Los mataré a todos ustedes. Esto demorará el próximo viaje cinco años por lo menos. No existe otro cohete. En la Tierra esperarán un año, dos, y al no tener noticias de ustedes, no se atreverán a construir un nuevo cohete.

—Es verdad.

—En cambio, si usted regresa y da un informe favorable, la invasión a Marte se acelerará. Si tengo suerte, viviré hasta los sesenta años. Cada expedición que llegue a Marte tendrá que vérselas conmigo. Nunca llegará más de una espacionave por año, con veinte hombres de tripulación aproximadamente. Cuando se enteren que soy el único sobreviviente y les explique que nuestro cohete explotó —lo haré volar esta semana—, y tomen confianza, los mataré a todos. Marte seguirá a salvo hasta el próximo medio siglo. Después de un tiempo, puede que la gente de la Tierra deje de insistir. Acuérdesse cómo desistieron de la idea de armar Zepelines al ver que se incendiaban.

—Lo tiene todo pensado —admitió el capitán.

—Así es.

—Sin embargo, somos muchos para usted solo. Dentro de una hora lo habremos rodeado. Dentro de una hora habrá muerto.

—He descubierto unos pasajes subterráneos y un lugar para vivir que ustedes nunca encontrarán. Me iré a

vivir allí unas semanas. Cuando ustedes estén descuidados, los mataré uno por uno.

El capitán asintió.

—Hábleme de la civilización marciana y de estas ciudades —dijo, señalando la montaña.

—Sabían cómo vivir con la naturaleza y cómo entenderse con ella. No se esforzaron demasiado en ser hombres totalmente, sin nada de animal. Ese es el error que cometimos nosotros cuando apareció Darwin. Lo abrazamos a él, y a Huxley y a Freud, sonriendo felices. Y luego descubrimos que Darwin y nuestras religiones no estaban de acuerdo. O al menos creímos que no lo estaban. Fuimos tontos. Quisimos uncir juntos a Darwin y Freud. No tiraban bien. Entonces, tratamos de echar por tierra la religión. Y lo conseguimos. Y nos quedamos a la deriva, preguntándonos para qué sirve la vida. Si el arte no es más que una metamorfosis del deseo, si la religión no es más que engaño. ¿Qué queda en la vida? La fe nos ha dado siempre respuesta para todos los problemas. Pero con Freud y Darwin todo ello ha desaparecido. Hemos sido y seguimos siendo una raza extraviada.

—¿Y esos marcianos son una raza encaminada? —inquirió el capitán.

—Sí. Sabían cómo combinar la ciencia y la religión para que trabajasen en común, sin que ninguna de las dos negase a la otra, sino enriqueciéndolas.

—Parece el ideal.

—Lo era. Quisiera poder mostrarle cómo lo hicieron los marcianos.

—Mis hombres esperan.

—No tardaremos más de media hora. Dígalos que aguarden.

El capitán vaciló un momento, pero luego gritó un orden.

Spender lo llevó a una pequeña población marciana, construida toda en

mármol. Había grandes frisos de hermosos animales, animales semejantes a gatos de patas blancas, símbolos solares de patas amarillas, estatuas de seres semejantes a toros y estatuas de hombres y mujeres y de perros de hermosas figuras.

—Aquí tiene la respuesta capitán.
—No la veo.

—Los marcianos descubrieron el secreto de la vida en medio de los animales. El animal no hace preguntas sobre la vida. Vive. Su razón para vivir es la vida. Disfruta y goza de la vida.

—Pero eso es paganismo.

—Por el contrario. Esos son símbolos de Dios, símbolos de la vida. El hombre se había vuelto demasiado hombre y sin llegar a ser suficientemente animal, también en Marte. Y los hombres de Marte descubrieron que para seguir viviendo era necesario que dejasen de lado una sola pregunta: ¿Para qué vivir? La vida misma era la respuesta. La vida era la propagación de más vida y la clave en vivir lo mejor posible. Los marcianos advirtieron que habían comenzado a preguntarse por el sentido de la vida después de una era de guerra y desesperación. Cuando volvió la paz y la civilización se asentó y apaciguó nuevamente, la pregunta volvió a perder sentido. La vida era buena y no habían falta los argumentos.

—Parece que los marcianos eran un poco ingenuos.

—Sólo porque les convenía y en aquello que les convenía. Dejaron de esforzarse por destruirlo todo y por humillar todo. Combinaron el arte, la religión y la ciencia porque, en su base, la ciencia no es más que la investigación de un milagro que nunca comprenderán y el arte es una interpretación de ese milagro. Nunca permitieron que la ciencia aplaste lo estético y lo hermoso. Todo es cuestión de

grado. Un hombre de la Tierra piensa: "En este cuadro, el color no existe realmente. Un hombre de ciencia puede demostrar que el color es sólo un resultado de la refracción de la luz. El color no es una parte real de las cosas". Un marciano, más inteligente, diría: "Este es un hermoso cuadro. Proviene de la mano y de la mente de un hombre inspirado. La concepción y el color provienen de la vida. Esto es algo bueno."

Hubo una pausa. Envuelto en el calor de la tarde, el capitán contemplaba la silenciosa y fría ciudad.

—Me gustaría vivir aquí.

—Si quiere, depende de usted.

—¿Usted cree que depende de mí, seguramente?

—¿Le parece que alguno de sus hombres entenderá jamás todo esto? Son cínicos profesionales, y es demasiado tarde para ellos. ¿Para qué quiere volver? ¿Para hundirse otra vez en la mediocridad? ¿Para escuchar la música con la explicación y no con sus glándulas? Aquí hay un pequeño patio, y un fonógrafo con discos marcianos y una música de cincuenta mil años por lo menos. Todavía funciona. Una música que usted jamás escuchó en su vida, ni siquiera puede imaginarse. Hay libros. Yo ya aprendí a leerlos. Usted podría sentarse y leerlos también.

—Suena bien lo que ofrece, Spender.

—Pero de todos modos usted no piensa aceptarlo.

—No, Spender. Gracias igual.

—Y tampoco me va a permitir que yo me quede. Tendré que matarlos a todos.

—Es optimista.

—Es que tengo algo por qué luchar. Esto me favorece como asesino. Tengo algo que equivale a una religión.

El capitán sacudió con pesar la cabeza.

—Siento que hayamos llegado a este extremo. Lo siento en el alma, verdaderamente.

—También yo. Lo llevaré a donde estábamos, para que puedan comenzar el ataque.

—Vamos.

—Capitán, a usted no lo mataré. Cuando todo haya terminado, usted estará con vida.

—¿Cómo?

—Había decidido desde el comienzo no tocarlo a usted.

—Bueno...

—Lo libraré del peso de los otros. Cuando se encuentre solo, tal vez cambie su modo de pensar.

—No —dijo el capitán—: tengo demasiada sangre de la Tierra en las venas.

—¿Ni siquiera teniendo la oportunidad de quedarse aquí?

—Es ridículo, pero aun entonces. No sé porqué. Nunca me lo pregunté. Bueno. Aquí estamos.

Habían llegado al lugar donde se habían encontrado.

—¿No quiere venir conmigo, Spender? Es mi última oferta.

—No, gracias.

Spender le tendió la mano.

—Una sola cosa le pido, capitán: haga todo lo posible para que no se destruya este planeta durante los próximos cincuenta años, hasta que los arqueólogos puedan explorarlo. ¿Me lo promete?

—Sí.

—Un último pedido: si cree que vale la pena, piense en mí como un tipo que se insoló un verano y nunca se repuso completamente. Le será más fácil.

—Lo pensaré. Adiós, Spender, buena suerte.

—Este es un tipo raro —exclamó Spender mientras el capitán descendía el sendero barrido por el viento sofocante.

EL capitán volvió junto a sus hombres cubierto de polvo. Durante un rato permaneció con la mirada fija en el horizonte y respirando profundamente.

—¿Alguien tiene un trago?

Sintió que una botella le enfriaba las manos.

—Gracias —bebió. Se secó la boca.

—Listo —dijo—: tengan cuidado. Tenemos todo el tiempo que queramos. No quiero más bajas. Tendremos que matarlo. Se niega a bajar. Si pueden no lo estropeen: un tiro limpio. Vamos.

—Le voy a hacer volar sus malditos sesos —dijo Samuel Parkhill.

—No: apunten al pecho —dijo el capitán. Le parecía ver el rostro firme y bien marcado de Spender.

—Sus malditos sesos —repitió Parkhill.

El capitán le devolvió la botella con una mueca.

—Ya oyó lo que dije. En el pecho.

Parkhill murmuró algo por lo bajo.
—Vamos —dijo el capitán.

LE desplegaron nuevamente, caminando primero y corriendo después por los flancos abrasados de la montaña, donde de pronto aparecían grutas frescas que olían a musgo y lugares pelados que olían a piedra y a sol.

Me fastidia ser inteligente —pensó el capitán— cuando uno no se siente realmente inteligente y no quiere serlo. Arrastrarse y hacer planes y sentirse grande por haberlos hecho. Aborrezco el sentimiento de pensar que estoy actuando bien, cuando no sé a ciencia cierta si mi actuación es la que corresponde. ¿Quiénes somos nosotros, de todos modos? ¿La mayoría? ¿Es esta la respuesta? La mayoría es siempre algo sagrado. ¿no dicen eso? Siempre, siempre. Nunca se equivoca ni siquiera un momento. ¿Nunca se equivocó

durante diez millones de años? ¿Qué es la mayoría —pensó— y quiénes la constituyen? ¿Y qué piensan y por qué son como son, y por qué jamás han de cambiar, y por qué diablos he sido atrapado por la mayoría? No me sienta a gusto dentro de ella. ¿Es claustrofobia, miedo de las muchedumbres o sentido común? ¿Un hombre está en lo cierto cuando los demás piensan que está en lo cierto? Mejor no pensarlo. Sigamos arrastrándonos y apretemos el gatillo.

Los hombres corrieron y se echaron cuerpo a tierra y se agazaparon en los lugares con sombra y mostraron los dientes al bloquear. Porque había poco aire y no permitía que se corriera. Y tenían que sentarse y descansar cinco minutos cada vez, resollando y viendo lucecillas blancas delante de los ojos, tragando el aire enardecido y sintiendo necesidad de más, cerrando los ojos con fuerza, levantando las ramas para abrir agujeros en el aire escaso del verano.

Spender seguía en el mismo lugar, disparando su arma sólo ocasionalmente.

—¡Le voy a levantar los sesos! —gritó Sam Parkhill, corriendo por la ladera.

El capitán apuntó a Sam Parkhill con su arma y la volvió a bajar lleno de horror.

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó a su mano y a su arma.

Casi había tirado a Parkhill por la espalda.

—¡Santo Dios!
Vió que Parkhill avanzaba corriendo y se tendía.

Spender estaba cercado por una red movizada de hombres que avanzaban de a saltos. En la cima de la colina, detrás de dos rocas, Spender estaba tendido, exhausto por el calor y la falta de oxígeno. El capitán miró las dos rocas. Había una separación entre am-

bas, y quedaba libre el pecho de Spender.

—¡Spender! —gritó Parkhill—. ¡Ahí te mando una bala para tu cabeza, que espero dé en el blanco.

El capitán Wilder esperó. ¡Marchate, Spender —dijo interiormente—, como me dijiste! Te quedan muy pocos minutos. Vete y vuelve luego. Dijiste que lo harías. Escóndete en el túnel que encontraste, y quédate allí meses o años leyendo tus hermosos libros y bañándote en las piscinas de los templos. Vete inmediatamente antes de que sea tarde.

Spender no se movió de donde estaba.

—“¿Qué le pasa?” —se preguntó el capitán a sí mismo.

El capitán levantó su arma. Observó a sus hombres que avanzaban y se escondían. Miró las torres de la pequeña y pulcra ciudad marciana, que se levantaban como torres de ajedrez. Miró las rocas, y la grieta que dejaba al descubierto el pecho de Spender se le mostró nuevamente.

Parkhill corría al ataque aullando furiosamente.

—No, Parkhill: no te puedo dejar. Ni a los demás. No, ninguno de ustedes. Tengo que hacerlo yo.

Levantó el arma y apuntó.
“¿Quedaré tranquilo después de esto?” —pensó—. “¿Soy yo realmente el que va a disparar?” Sí, lo soy. Sé lo que estoy haciendo y por qué razón. Y está bien, porque creo que yo soy la persona indicada.

Movió la cabeza en dirección a Spender.

—¡Marchate! —dijo con un susurro que nadie pudo escuchar—. Te doy veinte segundos más. ¡Veinte segundos!

El reloj palpitaba en su muñeca. El capitán lo miró tic-taquear. Los hombres avanzaban a la carrera. Spender no se movía.

—¡Vete, Spender! ¡Vete!
Los veinte segundos se habían cumplido.

El fusil estaba apuntando. El capitán aspiró una gran bocanada.

—Spender —dijo, exhalando el aire. Apretó el gatillo.

Lo único que sucedió fué que unas astillas de roca volaron al sol. Los ecos del disparo se desvanecieron.

EL capitán se levantó y llamó a sus hombres.

—Está muerto —dijo.
Los otros no lo creyeron. Desde el sitio en que estaban no habían podido ver la grieta entre las dos rocas. Vieron que el capitán trepaba corriendo por la ladera, y pensaron que estaba loco o que era muy valiente.

Llegaron unos minutos después. Se reunieron en círculo alrededor del cadáver y alguien preguntó:
—¿En el pecho?

El capitán bajó la vista.
—Sí, en el pecho —respondió.

Vió cómo las rocas habían cambiado de color debajo del cuerpo de Spender.

—¿Por qué no se habrá escapado? ¿Por qué esperó? ¿Por qué se hizo matar?

—¿Quién sabe? —respondió alguien.
Spender estaba tendido, apretando con una mano la pistola y con la otra el libro de hojas de plata que refulgía luminoso al sol.

“¿Habrás sido por causa mía?” —preguntó el capitán—. “¿Habrás sido porque no quise acompañarlo? ¿No habrá querido matarme? ¿Soy distinto de todos? ¿Creyó que podría confiar en mí? ¿Qué otra respuesta hay?”

Ninguna. Se arrodilló junto al cadáver silencioso.

“Tengo que hacerme digno” —pensó—. “No puedo fallarle. Si él pensó que había en mí algo semejante a él, y que no podía matarme a causa de ello, ¡qué responsabilidad tengo por delante! Eso es, eso es. Yo soy Spender. Pero yo pienso antes de disparar. Yo no disparo. Yo no mato a nadie. Yo trabajo con los demás. Y no me puedo matar porque yo era él mismo en una situación diferente.”

El capitán sintió el sol en su nuca. Se oyó hablar en voz alta:

—Si me hubiera venido a ver antes de matar al primero, podríamos haberlo arreglado de algún modo.

—¿Arreglar qué? ¿Qué iba a arreglar con un tipo como él? —dijo Parkhill.

—Sí, me parece que tiene razón —respondió el capitán—. Nunca hubiéramos llegado a un acuerdo. Spender y yo, tal vez. Spender y usted y los demás, nunca. Déme un trago.

Fuó el capitán el que sugirió aquel sarcófago vacío para sepultar a Spender. Habían encontrado un antiguo cementerio marciano. Colocaron a Spender en el ataúd de plata, en el que estaban esculpidas figuras milenarias. Le pusieron las manos cruzadas sobre el pecho. Lo último que vieron al cerrarlo fué su rostro apacible.

Se quedaron durante un rato en la antigua tumba.

—Creo que les vendría bien pensar de vez en cuando en Spender —dijo el capitán.

Salieron de la tumba y cerraron la puerta de mármol.

La tarde siguiente, Parkhill practicó puntería en una de las viejas ciudades, haciendo volar los tejados de las frágiles torres. El capitán tomó a Parkhill y le hizo volar los dientes de una trompada. ♦

UN grillo de dos centímetros de longitud es capaz de hacerse oír a más de un kilómetro y medio de distancia.



LA VIDA en el UNIVERSO

por GRON AGUIRRE y ANGEL GIDE

VII. Lo Que sabemos de los Planetas Gigantes y más allá del sistema solar

CONSEJOS PARA ASTRONAUTAS

LOS astronautas del porvenir, en sus exploraciones en zonas del espacio cada vez más alejadas de la Tierra, deberán estar preparados para los encuentros más extraordinarios. Lo imprevisto será su pan cotidiano, y las contingencias más excepcionales pondrán a prueba su espíritu de adaptación y su ingenio. Los "precedentes" contarán muy poco, y los consejos del *Manual Oficial para Explo-*

¡Hacia las estrellas! Una espacionave de forma esférica se aleja tronando de la Tierra, en pos del infinito. Una luz enceguecedora, un rugido violento que muere en un silbido, y la espacionave está fuera ya de nuestra vista.

raciones Espaciales, en la Sección que se referirá a las relaciones con seres vivientes en otros planetas, aunque detallados y redactados en tono que parece preverlo todo y no dejar nada al azar, serán necesariamente vagos, y dejarán al Jefe de la misión amplia libertad para actuar según le sugieran las circunstancias.

Extractamos algunos párrafos de ese futuro *Manual*:

"Antes del aterrizaje en un planeta aun inexplorado, deberán tomarse todas las medidas para obtener informaciones acerca de la existencia de seres animados y de sus características. Re- lieves fotográficos, de radar, análisis atmosféricos, espectrográficos, etc., deberán ser efectuados desde la mínima altura, y el aterrizaje no deberá efectuarse hasta después de llenado en todas sus partes el "Resumen de in- formaciones (Formulario 76-BK), y siempre que el Jefe de Operaciones no considere que la operación encie- rra excesivo riesgo.

"Ningún ser viviente extraterrestre deberá ser considerado hostil hasta que su hostilidad esté comprobada fuera de toda duda. Ninguna mani- festación de cualquier naturaleza de- berá ser considerada hostil hasta que su continuación ponga en evidente y serio peligro la supervivencia de la expedición.

"Si la acción de un ser extraterrestre ocasionara la muerte de un miembro de la expedición, deberá tomarse en cuenta la posibilidad de que ella ha- ya sido causada por causas accidenta- les o por ignorancia, antes de definirla hostil.

"Si llegara a comprobarse la actitud irremediamente hostil de los seres extraterrestres, el Jefe de Operacio- nes evitará toda acción punitiva de represalias y sus acciones ofensivas se limitarán a aquéllas indispensables pa- ra proteger la indemnidad de los

"miembros de la expedición y asegurar su partida.

"No deberá dejarse de lado ningún método conocido para entablar rela- ciones, comunicaciones e intercambio de informaciones con los seres extra- terrestres que aparentemente posean "inteligencia".

Esto y mucho más dirá el *Manual*. Habrá muchas páginas llenas de datos técnicos y de complicadas instruccio- nes, pero, por lo que se refiere a los primeros contactos con los habitantes de otros planetas, sus normas podrán resumirse en dos palabras: calma y prudencia. No habrá que perder la ca- beza ante los fenómenos más extraños, ante las manifestaciones más increíbles de la existencia y de la inteligencia. En la Tierra, aunque la variedad de seres vivientes sea enorme, estamos acostumbrados a cierta pauta común, a un parecido parcial entre una espe- cie y otra, a un mínimo de afinidad estructural. Todos los organismos, en la Tierra, nacen, crecen, se reproducen y mueren: todos poseen un cuerpo y órganos para su alimentación y respi- ración; la mayoría poseen dos ojos, cua- tro o más extremidades; casi todos se mueven, casi todos manifiestan de al- guna manera interpretable sus senti- mientos (hambre, dolor, amor, miedo, hostilidad).

Pero, ¿qué encontraremos en otros mundos, donde la vida puede estar or- ganizada sobre principios completa- mente diferentes, donde pueden existir seres tan diversos de todo lo que nos- otros conocemos que, en comparación, es despreciable la diferencia que existe entre la estrella de mar y el elefante? Repetimos que las mayores dificultades se encontrarán al interpretar la forma de vida de seres cuya organización es- tructural sea totalmente extraña, cuyas bases biológicas partan de supuestos ni siquiera entrevistados en nuestros la- boratorios de química, y cuya forma

mental y psicológica nos resultan abso- lutamente inconcebibles y más allá del alcance de nuestra comprensión —y de la comprensión de los cerebros electró- nicos más perfeccionados.

LA VIDA: EXCEPCIÓN EXCEPCIONAL

EN los capítulos anteriores hemos analizado las posibilidades de que exista vida en los cuerpos celestes que componen el sistema solar. Nuestra presunción inicial ha sido la de que la vida tiende a manifestarse cuando se le ofrecen las condiciones mínimas pa- ra que ella pueda originarse y des- arrollarse.

El punto de comparación, en todo el estudio que precede, ha sido la Tie- rra. Es decir, hemos estado aún aferra- dos a la idea de que en la Tierra las condiciones favorables para la existen- cia están presentes con una excepcio- nal combinación de elementos y cir- cunstancias.

Suponiendo, entonces, que la Tierra sea el planeta más favorecido del siste- ma (es decir, suponiendo que cierto parecido fundamental debe de existir entre todos los seres vivientes de cual- quier parte del universo en que ellos se encuentren), hemos llegado a algu- nas conclusiones acerca de la posibili- dad de vida en los demás planetas. Marte y Venus son los planetas que, con toda probabilidad, están habitados por seres vegetales y animales; las con- diciones de los demás planetas son me- nos favorables, ya sea por la falta de atmósfera, o por la excesiva proximidad o por la excesiva distancia del Sol.

Nuestra mirada debe dirigirse ahora hacia las estrellas, hacia esos mundos tan lejanos que con nuestros instru- mentos más gigantescos y más perfec- tos sólo podemos apreciar como peque- ños discos o puntos de luz. Mundos que se encuentran a distancias incon- cebibles de nuestra Tierra; distancias que, para recorrerlas a la velocidad de

la luz, necesitaríamos años, lustros, dé- cadas o siglos; distancias que nadie de nuestra generación y con toda posibi- lidad nadie de la próxima generación podrá recorrer jamás.

¿Qué probabilidades existen de en- contrar en esos mundos infinitamente lejanos? En primer lugar, hay que ob- servar que lo que nosotros vemos a través de nuestros telescopios son las estrellas, es decir los astros que bril- lan con luz propia y cuya temperatu- ra es sumamente alta: son mundos en combustión, mundos en explosión, en los cuales se desarrollan reacciones atómicas en cadena que no autorizan la suposición de que en ellos se en- cuentren seres vivientes. Ellos son pa- recidos a nuestro Sol, más grandes o más pequeños que él, pero dotados de sus características fundamentales. Al- gunos de ellos pueden ser el centro de sistemas planetarios, como nuestro Sol; y es justamente sólo en los pla- netas, hasta ahora invisibles, que dan vueltas alrededor de los astros llamean- tes que nos parecen puntos luminosos, que existe la posibilidad de que en- contremos manifestaciones de vida.

Nuestro sistema solar, con toda pro- babilidad (pero sin absoluta certeza), no es el único en todo el Universo; sin embargo, las circunstancias que han determinado su existencia (y que cons- tituyen uno de los mayores problemas de la astronomía) han sido seguramen- te excepcionales; es decir, no tenemos que considerar la existencia de siste- mas planetarios como la norma en el Universo, sino que ellos representan más bien una excepción. En su mayo- ría, las estrellas que podemos observar no poseen planetas, y este hecho de por sí reduce considerablemente el campo de exploración de los futuros astronautas.

Sin embargo, aunque se considere mínima la probabilidad de que alrede- dor de otras estrellas existen sistemas

sabemos de Júpiter que...

4

ES el más grande planeta del sistema solar. Su diámetro ecuatorial es de 139.500 km., 11 veces el diámetro terrestre.

—Su volumen equivale a 1.290 veces el volumen de la Tierra, pero su masa es sólo

318 veces la terrestre, y en consecuencia...

—... Su densidad es baja, como para todos los planetas gigantes: siendo igual a 1 la densidad del agua, la del globo de Júpiter es 1.34; pero se incluye también toda su atmósfera.

—Debido a su enorme masa, la gravedad en su superficie es mayor que en todos los demás planetas: un hombre de 100 kg. pesaría en Júpiter 264 kilogramos.

—Cuanto más grande el planeta, tanto más difícil es alejarse de él: la velocidad de escape, a la cual un obje-

to debe alejarse para no volver a la superficie, es de 61 km/seg. en Júpiter; en la Tierra es de sólo 11.5 km/seg.

—La inclinación de su órbita, es decir, el ángulo que ella forma con el plano de la órbita terrestre, es de $2^{\circ}29'29''$. Sólo Mercurio y Plutón tienen una inclinación más grande.

—Su órbita es más elíptica que la terrestre, con una excentricidad de 0.0484; su distancia del Sol oscila entre 738 y 803 millones de km.

—Es el más rápido de los planetas gigantes: recorre su órbita a la velocidad de 48.110 km. p.h., que, sin embargo, es mucho menor que la velocidad orbital de los planetas más cercanos al Sol.

—Una vuelta completa alrededor del Sol dura un período igual a 11 años y 315 días terrestres. Esto es lo que dura un año en Júpiter.

—Su distancia de la Tierra oscila entre los 588 y los 972 millones de km.

planetarios, en vista de que el número de estrellas en cada una de las Galaxias es tan enorme, cabe esperar que el número de planetas sea también muy grande.

Se ha estimado que en el campo óptico de uno de nuestros grandes telescopios se pueden ver cien millones de sistemas de estrellas; si solamente una de las estrellas en cada sistema poseyera planetas, el número de éstos últimos resultaría elevadísimo.

Sin embargo, la existencia de planetas no constituye una condición suficiente para la presencia de la vida. Los planetas pueden encontrarse demasia-

do cerca del astro central; pueden encontrarse demasiado lejos; pueden haber perdido su atmósfera; pueden poseer atmósferas compuestas de gases inertes o venenosos; pueden encontrarse en estado fluido o gaseosos; pueden, a su vez, ser sede de violentas reacciones y explosiones atómicas; etc. Podrá parecer una manifestación de presunción, o estrechez de ideas y falta de imaginación; pero la ciencia actual nos obliga a afirmar que la presencia de seres vivientes no es posible en mundos cuyas condiciones difieren fundamentalmente de aquéllas que existen en la Tierra.

—El ángulo de su ecuador con la órbita es muy pequeño: apenas $3^{\circ}7'$ (contra $23^{\circ}27'$ de la Tierra), lo que quiere decir que no hay grandes diferencias entre las estaciones.

—En 9h55' cumple su rotación, de manera que el día y la noche duran, en promedio, menos de 5 horas. Es el planeta de rotación más rápida: Mercurio, al otro extremo, rota en un período igual a 88 días terrestres.

—Su duodécimo satélite se ha descubierto en 1951. Los más grandes se llaman Ganimedes, Calisto, Io y Europa: los tres primeros son más grandes que nuestra Luna.

—Su forma aparece muy achatada, elipsoidal.

—Su poder reflector de luz (albedo) es alto: 44 %. Todos los planetas con atmósfera reflejan un gran porcentaje

—Su apariencia es majestuosa y muy brillante. Es muy fácil apreciar, con un instrumento óptico sencillo, unas bandas paralelas: el ecuador aparece más claro, las zonas polares más oscuras, y en las zonas intermedias hay bandas de colores de diferente intensidad, que también tienen diferentes velocidades de rotación. Además, se

descubren manchas claras y oscuras: la más famosa es la Mancha Roja de 50.000 km. de longitud, objeto de estudio desde hace muchos años.

—La forma elipsoidal determinada por la rápida rotación, las variaciones de las bandas que sugieren violentas convulsiones de acumulaciones gaseosas, su baja densidad, las distintas velocidades de rotación de sus zonas, etc.; todo parece indicar que Júpiter es una masa fluida o gaseosa, que una presión elevada hace parecida a un líquido. Se supone que su núcleo central sea sólido, compuesto de hielo, modificado por la enorme presión y rodeado por un vasto océano de gases comprimidos y líquidos, cubierto por una atmósfera de hidrógeno, a su vez rodeado por nubes parcialmente líquidas o sólidas de compuestos del mismo elemento.

—No se conoce la composición exacta de las capas externas de la atmósfera. El análisis espectral informa que contienen especialmente metano y amoníaco.

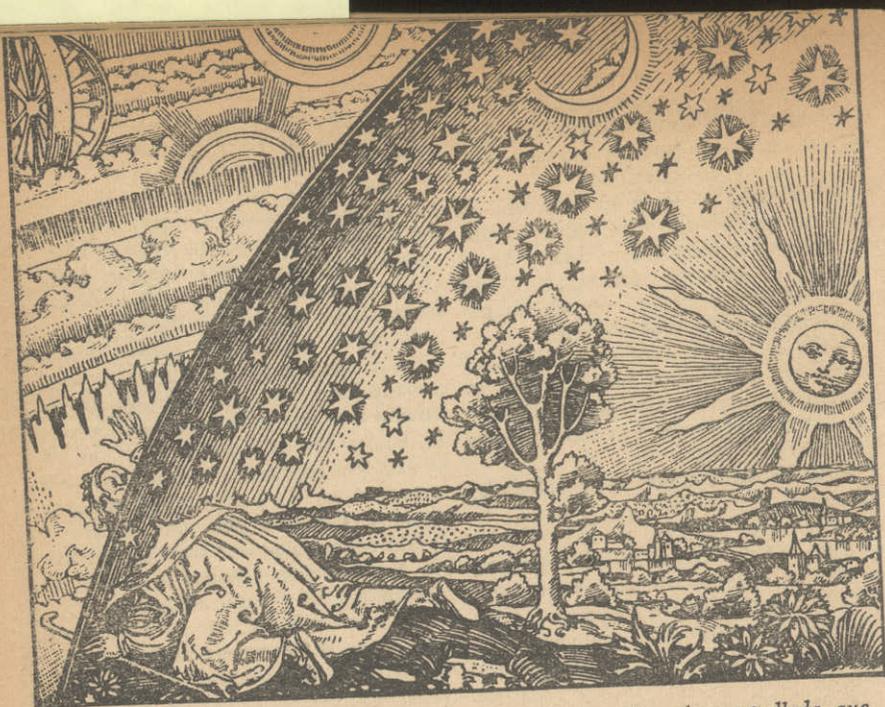
—No es un mundo en formación, todavía caliente y dotado de luz propia.

—Su temperatura es muy baja, aproximadamente de -135° o -155° .

Podría hacerse una larga enumeración de todas las restricciones que no permiten suponer que la vida pueda encontrarse fácilmente en los planetas de otros sistemas. Por ejemplo, hay estrellas cuya luminosidad es mucho menor que la del Sol: sus planetas, de existir, tendrían los océanos congelados y una temperatura tan baja que la vida resultaría imposible. Otras estrellas tienen una luminosidad miles de veces mayor que la del Sol: si el Sol fuera reemplazado por una de ellas, en pocos instantes los océanos de la Tierra se transformarían en vapor, y la temperatura del planeta llegaría a un pun-

to tal que todas las manifestaciones conocidas de vida desaparecerían por completo.

En resumen, parece que debe existir una combinación de muchos elementos para que la vida en un planeta pueda hacer su aparición. Entre ellas indicamos la distancia de su sol, el tamaño del planeta, la existencia de atmósfera y su composición, la composición de las radiaciones que le llegan, etc. Con todo esto, parece inevitable la conclusión de que el hallazgo de seres vivientes fuera del sistema planetario solar resultará un acontecimiento excepcional; sin embargo, aún admi-



En la Edad Media, se concebía el cielo como una media esfera estrellada que encerraba a la Tierra. En este grabado antiguo, un viajero curioso penetra de cabeza a través de la cúpula celeste y descubre el misterioso y complicadísimo mecanismo que hace mover los astros.

tiendo que la existencia de planetas constituya una excepción en el Universo, y que la presencia de vida en un planeta constituya una excepción más, el número de mundos en los cuales la vida podría estar presente, sigue siendo muy considerable: ¡tan inmensa es la escala sobre la cual está construido el Universo!

EL MISTERIO, ORIGEN DE LA VIDA

Las hipótesis y las teorías sobre la presencia de seres vivientes fuera de nuestra Tierra, tienen, por desgracia, una debilidad básica. Ella es que ignoramos cuál es el origen de la vida.

Hasta hace 300 años, la creencia general era de que la vida se originaba constantemente de la materia inerte. En determinadas condiciones, espontáneamente en la materia inerte aparecían sistemas vivientes: Virgilio en sus *Geórgicas* describe detalladamente el nacimiento de abejas del cuerpo inanimado de un novillo; muchos años más tarde, a comienzos del siglo XVII, el médico belga Van Helmont, afirmaba con toda seriedad que en los buques las ratas y los ratones nacían del trigo; y a fines del siglo XVIII Lamarck todavía pensaba que los hongos pudieran generarse espontáneamente. Con el desarrollo de la técnica microscópica y con los famosos

sabemos de urano que...



HA sido descubierta en 1781.

—El tercer planeta, en tamaño, del sistema, tiene un diámetro de 51.500 km., cuatro veces el de la Tierra.

—Su volumen es 63 veces el de la Tierra.

—Su densidad total

(inclusive atmósfera) es de 1.27 (siendo 1 la densidad del agua). Después de Saturno, es esta la menor densidad entre los planetas.

—La gravedad en su superficie es igual al 92 % de la gravedad en la Tierra.

—La velocidad de escape de un cohete, que no desee volver a caer sobre Urano, deberá ser de 214 km/seg., casi el doble de la necesaria en la Tierra.

—El ángulo de su órbita sobre el plano de la órbita terrestre es el menor entre todos los planetas: $0^{\circ}46'22''$.

—La excentricidad de su órbita (es decir, la medida en que el elipse se aleja de la circunferencia) es mucho mayor que la de la Tierra: 0.0471, contra 0.0167.

—Tiene una baja velocidad orbital: 24.950 km. p.h. Sólo Neptuno, aun

más alejado del Sol, viaja por el espacio a velocidad inferior.

—Da una vuelta alrededor del Sol en un período igual a 84 años y 7 días terrestres.

—Su distancia de la Tierra oscila entre 2.598 y 3.168 millones de km.

—Su ecuador forma un ángulo muy grande con la órbita: 98° , o sea es más que perpendicular a ella.

—El día dura poco más que 5 horas, y otras tantas la noche. El período de rotación de Urano es de 10h 40'.

—Tiene cinco satélites (uno de ellos descubierto en 1948), todos más pequeños que la Luna. El más grande es Titania.

—Es casi invisible sin ayuda óptica, y aún con buenos instrumentos su estudio es muy difícil, también por su escasa luminosidad. Aparece como un disco achatado, de color verdicino, con bandas en sentido ecuatorial, con muchas analogías con Saturno y Júpiter.

—Su albedo (poder reflector de luz) es de 45 %.

—Su atmósfera, aparentemente, es parecida a las de Júpiter y Saturno, y contiene mucho metano y posiblemente amoníaco. Su temperatura es de aproximadamente -170° , de manera que muchos gases se encuentran en estado sólido o líquido.

estudios de Pasteur, Koch y de otros, se comenzó a entrever el camino por el cual debían dirigirse las investigaciones en pos de la fórmula de la vida.

La teoría de la evolución, dejando abierta la posibilidad de una transformación y de un perfeccionamiento sucesivo de las especies, pareció por un

momento la senda segura que llevaría tarde o temprano al descubrimiento del origen de la vida. Sin embargo, a pesar de todos los perfeccionamientos técnicos, del mejoramiento y refinamiento del instrumental, de la ayuda proporcionada por el desarrollo de los matemáticos y de las teorías de la

sabemos de saturno que...



DESPUES de Júpiter, es el planeta más grande del sistema solar. Su *diámetro* es de 115.100 km., casi 10 veces el diámetro de la Tierra.

—Su *volumen* es igual a 745 veces el de la Tierra.

—Su globo tiene la menor *densidad* entre los planetas: 71 % de la densidad del agua. La Tierra, el más denso de los planetas, tiene una densidad igual a 5.52 veces la del agua. Sin embargo, la cifra para Saturno incluye también la atmósfera, cuyo espesor no es perfectamente conocido.

—En su superficie, los objetos pesan el 17 % más que en la Tierra, debido a la mayor *gravedad*.

—La *velocidad de escape* (velocidad

necesaria para escapar a la fuerza de atracción del planeta) es de 36.3 km/seg. Después de Júpiter es este el planeta del cual es más difícil alejarse.

—Su *órbita* tiene una inclinación (es decir, forma un ángulo con el plano de la órbita terrestre) de $1^{\circ}18'26''$. Urano tiene una inclinación menor.

—La *excentricidad de su órbita* es de 0.0558 (la órbita terrestre tiene una excentricidad menor, y sólo las órbitas de Mercurio, Marte y Plutón son más elípticas).

—Su *velocidad orbital* es aproximadamente igual a la tercera parte de aquella de la Tierra: 35.640 km. p.h.

—Cuanto más lejos del Sol se encuentra una planta, tanto más largo el período que dura la vuelta a su alrededor. El *año* de Saturno es igual a 29 años y 168 días terrestres.

—Nunca se acerca más que 1.195

física, y del aporte revolucionario de los recientes estudios sobre la estructura de la materia, el origen de la vida continúa guardando celosamente su misterio. La cuestión, quizás, es ahora más oscura y difícil que nunca, en cuanto hemos perdido las fantásticas ilusiones de Virgilio y la maravillosa ingenuidad del médico belga. Sabemos que la vida tiene que haberse iniciado en un momento de la historia de la Tierra, y pretendemos explicar este fenómeno por medio de ecuaciones matemáticas y de fórmulas químicas. Nuestra pretensión nos lleva así hacia imprevistas complejidades, hacia problemas tan amplios y tan oscuros que nuestras armas teóricas y experi-

mentales se nos revelan completamente inadecuadas.

Más que teorías hay sugerencias por lo que se refiere al posible origen de la vida. Estas sugerencias han sido clasificadas por el gran biólogo inglés J. B. S. Haldane ⁽¹⁾ de la siguiente manera:

1) La vida no tiene origen. La materia y la vida han existido siempre. Cuando los cuerpos celestes se vuelven habitables ellos son colonizados por "semillas" de vida provenientes del espacio interestelar, quizás espesas bacterias, o plantas elementales. Posiblemente estos elementos primordiales de la vida han sido llevados fue-

⁽¹⁾ J. B. S. HALDANE, "The Origins of Life", en *New Biology* Abril, 1954.

millones de km. a la Tierra, y puede alejarse hasta 1.673 millones de km.

—El *ángulo del ecuador con la órbita* es de $26^{\circ}47'$, un poco más que el terrestre.

—El día de Saturno es muy corto. Como su *período de rotación* es de 10h 14', el día y la noche duran poco más que 5 horas. Sólo Júpiter tiene un día más breve.

—Además de sus anillos, tiene nueve *satélites*, entre ellos Titán, más grande que la Luna, el mayor satélite del sistema Solar, que posee una atmósfera de metano y amoníaco.

—Su débil densidad y su rápida rotación han determinado su gran *achatamiento*.

—A pesar de su enormidad, su distancia impide estudiarlo con facilidad y con instrumentos sencillos. Se le conocen *bandas* paralelas al ecuador, como las de Júpiter, pero de colores menos intensos, y también *manchas* claras y oscuras, pero no muy evidentes. Aparece generalmente verdicino, con matices rosados y azulados. La inesta-

bilidad de la superficie observable lleva a la conclusión de que lo que nosotros vemos son las capas superiores de su *atmósfera* que, según el análisis espectroscópico, está constituida en gran parte por amonio y metano, como en Júpiter.

—Su *temperatura* es de alrededor de -150° ; en consecuencia, muchos gases deben de encontrarse en estado sólido.

—Sus *anillos* tienen un diámetro de 278.000 km. En ellos se distinguen tres zonas principales: una grisácea externa (anillo A), una mediana blanca (anillo B) y una oscura interna (anillo C). La zona A es de 18.000 km., la B de 28.000 y la C de 18.000 km. Entre A y B hay una división (de Casini) de 3.000 km. Los anillos parecen sólidos, pero la mecánica celeste no permite esta afirmación, y la única explicación autorizada es que ellos están compuestos por una infinidad de pequeños elementos, quizá los fragmentos de un satélite antiquísimo. En gran parte, se trata de un verdadero polvillo de estrellas.

ra de las atmósferas planetarias por radiaciones, o han sido lanzados al espacio por seres inteligentes.

2) La vida se ha originado en nuestro planeta a raíz de un acontecimiento sobrenatural, es decir un hecho cuya naturaleza no puede ser descrita mediante la terminología de las ciencias naturales y que, por definición, no puede ser previsto, controlado o repetido por el hombre.

3) La vida se ha originado a través de un lento proceso de evolución, por medio de reacciones químicas ordinarias.

4) La vida se ha originado a consecuencia de un acontecimiento muy "improbable" pero que puede ocurrir con casi absoluta seguridad, con tal

que se disponga de suficiente tiempo y de suficiente materia de composición conveniente, en un estado también conveniente.

Según la primera de estas hipótesis, la vida siempre está presente donde existe materia y cuando ésta última reúne algunas características fundamentales, la vida es una consecuencia inevitable. Esta hipótesis no tiene hasta ahora ninguna demostración definida y podría ser aceptada sólo si se demostraran absurdas o inaceptables todas las demás.

La segunda hipótesis, aunque del todo compatible con los hechos conocidos, no puede ser considerada verificable por métodos científicos. Ella es, en palabras diferentes, la hipótesis

sabemos de neptuno que...



HA sido descubierta en 1846.

-Su diámetro es objeto de discusión. Según algunos astrónomos es de 50.000 km., algo inferior al de Urano; según otros de 53.000 km., es decir más grande que

Urano, y 4.3 veces la Tierra.

-Su densidad es de 1.58 veces la densidad del agua. El globo terrestre tiene una densidad de 5.52. La cifra de 1.58, sin embargo, incluye también la atmósfera.

-La gravedad es apenas mayor en su superficie que en la Tierra: un hombre de 100 kg. pesaría allí 112 kg.

-La velocidad de escape (es decir, la velocidad necesaria para vencer la atracción del planeta) es de 23.1 km/seg. en su superficie.

-La inclinación de su órbita sobre el plano de órbita terrestre parece ser de 1°46', muy parecida a la inclinación de la órbita de Marte.

-Su órbita es casi circular, siendo la excentricidad de 0.0085 (una circunferencia tiene excentricidad 0).

-Su velocidad orbital es muy baja: sólo 20.200 km. p.h., frente a los 109.890 de la Tierra.

-Son largos los años en Neptuno:

planteada en el primer libro del Génesis, y la religión afirma que es la única auténtica versión del más misterioso de todos los acontecimientos. El hombre de ciencia que no acepte la revelación de las Escrituras Sagradas se ha esforzado y se esfuerza para repro-

para completar su vuelta alrededor del Sol, Neptuno tarda un tiempo equivalente a 164 años y 280 días terrestres. Sólo en el año 2011 se encontrará en el mismo lugar en que fue descubierto.

-Sólo Plutón está más lejos de la Tierra. Pero hay momentos en que Plutón puede estar más cerca que Neptuno. En efecto, la distancia de la Tierra (en millones de km.) de Neptuno oscila entre 4.323 y 4.709 y aquella de Plutón entre 4.583 y 7.255.

-El ángulo que su ecuador forma con la órbita es de 151°, el mayor entre todos los planetas del sistema.

-Su rotación alrededor de su eje es más rápida que en Tierra. El día dura en Neptuno 15h 40'.

-Se le conocía un solo satélite, Tritón, más grande que la Luna. En 1949 se le descubrió otro, y es posible que tenga alguno más.

-Es absolutamente invisible sin instrumentos, y con ellos su imagen aparece bastante confusa y poco luminosa, con vagas coloraciones, análogas a aquellas de los otros planetas gigantes. Parece que su atmósfera contiene metano, y su temperatura no debe ser mayor de -170°.

-Después de Venus (cuyo albedo es de 59%), Neptuno tiene el mayor poder reflector de luz entre los planetas: su albedo es de 52%.

ducir en sus laboratorios el proceso inicial de síntesis que origina la vida. Sus métodos serán aquellos de la química y de la física y sus hipótesis oscilarán entre aquéllas indicadas bajo los números 3 y 4.

Es difícil, sin entrar en discusiones

altamente técnicas que quizás no interesen a todos nuestros lectores, resumir en pocas palabras las muchas y diversas teorías que se están discutiendo actualmente sobre el origen químico de la vida. El problema principal que aún permanece oscuro, es el de encontrar experimentalmente cómo, en qué momento y en qué condiciones se ha verificado la transformación revolucionaria que ha permitido a la materia inerte adquirir las características que permiten su clasificación como materia viviente. No hay duda de que las radiaciones solares deben de haber sido el elemento energético decisivo: No sabemos cuándo y no sabemos cómo, pero hubo un momento en que en la Tierra ocurrió una desconocida reacción química que dió origen a la primera bacteria, al primer virus o a la primera célula. El esfuerzo de los hombres de ciencia se dirige hacia la repetición en un laboratorio de este desconocido proceso. La única manera de resolver el problema es para ellos la fabricación de seres vivientes artificiales, lo que permitirá verificar las condiciones en las cuales este fenómeno se puede producir. Una vez determinadas estas condiciones, será posible establecer no solamente cómo y cuándo ha ocurrido en la Tierra la reacción básica de la vida, sino también si es posible que ella se haya producido en otros planetas.

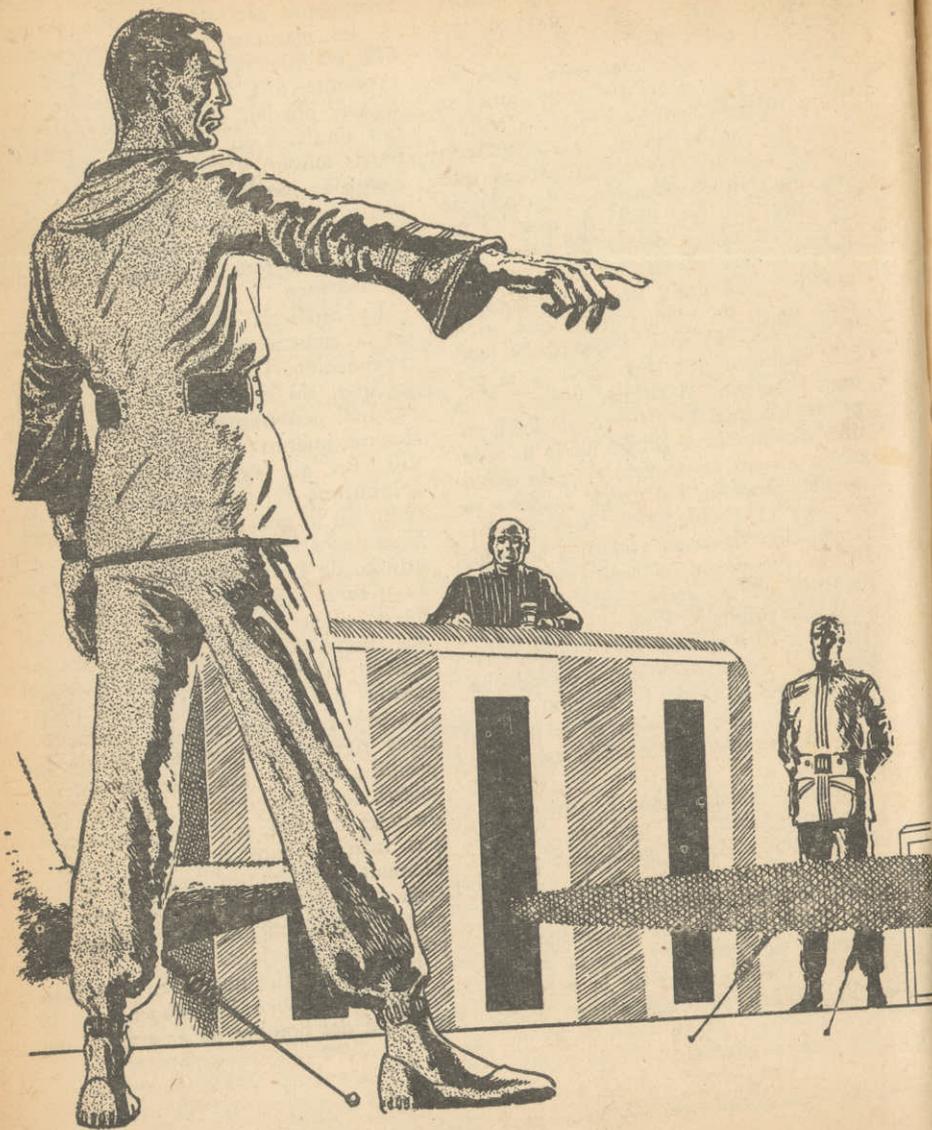
Cuando consideramos la seriedad y la complicación del problema de la concentración de las moléculas primitivas y del nacimiento de la primera célula, nuestra ignorancia se nos aparece desoladora y nos sobrecoge una sensación de humildad ante la magnitud y la complicación de la naturaleza. El hombre, sin duda alguna, llega-

rá a iluminar este misterio, pero por ahora estamos muy lejos de la formulación segura de hipótesis provisoriamente aceptables. En vista del desconocimiento casi absoluto que tenemos de las manifestaciones iniciales de la vida en nuestra Tierra, nos resulta sumamente difícil poder imaginar qué formas pueden haber tenido fenómenos similares en planetas de otros sistemas solares, y todo lo que la mente científica puede imaginar con sus teorías más atrevidas será necesariamente tildado de fantástico y de irracional, y por lo tanto será considerado como poco científico.

La hipótesis es la punta de lanza de la ciencia en su conquista de lo desconocido. Una punta de lanza frágil que, sin embargo, se vuelve cada vez más penetrante y más audaz. Cada descubrimiento la templó y agudizó; cada vez que falla el blanco, mejora la puntería del intento sucesivo. El estudio de lo que sucede a grandes profundidades bajo la corteza terrestre, el estudio de las posibilidades de obtener estructuras organiformes con compuestos de silicio, el estudio de la facultad del cuarzo de vibrar hasta la desintegración de los organismos silíceos, el estudio del comportamiento de bacterias bajo presiones enormes y temperaturas rigurosísimas, el estudio de las posibilidades de movimientos interestelares de microscópicos elementos productores de vida, son otros tantos campos infinitamente sugestivos y terriblemente difíciles, en los cuales la fantasía de la ciencia se esfuerza para lograr el planteamiento lógico de sus hipótesis más atrevidas.

El misterio que nos rodea es infinito; pero infinito e indolegable es la voluntad del hombre de aclararlo. ✦

“MADE



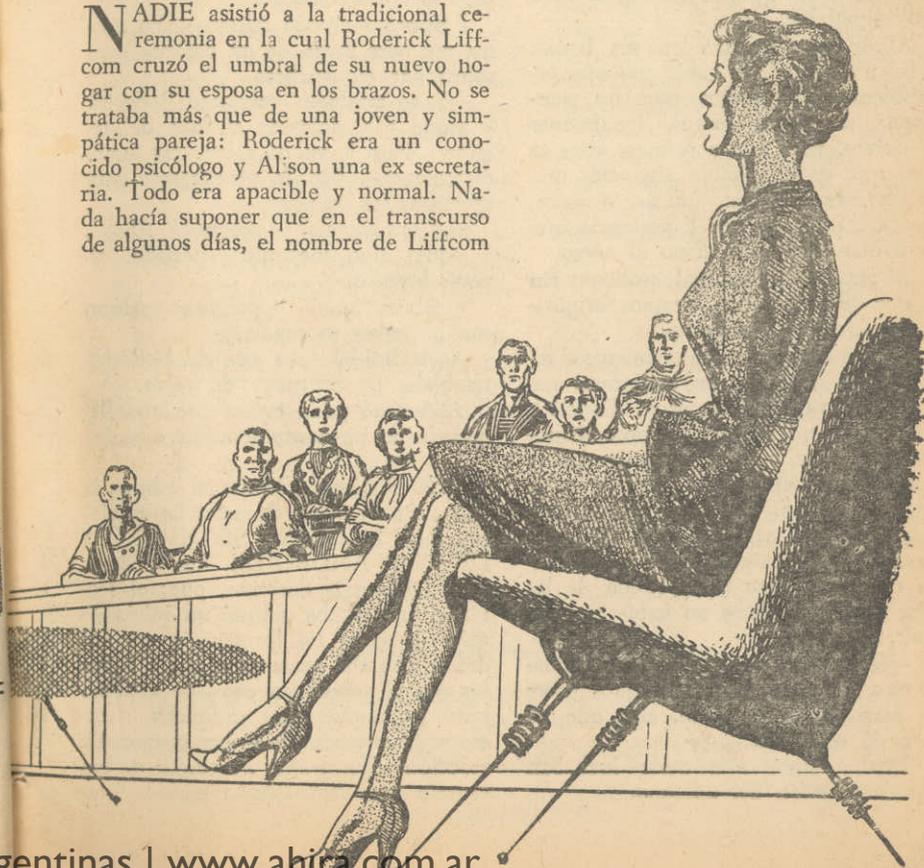
IN U.S.A.”

por J. T. M. INTOSH

ilustrado por EMSH

*Ella no podía ocultarle la verdad,
y él no podía evitar que el
mundo entero lo supiese...
¡Y así comenzó el más extraño juicio
de divorcio que registra
la historia!*

NADIE asistió a la tradicional ceremonia en la cual Roderick Liffcom cruzó el umbral de su nuevo hogar con su esposa en los brazos. No se trataba más que de una joven y simpática pareja: Roderick era un conocido psicólogo y Alison una ex secretaria. Todo era apacible y normal. Nada hacía suponer que en el transcurso de algunos días, el nombre de Liffcom



sería repetido por casi todos los habitantes de la Tierra, a través de un juicio que despertaría el interés de la gente. Un caso de asesinato, de estafa, o de espionaje, interesa sólo a algunos pocos, pero nadie podía sustraerse, en cambio, de conocer detalles relacionados con el caso Liffcom.

Aprovechemos la oportunidad de estudiar cuidadosamente, a esta pareja, antes que la muchedumbre la rodee. Roderick era lo suficientemente alto y fuerte como para que el peso de su esposa le resultase como el de una pluma. La llevaba en sus brazos como si transportara el tesoro más preciado del mundo. Tenía cabellos oscuros y ojos castaños y en general su aspecto era muy agradable.

Alison se refugiaba en sus brazos como un gatito. Era rubia con ojos increíblemente hermosos, para no mencionar sus otros rasgos, igualmente atractivos. Pero aún a primera vista se veía que en ella había algo más que belleza. Inteligencia, quizás, o valor, o una dura y amarga experiencia que la habían templado como al acero.

Al atravesar el umbral, pusieron fin a una historia. Pero, seamos originales y llamémosle principio.

A la mañana siguiente, mientras tomaban el desayuno en la terraza, nada había variado. Es decir, Roderick presentaba un aspecto un poco distinto, sin afeitarse, con los ojos cargados de sueño y vistiendo una bata de color tostado. Alison, un poco más espectacular, con un salto de cama de color verde pálido, parecía flotar en la brisa matutina. Pero la expresión de los ojos al contemplarse no había cambiado... todavía.

—Hay algo —dijo Alison distraída—, mientras hacía dibujitos sobre el mantel con un dedo, algo que no debería ocultarte.

Dos minutos más tarde luchaban por la posesión del teléfono.

—Quiero llamar a mi abogado —rugió Roderick.

—Pues yo quiero hablar con el mío —respondió Alison.

Él dejó de marcar el número para decirle:

—No puedes. Tenemos el mismo abogado.

Alison, como siempre ocurría, fue la primera en recobrar la calma. Sonrió con dulzura y dijo:

—¿Quieres que arrojemos una moneda al aire para ver quién se queda con él?

—No —dijo Roderick brutalmente. Oh, ¿dónde estaba su extasiado amor?—. Es mío. Tú nunca podrías pagarle tanto como yo.

—Bueno —acordó Alison—. Yo misma me haré cargo de mi defensa para solucionar el conflicto.

—Y yo también —exclamó Roderick y arrojó con violencia el tubo del teléfono. Pero lo volvió a levantar inmediatamente—. No, lo necesitamos para apresurar los trámites.

—¿Connivencia? —preguntó Alison.

—Fue algo mezquino, pérfido, esperar hasta que...

—¿Hasta qué? —preguntó Alison con la mayor inocencia.

—¡Androides! —La voz de Roderick temblaba de rencor y de rabia.

Alison no pudo evitar que una llamarada de ira encendiera sus ojos.

LOS diarios dedicaron al asunto la primera plana de todas las ediciones: UN HUMANO SE DIVORCIA DE UNA ANDROIDE. Los titulares no aclaraban la cuestión, pues el lector se preguntaba porqué un juicio de divorcio entre un humano y un androide causaba tanta sensación. Todos los días se producían casos de divorcio entre humanos, entre androides, y entre representantes de ambos grupos. La reacción natural ante un titular de esa especie era: "¿Y dónde está la gra-

vedad? ¿Cuál puede ser nuestro interés en ese caso?

Pero no hacía falta ser muy perspicaz para darse cuenta de que debía haber algo especial en ese caso.

La información decía:

"Everton. Martes. Se efectuará el primer juicio de divorcio entre un humano y una androide desde que se promulgó la ley que otorga a los androides absoluta igualdad. Es también el primer caso en el cual la acusación consiste en que una de las partes ignoraba que la otra era androide. Esto sólo fué posible debido a que la citada ley libera a los androides de declarar su condición de tales antes de firmar cualquier contrato.

"Comprendiendo la importancia de este caso, que seguramente afectará a muchísimos otros similares en el futuro, *Veinticuatro Horas* mantendrá informados a sus lectores de todos los detalles de este juicio, que se iniciará el viernes. Nuestros dos mejores reporteros, Anona Geier y Walter Hallsmith revelarán a nuestros lectores todos los detalles de este histórico juicio. Geier es humana y Hallsmith androide..."

El artículo proporcionaba, además, los nombres de los personajes más importantes del caso, hacía notar que, aunque el matrimonio Liffcom había durado sólo diez horas y trece minutos antes de que fuera presentada la demanda, existían precedentes de matrimonios aún más breves.

Así, *Veinticuatro Horas* impidió há-

bilmente la ola de ansiosas cartas, preguntando: "¿Es ése un récord?"

ALISON, de nuevo en su departamento de soltera, se recostó en un diván, contempló distraídamente el techo de la habitación, y pensó, pensó y pensó.

No se sentía demasiado desdichada. El resentimiento, la desdicha y la desesperanza no formaban parte de su personalidad. Enfrentaba la tragedia de su vida con plácida resignación y cierto humor.

—No nos engañemos —se dijo con firmeza—. Me siento herida. Yo esperaba que él me dijera: "No importa, querida. Para mí no hay ninguna diferencia. Es a ti a quien amo", o una de esas cosas que los hombres dicen en las novelas. Pero, ¿qué había dicho? Androide deleznable.

En fin. La vida era algo muy distinto de las novelas románticas.

Lo mejor sería admitir de entrada que lo seguía queriendo. Eso le permitiría ver las cosas con mayor claridad.

Le hubiera podido advertir, anticipar que era Androide. Quizá Roderick tenía motivos para pensar que ella había esperado hasta que la consumación del matrimonio impidiera una anulación, y luego le había arrojado la verdad a la cara. Pero, ¿qué consuelo era eso para ella?

La verdad no era esa, por supuesto. Ella no se lo había dicho previamente porque los dos tenían mucho por con-

Presión arterial antifemenina

SEGÚN recientes investigaciones realizadas en Nueva York, la alta presión arterial parece no tener importancia para los cardíacos masculinos, aunque sí para los femeninos. Sólo el 52% de los hombres examinados tenía alta presión momentos antes de un ataque, mientras que en las mujeres la proporción alcanzaba al 71%.

tarse antes de que surgiera la cuestión. No es frecuente encontrar personas que, a los pocos segundos de ser presentados digan: "Soy casado" o "Estuve cinco años en la cárcel por robo", o "Yo soy androide, ¿y usted?"

Si en las primeras semanas de su relación con Roderick, alguien hubiera hecho algún comentario acerca de los androides, ella hubiera dejado establecido el hecho de que era androide. Pero nunca se había presentado la oportunidad.

Cuando él le pidió que se casaran, ella no pensó, con toda honestidad, que tenía algo que aclarar. Había ocasiones en que el problema de su origen podía tener algún interés, y otras en que era totalmente secundario, como por ejemplo, cuando él se le declaró. Roderick era tan inteligente, tan liberal, tan comprensivo (excepto cuando se ponía furioso) que a Alison jamás se le ocurrió que le daría importancia.

Nunca pensó que él reaccionaría así. Mencionó el hecho como uno podría decir: "Espero que no te molestará decir: 'Espero que no te molestará que tome café helado con el desayuno'. Simplemente lo mencionó. Y su felicidad quedó destruida.

Pero una idea que al principio comenzó como un leve murmullo en su cerebro, crecía y crecía. ¿Realmente deseaba Roderick el divorcio, o estaba tratando de demostrar algo? Porque si así era, ella estaba dispuesta a admitir alegremente que él tenía razón.

No podía vivir sin Roderick. Alison no entendía bien qué había ocurrido... a lo mejor él consentiría en seguir a su lado con la condición que antes ella recibiese un merecido castigo. Pero aún así, Alison estaba dispuesta a hacerlo. Preferiría soportar que él diera salida a odios y prejuicios, acumulados quién sabe por qué, insultándola y despotricando contra los androides, a vivir sin él.

Alison extendió un brazo, levantó el tubo del teléfono y marcó el número de Roderick.

—Hola, Roderick —dijo con tono alegre—. Habla Alison. No, no cortes. Dime, ¿por qué odias a los androides?

Siguió un silencio tan largo que Alison comprendió que él estaba considerando todas las posibilidades, incluso la de cortar sin una palabra. No podía negar que Roderick pensaba muy cuidadosamente cualquier cuestión antes de adoptar una resolución y más aún en este caso.

—No odio a los androides —contestó por fin, malhumorado.

—¿Entonces, tienes algo contra las mujeres androides?

—¡No! —rugió Roderick—. Soy un psicólogo. Soy más objetivo que la mayoría de la gente. No estoy envenenado por prejuicios ni odios raciales ni...

—Entonces —dijo Alison muy suavemente—, ¿odias sólo a una mujer androide en particular?

La voz de Roderick perdió su tono brusco.

—No, Alison. No se trata de odiar. Se trata de algo fundamental para mí.

Los ojos de Alison se llenaron de lágrimas. Eso significaba hijos, que para él era lo único que no podía solucionar, lo que siempre se había negado a considerar.

—¿Lo dices en serio? —preguntó—. Pero, ¿no pensarás utilizar argumento en el juicio?

—Eso es precisamente lo que pienso hacer —replicó Roderick—. Lo que tienes que comprender, Alison, es que el problema para mí es más serio que para la mayoría de la gente. Casi todos quieren tener hijos, pero se resignan a prescindir de ellos, cuando saben que no pueden tenerlos. Pero yo soy el menor de ocho hermanos. Cualquiera pensaría que nuestra familia no se extinguiría nunca.

—Pero... ¿entonces?

—Todos mis hermanos están casados. Algunos desde hace muchos años. Uno de mis hermanos y dos hermanas se han casado dos veces. Todo eso suma un total de diez y siete seres humanos, excluyéndome. Y el monto total de lo logrado en materia de descendencia es igual a cero.

—Es un problema de continuidad de la familia, ¿entiendes? Creo que nos conformaríamos con una sola criatura entre todos nosotros, una proyección hacia el futuro. Pero no hay ninguna, y ésta es mi única oportunidad.

Alison no había estado nunca tan al borde de la desesperación. Entendía demasiado bien la actitud de Roderick, y sus sentimientos. Si ella misma hubiera tenido la posibilidad de tener hijos, no hubiera renunciado a ella por nada ni por nadie.

Pero, por supuesto, esa posibilidad no existía para ella.

En el silencio que siguió a sus palabras, Roderick colgó.

Pero ni por un instante pensó en renunciar, en intentar algo. Debía haber algún medio de conservar su reciente felicidad. No le interesaba ganar el juicio, sino conservar a Roderick.

EL juez parecía un tanto pomposo, y era obvio que pensaba hacer uso de todos los poderes que le otorgaba el sistema de los Tribunales de Divorcio para manejar el juicio a su manera y, además, divertirse un poco.

Cruzó las manos sobre el pupitre y contempló jubilosamente la sala abarrotada de público. Pronunció sus acostumbradas frases de introducción con evidente satisfacción, mientras cincuenta reporteros, por lo menos, anotaban cada palabra.

—Se le ha otorgado gran importancia a este caso, y, efectivamente, la tiene —dijo—. Podría decirles por qué

tiene tanta trascendencia, pero sería injusto. — Éste debe ser nuestro punto de partida—. Sacudió ligeramente la cabeza en dirección al jurado y agregó, con solemne júbilo—: No sabemos nada de nada.

Le gustó la frase y la volvió a repetir.

—No sabemos nada de nada. No conocemos los factores actuantes. Nunca hemos oído hablar de androides. Tendrán que informarnos sobre éste y muchos otros puntos. Podemos solicitar la declaración de cualquiera al respecto. Y debemos tomar una decisión aquí y ahora, sobre la base de lo que oiremos aquí y ahora, en lo que a este caso en particular se refiere.

Había descubierto un tema interesante y se dedicó a desarrollarlo. Su discurso descendió y se clavó; se apartó completamente del tema para regresar luego a él con renovados bríos. Sólo a Roderick y Alison dirigió una mirada paternal y amistosa. Ellos le habían proporcionado un momento de gloria. No eran vulgares, como el resto del público que colmaba la sala.

Pero el Juez Collier no era ningún tonto. Antes que se disipase el interés que él mismo había despertado, comenzó a hacer marchar las cosas.

—Según entiendo —dijo, dirigiéndose primero a Alison, luego a Roderick, y dedicándose luego por entero a la primera—, ustedes no han recurrido a un abogado para la defensa de sus casos. Es decir que asumirán su propia defensa, lo cual constituye un elemento de informalidad, pero me alegro de que así sea. En primer lugar, ¿quieren tener la amabilidad de enfrentar al jurado?

Todos en la sala dirigieron sus ojos hacia el jurado. Los jurados se miraron entre sí. Roderick y Alison se colocaron un frente al otro, ella dándole la espalda al jurado, cuyos miembros podían observar a Roderick de

frente y a Alison de perfil y así saber cuándo mentían.

—Alison Liffcom — dijo el juez —. ¿Tiene alguna objeción que hacer a algún miembro del jurado?

Alison los estudió detenidamente. Las cuidadosas investigaciones policiales daban por resultado jurados que eran tan representativos de la voluntad popular como podía razonablemente esperarse.

—No — respondió por fin.

—Roderick Liffcom. ¿Tiene alguna objeción...

—Sí — dijo Roderick con tono beligerante—. Quiero saber cuántos son androides.

Hubo un murmullo de interés en la sala.

Ello significaba que iba a librarse una verdadera batalla entre humanos y androides.

El Juez Collier permaneció inmutable.

—Rechazado — dijo finalmente—. Los humanos y los androides son iguales ante la ley, y usted no puede ponerle objeciones a un miembro del jurado por el solo hecho de ser androide.

—Pero este juicio tiene justamente su origen en los derechos de ambos grupos — protestó Roderick.

—No tiene nada que ver con eso — replicó el juez —, y si su demanda

tiene esa base, lo mejor que puede hacer es olvidarse de todo el asunto e irse a su casa. No puede divorciarse de su mujer porque es androide.

—Pero ella no me lo dijo...

—Ni tampoco porque no se lo haya dicho. Los androides ya no están obligados a revelar...

—Conozco todo eso — dijo Roderick, exasperado—. ¿Tendré que repetirlo una vez más? Nunca he tenido demasado que ver con la ley, pero hay algo que es innegable: puede que el hecho de que A sea igual a B no tenga mayor importancia, mientras que el hecho de que B sea igual a A puede ser decisivo. Muy bien, repetiré lo que es obvio. Pido el divorcio, basándome en que Alison me ocultó que no podía tener hijos, hasta después de nuestro matrimonio.

Era el único alegato posible, pero para algunos constituyó una sorpresa. Hubo un nuevo murmullo de interés. Ahora las cosas comenzaban a ponerse interesantes. Se había planteado el verdadero tema a discutirse.

Alison contempló a Roderick y sonrió al pensar que nadie en la sala lo conocía tan bien como ella. Era muy peligroso cuando lograba conservar la calma, y estaba luchando por conservarla. Y mientras lo miraba, se preguntó cómo podría hacer para irritarlo y

ponerlo fuera de sí, y, al mismo tiempo, otra parte de su ser rogaba que pudiera controlarse y demostrar de cuánto era capaz.

Aún pensando en Roderick, ocupó distraídamente el lugar de los testigos. Sí, se oponía al divorcio. No, no negaba los hechos. Entonces, ¿en qué se basaba para oponerse?

Alison volvió a concentrarse en el asunto que tenía entre manos para tratar de resolverlo.

—Oh, eso es muy simple. Puedo decirlo con... — contó con los dedos —, nueve palabras. ¿Cómo sabemos que yo no puedo tener un hijo?

V

PASÓ un largo rato hasta que se pudo restablecer el orden. El juez quedó exhausto golpeando con su mazo y amenazando con hacer despejar la sala. Pero Alison captó una mirada de Roderick, quien le sonrió mientras sacudía la cabeza lentamente. Existían por lo menos dos Rodericks. Uno era impulsivo, apasionado, perdía el control con enorme facilidad. Pero el otro, aunque resultara difícil creerlo a veces, era un psicólogo, capaz de analizar y pesar cada cosa y de decidir qué significaba.

Alison sabía cuál era el significado de esa sonrisa. Su declaración había producido una situación artificial, cuyos efectos se desvanecerían en pocos instantes. Ella sabía que era androide y que los androides no podían tener hijos. Todo lo demás estaba fuera de lugar.

—Hemos llegado a establecer — estaba diciendo el juez casi sin aliento de tanto gritar y golpear con el mazo —, las líneas generales del caso y algunos de los hechos. Alison Liffcom admite que ocultó su condición de androide, cosa que la ley la autorizaba a hacer. — Frunció las cejas al observar

que Roderick se ponía de pie—. ¿Y bien?

En ese momento predominaba en Roderick el psicólogo.

—Usted mencionó la palabra "androide", Juez. ¿Ha olvidado que ninguno de nosotros sabe qué es un androide? Usted dijo, si no me equivoco: "Nunca hemos oído hablar de androides".

Era evidente que el Juez Collier prefería al otro Roderick, al que podía aplastar cuando quería.

—Precisamente — dijo sin entusiasmo—. ¿Se propone informarnos al respecto?

—Me dispongo a que sean ustedes informados.

El doctor Geller ocupó el banquillo de los testigos. Roderick lo enfrentó, calmó y decidido. El auditorio se componía en su mayor parte de mujeres. Roderick sabía cómo producir el máximo efecto y lo hizo. El doctor Geller, con su digna cabeza plateada, se mostraba impasible como una estatua.

—¿Quién es usted, doctor? — preguntó Roderick con frialdad.

—Soy director del Asilo de Everton, donde se producen androides para todo el estado.

—Entonces, ¿conoce bastante bien a los androides?

—Así es.

—Por si alguien estuviera interesado en saberlo, ¿le molestaría decirnos si usted es humano o androide?

—En absoluto. Soy androide.

—Bien. Ahora podrá decir qué son los androides, cuando fueron producidos por primera vez y por qué.

Los androides son gente, simplemente. La única diferencia con los humanos consiste en que no nacen, sino que se hacen. Supongo que usted no necesita que le proporcione todos los detalles del proceso. Básicamente, se comienza con unas pocas células vivas, eso es imprescindible, y gradual-

Golf para científicos

UN físico de la universidad de Ohio (seguramente con la mostaza un poco subida por haber perdido algunos partidos) se puso a aplicar los métodos más modernos de la aerodinámica al estudio del comportamiento de las pelotas de golf. Para ello utilizó un túnel aerodinámico, en el cual lanzaba pelotas con distintas superficies, estriadas o lisas, y girando o no sobre sí mismas. Entre otros resultados igualmente interesantes, este señor pudo descubrir que las pelotas comunes, con superficie estriada o con hoyitos, son las más convenientes para obtener tiros largos y de precisión. Según dicen las malas lenguas, después de realizados estos importantes experimentos, no hay quien pueda ganarle un partido de rummy a su sabio autor.

mente se logra un cuerpo humano completo. No hay diferencia alguna. Ese es un punto que debe quedar bien claro. Un androide es un hombre o una mujer, y no algo semejante a un robot.

Se produjo una pequeña conmoción y el juez esbozó una sonrisa. Parecía que el testigo se iba a convertir en una carga para Roderick. Pero éste se limitó a asentir con un gesto. Aparentemente, todo estaba de acuerdo con sus planes.

—Hace cerca de doscientos años — prosiguió el doctor— se demostró fehacientemente que la raza humana marchaba hacia una rápida extinción. La población disminuía en un cincuenta por ciento cada generación. Aunque la vida humana continuara, la civilización llegaría a su fin...

Todo eso era muy aburrido. Ni siquiera el doctor Geller parecía interesado en lo que decía. Todos habían oído la misma historia varias veces. Pero el juez no lo interrumpió. Todo lo expuesto era estrictamente real.

Al principio los androides habían sido un experimento, que despertó el interés de los investigadores. Hubo muy pocos fracasos y, en cambio, muchos brillantes triunfos. Una vez descubierto el secreto se pudo, con medios artificiales, fabricar seres que eran hombres o mujeres. Había tan sólo un pequeño inconveniente. No podían reproducirse, ni entre sí, ni con seres humanos. Todo era normal, pero la reproducción era imposible.

Pero a medida que la población humana disminuía y los servicios públicos se veían cada vez más entorpecidos, fué natural que a alguien se le ocurriera la brillante idea: ¿Por qué no se encargaban los androides de esas tareas?

De modo que los androides fueron fabricados y entrenados para los servicios públicos. Al comienzo eran

nos que bestias. Pero ese estado de cosas, para hacer justicia a la humanidad, duró sólo hasta que se hizo evidente que los androides eran gente. Los androides ascendieron en la escala social. Lo curioso, sin embargo, era que había una sola forma de fabricar androides y era hacerlos como bebés y dejarlos crecer. Era imposible fabricar únicamente androides estúpidos. Cuando crecían, eran como los humanos, buenos, malos, o término medio.

Y luego vino la transformación. La natalidad volvió a aumentar. Fué como un renacimiento. Hubiera sido inhumano destruir a todos los androides, pero, por otra parte, si alguien tenía que morir de hambre, no serían los humanos.

Y los androides se murieron de hambre.

No se fabricaron más androides. La natalidad disminuyó otra vez. Se produjeron androides nuevamente. La natalidad aumentó.

Por fin las cosas se aclararon. La raza humana se estaba extinguiendo, no tanto a causa del control de natalidad, sino por su decreciente capacidad de reproducirse. La mayoría de la gente, hombres y mujeres, eran estériles en esa época. Pero esa esterilidad se debía en gran parte a una causa psíquica. Los androides constituían un desafío. Estimulaban una profunda característica obstinada en los humanos.

Y así se llegó a un equilibrio. Los androides se fabricaban por dos razones: para asegurar la continuidad de los humanos y para que realizaran todo el trabajo inferior correspondiente al complicado sistema económico de una población diezmada.

Aún en los primeros días, los androides tuvieron sus campeones. Lo curioso es que no se trataba de androides que luchaban por alcanzar una situación de igualdad, sino humanos que

luchaban entre sí para que los androides gozaran de mayores libertades.

Los humanos que más se preocuparon por los androides fueron los que no podían tener hijos. Todo lo que podían hacer era adoptar bebés androides. Naturalmente, los rodeaban de todo el cariño y el cuidado que sus propios hijos hubieran tenido. Llegaron a considerarlos como propios. Y, por lo tanto, apoyaban cualquier movimiento tendiente a acabar con las restricciones que pesaban sobre los androides. No podían permitir que sus hijos fueran tratados como seres inferiores.

Ésta es una parte de la historia que esbozó el doctor Geller. La sala estaba impaciente, el juez permanecía impasible y el jurado miraba a Alison. Sólo Roderick escuchaba cortésmente al doctor Geller.

TODOS comprendieron que el momento de calma había finalizado. Si alguno no oyó la pregunta de Roderick, nadie perdió la respuesta: quedó perfectamente aclarado que los androides no pueden reproducirse. Al principio existió el temor de que pudieran hacerlo. Se pensaba que el hijo de un androide y un humano sería una especie de monstruo. Pero no se dió ningún caso de reproducción.

—Una última pregunta, doctor — dijo Roderick—. ¿Existe, si no me equivoco, un método de identificación, un

medio de distinguir a un humano de un androide y viceversa?

—Hay dos —contestó el doctor. Parte del público escuchó con interés. Los demás dieron claras muestras de su indiferencia para demostrar que no oían nada nuevo—. El primero es el sistema de huellas dactilares. Se aplica a los androides en la misma forma que a los humanos, y a todos los bebés androides se les toman las impresiones dactilares. Si por algún motivo es necesario identificar a una persona que puede o no ser androide, se le toman las huellas dactilares. Luego se envían a todos los centros androides del mundo, proceso que se puede realizar en un par de semanas, y se identifica a esa persona, o automáticamente, se sabe que es humana.

—¿No existe ninguna posibilidad de equivocarse?

—La posibilidad del error existe siempre. El sistema es perfecto, pero errar es humano y, si se me permite el agregado, también androide.

—De acuerdo —dijo Roderick—. Pero ¿podemos suponer que, en este caso, la probabilidad de cometer un error es mínima?

—Así es. En cuanto al otro método de identificación, data de las primeras épocas de la producción de androides.

Por primera vez —arreció sentirse incómodo, pero siguió hablando.

—Los androides no nacen, como es

Transformadores sin alambre

HASTA ahora, para hacer un transformador, era imprescindible un par de bobinas de hilo de cobre. Los "Bell Telephone Laboratories" acaba de anunciar la fabricación de un nuevo transformador en miniatura, en el que el alambre de cobre brilla por su ausencia. Las bobinas han sido substituídas por dos cilindros de vidrio, en los cuales se han hecho ranuras como las de los tornillos. Estas ranuras se llenan con una mezcla de polvo de plata y vidrio, en la que luego se deposita cobre. El resultado es un arrollamiento análogo al del alambre de cobre de los transformadores comunes, pero que tiene la ventaja de no contraerse ni dilatarse con el calor.

sabido. El ombligo es pequeño, liso y simétrico, pero en la parte interna hay una marca, débil, pero muy clara en la que, en este país por lo menos, se lee... "Made in U. S. A."

Su declaración fué recibida con sonrisitas burlonas. El doctor se ruborizó. Se habían hecho muchas bromas acerca del sello que llevaban todos los androides. Hasta se había organizado una campaña electoral sobre la base de la inscripción.

El sello que todos los androides llevaban en su cuerpo hasta la tumba había sido siempre objeto de burla por parte de los humanos. Veinte años antes las persecuciones a los androides habían llegado aparentemente a su fin, y éstos eran libres y gozaban de los mismos derechos que los humanos.

—Está a estudio una propuesta —dijo el doctor— para acabar con lo que mucha gente piensa que es un emblema de servilismo...

—Ese asunto no se tratará en el juicio —interrumpió el juez—, y por lo tanto no interesa en este momento. Lo único que nos concierne son las cosas tal como son. —Miró interrogante a Roderick—. ¿Ha terminado con el testigo?

—No sólo con el testigo —dijo Roderick— sino también con mi defensa.

Estaba tan complacido consigo mismo que Alison, que no se enojaba con facilidad, sintió deseos de golpearlo—. Ustedes han oído la declaración del doctor Geller. Exijo que Alison se someta a las dos pruebas que él ha mencionado. Cuando se demuestre que ella es androide, también se probará que no puede tener hijos. Y que, por lo tanto, al ocultarme su condición de androide, también me ocultaba su esterilidad.

El juez asintió. Contemplando a Alison por encima de sus anteojos, sin muchas esperanzas. Sería una pena que un caso que prometía ser tan inte-

resante se resolviera con tanta facilidad. Pero ni él mismo podía ver cómo se arreglaría Alison para refutar a su marido.

—Tu testigo —dijo Roderick, con un gesto de seguridad y desprecio a la vez, o, por lo menos, así le pareció a Alison.

—Gracias, respondió con dulzura. Se puso de pie y avanzó hacia el médico. Llevaba puesto un sencillo traje gris y una llamativa blusa amarilla, de la que sólo se veía el cuello que proporcionaba el toque de color indispensable. Estaba más bonita que nunca, y lo sabía.

Pareció que Roderick estaba a punto de perder el control que había logrado mantener durante tanto tiempo, y su esposa hizo lo posible por contribuir a ese desmoronamiento.

Alison sonrió y se volvió hacia el doctor Geller.

VII

UNA de las frases que usted utilizó despertó mi interés, doctor —dijo Alison—. Usted dijo que había sido "razonablemente establecido" que los androides no pueden reproducirse. Supongo que lo he entendido correctamente. Usted es director del Asilo de Everton, ¿no es verdad?

—Así es.

—¿Y su experiencia profesional se limita a androides menores de diez años?

—Sí.

—¿Y es corriente, aún entre humanos, que se produzcan casos de reproducción antes de los diez años de edad?

Se produjo un silencio expectante. Luego el público estalló en risas y aplausos.

—Esto no es un teatro —rugió el juez—. Prosiga, señora Liffcom, por favor.

Alison prosiguió diciendo que el doctor Geller, era la persona indicada para proporcionar toda clase de detalles e informaciones acerca de criaturas androides, pero tratándose de adultos, y sin que ello significara una ofensa para el doctor Geller, hubiera preferido al doctor Smith.

Roderick la interrumpió. Estaba dispuesto a escuchar la defensa de su mujer, pero pensaba que sería mejor concluir con la suya primero. Quería saber si Alison estaba dispuesta a someterse a las dos pruebas mencionadas.

—No es necesario —dijo Alison—. Soy androide y nunca lo he negado.

—A pesar de eso... —dijo Roderick.

—No termino de entenderlo, señor Liffcom —interrumpió el juez—. Si existiera alguna duda al respecto, sería comprensible. Pero su esposa niega ese hecho.

—Yo quiero saber.

—¿Le parece que cabe alguna duda?

—Ojalá fuera así.

Esto causó una nueva sensación.

—Y, sin embargo, todo es muy comprensible, si se detiene a pensarlo —dijo Roderick cuando pudo hacerse oír—. Quiero divorciarme porque Alison es androide y no puede tener hijos. Si ella ha estado equivocada, o ha estado representando una comedia, siendo otra la realidad, entonces no me separaría. Amo a mi esposa. Supongo que eso es bastante comprensible.

—Muy bien —dijo Alison con frialdad—. Llevará un tiempo controlar mis impresiones digitales, pero la otra prueba puede hacerse ahora. ¿Qué hago, señor juez, me desvisto delante de todo el mundo?

—¡No, por amor de Dios!

Cinco minutos más tarde, en el escritorio del juez, éste, los jurados y Roderick examinaron la prueba. Alison no perdió ni un ápice de su dignidad y su serenidad mientras la observaban.

No había ninguna duda. La marca androide era perfectamente clara.

Roderick fué el último en mirar. Cuando, luego de examinar el sello, sus ojos se encontraron con los de Alison, ésta tuvo que hacer un enorme esfuerzo para contener las lágrimas. Porque Roderick no estaba ni satisfecho ni enojado, sólo inmensamente triste.

Una vez realizada la prueba regresaron a la sala donde se ventilaba esta extraña demanda.

Roderick dijo que no sería necesario investigar las impresiones digitales. Y Alison llamó al doctor Smith. Este era mayor que su colega, pero sus ojos tenían una expresión brillante y alerta. Tenía un algo que hizo que todos los presentes se inclinaran en sus asientos, como si presintieran que se escucharía detalles sumamente interesantes y de mucha importancia.

—Siguiendo el precedente establecido por mi ilustre colega —dijo Alison—, ¿puedo preguntarle si es usted androide o humano?

—Por supuesto. Soy humano. A pesar de ello, la mayoría de mis pacientes son androides.

—¿Podría explicarnos a qué se debe eso?

—La causa se explica con facilidad si se tiene en cuenta que fui uno de los pocos en comprender que los androides representan el futuro de la humanidad. Los humanos están perdiendo la batalla y yo quise descubrir cuáles eran las diferencias existentes entre ambos grupos, si es que en realidad había alguna diferencia. Si eran exactamente iguales, mucho mejor, porque eso significaba que la raza humana no se extinguiría.

—Pero lamentablemente —dijo Alison como al descuido—, había una diferencia esencial. Los humanos eran cada vez más estériles, pero los androides no se podían reproducir.

—No había diferencia alguna —dijo el doctor Smith.

Hay ocasiones en que una afirmación inesperada produce un silencio de muerte, y otras en que ocasiona un tremendo alboroto. La declaración del doctor Smith tuvo ambas consecuencias, ya que siguió pronunciando declaraciones, aún más desconcertantes, en medio de una calma increíble.

—Los androides pueden tener hijos y los han tenido.

El resto de su declaración se perdió en una ola de susurros, exclamaciones y gritos, que creció hasta convertirse en un rugido. El juez gritó y golpeó pidiendo silencio, pero todo fué en vano.

Había enojos en las exclamaciones del público. Y también ansiedad, incredulidad y miedo. Nadie sabía si el médico mentía o no. Si mentía, tendría que pagar caro por ello. La gen-



te se vuelve vengativa cuando se siente burlada.

Si no mentía, todos tendrían que reestructurar su actitud ante la vida. Todos, humanos y androides. Los viejos problemas de orden religioso volverían a plantearse. Tendrían que decidir si el Hombre, al mismo tiempo que se extinguía como raza, había logrado conquistar la vida, en lugar de llegar a un simple acuerdo con ella. Dejaría de importar si una persona había nacido o había sido fabricada.

No habría más androides, sólo seres humanos. Y el Hombre sería el rey de la creación.

VIII

DESPUÉS de un breve cuarto intermedio la corte volvió a reunirse. El juez estudió los rostros de Alison y del doctor Smith, quien se apresuraba a continuar con su declaración.

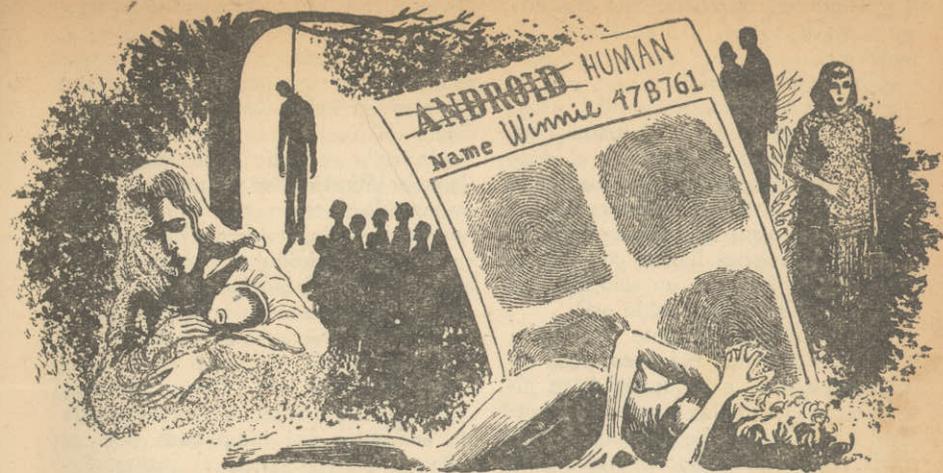
—Señora Liffcom —dijo el juez—, tendría inconveniente en continuar con su interrogatorio en el mismo punto en que fué interrumpido.

—Ninguno —respondió Alison, volviéndose hacia el médico—. ¿Dice usted que los androides pueden tener hijos?

Esta vez el silencio sólo fué interrumpido por la voz del doctor Smith.

—Así es. Los datos, como bien puede suponerse, son muy contradictorios. Los que yo me propongo presentar han sido muy frecuentemente discutidos. La reacción provocada por mi declaración explica la razón. Es una cuestión sumamente importante, sobre la que todos deben tener una opinión formada. Lo más probable es que todos creamos lo que se nos dice.

Mientras seguía hablando, Alison observó a su marido. Al principio, Roderick se mantuvo indiferente. Luego demostró un débil interés en lo que



decía el médico, pero permaneció muy contrariado.

Las esperanzas de Alison renacieron.

—Hay un psicólogo en esta sala —indicó el doctor con suavidad—, que, sin duda, me hará muchas preguntas que no podré contestar. Yo no soy más psicólogo que cualquier otro médico clínico, pero antes de referirme a ciertos casos en particular, quisiera hacer una aclaración. Todo androide llega a adulto con la convicción de que es estéril. Eso es lo aceptado en nuestra civilización. Pero yo no creo que deba ser aceptado, y les diré porqué.

Nadie lo interrumpió. No era en absoluto teatral, pero no perdía tiempo.

Mencionó el caso de Betty Gordon Holbein, 178 años atrás. Nadie había oído hablar de Betty Gordon Holbein. El doctor dijo que había sido una mujer perteneciente a la raza humana. Cuando se recobró del shock, declaró que había sido violada por un androide. Este último fué linchado. Después del tiempo correspondiente,

la mujer dió a luz una criatura normal.

—Los expedientes están a disposición de quien quiera verlos —dijo el médico—. El caso suscitó gran interés e indignación, pero el nacimiento de la criatura pasó casi inadvertido. Hubo una fuerte inclinación a creer que la mujer había concebido después del incidente, porque aún entonces se sabía que los androides eran estériles.

Roderick se había puesto de pie.

Miró al juez, quien hizo un gesto de asentimiento.

—Mire, o usted está deformando el incidente para que sirva a los intereses de mi mujer, o esa mujer de la que usted habla...

—No puede preguntar al testigo si está cometiendo perjuicio —indicó el juez.

—¡Ello no me interesa! —gritó Roderick—. ¡Lo único que quiero saber es si lo que dice es cierto!

Todo el procedimiento era muy irregular; pero Alison sabía que él podía reaccionar en forma violenta e insultar al médico y al juez. Alison no

quería que eso ocurriera. Sus ojos encontraron los de él y dijo, lisa y llanamente:

—Es cierto, Roderick.
Roderick se sentó.

—Para que ustedes tengan una idea clara de las cosas —continuó el doctor—, deben recordar que en esa época se sometió a prueba a millones de androides, que éstos se casaban entre sí y tenían relaciones ilícitas con humanos, sin que se diera un solo caso de fertilidad. ¿O no había sido así?

Hacia aproximadamente un siglo, una joven androide fué encontrada en un bosque, casi moribunda. A su alrededor se veían las marcas de muchos pies. Estaba horriblemente mutilada. Logró conservar la vida, pero nunca recobró su equilibrio psíquico.

Y ella también tuvo un hijo.

Roderick volvió a ponerse de pie, visiblemente contrariado.

—No entiendo —dijo—. Si todo eso es verdad, ¿cómo es que nunca hemos oído hablar de esos casos?

El juez se disponía a intervenir, pero Roderick no le dió tiempo.

—El doctor y yo somos profesionales. Supongo que puedo hacerle una pregunta profesional, ¿no es verdad? Y bien, doctor.

Y el doctor continuó relatando la historia.

—Nadie se dió por enterado porque no hay nada más fácil que no creer en lo que uno no quiere creer. En este caso, esta mujer desconocida fué mutilada para que la marca androide

desapareciera. Sus huellas dactilares indicaban que era androide. Pero se anunció oficialmente que debía tratarse de un error y que, al tener un hijo, la mujer había demostrado su condición de humana.

Un siglo y medio atrás, una joven llamada Winnie (los androides habían comenzado a tener por lo menos un nombre de pila) tuvo un hijo y nuevamente se decidió que esta joven, que era lavandera, debió haber sido incluida por error entre los androides cuando era un bebé, pero en realidad, era humana.

Se descubrió una criatura muerta, enterrada en un jardín, y una pareja de androides fué interrogada por un tribunal con referencia al asunto. Pero puesto que eran androides, resulta imposible que la criatura pudiese ser de ellos, y fueron absueltos.

Roderick volvió a saltar.

—Si usted sabía todo eso —preguntó al doctor Smith—, ¿por qué mantuvo el secreto hasta ahora?

—Hace cinco años —respondió el testigo—, escribí un artículo sobre el asunto. Lo envié a todas las revistas médicas. Después de mucho tiempo una de esas revistas, quizás la menos importante decidió publicarlo. Recibí una media docena de cartas de personas interesadas en esos temas. Y no se volvió a hablar del asunto.

—Debemos admitir —agregó—, que ninguno de los casos que he mencionado puede aceptarse como una prue-

ba científica concluyente de que los androides pueden reproducirse. Los hechos han llegado a nuestros días de formados por gente que no creía en ellos. Pero...

—Pero —dijo Alison, unos pocos minutos más tarde, cuando el doctor Smith dió fin a su testimonio—, en vista de ello, no puede afirmarse que yo sé que no puedo tener un hijo. Sólo puede decirse que es bastante improbable; ¿será necesario que recurra a otros testigos para demostrar que el término medio de las mujeres humanas no tiene más posibilidades que una androide?

El juez Collier no dijo una palabra, de modo que Alison continuó:

—Cualquier persona que sepa algo sobre el actual porcentaje de natalidad podrá informarnos que son pocos los matrimonios que pueden tener hijos, pero aquellos que pueden, tienen muchos. Quisiera informarles de un nuevo punto muy importante. Entre humanos, el desconocimiento por parte de una mujer de que es estéril no es causal de divorcio. Pero lo es, si ella se ha sometido a una operación que le impide ser madre y oculta este hecho.

—Veo claramente cuáles son sus intenciones —dijo el juez—, y debo reconocer que su argumentación es sumamente ingeniosa. Continúe, por favor.

—Puesto que no me he sometido a una operación de ese tipo —dijo Alison—, y puedo probarlo, entiendo que no se me puede acusar, legalmente, de saber que no puedo tener hijos. Esa acusación no tendría validez.

—Para evitar tediosas referencias a numerosos precedentes —dijo el juez con evidente agrado—, puedo decir ahora mismo que la señora está en lo cierto. Al jurado corresponde decidir en este caso, pero puede decirse que la señora Liffcom ha dejado claramente establecido...

—Solicito un cuarto intermedio —dijo Roderick.

Se produjo un murmullo de sorpresa que, gradualmente, se extinguió. Tanto Alison como su esposo se habían puesto de pie y se miraban fijamente a través de la sala. Todos sintieron la intensidad de los sentimientos que los dominaban.

—El tribunal pasa a cuarto intermedio hasta mañana —se apresuró a decir el juez.

IX

CASI todos los diarios que mencionaban el caso Liffcom cometieron contumacia. Lo hicieron, quizá, con la seguridad de que siendo tantos, ninguno sería castigado por ello. Todos los comentaristas analizaron los pro y contra del juicio como si ellos también estuvieran declarando. La mayor parte del material casi ni tomaba en cuenta el problema androide en sí. Se manifestaban, más bien, a favor o en contra de las declaraciones de los testigos.

Uno de los periódicos manifestaba lisa y llanamente que la señora Liffcom era muy inteligente. Si una mujer de su capacidad se tomaba el trabajo de defender una situación, era porque se disponía a utilizar todos los recursos que tuviera a mano. Esto, por supuesto, no debía considerarse como una crítica a la señora Liffcom, a quien el diario admiraba enormemente. Todo lo que ella tenía que hacer era arrojar la sombra de una duda sobre la creencia en la esterilidad de los androides. Y eso, precisamente, era lo que había hecho.

Pero ello, declaraba enfáticamente el periódico, no demostraba que podían reproducirse.

Otro diario enfocaba el juicio desde otro punto de vista. Sostenía que la misma argumentación sería válida para el espiritismo, la telepatía, la exis-

!... Y NO en la ruleta! En un nuevo matadero de aves, en Wat-son, Inglaterra, se utiliza un baño de parafina para quitarles a aquéllas el mínimo rastro de plumas. Pasan menos de cinco minutos entre el sacrificio de un ave y su desplume total. De esta manera se tratan de 1.500 a 2.000 aves por día, que son luego clasificadas y envueltas individualmente en papel especial, y conservadas a 18° C bajo cero.

tencia de brujas... El doctor Smith, sin duda de buena fe, había cometido, sin embargo, varios errores. Era lógico que, puesto que no existía diferencia alguna entre ambos grupos, una mujer humana fuera tomada por una androide ocasionalmente. Era igualmente lógico que el error fuera descubierto al producirse la concepción, como en los casos citados por el doctor Smith.

Un tercer diario ofrecía a Alison un poderoso argumento para utilizar en el juicio. El doctor Smith había demostrado en forma concluyente que existía la posibilidad de que se produjeran errores. Alison debía citar esos casos y demostrar a su vez la posibilidad de que lo mismo podría suceder con respecto a ella misma... Si los métodos para certificar su origen androide no eran efectivos, el caso perdería su valor.

Sin embargo, el resto de la prensa prefería creer que había una posibilidad de que los androides pudieran producirse. ¿Por qué no?, preguntaba un periódico. Los androides no eran seres inferiores. Se puede dar calor a algo apretándolo contra el propio cuerpo... o haciendo una fogata. En la misma forma, los bebés podían desarrollarse en el cuerpo humano o en los laboratorios. Los resultados eran idénticos. No se explicaba de otra forma, ya que cuarenta años después, podrían ser sometidos a rigurosas pruebas, tratando solamente dos elementos para diferenciarlos: la marca "Made in U. S. A." y los archivos de huellas digitales.

Todos habían aceptado que los androides eran estériles porque se les había dicho que nunca habían tenido hijos. Ahora se les informaba que algunos androides se habían reproducido. ¿Dónde estaba la dificultad? Uno cree que se le han acabado los cigarrillos hasta que toma el paquete

ve que todavía queda uno. ¿Y qué hace uno entonces? ¿Dice que se le han terminado, y que por lo tanto eso que parece un cigarrillo no lo es, y lo tira?

Y casi todos los diarios, cualquiera fuera su punto de vista, planteaban la misma cuestión fundamental.

Era entonces factible, en teoría, que seres humanos fabricados artificialmente pudieran concebir. También era aceptable, en teoría, que no pudieran tener hijos.

X

SI usted no tiene inconveniente — dijo Roderick cortésmente, ya que estaba dispuesto a mostrarse amable, o así pensó Alison—, quisiera que éste se convirtiera en un tribunal de indagación. Aceptemos que Alison ha logrado defenderse exitosamente, argumentando que no puede acusársela en forma legal de saber que era estéril. Olvidemos el divorcio. Eso no es lo que importa ahora.

—Yo pensaba lo contrario —objetó el juez, sorprendido.

—Pero es evidente que lo que importa ahora —dijo Roderick con impaciencia—, es la declaración del doctor Smith. Analicemos las probabilidades que tiene Alison de ser madre.

—Me parece que un tribunal no es lugar apropiado para resolver esa cuestión —murmuró Alison. Pero, al mismo tiempo, una cálida ola de felicidad la inundó.

—Las mujeres siempre van de lo general a lo particular —respondió Roderick—. No me propongo resolver ahora si tendrás un hijo, sino, simplemente si es posible que lo tengas algún día.

El juez lo interrumpió con tono cortante:

—He sido demasiado indulgente. Insisto en exigir que se mantenga un

cierto orden en el tribunal. Roderick Liffcom, ¿retira su demanda?

—¿Y qué importa eso? Bueno, si no hay más remedio, primero tendría que hacer unas cuantas preguntas sencillas, como, por ejemplo, si Alison me ama todavía.

El juez no podía creer lo que oía.

—¿Y bien? —preguntó Roderick, mirando fijamente a Alison.

Alison sintió que su corazón estaba a punto de estallar.

—Si quieres una respuesta concreta —dijo—, sí.

—Bien —dijo Roderick, satisfecho—. Ahora podemos seguir adelante.

El juez Collier intentó interrumpirlo nuevamente, pero Roderick continuó:

—Escúcheme, ¿quiere que la verdad salga a la luz o no?

—Por supuesto que quiero, pero...

—Yo también. Déjeme hablar, entonces. He hecho lo posible por no perder el control, pero usted no me deja en paz. Alison ¿tienes inconveniente en declarar?

No cabía duda alguna: Roderick tenía una personalidad irresistible.

Cuando Alison se ubicó en el banquillo de los testigos, su esposo se volvió hacia el jurado:

—Les diré qué es lo que se me ha ocurrido —dijo amistosamente—. Todos nos preguntamos por qué algo tan simple ha ocurrido en tan pocos casos. Desgraciadamente, no se ha admitido hasta ahora que los androides puedan reproducirse, por lo tanto nunca había

oído hablar del asunto, ni tampoco, pude estudiar ese problema. Pero ahora que estoy en condiciones de hacerlo quisiera averiguar, puesto que los androides pueden tener hijos, que impide que los tengan.

Sin darse vuelta, extendió un brazo y apretó el hombro de su mujer.

—Aquí tenemos a Alison —prosiguió Roderick—. Tratemos de descubrir, si podemos, que le impide tener un hijo.

Alison se alegró de estar sentada. Tenía las rodillas tan flojas que no hubiera podido tenerse en pie. ¿Conservaría a Roderick a su lado o no? ¿Sería cierto que podía tener un hijo? ¡Un hijo de Roderick! La sala giró vertiginosamente ante sus ojos.

Después de unos instantes volvió a la realidad al sentir el brazo de Roderick alrededor de sus hombros y al escuchar su voz ansiosa, que le preguntaba si se sentía bien.

—Sí —dijo débilmente—. Lo siento, Roderick. Haré todo lo posible por ayudarte, pero, ¿crees realmente que resolveremos el problema?

—Soy psicólogo —le recordó él suavemente—, y puesto que nunca me has conocido en mi aspecto profesional, no tengo inconveniente en decirte que soy bastante eficiente. Quizás no resolvamos nuestro problema en forma inmediata, pero tenemos sesenta años para salir airosos.

Alison tenía clara noción de que el sitio no era apropiado, pero todo era tan absurdo, que un poco más de lo-

Terror atómico

EN una ciudad norteamericana se realizó hace poco un simulacro de bombardeo atómico; el alcalde, reloj en mano, se puso a controlar la evacuación de los 600 empleados de la municipalidad: tres minutos y medio. No está mal, por ser la primera vez... A la tarde, a la hora de salida de las oficinas, se le ocurrió tomar el tiempo que tardaban los mismos empleados en abandonar la para volver a sus casas: ¡en dos minutos no quedaba un alma!

cura no importaría demasiado. Levantó el rostro y unió sus labios a los de Roderick.

XI

LO que estoy tratando de encontrar debe figurar en la vida de todo androide, hombre o mujer —dijo Roderick—. No espero descubrirlo en seguida. Simplemente quiero que nos cuentes, Alison, todas las ocasiones que recuerdes en que tuviste clara conciencia de la diferencia, o en que te hicieron sentir que eras androide y no humana. Recuerda de tu pasado todo lo que puedas. Y, por favor —añadió con una inesperada sonrisa—, dirígete al juez. Esto debe ser tan impersonal como sea posible.

Alison trató de prepararse para la tarea. En realidad, no deseaba recordar el pasado. Quería mirar hacia el maravilloso futuro. Pero con un gran esfuerzo comenzó el relato:

—Crecí en el Asilo Androide de Nueva York —dijo—. Allí no había ninguna diferencia. Algunos de los chicos pensaban que sí la había. Recuerdo haber oído a algunos decir que hubieran sido más felices si fueran humanos. Pero en dos ocasiones me trasladaron al orfanato porque no había lugar en el Asilo, y allí tampoco sentí la menor diferencia.

En un Asilo lo más importante es poder ofrecerse en venta y ser aceptado. Si se es bastante inteligente y simpática, alguna de las parejas que acuden deseosas de adoptar una criatura la eligen y de esa forma se puede tener un hogar, seguridad y cariño. Pero yo no era demasiado simpática, y permanecí en el Asilo hasta los nueve años. Habían venido muchas parejas a llevarse otros chicos, pero nunca a mí, que llegué a la triste conclusión de que me quedaría allí hasta que fuera demasiado grande como para que

alguien me adoptara, y tendría que ganarme la vida, siempre sola.

Pero, un día, una de las hermanas me encontró llorando, ya no recuerdo por qué, y me dijo que no tenía motivos para llorar porque era inteligente y algún día sería una belleza y una mujer no podía desear nada más. Me miré en el espejo, pero me encontré igual que siempre. Sin embargo, la hermana debía saber lo que decía, porque una semana más tarde, una pareja me eligió.

La voz de Alison tembló y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Quien no lo haya experimentado no puede imaginarse lo que significa tener un hogar por primera vez a los nueve años —dijo—. Decir que hubiera dado la vida por mis nuevos padres es poco. Quizás sea eso lo que confundió a Roderick. Él sabía que por lo menos dos veces por mes yo visitaba a mis padres. No dudó ni por un instante que yo era su verdadera hija y por eso no me preguntó si era androide.

Por primera vez desde el comienzo de su relato, miró a su esposo. Roderick hizo un gesto de asentimiento.

—Continúa, Alison —dijo con dulzura—. Te estás portando magníficamente bien.

—En realidad, el mundo no es duro con los androides —insistió Alison—. Sólo muy ocasionalmente...

Alison se interrumpió, pero Roderick la instó a continuar.

—Sólo muy ocasionalmente ¿qué?

Pero Alison ya no estaba allí. Su mente había retrocedido once años.

XII

ALISON sabía todo lo referente a ese desagradable período en que ella dejaría de ser una criatura y se convertiría en una mujer. Pero nunca había pensado que sería tan rápi-

do como para concluir antes de que ella estuviera lista para iniciarlo.

Hacía un tiempo que no dormía bien, pero era tan sana y tenía tantas reservas de energía que no se demacraba, y por primera vez sus padres adoptivos le fallaron. Aunque Alison nunca lo admitiera, todo hubiera sido más fácil si Susan hubiera hablado con ella y si Roger, sin decir una palabra, le hubiera hecho sentir que estaba al tanto de todo.

Un día salió a caminar, cosa que hacía frecuentemente para cansarse y dormir mejor, y se encontró, al cruzar el bosque, con un grupo de muchachones de su misma edad. Conocía de vista a uno de ellos, Bob Thomson, y sabía que el jefe del grupo era Harry Hewitt, el mayor de todos. Ignoraba si eran androides o no, pues nunca se había planteado la pregunta. Y tampoco pensaba que su propio origen tuviera mayor importancia. Al pasar entre ellos, oyó que silbaban y que le clavaban los ojos y, a pesar suyo, se ruborizó.

Observó que Bob Thomson le susurraba algo a Harry Hewitt y que éste gritaba:

—¡Con que androide! ¡Androide! ¡Qué bueno!

El muchacho se colocó frente a ella, cerrándole el paso.

—¡Qué linda androide! —dijo en voz bien alta, tratando de lucirse frente a su público—. Te he visto antes, pero pensé que eras una chica, simplemente. Quitate la blusa, androide.

Hubo un movimiento de sorpresa en el grupo, y alguien trató de disuadir a Hewitt.

—¡Oh, está bien! —dijo éste—. Es una androide. No tiene padres, los de ella la adoptaron para hacer creer que pueden tener hijos.

Alison miraba de un lado a otro, como un animal acorralado.

—Los humanos disponemos de nues-

tros actos y podemos hacer lo que queremos con los androides —informó Hewitt a sus indecisos compañeros—. ¿No lo sabían? —Se volvió hacia Alison—. Pero primero debemos asegurarnos de que realmente es androide. Sujétala, Butch.

Dos manos fuertes sujetaron a Alison por las caderas. Alison pateó y luchó, mientras su corazón martillaba enloquecido, pero Butch era fuerte. Otros dos muchachos le sujetaron los brazos. Con gran cuidado, y alentado por las groserías de los demás, Hewitt le abrió la blusa a la altura de la cintura.

—Made in U. S. A. —dijo satisfecho—. Ahora estamos seguros.

En contraste con su actitud anterior, cautelosa y prudente, le arrancó la blusa de un tirón. Alguien, desde atrás, la sujetó por la cintura y Alison se sintió desfallecer.

—¡No! ¡No! —gritó Hewitt, con fingida alarma—. No debes hacer eso, sin su permiso. Hasta los androides tienen ciertos derechos. O, por lo menos, si no los tienen, debemos ser bien educados y hacer como si los tuvieran. Androide, di que podemos hacer contigo lo que nos dé la gana.

—¡No! —gritó Alison.

—Es una lástima. Haz lo que quieras, Butch.

Las toscas manos apretaron sus costillas y le lastimaron la piel.

Alison luchó y se retorció salvajemente.

—¡Quédate quieta! —ordenó Hewitt. Hablaba con mucha suavidad, pero su rostro expresaba una alegría brutal. Sacó un cortaplumas, lo abrió y apoyó la punta de la filosa hoja sobre el vientre de Alison. Ésta inspiró profundamente, pero la hoja se hundió aún más, lastimándola.

—Dinos que podemos hacer contigo lo que se nos dé la gana, androide.

La hoja se hundió otro poco. Una diminuta gota roja apareció sobre la piel. Alison no pudo soportarlo más.

—¡Pueden hacer lo que quieran conmigo! —exclamó.

Las manos de Butch se aferraron cruelmente a la cintura de Alison. Pero alguien más había oído su grito. Y cuando ya había perdido toda esperanza, se oyeron unos pasos.

—¡Demonios! —dijo Hewitt— siempre tiene que venir alguien a arruinarlo todo. ¡Hay que disparar, muchachos!

Alison se encontró sola. Sujetó sus ropas desgarradas y se dió vuelta, rebotando gratitud. Un hombre y una mujer se hallaban a pocos pasos de ella. La mujer era joven y estaba embarazada. Los dos eran humanos. Alison abrió la boca para agradecerle, para explicarles, para llorar.

Pero ellos la miraban como si fuera un insecto desagradable.

—¡Tenía que ser una androide! —dijo el hombre, con disgusto.

—Es casi una niña —comentó la mujer— y ya haciendo estas cosas.

—Me parece que le voy a dar una buena paliza —prosiguió el hombre—. No creo que le cause ningún efecto, pero...

Alison rompió a llorar y salió corriendo hacia los arbustos. Ni siquiera esperó a ver si el hombre la seguía. Las ramas y las espinas rasguñaron su piel. Se enganchó con la pollera y cayó de bruces sobre un arbusto espinoso. Sin atinar a levantarse, descompuesta y sin aliento, esperó a que el hombre viniese a castigarla.

Tenía las piernas, los brazos y los hombros cubiertos de arañazos y un largo cardenal sobre las costillas, producido por una rama que la había golpeado como un látigo. Pero todo eso no importaba. Una retorcida raíz se le incrustaba en un costado, pero eso tampoco importaba. Nada importaba. ¿Por qué nadie le había dicho antes que era un ser inferior? Y, sin embargo, lo había sabido siempre.

Más tarde comprendió por qué la pareja humana, que seguramente se había dado cuenta de lo que pasaba, le dijo esas cosas. Tenían o estaban por tener un hijo. Odiaban a todos los androides. Los androides eran sus enemigos y los enemigos de sus hijos.

Pero, en ese momento, se quedó tendida, esperando indefensa e incapaz de razonar. El hombre la golpearía, Susan y Roger la despreciarían, y ella nunca volvería a ser feliz.

XIII

MIS padres nunca se enteraron de lo ocurrido —dijo Alison—. Me escondí entre los arbustos hasta que se hizo de noche y luego regresé a casa. Entré a mi cuarto por la ventana y les hice creer que estaba allí desde hacía horas.

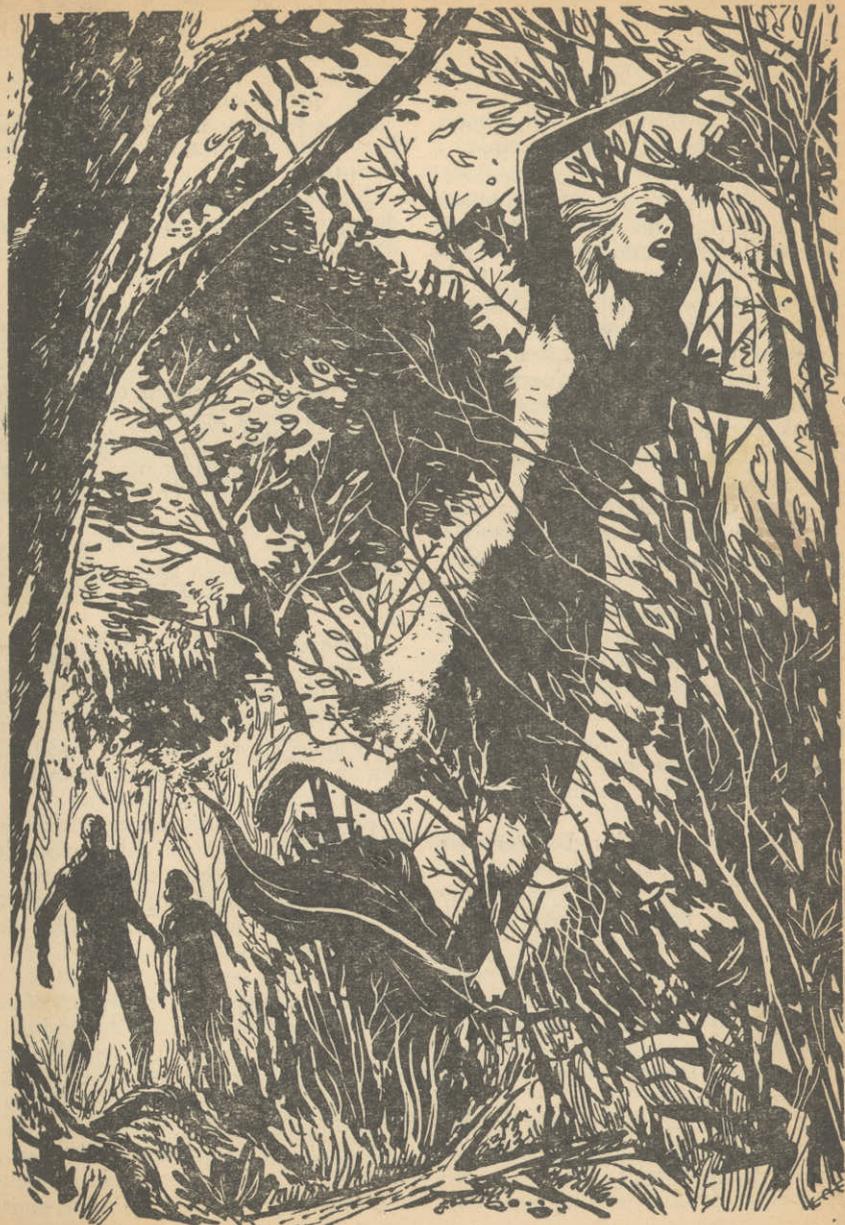
—¿Por qué no se lo contaste a nadie? —preguntó Roderick.

Alison se encogió de hombros.

—Me pareció un pequeño incidente que me concernía tan solo a mí. En cuanto tuve tiempo de reflexionar llegué a la conclusión de que mis pa-

Hijos artificiales

SEGÚN estadísticas recientes, en Australia hay de 5.000 a 6.000 niños nacidos gracias a la inseminación artificial. El hecho es por demás sorprendente, dado que se trata de uno de los lugares del globo en que el número de mujeres es relativamente menor.



dres se enojarían, pero no conmigo. Pensé que sería mejor no decir nada a nadie. En realidad, todo el asunto fué bastante trivial, ¿no es así?

—¿Y qué pasó con el hombre que quería darte una paliza?

—Nunca lo volví a ver. Mi primera paliza la recibí dos años más tarde.

—Espera un momento —dijo Roderick—. Tú dijiste que aún entonces sabías que eras un ser inferior, que siempre lo habías sabido, pero que ésa era la primera vez que alguien te lo demostraba. ¿Cómo sabías? ¿Quién te lo dijo? ¿Cuándo? ¿Dónde?

Alison trató de recordar. Era evidente que hacía verdaderos esfuerzos para ayudarse así en la medida de sus fuerzas al total esclarecimiento de su situación. Pero tuvo que contestar que lo ignoraba.

—Muy bien —dijo Roderick, como si no tuviera la menor importancia—. ¿Qué fué lo que pasó dos años después?

—Quizás le esté dando demasiada trascendencia a estos pequeños incidentes —se disculpó Alison—. Por cierto que ocurrieron. Pero cuando digo "dos años", no deben olvidar que durante ese lapso no pasó nada, ni me dijeron nada, que me recordara que soy una androide y no un ser humano.

—Más o menos a los dieciséis años me convertí en una excelente jugadora de tennis. Hacía mucho tiempo que lo practicaba, pero, así como los mejores jugadores atraviesan por malas rachas, yo mejoré increíblemente en muy poco tiempo. Me hice socia de un club y me eligieron para jugar en un torneo muy importante. Jugué singles y dobles mixtos. Gané casi todos los partidos.

Al finalizar el último partido, mi compañera me dijo que me necesitaban en los vestuarios. Noté algo extraño en su actitud, pero no pude con-

cretar esa sensación. Pensé que había violado alguna regla del juego, o que me había equivocado de partido, o que me había olvidado de hacer tres reverencias hacia el poniente... , ustedes saben cómo son esos clubes.

—No, no sabemos —dijo el juez Collier—. No sabemos nada, ¿recuerda? Cuéntenos.

Inesperadamente, recibió una mirada aprobadora del imperturbable Roderick.

XIV

ALISON sonrió tímidamente mientras seguía a Verónica. Por lo general no era nerviosa ni tímida; y pocas veces sentía aprensión. Experimentaba curiosidad, naturalmente, por conocer las verdaderas causas de esa actitud. ¿La habrían confundido con otra persona? ¿Habrían robado algo y pensaban que élla era la ladrona? ¿Habrían inspeccionado su raqueta y descubierto que tenía dos centímetros de más?

Todo el equipo la esperaba a la entrada de los vestuarios. Estaban muy serios. Ni aún entonces se le ocurrió que la reunión tenía algo que ver con su condición de androide. Sólo una vez en su vida había tenido la evidencia de que era un ser inferior.

Pero de eso precisamente se trataba. Bob Walton, capitán del equipo, le dijo gravemente que sus adversarios, luego de su derrota, los habían acusado de utilizar jugadores androides para reforzar el equipo.

Alison rió:

—Eso es nuevo. Ya no saben cómo justificar su derrota. Yo misma he usado ese tipo de excusas: que la luz era mala, que el árbitro era loco, que la gente se movía demasiado, que la red estaba demasiado alta. Pero nunca que la inclusión de androides era la causa. Los androides son como todo el mundo, buenos y malos jugadores de tennis.

El campeón de singles es androide, pero la campeona humana. Ustedes lo saben tan bien como yo. Lo mismo podrían quejarse porque incluimos jugadores altos, o bajos, o flacos.

La tensión se aflojó.

—Discúlpanos, Alison —dijo Walton—. Es que nosotros creíamos que eras androide.

Alison frunció el ceño:

—¿Qué es lo que les pasa? Es claro que soy androide. No lo dije antes porque nadie me lo preguntó.

—Nosotros supusimos —dijo Walton fríamente— que tú sabías... y seguramente era así. No se admiten androides en la Liga Ateniense de tennis. Hemos tratado de que por lo menos este grupo se mantenga puro.

Miró a sus dos compañeros de equipo y les hizo una señal. Sin decir una palabra, los tres abandonaron la habitación.

Alison, sola frente a sus tres compañeras, a una de las cuales había desplazado del equipo, las miró exasperada.

—Todo esto es una tontería —dijo—. Si quieren tener una Liga exclusivamente humana, allá ustedes, pero lo menos que podrían hacer es poner un

letrero bien visible para evitar inconvenientes. Yo no sabía que ustedes...

—No nos importa si sabías o no —dijo Verónica con dureza, la misma Verónica que había reído, charlado y compartido tantos triunfos con Alison—. Vamos a hacer que nunca lo olvides.

Se le acercaron lentamente. No había duda: se avecinaba una lucha. A Alison no le importaba. Su puño chocó contra las costillas de Verónica, a quien envió rodando contra la pared. Pensó que le destrozarían la ropa, ya que con una androide todo estaba permitido. Pero la escena no tenía ninguna semejanza con la que le había ocurrido en el bosque. Ésta era una lucha limpia y abierta. Los hombres se habían retirado, como correspondía, y en lugar de media docena de muchachones con navajas, había tres chicas.

Alison peleó duramente, pero con limpieza. Pensaba que si su actitud no era limpia, se acrecentaría el odio de sus enemigas. Para hacerles justicia, ellas tampoco apelaron a ruindades. No les importaba herirla, pero no trataron de lastimarle la cara, ni usaron las uñas ni le tiraron del cabello.

Insectos y aviones

UNA y otra vez el hombre ha resuelto complicados problemas técnicos volviendo humildemente la cabeza y observando cómo se las arreglan los animales. Uno de los últimos desarrollos en el terreno de los giróscopos se basa justamente en la dinámica de vuelo de los insectos Díptera. Aunque los giróscopos no constituyen ninguna novedad en el arte de mantener la estabilidad, un tipo especial de éstos, el Girotrón, tiene habilidades particulares con respecto a giros y desplazamientos laterales que constituyen toda una revolución. Dicha revolución se obtuvo estudiando el funcionamiento del par de alas traseras de los insectos mencionados, cuyo objeto es exactamente análogo al que cumplirá el Girotrón en la aviación de alta velocidad. ¡Y quién sabe todavía si las astronaves intergalácticas del futuro no deberán su estabilidad a las alas vestigiales de una mosquita terrestre.

MADE IN U. S. A.

Alison demostró ser una excelente luchadora; pero, en igualdad de condiciones, tres son siempre más fuertes que una. La pusieron boca abajo sobre el piso. Una de las jóvenes se sentó sobre los pierns y otra sobre los hombros de Alison, mientras la tercera la golpeaba con una raqueta.

No era ninguna broma. Alison no se hubiera quejado aunque hubiese resultado aun peor, pero cuando la dejaron sola, sintió una gran compasión por ella y por las demás.

Se puso de pie y se sacudió la ropa. El piso estaba limpio y el espejo le demostró que no presentaba señales de la lucha que se había desarrollado. En realidad, tenía mejor aspecto que las tres jóvenes que la habían castigado.

Aunque su indignación no había pasado, pudo sonreír filosóficamente al pensar que las superaba en belleza y en destreza como jugadora. Incluso podía pensar, como consuelo, que estaban celosas y le tenían envidia. Probablemente, ése era el verdadero motivo.

Estaba espiritualmente herida, pero no tenía ninguna lastimadura. Y hasta podía entender el punto de vista de las demás.

—¿CUAL era ese punto de vista? —preguntó Roderick.

—Bueno, ellas eran humanas y eran snobs. Creo que hubieran admitido su snobismo si se les hubiera insinuado discretamente. Se trataba de una institución privada...

—Y era muy lógico —sugirió Roderick— que quisieran excluir a los androides, que son seres inferiores.

—No, no es exactamente así —protestó Alison, riendo—. En realidad yo no creo...

Se interrumpió.

—¿Sólo algunas veces? —insistió Roderick—. ¿O con una parte de ti, mientras la otra sabe perfectamente que un

androide vale tanto como un humano? Alison se estremeció:

—Siento algo muy extraño, como si me encerrarán en una trampa.

—Así se siente siempre la gente —dijo Roderick— antes de decidir que no hay motivos para sentirse aterrizados ante una araña, o cualquier otra cosa que les inspire terror.

El silencio más absoluto reinaba en la sala. Había algo en la eficiencia profesional de Roderick y en la decisión de Alison de ayudarlo que cualquier interrupción hubiera sido inoperante.

—No me queda mucho por contar —dijo Alison—. Encontré trabajo, no porque lo necesitara, sino porque quería trabajar. En una agencia de publicidad. Todos sabían que era androide, y me pagaban lo mismo que a cualquier otro.

Pero luego observé algo: nunca se reconocían mis méritos. Cuando se me ocurría una buena idea, se ingeniaban para atribuírsela a otro. Se creó una situación muy curiosa. Yo era una simple empleaducha, sin ninguna autoridad, pero se me daban tareas de responsabilidad y no me retribuían en la misma medida.

Comencé a trabajar en otra agencia, donde todo era muy distinto. También allí sabían que era androide, pero a nadie pareció importarle. Cuando hacía las cosas bien, me ascendían. Cuando cometía un error, el jefe me insultaba y decía que era una tonta y una cabeza de chorlito y una incompetente y otras cosas que prefiero no repetir aquí.

Pero nunca se le ocurrió insultarme diciéndome que era una androide. Y no creo que él mismo fuera androide.

Más tarde ingresé en una sociedad teatral, pero no fué una buena elección. No les importaba que fuera androide. Me daban papeles de importancia. Pero les parecía muy natural

que las chicas humanas no quisieran compartir su camarín conmigo y otra chica androide. Cuando actuábamos en teatros pequeños, ella y yo teníamos que cambiarnos entre bastidores.

Hubo muchísimos pequeños incidentes de este tipo que aumentaron a medida que fuí creciendo, no porque se acentuaran los prejuicios, sino porque fuí ascendiendo en la escala social. En círculos donde ya es una desventaja no haber ido a Harvard o a Yale, ser androide, además, es algo muy serio.

Entonces se promulgó la ley que autoriza a los androides a no admitir obligatoriamente su condición. No sé qué habrán hecho los de la Liga Ateniense de Tenis al respecto. Por entonces yo vivía en Everton y todos sabían que era androide. Hay tantos humanos como androides. Uno puede ser el único androide en un grupo... o el único humano.

—Y luego conocí a Roderick.

—Creo —dijo Roderick— que podemos dejar las cosas ahí. —Se volvió hacia el juez— Retiro mi acusación. Creo haber aclarado ese detalle hace ya un rato.

Tomó a Alison del brazo. —Vámonos, amor.

Otra vez se produjo un tremendo alboroto. Debe haber sido uno de los juicios más tranquilos y más escandalosos del siglo. El juez se puso de pie y comenzó a moverse de un lado al otro, impaciente y enojado.

—No pueden irse así —gritó—. No hemos terminado..., no sabemos...

—No hay nada más que pueda hacer aquí —dijo Roderick. Vaciló un instante, mientras el clamor crecía—. Muy bien —prosiguió, levantando la voz—. Pero no se puede explicar a la gente sus propios problemas. Hay que lograr que ellos mismos nos expliquen, y se expliquen, cada uno de los moti-

vos que los mueven a hacer cosas extrañas o anormales.

Sacó un llavero del bolsillo y se lo entregó a Alison.

—Espérame en el auto, querida.

Alison salió, atónita.

—Tendré que ocultarle los diarios durante un par de días —dijo Roderick, como para sí mismo—. Después ya no importará. —Devolvió su atención al tribunal—. Muy bien, entonces, escuchen. Si estoy en lo cierto, he descubierto algo que estuvo delante de nuestros ojos durante doscientos años, y nadie vió. No diré que lo descubrí en cinco minutos. He estado trabajando intensamente durante las últimas veinticuatro horas, con la ayuda de muchas historias de pacientes androides.

—¿Me van a escuchar o no? —gritó impaciente, a medida que la charla del público asistente al juicio se hacía más ruidosa—. Yo no quiero decirles todo esto. Quiero reunirme con mi mujer. Ustedes la han visto. ¿No querían hacer lo mismo en mi caso?

La sala se tranquilizó.

—Consideremos por ahora la esterilidad humana —dijo Roderick—. Como pueden imaginarse, es en parte física y en parte psíquica. Como psicólogo, he curado casos de esterilidad que en la mayoría de los casos era consecuencia de una neurosis, y no de inconvenientes fisiológicos. Esas personas no tuvieron y no tienen hijos porque, debido a alguna conclusión inconsciente a que han arribado, no los quieren, o sienten que no deben tenerlos o están seguros de que son estériles.

Pero ésos son sólo algunos casos. Otros vienen a mí en consulta y descubren que su dolencia no tiene raíces psíquicas.

Se me ocurre ahora que todos los androides son psíquicamente estériles. La esterilidad ha afectado gravemente

el ciclo de reproducción humana, pero ¿en qué forma afectó a los andróides? Si un andróide puede reproducirse, todos pueden. A menos que ellos, como algunos humanos, hayan llegado a conclusiones inconscientes en el sentido de que los andróides no pueden o no deben tener hijos.

Y ahora sabemos que eso es lo que ha pasado con casi todos.

Su voz se volvió más grave, y cuando Roderick hablaba así era para decir cosas importantes, y la gente lo escuchaba. No se oía un solo murmullo.

—Creo que si hiciéramos ahora una encuesta para averiguar quiénes son los que continúan negando apasionada, honesta y sinceramente, que los andróides son estériles, descubriríamos que los más apasionados, los más honestos y los más sinceros son andróides. Si analizamos el pasado, descubriremos lo mismo. ¿No es significativo que fuera un médico humano el que declarara públicamente que los andróides no son estériles?

En cada andróide existe el axioma psicológico de que un andróide debe ser inferior a un humano para sobrevivir. Ésa es la respuesta. Los andróides no recurren a mí para que los cure, porque no quieren curarse. Saben que es vital para ellos. Con la parte más consciente de su cerebro, pueden pensar exactamente lo contrario, pero eso no pesa cuando nos enfrentamos con un problema como éste.

Y hace ya mucho tiempo, y sin saberlo, los andróides descubrieron su mejor defensa. No constituirían una amenaza al no poder reproducirse. Serían inferiores, como correspondía, si eran estériles. Se les permitiría existir con la condición de no tener hijos. Los andróides podrían competir con los humanos en otros terrenos, siempre y cuando no se reprodujeran.

Cuando observó los rostros de los

ocupantes de la sala, comprobó que estaba en lo cierto. Por primera vez era posible distinguir a los andróides de los humanos a simple vista. La mitad del público se mostraba interesada, aburrida, divertida, indiferente o pensativa: los humanos. La otra mitad estaba furiosa, asustada, avergonzada, resentida, salvajemente excitada o con los ojos llenos de lágrimas... porque Roderick había destruido las mismas bases de su mundo.

—Tengo muchas esperanzas en lo que respecta a Alison —indicó suavemente—, porque fué ella quien trajo al doctor Smith. ¿Comprenden lo que eso significa? Ni un andróide entre mil lo hubiera hecho. Debe quererme mucho... pero eso no es asunto de ustedes.

Roderick abandonó la sala. Nadie trató de detenerlo esta vez. En la puerta, se detuvo.

—Cuando nazca el primer niño andróide y sea reconocido —observó—, significará que a pesar de las muchas pruebas y desastres que tendrá que enfrentar la humanidad, la raza humana no ha de extinguirse. Por que... y creo que todos podemos reflexionar un poquito sobre esto... los hijos de andróides no pueden ser andróides, ¿no es verdad?

XVII

Roderick manejaba. Por lo general era Alison quien lo hacía cuando salían a pasear en auto, pero estaban tácitamente de acuerdo en que Roderick tendría que encargarse de casi todo durante un tiempo.

—Ambos ganamos —dijo Alison, feliz—. Es decir, habremos ganado cuando llegue el pequeño Roderick.

—¿Crees que llegará? —preguntó Roderick, con su inconfundible tono profesional.

—No estoy segura. Me gustaría sa-

ber qué dijiste en el tribunal. Supongo que no puedo preguntar.

—No hay inconveniente en que lo sepas. Pero descúbrelo por ti misma. Guiándote por lo que sientes. Yo te ayudaré.

—Creo —musitó Alison— que tiene algo que ver con el doctor Smith.

—¿Por qué?

—Porque sentí algo muy raro cuando recordé que había oído hablar de él y de su teoría de que los andróides podían tener hijos. Algo parecido a lo que sentí cuando Hewitt me apoyó la navaja en el estómago, sólo que...

—Rió nerviosamente — esta vez era como si yo misma empuñara la navaja, y tuviera que arrancar algo, sin poderlo hacerlo.

Roderick dobló en la esquina y tomó por la calle donde vivían.

—Esto no es demasiado profesional —dijo, sin poder disimular su júbilo—, pero no creo que te haga daño, Alison. Habrá un pequeño Roderick. Pero no porque yo lo haya decidido. Tú

lo decidiste. Y no te destruirá. Y... mi Dios ha de quererlo también.

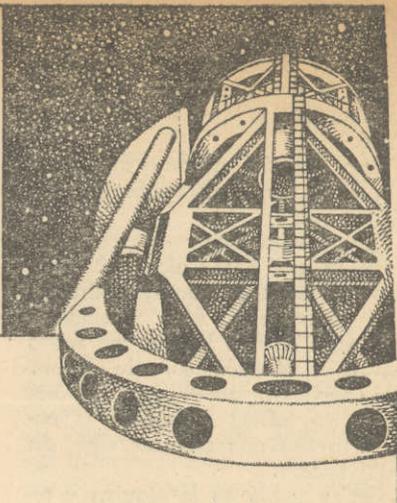
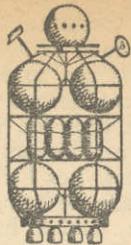
Centellearon decenas de cámaras cuando Roderick Liffcom cruzó el umbral con su esposa en los brazos. Los fotógrafos no habían tenido necesidad de seguirlos, porque sabían dónde vivían. Les sacaron docenas de instantáneas. Los Liffcom proporcionaban noticias de primera plana. Sus nombres se habían hecho universalmente famosos.

Roderick era lo suficientemente alto y fuerte como para manejar los cincuenta y cinco kilos que pesaba su mujer, como si fuera una pluma. La llevaba en sus brazos como si fuera una pieza de finísimo cristal que se podía quebrar con el menor movimiento brusco.

Alison se refugiaba en sus brazos como un gatito, los ojos semicerrados en éxtasis y los brazos alrededor de su cuello.

Al atravesar el umbral, dieron comienzo a una historia. Pero, seamos originales y llamémosle final.

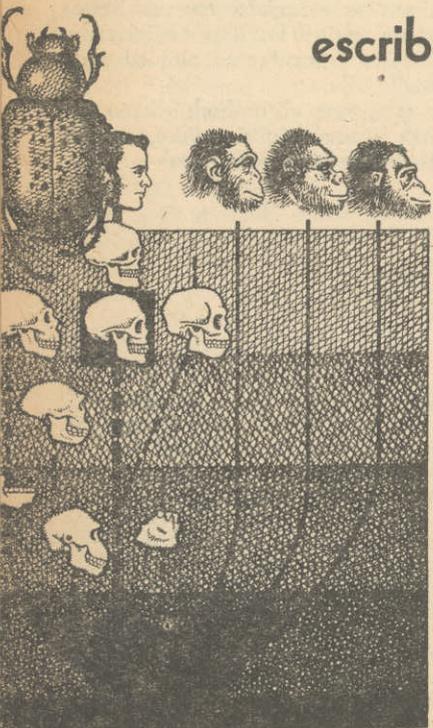
Uno de los principales obstáculos para alcanzar grandes velocidades con los aviones modernos es que alguna vez tienen que aterrizar. Lo cierto es que cuanto mayor es la velocidad de vuelo, mayor es la de aterrizaje, haciéndose necesarios cada vez aeródromos más grandes, con los consiguientes gastos de construcción y mantenimiento. Además, el tren de aterrizaje tiene alrededor del 5 % del peso total del avión, cosa que no es de despreciar. Los franceses acaban de resolver el problema en su nuevo avión "Baroudeur" S. E. 5.000, a retropropulsión, suprimiendo lisa y llanamente el tren de aterrizaje. El avión despega apoyado en un carrito de tres ruedas, movido por cohetes, que queda en tierra una vez que el aparato ha alcanzado su velocidad de vuelo. Para aterrizar, éste se vale de un par de patines parecidos a esquíes, que han demostrado su utilidad tanto sobre cemento armado como sobre hierba y arena, con la ventaja de que bastan mil metros de recorrido para que el avión quede frenado.



escribe

WILLY LEY

LAS EDADES GLACIALES



ESTAMOS ya entrando en la estación apropiada para discutir un problema que en el peor de los casos promete refrigerar un poco el ambiente. Se trata del tema LAS EDADES GLACIALES, o más específicamente de las causas de las grandes glaciaciones que, como sabemos ahora, sepultaron en un tiempo enormes porciones de suelo norteamericano y europeo bajo miles de metros de hielo glacial.

No hay probablemente ningún otro

problema en el reino de la Historia Natural acerca del cual tanta gente haya escrito tanto con tan poco éxito. Ni tampoco hay otro para el cual se hayan intentado tantas "explicaciones". Si se quiere entender la historia de estas hipótesis hay que empezar por recordar que las primeras trazas de la Edad Glacial se hallaron en Europa.

Desde el principio de los siglos, el hombre común no pudo dejar de notar que la llanura chata y arenosa del norte de Europa (al norte de los Alpes y al este del Rin) estaba casi por todas partes sembrada de cantos rodados pequeños, medianos y grandes. Exceptuando algunas leyendas locales que atribuían todo el crédito de la cuestión al mismísimo Satanás y un par de demonios más, su origen permaneció rodeado del más profundo misterio, hasta que el inglés Charles Lyell, padre de la geología moderna, propuso una ingeniosa explicación. "Dicha llanura —afirmó— fué inundada en una época por un mar poco profundo, que empujó hacia el sur enormes témpanos, los cuales a su vez trajeron en su interior los cantos rodados".

Algunos geólogos no quedaron muy convencidos con la explicación, ya que ésta no daba cuenta de todos los hechos observados. En Suiza, por ejemplo, los ventisqueros habían sido mucho más grandes en algún momento del pasado. Y había otras indicaciones que apuntaban más al hielo que al agua. Con todo, el mar de Lyell era la solución más fácil, y la idea se mantuvo hasta que el presidente de la Sociedad Geológica Sueca, Otto Martin Torell, la desacreditó en 1875.

Mientras tanto, aquellos que estaban más a favor del hielo que del agua, trataron de explicar el hielo. A decir verdad, el término Edad Glacial ya había sido acuñado, si bien tan sólo en un poema escrito por un geólogo llamado Schimper. Al principio las co-

sas parecían muy sencillas: quizá la conexión terrestre entre Norte y Sudamérica se había roto en la época en que Europa tuvo sus grandes glaciares. Abierto el istmo de Panamá, la corriente del golfo de México se habría volcado en el Pacífico, y a Europa no le habría quedado otro remedio que congelarse. Pero la idea se arruinó en seguida con la llegada de informes desde Norteamérica, que anunciaban en pocas palabras que allí también habían habido glaciaciones.

PARECÍA como si toda la Tierra en conjunto se hubiera enfriado temporalmente, y la consecuencia lógica fué un racimo de teorías con fundamentos astronómicos. Evidentemente, si todo el planeta había sufrido calamidades, la causa tenía que estar en algún lugar del espacio.

Durante un tiempo se pusieron de moda los razonamientos del doctor Eugene Dubois, médico holandés que había entrado al servicio colonial para poder ir a las Indias Orientales, donde tenía pensado descubrir al antecesor del Hombre (en realidad encontró el *Pithecanthropus erectus*).

Partía del hecho de que toda nuestra energía provenía del Sol, y seguía razonando así: "El Sol es una estrella como cualquier otra. Basta echar una mirada al cielo, cualquiera de estas noches, para notar que hay estrellas azules, probablemente las más calientes; amarillas, como la nuestra; y rojas. Y cualquier fotografía de nuestro Sol muestra que éste está envejeciendo. Ahí están las manchas solares, presagios de la fase roja. Por el momento son relativamente pocas, pero a medida que el Sol se vaya poniendo viejo, aumentarán en número. Muy posiblemente habrá habido más en el pasado, y ésa fué la época de la Edad Glacial. Como las últimas investigaciones lo han demostrado, la Edad Glacial está

constituída por una serie de cuatro o quizá cinco glaciaciones, separadas por periodos interglaciales. Por razones aún desconocidas, el Sol recuperó parte de su energía; pero, debido a que estamos evidentemente en un período interglacial, se oscurecerá nuevamente, y el hielo vendrá de nuevo".

Todo esto era muy impresionante y sombrío. El doctor Dubois no tenía la culpa de que la astronomía estelar estuviera en su infancia, y que en 1893, cuando apareció su libro, nadie supiera nada de energía atómica. Ahora sabemos que las calurosas estrellas azules no son las más jóvenes, sino relativamente viejas, y que las rojas, o por lo menos las gigantes rojas, todavía no han comenzado a contraerse. Y si bien no conocemos la causa de las manchas solares, estamos seguros que no son signo de vejez.

Lo que en realidad desacreditó la teoría de Dubois, aun antes de que se descubriera la energía atómica, fué el descubrimiento geológico de que la llamada Edad Glacial no había sido la primera glaciación. Había habido otra durante el período pérmico, seguida por los 250 millones de años del triásico, jurásico y cretáceo y la era terciaria, todos ellos lo suficientemente cálidos como para que crecieran corales en el mar del Norte y palmeras en la península de Labrador. Y todavía mucho más atrás, antes del cambriano, había habido otra glaciación, en la época en que la vida todavía no había salido de los océanos. Si el Sol hubiera sido bastante "rojo" durante el período pérmico, como para permitir una glaciación, y luego se hubiese "recobrado" durante un período tan largo, había conceptualmente algo que andaba mal con todo el concepto.

No es que no hubiere gente que tratase de salvar la teoría por medio de otra teoría astronómica todavía más equivocada. Algunos astrónomos creían,

en ese entonces, que el espacio interplanetario no estaba completamente vacío. Los astrónomos modernos dicen lo mismo, pero en realidad están pensando en otra cosa. Por aquella época la idea era que había una resistencia en el espacio lo suficientemente fuerte como para retardar los planetas. Al mismo tiempo se creía también que el Sol renovaba su energía mediante una contracción lenta, ayudada por un bombardeo constante de meteoritos.

Juntando las dos ideas con objeto de explicar las glaciaciones de los períodos precambriano y pérmico, así como también la más reciente, se obtuvo el siguiente cuadro:

El Sol extraía su energía tanto de la contracción como del bombardeo de meteoritos, pero eso no alcanzaba para equilibrar el presupuesto. Perdiendo más energía de la que recibía, el Sol se volvía lentamente cada vez más rojo. Sobre la Tierra, y presumiblemente sobre los otros planetas también, la consecuencia era una Edad Glacial. Pero, justamente en esa época, el planeta más cercano al Sol había achicado tanto su órbita, debido al rozamiento con los gases del espacio, que había terminado por dar contra la superficie solar. Tal cosa significaba naturalmente el fin del planeta, pero su masa comparativamente grande añadió tanta energía al Sol que éste recuperó todo su amarillo esplendor.

La caída del planeta interior de turno, decía la teoría, había salvado ya tres veces al Sol y al resto de los planetas. La próxima vez, era Mercurio el señalado para el sacrificio. Y detrás de él llegaría Venus, y después la Tierra, para terminar con alguna Edad Glacial en Marte.

El relato era espantosamente dramático, y además completamente falso.

Ahora bien, no es obligatorio pensar que uno siente menos calor porque la estufa se está apagando. También

podría suceder que uno se hubiera alejado de ella o que hubieran colocado una pantalla intermedia. En términos astronómicos destinados a explicar la Edad Glacial, la primera teoría pretendía que la órbita terrestre había cambiado. Actualmente la órbita de la Tierra es un círculo casi perfecto. ¿Qué sucedería si fuera una elipse más excéntrica? De acuerdo con la segunda ley de Képler acerca del movimiento de los planetas, en una órbita muy elíptica la Tierra se movería muy rápido cuando se encontrara cerca del Sol y mucho más despacio cuando estuviera lejos. Esto significaría veranos cortos y calurosos e inviernos largos y fríos; y también una glaciación, ya que el verano sería demasiado corto para poder fundir completamente el hielo acumulado durante los meses de invierno.

De aquí habría que concluir que la Tierra había recorrido alternadamente órbitas excéntricas y circulares y que la variación había sucedido por lo menos tres veces en épocas diferentes. ¿Cómo y por qué se habían producido esos cambios? Aquí los autores empezaban a dudar y a decir que uno no tiene por qué explicarlo todo, o que hay leyes naturales cuyo designio es incomprendible, o que quizá alguna estrella errante había sido la culpable.

Las ideas mencionadas, desarrolladas en su mayor parte sobre la base de una teoría surgida por primera vez por el escocés James Croll, sufrieron un serio revés desde un ángulo completamente inesperado. Un tal doctor Schmick, profesor en una escuela secundaria de Colonia, señaló que un cambio en la excentricidad de la órbita debía traer como consecuencia un cambio en el período de rotación de la Tierra.

El pensamiento era esencialmente correcto. Cuando la Tierra corra a lo largo de una órbita más elíptica, las

marcas causadas por el Sol aumentarán en intensidad, y disminuirá el tiempo de rotación. ¿Qué sucederá entonces? Evidentemente habrá menos fuerza centrífuga sobre el ecuador, y las aguas se desparramarán más en la dirección de ambos polos.

Sir Charles Lyell ha manifestado que las tierras ecuatoriales, a diferencia de los mares ecuatoriales, mejorarán el clima terrestre en su conjunto. Los continentes ecuatoriales absorben más el calor solar, mientras que el agua ecuatorial simplemente se evapora, es llevada a los polos y allí se convierte en hielo y nieve. Lyell expresó que es más probable una Edad Glacial cuando el ecuador está más mojado.

Durante algún tiempo hubo una amplia discusión acerca de las consecuencias de un ecuador húmedo. Los tres contribuyentes principales a la pelea fueron el geólogo estadounidense Bécker, el botánico noruego Axel Blitt y el profesor alemán Max Hildebrandt. En el trascurso de la discusión, la cuestión original acerca de la excentricidad de la órbita terrestre se perdió de vista; cambios; Blitt e Hildebrandt estudiaron mojado podía considerarse como causa suficiente de una Edad Glacial.

Como en nuestros días el ecuador es más bien húmedo y el clima evidentemente no es glacial, se decidió que tenía que haber alguna otra causa adicional. Bécker pensó que la inclinación del eje terrestre podría haber sufrido cambios; Blitt e Hildebrandt estudiaron la influencia de las grandes cadenas de montañas. La gran evaporación de la zona ecuatorial pudo producir glaciaciones únicamente si al norte y al sur hubieron largas cadenas de montañas en donde la humedad se condensara y formara glaciares. Pero en esta teoría es una falla muy seria la de que tales montañas son puramente hipotéticas, y no es probable que hayan existido en el pasado.



proyectiles dirigidos

Más allá de los pantalones

Señor director:

Los pantalones (MÁS ALLÁ N° 17) no son ningún punto muerto que haya que superar. ¿Qué cree usted que vamos a usar después de los pantalones? ¿Polleras? Los egipcios usaron polleras, pero en tiempos felizmente superados. Posiblemente cambie el material y se supriman las botamangas que sirven nada más que para juntar basura. Pero los pantalones no van a cambiar hasta el fin de los siglos. Los zapatos no van a cambiar mucho, a menos que no cambie la forma del pie. En cuanto a la camisa se refiere, podría hacerse como los musulmanes fanáticos: simplemente no usarla, o usar cota de malla como los caballeros de las cruzadas, o petos como los conquistadores españoles. Pero los pantalones deben seguir como están...

MÁXIMO RAUL GROONSER (Neuquén.)

Muy señor mío:

¡Los felicito!... En el comentario "Más allá de los pantalones", del número de octubre, considero que hicieron obra... ¡Todos los hombres del mundo pueden llegar a beneficiarse con esto!

Analicemos el hecho fundamental, el hombre, ¿por qué empezó a vestirse?... Porque necesitó guarecerse del frío, dicen los historiadores. Pero... ¿y el calor?... Protegerse del calor, ya desde los tiempos remotos, habrá sido una necesidad igual o peor que la defensa contra el frío. Pero sólo estaban al alcance del hombre los recursos para esto último.

Al calor, hasta ahora, sólo le pudo escapar refugiándose en las cavernas, los bosques, el agua o el aire acondicionado. Pero la necesidad de un traje que nos proteja del frío, ¡y del calor!, ya existió cuando trepábamos por los árboles.

Pero para todas las necesidades humanas, algún día la ciencia encontrará la forma de satisfacerlas, como lo ha demostrado ya en miles de casos. Y llegará el día, que después de largos estudios y costosos experimentos hallarán la solución.

MÁS ALLÁ contesta a todas las cartas firmadas que recibe. La Sección Científica de MÁS ALLÁ prepara las respuestas a las preguntas sobre temas científicos. Algunas cartas y respuestas se publican cada mes. Escriba a MÁS-ALLÁ, Avenida Alem 884, Bs. As.

El traje panclimático me lo imagino como una fina malla, cuyos átomos puedan hacerse vibrar a voluntad y a las mismas frecuencias que vibran los átomos del aire que nos rodea, vibraciones éstas que son las que provocan las sensaciones nerviosas del calor y del frío. Si queremos sentir entonces frío, regulamos el dial en la muñeca para la frecuencia de baja temperatura y estaremos cubiertos por una delgada capa de aire fresco; para el invierno se usaría el dial en dirección opuesta. Como al mismo tiempo estas vibraciones impiden la adhesión de suciedades, tendremos el traje ideal, que será adoptado por todo el mundo por lo práctico y económico. Estas mallas de diversos colores serán las que reemplazarán finalmente al pantalón.

Libres ya de la dictadura del pantalón, los hombres, tanto tiempo atados a convencionalismos, crearán las formas más inspiradas e individualistas que jamás se hayan soñado.

Con las mallas ajustadas como base, se adornarán con motivos asimétricos de ideario abstracto o cubista, se pintarán rayas y líneas, y a lo mejor algunas creaciones serán con agregados y protuberancias modeladas en plástico. El traje habrá dejado de ser funcional, ya que la protección contra el frío y el calor la dará la malla, para convertirse en una creación artística, hecha y adaptada en forma original al carácter del que lo lleva. ¡Sería un placer estético mirar a sus contemporáneos!... ¡Y un gran negocio para un artista de la escuela abstracta como lo soy yo!...

PAPPIGNON DE BOUGNAN (Barcelona.)

Sugerencias

Señor director:

Le pido que MÁS ALLÁ publique un "test" de inteligencia para adultos, como publicaron uno para niños (MÁS ALLÁ N° 12). Tengo 13 años... físicos, y me encantaría conocer mi edad mental. Soy un asiduo lector de MÁS ALLÁ y me encanta la manera con que explica los más difíciles problemas científicos del momento, sin palabras ni signos raros, siempre con ejemplos. Odio los números porque sí...

ENRIQUE MAJDALANI (Buenos Aires.)

Señor director:

El doctor Carlos Alberto Milich (MÁS ALLÁ N° 17) parece creer que el 99 % de los lectores de MÁS ALLÁ son métodos fósiles de la edad primitiva. No puedo ocultar el desagrado que me produce su deseo de invertir la proporción actual del material de MÁS ALLÁ, inundando la revista de artículos científicos llenos de sabiduría (sin duda) y de gran valor, pero que desagradarían a la mayoría de los lectores, para suprimir en cambio los jugosos y apasionantes cuentos y novelas...

Señor director:

El pantalón no sólo ha paralizado la evolución de la moda masculina, sino que la orientó en sentido retrógrado...

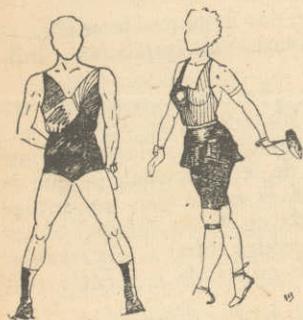
No se imaginan lo que les aprecio por incitar a los lectores a pen-

sar sobre este importante problema... Prometo que al que saque la moda masculina de este atolladero ¡le regalo todos mis pantalones!

FRANZ BALTZER (Buenos Aires.)

Señor director:

Las vestimentas están sujetas a la esencia del hombre. Su temperamento las adapta, sujeto a las circunstancias y necesidades; si es cuáquero, mucha tela sombría; si es liberal, poca tela, alegre. Y en general, por el color, tipo y corte de la ropa, puede uno hacer una "silueta mental" del que la lleva. Ahora bien, el hombre cambia, evoluciona,



se transforma al compás de los acontecimientos... ¿Puede especularse con las posibles transformaciones de la moda? ¿Puede vaticinarse en qué consistirán esas transformaciones? Creo que sí. Los colores (que como medio de exaltar pasiones, siempre han sido buenos medicamentos), serán cada vez más alegres, más vividos, más vibrantes. En cuanto al corte de las prendas, se puede afirmar que regirá el utilitarismo. Cada vez más actividad, cada vez dejar más y más de lado lo superfluo. Sintetismo imprescindible en la

actividad y pujante sociedad del futuro. Cada vez será mayor la cantidad de piel que quede al descubierto. Sí, debemos aceptarlo a pesar de las protestas de feos y feas. En el futuro, los miembros estarán en permanente contacto con el señor aire. Pero que no se preocupen los opositores; la humanidad camina hacia la belleza. Las ciencias, los deportes y la noción de lo bello (la estética rigiéndolo todo), caminan apresuradamente hacia un MÁS ALLÁ donde se encuentra un prototipo humano previsible con agrado.

El chaleco, las fajas, el cuello duro, los sombreros, las solapas, los cinturones y tiradores, las ligas y los rellenos, serán los primeros en desaparecer. Y poco a poco se irán esfumando sacos, pantalones de corte clásico, medias, largas polleras y también abrigos. En una época en que el desnudo no avergonzará, en que la fealdad será combatida por cien procedimientos, en que la protección a las inclemencias del tiempo estará en las telas por su tipo o calidad, y no en su largo o espesor, en una época así, todo puede esperarse en la moda...

J. CARLOS VILLEGAS VIDAL (Eva Perón.)

Señor director:

La vestimenta del hombre del futuro será de un material plástico completamente flexible, que no se ensucie y no se rompa; a cierta edad, cuando el hombre o la mujer estarían completamente desarrollados se les proveerá de una vestimenta que les durará el resto de su vida. Las vestimentas serán de un solo color vivo, rojo, verde, azul, ana-

ranjado para los hombres, y más delicado para las mujeres, como el amarillo, celeste, rosa, blanco. No existirán polleras; tanto hombre como mujeres usarán pantalones; no existirán cinturones, camisas, corbatas, medias, etc.; el traje será de una sola pieza y se ajustará perfectamente al cuerpo de la persona... Las tradiciones y prejuicios están siendo superados: el 60 % de los hombres ya han dejado de regir la moda... En la actualidad está imponiéndose el "vístete como quieras": cada cual viste como la parece y a su gusto, y no al gusto de los demás...

CARLOS ALBERTO BIANCHI (Buenos Aires.)

respuestas de la sección científica

¿De cuál de las razas antiguas provienen las actuales y por qué emigró el hombre del Sur del Africa hacia el norte, llegando a Siberia, para luego volver al sur, como los bárbaros?

CHATO, Gualeguaychú, Entre Ríos.

Parece poco probable que el hombre se haya originado en un solo centro, en un solo lugar del mundo antiguo, y que recién luego de evolucionado haya empezado a emigrar a otras regiones de la Tierra, donde la influencia del medio haya dado como resultado las distintas razas. Las formas antiguas parecen haberse desarrollado en varios centros. Hay indicios que dan fuerza a esta suposición. Por ejemplo, los incisivos superiores del *Sinanthropus* —sobre todo los laterales— tienen forma de pala, y casi todos los mongoles actuales tienen el mismo tipo de incisivos, mientras que otras razas, o no lo tienen o lo tienen en porcentaje muchísimo menor. Además, las características más señaladas de las razas actuales se refieren a la piel y al cabello, mientras que para la identificación de las razas desaparecidas, sobre todo de los fósiles, debemos depender sólo de las características del esqueleto. Otra dificultad es la tendencia de los hombres al cruzamiento, sin tener en cuenta diferencias raciales; esto ocurre hoy, ha sido así en tiempos históricos

y se supone que debe también haber sido en tiempos primitivos.

Con respecto a las migraciones del hombre, eso es algo que no está definitivamente confirmado y sobre lo cual no pueden hacerse afirmaciones definitivas. Deben haberse producido migraciones, sobre todo en épocas de glaciación, pero es difícil determinar hacia dónde y en qué proporción.

¿Qué distancia recorrerá el cometa Halley, desde 1910 hasta 1985? ¿Cuál será el largo de su cola en su extenso recorrido? ¿Sale del sistema solar o no? ¿Cuál puede ser su temperatura y su forma? ¿Es igual que cuando está lejos del Sol o cambia al acercarse a éste?

JULIO L. FORBES, Buzaco, F.C.N.G.R.

No es posible calcular exactamente, pues las perturbaciones ejercidas por los grandes planetas hacen que su período muestre variaciones de varios meses. Su perihelio llega a 23 millones de km. del Sol, y su afelio, más allá de la órbita de Neptuno. La longitud de su cola también es variable; en su última aparición, se calculaba en 30 millones de km. Se considera que este cometa pertenece a la familia de Neptuno; no sale del sistema solar. Se conoce la temperatura del cometa, pero tampoco tiene mucho sentido pre-

guntar por ella; dada su constitución y sus distancias tan variables del Sol, su temperatura debe variar mucho según su posición y su constitución. Por supuesto, aumentará al acercarse al Sol.

¿Cómo se hace arrancar un motor a chorro? ¿Existe algún motor adicional que le dé el impulso inicial? ¿En qué forma comienza a dar vueltas la turbina con la velocidad necesaria para succionar aire por la boca de lantera, comprimirlo, mezclarlo con el combustible y expelerlo por la tobera?

JOSÉ ORLANDO SOSA, (Godoy Cruz, Mendoza).

Hay varios dispositivos, pero reducido a lo esencial, se usa un compresor que aspira el aire atmosférico y lo envía a la cámara de combustión de la turbina de gas; aquí, la mezcla deja parte de su energía para accionar el compresor, y el resto lo descarga por la tobera de escape a una gran velocidad; se produce así la propulsión. Pueden usarse motores adicionales para el arranque, o no, según el tipo de motor.

¿Por qué razón los protones se unen para formar el núcleo, puesto que todos son positivos y, según las leyes de la física, positivo con positivo se repelen?

OSVALDO ABOID S., Ayda. Larrain 5810, Santiago de Chile.

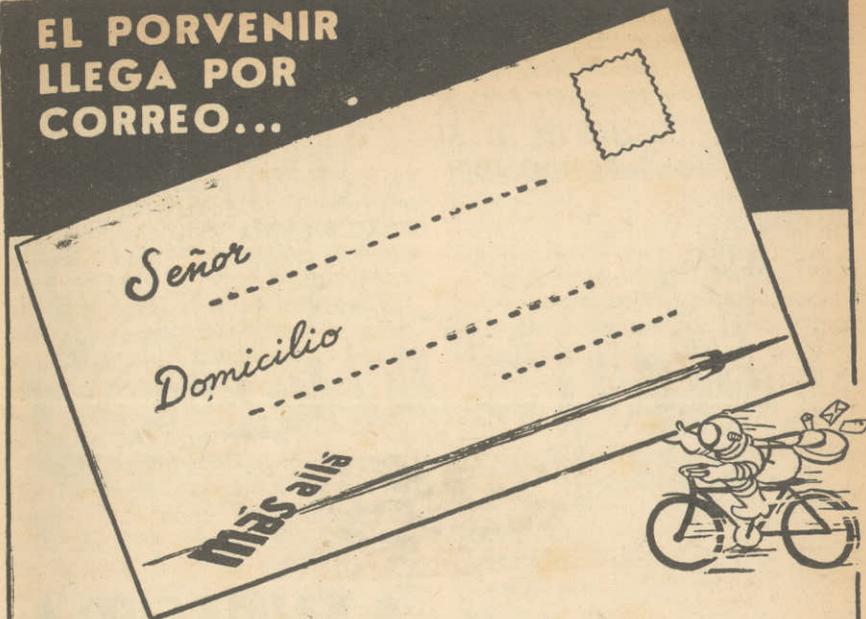
¡Y tiene usted razón! Eso es lo que sorprendió a los físicos cuando se enunció la hipótesis del núcleo atómico integrado nada más que por protones y neutrones; y se han visto obligados a

introducir las llamadas "fuerzas nucleares", cuyo tipo es distinto de las fuerzas electromagnéticas que ligan a los electrones con el núcleo.

Hasta ahora no hay una teoría fundamental de las fuerzas nucleares que sea satisfactoria. Se supone que se trata de una fuerza "de corto alcance", es decir, apreciable solamente a distancias muy pequeñas (del orden de 10^{-13} cm.); fuera de las cuales entran a actuar las fuerzas electromagnéticas; además, la fuerza entre protón y protón es la misma que entre protón y neutrón o entre neutrón y neutrón, y es siempre atractiva (para distancias inferiores a una dada distancia).

Ha habido numerosos intentos de establecer una teoría sobre estas fuerzas nucleares, basada en el "campo mesónico", que sería el campo de fuerzas nucleares. La idea fue enunciada originalmente por Yukawa, físico japonés, quien previó la existencia del mesón, partícula de masa intermedia entre el electrón y el protón. Dicha partícula fue efectivamente encontrada más tarde, y no solamente una, sino varias, de distintas masas. De todas ellas, solamente el mesón π , de masa alrededor de 300 veces la del electrón, parece estar vinculado a las fuerzas nucleares; pero la teoría "mesónica", o, mejor dicho, las teorías mesónicas de las fuerzas nucleares, han presentado numerosos obstáculos, y en muchos casos han conducido a previsiones en contradicción con los hechos experimentales, por lo cual la situación es poco satisfactoria. Se trata de uno de los problemas centrales de la física de la actualidad.

EL PORVENIR LLEGA POR CORREO...



En un sobre como éste, usted puede recibir el porvenir todos los meses. Se lo llevará su cartero, a usted como a miles de otras personas inteligentes que quieren dar un salto hacia el maravilloso mundo de la magia científica.

Escriba su nombre y dirección en el lugar indicado, recorte el cupón, y envíelo con su cheque o giro postal a MAS ALLA, Av. Alem 884, Buenos Aires.

La suscripción por un año cuesta \$ 50.- en la República Argentina.

¡SUSCRIBASE A MAS ALLA Y RECIBIRA TODOS LOS MESES UN CARGAMENTO DE EMOCIONES Y AVENTURAS INCOMPARABLES!

MÁS ALLA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

¡VAYA UNO A
CONFIARSE DE
UN FORASTERO
PRESUMIDO QUE
VENIA DE NO SE
SABE DONDE!



por ROGER DEE

ilustrado por T. WILLIAM

¿YO? Yo soy el sheriff de esta ciudad, Bog City. Me llamo David Wilson. Bog City es muy tranquila. Los únicos "casos" que tenemos aquí son las multas por exceso de velocidad contra los forasteros que no respetan nuestras reglamentaciones y los alambiques clandestinos de whisky. Pero tampoco en gran escala. Por lo demás, aquí no hay emociones ni excitación, ni tampoco las queremos.

Mejor dicho, así era hasta que llegó

ARTISTA DE VISITA

aquel pintor a la estación de servicio de Arvie Moss. Al principio, sólo se fijaron en él para comentar sus modales descorteses. Pero cuando comenzaron los asesinatos, los incendios y los raptos... bueno, la coincidencia era demasiado grande para pasar inadvertida...

EL jueves a la noche hubo un súbito resplandor de luz en el medio de la Laguna de los Patos. A la mañana

siguiente, Vail Bond apareció en la estación de servicio, a ocho kilómetros de la ciudad.

Algunas personas vieron el fogonazo, y todos vieron a Vail Bond, pero en un primer momento nadie tuvo la idea de relacionar las dos cosas. Ni siquiera yo, y mi cargo de *sheriff* me obliga a estar alerta a las coincidencias significativas. Una parte de lo que ocurrió después me fué contada por diversas personas implicadas, Cleto Harmon, Jorge McClure y Leticia Dunne... pero será más fácil contarlo todo detalladamente si hablo en primera persona, especialmente porque yo he estado cerca y vi la mayoría de los acontecimientos.

Cleto Harmon fué la única persona que vió de cerca el fogonazo y lo contó luego. Cleto es un chacarero grande y fuerte, cerca de cuarenta años, que trabaja una chacra de algodón y caña de azúcar a doce kilómetros de la ciudad y actúa como suplente mío cuando estoy fuera o lo necesito. La Laguna de los Patos está dos kilómetros más adelante en la carretera, lo que explica en parte que haya visto el fogonazo.

La razón principal para que lo viera es que había recogido en su camioneta a Ricardo Taner, cuando volvía a casa la noche del jueves, para dejarlo en el rancho — si es que se le puede llamar así — que está a la orilla de la laguna. De acuerdo con lo que Cleto me contó más tarde, apenas habían llegado al sendero que lleva al rancho de Ricardo, cuando sucedió aquello.

El firmamento se iluminó súbitamente, como si se hubieran encendido a la vez un millón de lámparas *flash*.

El fogonazo enceguenció a ambos durante dos minutos, y cuando recobraron la vista, no vieron nada anormal: sólo las malezas abigarradas que rodean a la laguna. No hubo explosión: Cleto lo afirma con absoluta seguridad.

Cerró el motor de su camioneta y

ambos permanecieron sentados un largo rato en medio de la suave oscuridad primaveral, escuchando el canto de las ranas y de las chotacabras. Ahora sé lo que vieron, porque yo mismo presencié después un fenómeno idéntico: de pronto la laguna pareció mucho más grande y misteriosa de lo que es en realidad, y el vaho pesado que se levanta de ella al soplo del viento primaveral parecía una respiración.

Cleto miró a Ricardo Taner de reojo.

—El fogonazo fué exactamente en el medio de la laguna —dijo—. ¿Sabes si alguien anda por allí?

Cleto no lo sabía, y así lo dijo.

Sabía a qué se refería Ricardo, por supuesto. Todo el mundo sabe que Ricardo de vez en cuando prepara un poco de whisky ilegal, pero nadie se lo ha podido probar, porque nadie ha podido llegar hasta su alambique sin quedarse hundido en la laguna. Y nadie se preocupaba porque Ricardo era una especie de rata de laguna, muy tranquilo y modesto; el whisky que vendía, siempre era muy poco.

—Si no es la policía —dijo Ricardo—, me voy a llegar a ver *quién* es.

Cleto supuso que algún vagabundo había llegado por casualidad al lugar donde Ricardo tenía escondido el alambique, y Ricardo tuvo seguramente la misma idea.

Cleto puso en marcha su camioneta y siguió viaje hacia su casa, preguntándose a qué habría podido deberse una llamada de tal violencia sin ruido ninguno. Nunca sospechó que no volvería a ver vivo a Ricardo.

YO estaba a la mañana siguiente en la estación de servicio de Moss, charlando con Arvie mientras éste me llenaba el tanque, cuando apareció ese Vail Bond.

Cleto Harmon me había llamado un rato antes para informarme del fogonazo de la noche anterior y yo se lo

estaba contando a mi vez a Arvie, para ver qué locura de teoría inventaba para explicarlo. Y para explicar por qué le preguntaba a Arvie, tengo que aclarar que es un lector voraz de revistas y libros de fantasía científica, y que es el tipo más crédulo del mundo para toda historia o cuento de platos voladores, astronaves, etc. Algunas de sus teorías le harían a usted poner los pelos de punta, no de miedo, sino de rabia.

Ninguno de nosotros dos prestó mayor atención al forastero, antes que entráramos al despacho de la estación para anotar la nafta en la cuenta de la Municipalidad y lo encontráramos mirando el sitio. No se presentó, pero a primera vista se veía que no era una persona vulgar. El ómnibus había partido después de su parada reglamentaria. La estación de Arvie es parada para los ómnibus que van a Bog City, y está bastante bien puesta. Pensamos en un primer momento que el forastero había bajado para ir al baño y había perdido el ómnibus.

Llevaba un bastoncito delgado en una mano y en la otra una pequeña maleta de viaje, mientras sonreía de un modo protector y nos miraba como si fuera dueño del lugar y de nosotros con él. Era bajo de estatura, no llegaba a un metro sesenta y pesaba unos sesenta kilos, y llevaba puesto un traje marrón, que no podía venir de ningún sastre o tienda a mil kilómetros de Bog City. No llevaba sombrero, y su cabello era corto, fino y enulado. La cara del tipo que condice con este tipo de cabello, pero generalmente sólo se

la ve en los actores de cine, pálida y armónica, con ojos negros vivaces y una nariz aristocrática de afilado perfil. Era el hombre más aristocrático que he visto, pero no fué su aspecto físico lo que cautivó mi atención. Era el *aire* de toda su persona. Bastaba mirarlo una vez para tener la certeza de que era un hombre seguro de sí mismo y acostumbrado a que las cosas se hicieran como él quería.

¿PERDIÓ el ómnibus, señor? —preguntó Arvie, no tanto por curiosidad, como por mostrarse gentil—. Tendrá que esperar un buen rato. El próximo no pasa hasta las quince y treinta.

El forastero no respondió a la pregunta. En cambio, dijo rápida y secamente, como quien da una orden:

—Permaneceré mucho tiempo en este lugar. Indíqueme inmediatamente un hotel.

El tono empleado por el forastero hizo que Arvie se pusiera rojo como un hierro al blanco.

Arvie es un buen muchacho, pero la imaginación suele ir acompañada de desvarío, y Arvie posee una buena dosis de ambas cosas. Uno podría creer que los tres años pasados por Arvie en el ejército le debían haber enseñado a no esperar de todo forastero el tipo de cordialidad y cortesía que es normal en Bog City, pero no es así.

—No tenemos ningún hotel en la ciudad —dije yo para evitar que Arvie estallase—. Lo más parecido es la pensión de la señora Bender. Queda a

Barco a agua de mar

DESPUÉS de 29 ensayos infructuosos, el señor Mac Cabe, testarudo como él solo, ha conseguido construir un barquito que se mueve impulsado por un motor eléctrico alimentado con agua de mar. Cierta es que el barquito tiene sólo 60 cm. de longitud y a duras penas alcanza los 5 km. de velocidad horaria.

tres cuadras de la farmacia de Wilkins, sobre la calle mayor.

El forastero me examinó con una mirada rápida, pero yo no me sentí molesto, porque estaba acostumbrado y sabía exactamente cual es mi facha: un vulgar *sheriff*, llamado David Wilson, gordo y con medio siglo sobre las espaldas, vestido con pantalones gastados, un viejo sombrero de fieltro lleno de pinchazos de los anzuelos y con un par de gruesos lentes. La cara del forastero se arrugó con una mueca que aunque quisiera no podría describir, pero que se asemejaba más a un gesto de desdén que a una sonrisa.

—Emblema del oficio —dijo, cuando sus ojos llegaron a la estrella de plata que llevo en el pecho—. Un hombre de orden. Qué ridículo.

Yo había escuchado ese mismo tono en boca de algunas señoras que ponían en su lugar a las sirvientas o en el de los cazadores llamando a sus perros. Se me entró por los poros y sentí que mi cara se encendía, y lo único que me detuvo fué una señal de Arvie.

Era evidente que el forastero no se preocupaba en absoluto de lo que yo pudiera pensar. Me volvió la espalda y se puso a contemplar uno de esos almanaques que reparten los corredores de respuestos, colgado de la pared sobre el escritorio de Arvie. Ya saben ustedes a cuáles me refiero: esos que tienen el mínimo de hojas necesario para justificar a una Venus en bikini al borde del mar. El forastero lo contempló como si no hubiera visto nada semejante en toda su vida.

—Preferiría el original, ¿verdad? —preguntó Arvie con una mueca.

El hombrecillo se irguió:

—Execrable ejecución —dijo, haciendo sonar cada una de las sílabas con énfasis—. Pero evidentemente exagerada aquí —golpeó la pintura con su bastoncito— y aquí, y aquí.

En eso estábamos cuando entró Leticia Dune.

Los tres nos volvimos al oír la entrar. Allí estaba la mujer más hermosa del partido, la más inteligente, rica e ingeniosa para hablar. Y un excelente original —si se hubiera sacado su traje de hilo, sus lentes profesoriales de ancho armazón, y hubiera soltado su cabello recogido— para otro calendario bikini.

—Un error —dijo el forastero mirándola de arriba abajo con una rápida mirada—, la ejecución es execrable, pero no exagerada.

ARVIE y yo contuvimos la respiración, aguardando que Leticia lo fulminase como suele hacerlo con los tenorios forasteros, y nos quedamos helados cuando vimos que no lo hacía. Se quedó simplemente observándolo y devolviéndole las miradas. Era evidente que ella veía en el extraño algo distinto de lo que Arvie y yo veíamos.

Pero si a ella no le importaba el tono, a Arvie sí.

—Mire, le conviene cuidar su lengua, si no quiere tener un disgusto.

Yo hubiera deseado que le arreglase las cuentas al tipo, si no hubiera tenido tanta curiosidad de ver cómo iba a reaccionar Leticia. No había dicho una sola palabra, lo que era muy raro.

—No tengo necesidad de su opinión —respondió el hombrecito estirándose al máximo de su estatura—. Soy un artista e interpreto las cosas como las veo. Por eso he venido aquí.

Esto fué definitivo: Leticia es una autoridad en arte, música, educación, y Dios sabe cuántas cosas más. La idea de tener un artista en Bog City la entusiasmó.

—¿Un artista, aquí? ¡Dios santo! ¿Y por qué?

—Busca un hotel —le respondí—. Le he indicado la casa de la señora Bender, pero probablemente no le gustará.

Leticia me hizo una mueca que me dejó fuera de combate para siempre.

—Si carga su maleta en mi coche, tendré mucho gusto en llevarlo. Pero si piensa trabajar en serio, le recomiendo que se busque un lugar mejor que la pensión de la señora Bender.

El ni siquiera se volvió para mirarnos. Cargó la maleta en el convertible de Leticia y se sentó junto a ella. Debía habérmelo imaginado, pero me pareció que luchó con la manija de la puerta durante unos segundos, como si nunca hubiera visto otra.

Lo seguimos con la vista mientras entraban por la Calle Mayor. Un mal presentimiento me sobrecogió, pero no pude formularlo hasta que Arvie habló.

—¿Te imaginas cuando se entere Jorge?

Esto es lo que yo presentía, pero no podía formular. Durante la mitad de su vida, Jorge Mac Clure había corrido detrás de Leticia, contando el tiempo que ella pasó en el colegio y él en el servicio militar. El sí de Leticia hubiera sido para él la recompensa más insigne que se pueda imaginar. Hasta el momento había tenido el terreno libre, porque Leticia tenía menos interés, en cualquiera de los muchachos de Bog City, frente a los cuales Jorge le resultaba, al menos, terrible.

—Se enterará —respondí—. Y va a ser un golpe en medio de la cabeza.

Arvie hizo una señal de disgusto.

—Me alegraré. Lo merece por tratar de seguir a una barra de hielo orgullosa como es ésa. Hace años que debía dejarla.

Pero un minuto después dijo con una mirada soñadora:

—Pero si ella se baja alguna vez del caballo, algún tipo se va a llenar de...

Un automóvil entró en la estación para cargar nafta, y Arvie se acercó

al surtidor. Yo subí en mi jeep y me fuí al restaurante "Las Delicias", donde almorcé y retiré un portavianda para mi vago, que ocupa la única celda de la cárcel y disfruta de la vida.

El día siguiente, viernes, fué un día como cualquier otro. Hasta las cinco de la tarde, que se convirtió en una pesadilla.

USTEDES saben cómo les gustan los chismes a los de una ciudad chica como Bog City. Desde el momento mismo en que apareció el artista, la ciudad entró en ebullición. Quiérselo o no, me enteré con pormenores de la vida y milagros de Vail Bond.

Era un verdadero cosmopolita. Había nacido en Turquía de padres ingleses que pasaron la vida en el servicio diplomático, y se había educado en Marruecos, Siam, Grecia, Indochina y cuantos países del mundo pueda uno recordar. Leticia la había exhibido a sus amistades por todas partes. Sus obras habían comenzado a llamar la atención y estaba de gira por los Estados Unidos, antes de establecerse y dedicarse por completo a la pintura.

A Bond no le gustó la pensión, como lo había previsto. En estos términos se lo dijo a Leticia: era un cuchitril primitivo, desorganizado, lleno de personas desagradables y completamente indecoroso. La señora Bender, y sus consocias del club "La Camelia" se lanzaron a la lucha, pero los miembros de la otra asociación femenina de la ciudad, el club "Amantes de la Azalea", resolvieron apoyar hasta la muerte a Leticia y a Vail Bond. De acuerdo con éstas últimas, Vail Bond era Miguel Angel en persona.

Leticia solucionó los problemas de Bond instalándolo en un chalet, cerca de la casa donde ella vivía, y en la misma propiedad que su padre había construido para que le sirviese de estudio. Era un lugar excelente para un

artista —dijo Leticia—, porque tenía lo que ella llamó luz cenital y estaba separado de la casa por una cortina de magnolias y abelias.

Leticia estaba encantada. Por primera vez en su vida se había encontrado con un hombre (y buen mozo por añadidura) que sabía algo más que ella y no se guardaba de decírselo. Era algo completamente nuevo dentro de su experiencia y por ello se interesaba más aún.

La opinión de Jorge acerca del artista era muy distinta a la de Leticia, pero no se manifestó hasta un poco después. En el balance del viernes hubo que computar algo mucho más serio que aquel pintamonas.

COMENZÓ cuando yo regresé a mi oficina, después de haberme afeitado en la peluquería de Timoteo. Arvie me llamó por teléfono y me pasó un mensaje de Cleto Harmon, que no se había podido comunicar directamente conmigo porque la peluquería de Timoteo carece de teléfono.

—Cleto encontró un cadáver en su terreno —dijo Arvie.

Sus palabras salían a borbotones, atropellándose las unas con las otras, y me imaginé cómo hervía de curiosidad su cabeza propensa a lo fantástico.

—Está en la plantación de cañas junto al río. No me quiso dar más informes, pero quiere que vayas cuanto antes.

No me gustó el anuncio. Un cadáver en descampado suele ser indicio de asesinato, y en una ciudad pequeña como la nuestra, un asesinato es algo monstruoso.

—Mejor que te apures —dijo Arvie—, Cleto estaba muy alterado y tú sabes cómo es Cleto.

Efectivamente, yo conocía a Cleto muy bien. Nunca ha existido un hombre más tranquilo, y si tiene algún

nervio en su cuerpo, nadie podrá decir dónde lo oculta. No existe persona más serena y de confianza que Cleto, y si él estaba excitado...

—Salgo para allá —respondí, y subí al jeep de inmediato.

Cuando pasé por delante de la estación de Arvie, había cerrado el local y estaba llenando el depósito del surtidor.

—Si alguien necesita nafta —me explicó—, puede servirse él mismo.

Dicho esto, se instaló en el jeep sin pedirme permiso siquiera. Estuve a punto de hacerlo bajar, pero pensé que a la vuelta tendría que cargar el cadáver y que él me podía ayudar.

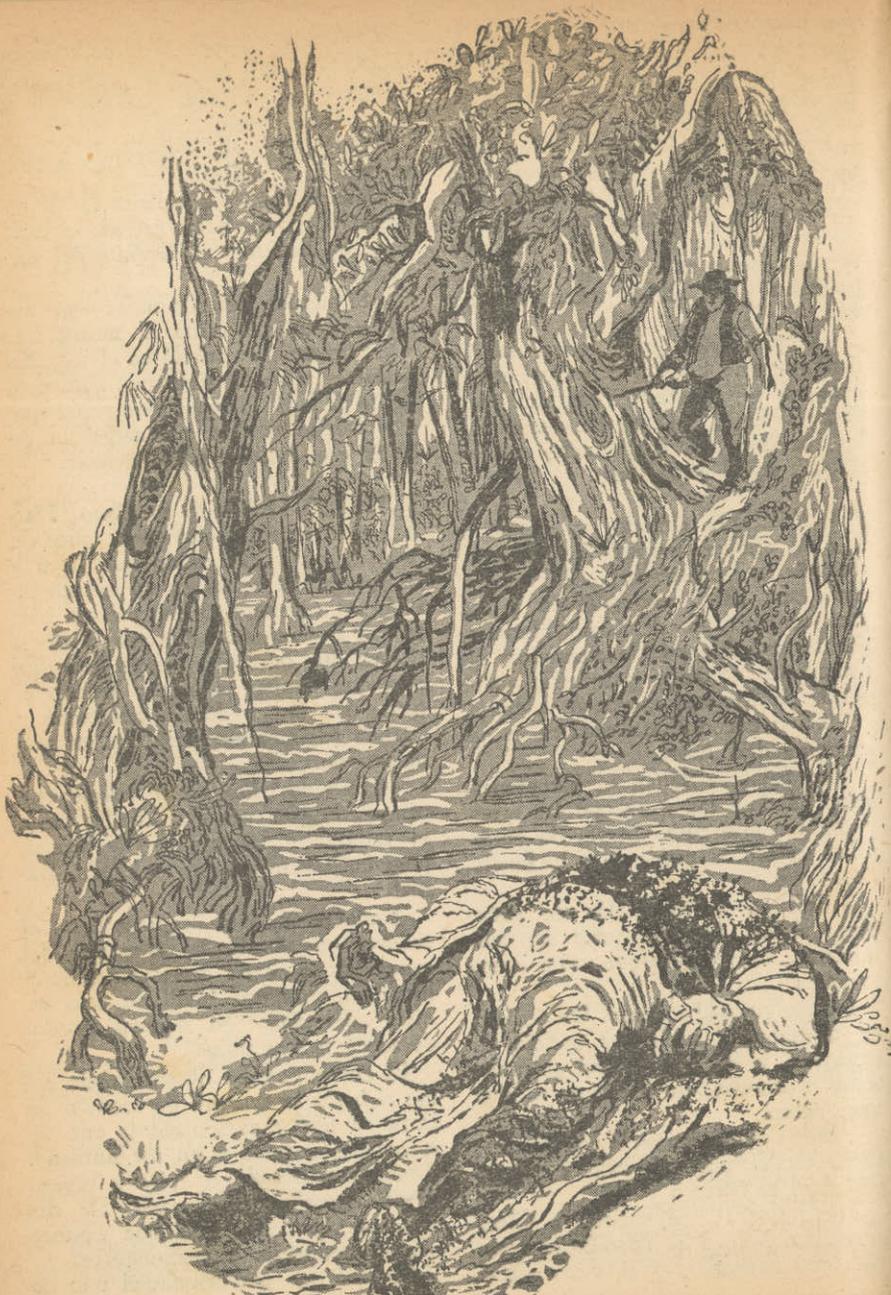
ENCONTRAMOS a Cleto Harmon esperándonos en el cruce de la carretera y el camino que lleva a su granja. Se sentó en el asiento de atrás y no pronunció una palabra hasta que llegamos al cañaveral. Todo el tiempo que duró el viaje no hizo otra cosa que chupar la pipa y fruncir el ceño. Me indicó dónde detenerme y cuando bajamos me miró con un gesto extraño.

—Hace dos días aré y rastree este campo. Puedes ver mis huellas hasta el cadáver y las huellas de vuelta, pero no hay ninguna otra huella, Daniel.

Tenía razón. Nos llegamos hasta el cadáver que estaba en el medio del campo arado, y no descubrimos absolutamente ninguna huella u otro indicio cualquiera. Ni siquiera pisadas de zorros u otro animal.

El cuerpo estaba desparramado sobre el barro fresco: era un montón de carne y trapos carbonizados, que no recordaba en nada a un ser humano. Estaba carbonizado de pies a cabeza y era imposible reconocerlo. De sus ropas no quedaban más que algunos harapos retorcidos y chamuscados.

Sucedió que por casualidad uno de



esos harapos correspondían a un bolsillo y en ese bolsillo había un cortaplumas con cabo de asta y una virola de plata. No hubieran hecho falta las iniciales de plata aplicadas al cabo para saber a quién pertenecía el cortaplumas.

—Es de Taner —dijo.

Por primera vez recordé el fognazo que Arvie había visto la noche anterior sobre la Laguna de los Patos. Los “pálpitos” son una cosa muy rara: no había ningún elemento objetivo para relacionar el fognazo con la muerte de Taner, pero desde el momento en que se me ocurrió, tuve la certeza de que así había sucedido.

Cleto y Arvie se miraron de reojo al oírme hablar. Me di cuenta de que Arvie había formado instantáneamente cinco o seis teorías, pero Cleto estaba simplemente despistado.

—¿Quieres decir que pudo haber otro fognazo anoche y que Taner fué alcanzado?

Miró de soslayo a la laguna que estaba a dos kilómetros de distancia y respondió:

—No, David: si hubiera sido otro fognazo como el que vimos, no hubiera quedado ni siquiera esto de Taner. Y además hubiéramos escuchado la explosión.

—No quiero decir que la fuerza de la explosión lo haya arrojado hasta aquí, maldito sea —respondí sin saber a ciencia cierta por qué me enojaba

y sintiéndome molesto al mismo tiempo por enojarme.

Se miraron el uno al otro nuevamente.

—Algo es seguro —dijo Cleto—, y es que nos vamos a pelar la cabeza para poder averiguar qué sucedió. Nadie que no fuera Taner se puede internar en la ciénaga sin que se lo traque a los cinco minutos, y nadie va a querer ir allí para ver qué es lo que pasó.

—Después de todo —dije—, es posible que no haya muerto en la laguna. Nadie lo hubiera podido arrastrar hasta aquí sin dejar huellas. Lo que importa es ver cómo se quemó de este modo, y cómo llegó aquí.

El rostro de Arvie se iluminó, lo cual significaba que él había llegado a sus conclusiones propias respecto del modo como había sido asesinado Taner. Cleto se redujo a sacudir su cabeza con aire de perplejidad.

—No me preocupa tanto *quién* lo hizo, sino *cómo* lo hizo —murmuró por fin.

Nos esforzamos por imaginar el cómo, pero después de muchas conjeturas nos encontramos tan perplejos como antes frente al cadáver carbonizado.

Finalmente nos dimos por vencidos, cargamos el cadáver en el asiento trasero del jeep y subimos los tres. Al llegar al cruce, Cleto nos dejó. Estaba por despedirme y seguir adelante, cuando Cleto suspiró profunda-

Penetración rusa

¿CUÁL es la patria del avestruz? Cualquier chico sabe que es Africa. Pues no es así. Si bien por el momento les ha dado por residir allí, las últimas investigaciones demuestran que su lugar de origen es Ucrania. Por allí anduvieron hace varios millones de años, durante toda la era terciaria, mezclados con el hiparión, antecesor del caballo actual. Después vino el frío de las épocas glaciales, y se fueron para el sur, buscando el calorcito.

ARTISTA DE VISITA:

mente, como quien ha tomado una decisión importante después de pensarlo mucho.

—¡Un momento, David! No te lo he dicho todo. Te parecerá tonto, pero, qué diablos, tal vez sea importante.

—Muy bien —le respondí cortando el motor—; lárgalo. Todo el tiempo supe que algo te estaba mordiendo por adentro.

Cleto parecía molesto. Escondía la cabeza, escribía en el suelo con la punta del pie, y parecía un chico sorprendido mientras se dedicaba a robar melones.

—Algo voló sobre mi casa la noche pasada —murmuró—, a las once aproximadamente. Había dejado a Taner en su rancho. Estaba fumando una pipa a la puerta antes de acostarme...

Una afirmación como ésta me hubiera hecho reír, si en vez de escucharla de Cleto la hubiera oído de Arvie Moss. Arvie Moss se alimenta con platos voladores, espacionaves, marcianos que atacan la Tierra, etc. Pero Cleto es otra cosa: si él afirma que algo voló sobre su cabeza, es porque algo ha volado.

—¿Y pasó alto, como un aeroplano, o cerca?

—Ni lo uno ni lo otro. No lo pude ver bien porque no había luna y la noche estaba oscura, pero ese objeto pasó a unos noventa metros, y parecía ser dos veces más grande que yo. No volaba realmente, ni golpeaba o zumbaba. Parecía deslizarse y gritaba...

—¿Gritaba?

El sol del mediodía estaba tan fuerte que fundía el asfalto, pero un culebreo glacial corrió por mi espalda, como si me hubieran tirado un vaso de agua helada.

—¿Qué demonios quieres decir... que quiere decir *gritando*?

—No, no sería gritando —respondió Cleto encogiéndose—, sino mejor quejándose o gimiendo. No era un ruido

fuerte, pero sí muy firme. Sea lo que fuere, la cosa pasó flotando sobre mí y desapareció. Inmediatamente cesó el quejido.

Los tres nos miramos unos a otros y durante un minuto permanecimos en silencio. Por fin Arvie dejó escapar un suspiro:

—¿Hacia dónde fué, Cleto?

—Vino de la ciénaga y pasó por encima de mi casa hacia la ciudad.

HICE el viaje de regreso en silencio y sumido en negras preocupaciones, pero Arvie estaba excitado como un chico que va por primera vez a una cancha de fútbol. Todos los argumentos que lee en esas disparatadas revistas de imaginación científica hervían en su cabeza, como cerveza fermentando, y poco después comenzaron a rebosar.

—¿Sabes qué quiere decir todo esto? —me preguntó tomándose de la rodilla de excitado que estaba—; hay una espacionave en la ciénaga, tal vez un plato volador. Fueron sus cohetes de aterrizaje los que produjeron el fogonazo azul que vió Cleto. Y sea lo que fuere lo sucedido, no quieren que se conozca su situación, y por eso mataron a Taner y tiraron su cuerpo fuera de la laguna, David, éste es el primer aterrizaje auténtico...

Detuve el jeep en medio de la carretera y lo asaeté con mi mirada:

—Empieza a difundir locuras como ésas por la ciudad y te juro —y tenía firme propósito de cumplir mi amenaza— que te encierro por calumnia, perturbación de la seguridad pública y desacato. ¡Platos voladores!..., suerte que no se te ocurrió que eran vampiros.

Arvie me miró con superioridad: Vampiros no, David: eso es una superstición. Pero una espacionave..., si no aterrizó allí, ¿qué puede ser? Tú conoces a Cleto perfectamente y sabes

que es incapaz de tomar una cosa por otra... ¿o dirás que miente?

La razón más fuerte para anular las ideas de Arvie era que precisamente se me acababa de ocurrir la única explicación lógica para todos los detalles; es decir, que Cleto mintiera. Las únicas huellas marcadas en el campo en dirección al cuerpo de Taner eran las suyas, y el único modo posible de que Taner hubiera llegado allí era que Cleto lo llevara cargado.

La única conclusión lógica posible era ésa, pero Cleto no había matado a Taner. En primer lugar porque no tenía nada contra él, y en segundo lugar porque no hubiera procedido de ese modo. Era demasiado inteligente para dejar una sola huella clara que llevara a su casa.

Y en tercer lugar, Cleto no tenía de ningún modo la imaginación suficiente para inventar un cuento tan ingenioso como el del objeto que voló sobre su casa.

Pero si Cleto no había colocado el cadáver allí..., ¿quién lo había hecho, cómo y por qué?

ARVIE no volvió a hablar durante el resto del viaje, pero me di cuenta que su mente seguía revolviendo hipótesis y detalles y combinándolos en una teoría final. Y cuando lo dejé en la estación de servicio, me abrumó haciéndome la única sugerencia práctica posible, que hubiera debido ocurrírseme mucho antes.

—Dudaría de mis propios ojos antes que dudar de los de Cleto —me dijo—. Él vió algo que pasaba volando sobre su casa anoche, y sea lo que fuere, eso arrojó en el medio del campo el cadáver. ¿Por qué no averiguas si hay alguien en el Departamento que tenga un helicóptero y si te lo puede prestar para explorar la Laguna de los Patos? Es el único modo posible de entrar en la ciénaga y volver a salir.

Tenia razón. Yo podía dirigirme a la central de policía y pedir el aparato.

Sin embargo, cuando lo pensé un poco mejor, la idea me pareció menos buena. Los helicópteros son muy escasos y hacen un ruido muy distinto del que Cleto dice haber oído. Además, he leído suficientes relatos de guerra para saber que son muy difíciles de manejar. Ningún piloto tenía nada que hacer con un rata de laguna como era Taner.

Con todo, no me quedaba otra alternativa. Pasé primero por la empresa de pompas fúnebres y entregué lo que había quedado de Taner. Seguí luego viaje a mi oficina e hice un par de llamados telefónicos de larga distancia. El primero a la central y el segundo a la caminera.

Por supuesto que no me respondieron de inmediato. Tenían que elevar mi pedido a la oficina correspondiente. Se me avisaría luego.

No estaba de ánimos para aguantar las preguntas estúpidas que se me harían allí, y por eso me fuí a comer al Elite. Retiré dos portaviandas en lugar de uno y me fuí a mi oficina.

Estaba depositando mi almuerzo sobre el escritorio cuando entró Jorge Mac Clure.

JORGE había tenido un mal día y su aspecto no lo disimulaba.

Nadie creería que un tipo de la altura y el tamaño de Jorge podía quedar tan enteramente triturado en un solo día y por una sola mujer, pero su derrota no hubiera sido más evidente si la hubiera llevado escrita en la cara con letra de diez centímetros de alto.

—No te esperaba ver esta tarde —le dije, sabiendo exactamente cómo se sentía, pero deseando darle algún aliento—, creía que tenías una cita con Leticia.

—La tenía, pero se olvidó en medio de la excitación. No puedo reprochárselo.

Se sentó frente a mí sobre el escritorio y me dijo:

—David, nunca he visto a Leticia tan enamorada de un hombre... ¿Te parece que será serio?

Respondí que eso dependía en gran parte de la arrogancia que Leticia pudiera tolerar.

—Arrogancia —dijo Jorge— es el término. Pasé a ver a Leticia esta tarde y la encontré ocupada con la señora Dune en instalar a ese intruso. Andaban alrededor de él como un par de gallinas, pero él no les devolvía otra cosa que críticas. Nunca deseé golpear con fuerza a un tipo, David, pero no podía. Tú conoces a Leticia.

—¿Descubriste algo nuevo acerca de ese Bond —le pregunté—, algo fuera de los chismes que corren por ahí?

—Lo suficiente para que no me guste que persiga a Leticia. Dió una conferencia para la Asociación de Amantes de la Azalea, tan pronto como estuvo instalado en el pabellón, y tuve que esperar para poder hablar dos palabras con Leticia al final. Por supuesto que no habló de arte, porque, según él, no lo permitía el bajo nivel del auditorio y se dedicó a hablar de bionomía. Estaba tan seguro de sí mismo que me asustó, David. De acuerdo con lo que dijo, nuestra civilización actual es una ciega mezcla de tradiciones oscurantistas, pero sostiene que algunos de nosotros damos

indicios de marchar hacia una adaptación más lógica a nuestro contorno vital. Así lo recuerdo, por lo menos. Algunas de las cosas que dijo te dejarían sin sueño por una semana.

Nos mencionó algunas de las tesis y comprendí qué le preocupaba.

De acuerdo con la teoría de Bond, la raíz de la presente confusión es pensar que la independencia personal es un derecho en vez de ser un privilegio. Todo ciudadano debería ser sometido a un examen mental cada vez que lo exigiera el bien público, y en especial los políticos. La democracia debería ceder el lugar a un tipo evolucionado de socialismo guiado por una minoría inteligente. La monogamia, responsable de la mayor parte de nuestras fallas sociales y morales, debía desaparecer.

Leticia dice que Bond está muy por encima del nivel normal, que está adelantado en cien años por lo menos a su época.

Dos interrupciones le hicieron suspender el relato: sonó el teléfono y entró Arvie Moss. Atendí el teléfono, por supuesto. En cuanto a Arvie, venía siempre a reunirse con nosotros.

Era la central. No existía ningún helicóptero civil en nuestro Departamento. Todos los existentes eran del ejército, con excepción de los destinados al Servicio Forestal. Sí, podía concertar un préstamo, si realmente lo necesitaba, pero más valía que mis razones fueran verdaderamente perentorias.

Mellizos de distinta edad

EN Australia han nacido dos mellizos. El hecho no constituiría ninguna novedad si no fuera porque han visto la luz con 56 días de diferencia, lo cual es bastante raro. La ciencia conoce solamente dos casos análogos, y todavía no sabe exactamente cómo interpretar el suceso. Algunos creen que se trata de dos gemelos que se han desarrollado desigualmente durante el embarazo. Otros, que se trata de dos concepciones diferentes.

Cuando informé por qué lo pedía, el jefe me respondió:

—Se lo envío mañana a primera hora. Pero escúcheme bien: le estoy buscando un buen piloto. Si se llega a estrellar, ¡pobre de usted! No alcanzará los impuestos de diez años para pagar el aparato.

Arvie, que había escuchado mi conversación, se precipitó sobre mí como un ave de presa, no bien hube colgado el receptor.

—Mejor que no uses el helicóptero, David: he estado preguntando a la gente desde que llegamos con el cadáver y...

Generalmente soy de muy buen carácter, pero no me gusta que los oficiales del Departamento me traten como un chiquilín, y mucho menos que un loco como Arvie se entrometa en mi asuntos.

—¡Métete en tus cosas! —le dije—. ¡Vete a venderle a alguien una lata de aceite! Yo voy a manejar este asunto como me parezca.

Sonó otra vez el teléfono.

Era Leticia. Su gran danés, llamado Jasón, se había enloquecido y había querido destrozár al huésped, y luego había desaparecido. Quería que comenzase la búsqueda de inmediato, no fuera a ser que atacase a alguna otra persona.

—¿Está segura de que está rabioso?

Jasón había sido criado desde cachorro por Cleto. Jorge se lo había regalado a Leticia y Cleto se había quedado con la pareja, una perra llamada Reina. Antes me hubiera enfrentado con un tigre hambriento que con cualquiera de esas dos bestias. Y salir a buscarlo ahora que estaba...

Leticia estaba segura; el animal no había herido a Bond, pero no había sido por falta de ganas. Jasón había salido por la mañana a corretear por los campos y a cazar conejos. Volvió cuando Bond ya estaba en la casa.

Durante un tiempo había olisqueado por toda la casa, gruñendo y con el pelo erizado; tan pronto como vio a Bond, se lanzó sobre él y lo obligó a refugiarse en el estudio. Había destrozado las cortinas de la puerta y de las ventanas tratando de entrar tras él. No, Leticia no sabía en qué dirección había partido Jasón. Desapareció de pronto, antes de que ella pudiera conseguir ayuda.

—Bueno, voy a avisar a la población —le prometí a Leticia— y si no lo descubrimos hoy, lo encontraremos mañana por la mañana: he conseguido un heli...

Arvie lanzó un grito que me hizo saltar el teléfono:

—¡No le digas nada del helicóptero, lo vas a echar todo a perder!...

Lo miré con firmeza y levanté la silla que había derribado al levantarme.

Le expliqué a Leticia lo que teníamos pensado: a la mañana siguiente batiríamos desde el aire mediante un helicóptero la Laguna de los Patos, para buscar indicios del asesino de Taner, y al mismo tiempo buscaríamos a Jasón. Desde el aire sería fácil descubrirlo.

Cuando Leticia colgó, me dispuse a cantarle las cuarenta a Arvie, pero no llegué a hacerlo, porque Jorge lo defendió inesperadamente.

—Mejor sería que escucharas primero lo que Arvie quiere decirte; tal vez valga la pena.

—Ya no debe valer la pena, ahora que Leticia sabe del helicóptero —gruñó Arvie—; ya se lo debe haber dicho a ese artista falsificado y lo irá a buscar antes de que llegue el helicóptero. Ya lo verás.

—¿Qué quiere decir? ¿Por qué lo llamas "artista falsificado"?

—He estado haciendo algunas investigaciones por mi cuenta —dijo Arvie—. Y el modo como Jasón se encolerizó con Bond está de acuerdo con el

resto de mis conclusiones. Mira, apareció con una historia cómoda y unos antecedentes dispersos por todo el mundo, que es imposible controlar. ¿Cómo vas a comprobar la vida pasada de una persona que ha vivido en todas las ciudades del mundo, desde Calcuta hasta Copenhague?

Me repantiqué en la silla y puse una pierna sobre el escritorio. Saqué la pipa y comencé a prepararla tranquilamente, disponiéndome para un nuevo delirio de Arvie.

—Déjame decirlo a mí: el tipo es un ladrón internacional de joyas y lleva las de la corona del Pakistán escondidas en ese maletín. ¿O es opio esta vez, Arvie?

—Ninguna de las dos cosas — me respondió sin prestar atención a mi sarcasmo—. Hablé con el conductor del ómnibus cuando pasó de regreso por mi estación esta tarde y me juró por lo más sagrado que a la mañana no había dejado allí ningún pasajero. Ese artista falsificado no llegó aquí en ómnibus, David: vino caminando.

No me di cuenta a qué se refería y me tragué el anzuelo con línea y todo.

—¿Caminando? ¿Y de dónde?

—De la Laguna de los Patos.

ESTO colmó la medida, y exploté. —Mira, pedazo de loco — grité poniéndome de pie de un salto y tirando otra vez la silla al hacerlo —, si te crees que voy a quedarme aquí escuchando cómo conviertes a ese payaso pintado en un hombre de Marte, estás muy...

Arvie se escondió detrás de Jorge, quien volvió a sorprenderme defendiendo a Arvie.

—Tranquilo, David: nadie ha hablado de Marte..., ¿por qué no dejas que Arvie termine de decir lo que piensa?

—Hay más — dijo éste, aprovechando

del apoyo de Jorge —. Antes de hablar con el chófer del ómnibus, hablé con Timoteo en la peluquería. Esto fue lo que me hizo sospechar. Timoteo lo examinó bien cuando Leticia lo paseaba por la ciudad esta mañana. Tú sabes como cada uno observa los detalles que tienen que ver con su profesión, tú el modo como trabaja otro sheriff y yo cómo está instalada una estación de servicio. Pues bien, Timoteo dice que ese tipo nunca se ha afeitado, y nunca se ha afeitado porque no tiene folículos capilares...

—¿Y qué tiene esto que ver con la Laguna de los Patos y el asesinato?

—No me apures — protestó Arvie—. Hablé con la cocinera de la señora Dune en el almacén y con el mozo del hotel. Este tipo no ha comido ni un bocado desde que entró en el pueblo esta mañana, a no ser que lleve el alimento en el maletín.

—¿Y quién te dice que no está a dieta? Mira, Arvie; ¿por qué no me dejas atender este asunto de acuerdo con mis métodos? ¿Por qué no dejas descansar tu imaginación antes que se te quemem los pelos de tanto soñar?

Jorge trataba de ser impersonal, pero se veía también que deseaba con todas sus fuerzas que ese Bond resultara algo raro.

—No apoyo la teoría de Arvie — dijo —, pero me parece que vale la pena tenerla en cuenta, sea lo que fuere, hay que comprobarlo.

—Ya verás que tengo razón cuando entres en la Laguna con el helicóptero — pronosticó Arvie —, pero será tarde. La espacionave habrá desaparecido y el pseudoartista con ella. Posiblemente ya está allí en este momento, o saldrá cuando llegue a enterarse por Leticia de que vas a explorar la Laguna con un helicóptero.

—Debía haberlo imaginado: ¡Maldito sea Arvie y sus lecturas de imaginación científica!

—Mira cómo sucedieron las cosas — dijo Arvie —: la espacionave ha venido desde otro mundo, aterrizó en un lugar que nadie puede descubrir y enviaron a Bond para que explore y prepare las cosas para una invasión desde su planeta de origen. La maleta que lleva es un equipo de antigravedad, con el cual puede salir de la ciénaga y volver volando cuando lo desee. Y el bastoncito negro que lleva siempre en la mano es un arma atómica; con él mató a Taner, lo cargó luego y lo dejó caer desde el aire sobre la propiedad de Cleto. A esos hombres de otro planeta no les debe preocupar un asesinato como a nosotros. Probablemente nos miran como una tribu de monos. Y ni siquiera son humanos, quizá: Bond puede ser un robot, y por eso no se afeita ni come. Puede ser...

—Y tú — lo interrumpí sacando de mi escritorio la llave del calabozo —, puedes ser un preso, si no desapareces antes de diez segundos. Si me vuelves con una de esas historias, te encierro por interferir con la acción de la justicia. ¡Fuera!

Arvie se levantó y salió. Al llegar a la puerta se detuvo y me dijo:

—Algún día te lamentarás de no haberme hecho caso — profetizó —. Y no quisiera estar en tus zapatos en ese momento.

El teléfono sonó otra vez. Tomé el receptor y la voz de Cleto Hamon sonó en mi oído antes de que pudiera preguntar quién hablaba.

—¡David, esa cosa ha vuelto a volar sobre mi casa! Le tiré un tiro y le di

en el ala. Descendí cerca del rancho de Taner. ¡Voy detrás de él!

Pensar que me había pasado el día dando vueltas porque no sabía qué rumbo tomar en este asunto de locos, y ahora todo se precipitaba: no bien colgué, se abrió la puerta de la oficina y alguien entró gritando con todas sus fuerzas: ¡Fuego!

La campana de incendio que está a la puerta de mi oficina comenzó a repiquetear convocando a los bomberos voluntarios, y por la calle comenzó a correrse el grito de: ¡Fuego!

—¿Has oído? — preguntó Arvie asomándose otra vez —; es en la casa de Leticia Dune.

Salió disparando en compañía de Jorge y yo me quedé frente al teléfono diciéndole a Cleto:

—Voy tan pronto como pueda. La casa de Dune...

Cleto ya había colgado.

UN destacamento de bomberos dotado de elementos modernos hubiera podido salvar la casa de los Dune, pero nuestros pobres bomberos voluntarios, con su bomba a palanca, no tuvieron nada que hacer.

Cuando tuve mi jeep delante de la casa, las llamas ya habían devorado la planta baja y salían como gruesos tentáculos por las ventanas del primer piso. El calor era infernal; se oían crujidos espantosos y las chispas eran lanzadas en todas direcciones y hacia lo alto; un olor acre y asfíxiante de magnolias quemadas, hacía imposible la respiración. Una de las columnas

Radiaciones

INVESTIGACIONES realizadas con 98 mujeres embarazadas, expuestas a la acción de las radiaciones, en Nagasaki, arrojaron los siguientes resultados: 30 tuvieron perjuicios graves, que incluyen abortos, hijos muertos o mentalmente retardados; en las 68 restantes, las consecuencias no fueron tan graves, pero la proporción de partos difíciles resultó mucho mayor que la normal.



del gran alero se desplomó, haciendo huir espantada a la multitud.

Jorge se abrió paso entre los curiosos arremolinados y me tomó del brazo:

—No hay nadie... en la casa —jadeó—; la señora Dune... dijo que... Leticia en el estudio... cuando comenzó el incendio.

Me di cuenta de que recordaba las teorías de Arvie y que estaba impresionado. Se dió vuelta y salió corriendo en dirección al estudio. Lo seguí, y en el camino me topé con Arvie Moss, que salía sabe Dios de dónde y se juntó a nosotros.

Los dos entramos al mismo tiempo en el pabellón, y encontramos ya adentro a Jorge. El pabellón estaba completamente vacío, a no ser por el cadáver de un gran danés, completamente carbonizado y con una franja de carne arrancada en el lomo. Los huesos estaban al descubierto.

Recuerdo que pensé estúpidamente: *"Por lo menos no tendré que camppear un perro rabioso: aquí está Jason."*

—El pobre no estaba rabioso —comentó Arvie—; descubrió que el falso artista no era un ser humano, y Bond lo mató con su bastón atómico y lo escondió. Por eso Leticia creía que había escapado.

No le respondí: estaba demasiado preocupado preguntándome si Leticia habría llegado al pabellón cuando Bond se disponía a volar llevando el cadáver de Jason. Si había llegado...

Rechacé la idea con un gesto, maldiciendo a Arvie que me había sugestionado con sus fantasías.

—Leticia está perfectamente —le dije a Jorge que se había quedado completamente abatido, y pálido como un muerto de la impresión—. Posiblemente ha salido a dar una vuelta con Bond, y volverá cuando se entere del incendio.

Jorge sacudió la cabeza sin mirarme:

—Su coche está en el garage: ya lo vi.

Entonces, están en la Laguna de los Patos —dijo Arvie—. Ese demonio incendió la casa para entretenernos y en este momento se prepara a zarpar en la espacionave llevándose a Leticia como rehén. ¡Te advertí que no le dijeras nada a Leticia de ese helicóptero!

Me acordé del llamado de Cleto, y volví a maldecirme por haberlo descuidado hasta ese momento... Sí, Arvie tenía razón...

—¡Leticia! —exclamó Jorge cuando le conté lo que Cleto me había dicho por teléfono—. Puede estar en peligro... ¡Vamos!

Salimos corriendo del pabellón-estudio, subimos a mi jeep, nos abrimos paso entre la muchedumbre y nos encaminamos a mi oficina, para recoger mi fusil, que nunca uso sin tener un grave motivo. Esta detención trajo un nuevo inconveniente, que era lo único que nos faltaba.

La puerta de la celda estaba abierta, y mi único prisionero, el vagabundo, había desaparecido.

TRES minutos después, llegábamos a la casa de Cleto y la encontramos a oscuras y enteramente vacía. Reina, la pareja de Jason, salió ladrando al oírnos y quiso saltar sobre nosotros, pero se lo impidió la fuerte cadena que la ataba. Por fin reconoció mi olor, y se tranquilizó. Si la hubiera soltado, hubiera subido al jeep con nosotros.

—Cleto debe estar en la ciénaga explorando los juncales —gritó—. ¡Vamos!

En cierto modo, era gracioso: aunque sabía algo de lo que aguardaba a Cleto en la ciénaga, no podía menos que compadecer a Vail Bond. Hombre, monstruo o lo que fuera, le quedaban muy pocas posibilidades de eludir a un cazador como Cleto.

Puse en marcha el jeep y avanzamos

dos kilómetros más por la carretera hasta el fangoso atajo que lleva a la Laguna de los Patos. Bajamos del jeep antes de llegar al rancho de Taner; podía ser que Cleto se hubiera emboscado y podíamos estorbarlo.

Nunca olvidaré el momento en que descendimos del jeep y nos agrupamos en la oscuridad tratando de aguzar nuestro oído y preguntándonos qué sucedería. El viento soplabá suavemente, era cálido y traía los olores de la ciénaga como si fuera un aliento animal. No había luna, y no se oía otra cosa que el ronquido del motor del jeep y el incesante *gronk, gronk, gronk* de las grandes ranas verdes que se elevaba de la ciénaga.

Encontramos el rancho de Taner, una sombra informe, en medio de la oscuridad más densa de los álamos que bordean la ciénaga, guiándonos por una luz de kerosene que salía por la ventana. Se abrió la ventana y apareció la figura de Cleto que se recortaba contra un fondo escasamente iluminado. Pensé que habría oído nuestro motor y estaba tratando de localizarnos.

—¡Cleto! —grité—, ¿estás bien? ¿Encontraste...?

—Sí, vengan.

Jorge me puso una mano en la espalda. Estaba temblando. Comprendí qué era lo que lo preocupaba y por qué no se atrevía a preguntar.

—¿Está ahí Leticia? —pregunté por él.

—Sí, vengan.

Debí haberme cuidado, lo comprendí después, pero en ese momento mi curiosidad pudo más que mi cautela.

ENTRAMOS en tropel en el rancho, y Cleto, actuando como un autómatas, cerró la puerta con un golpe detrás de nosotros. Su rostro era inexpresivo y vacío, pero detrás de la negrura de sus ojos, yo leí una tortura que me hizo comprender que Cleto

estaba librando la más terrible batalla interior de su vida. Y que la estaba perdiendo.

Leticia se encontraba en un rincón de la cabaña, con su primoroso vestido blanco muy ajado y su cuidadoso peinado completamente deshecho. Su rostro era tan vacío e inexpresivo como el de Cleto, pero por su mirada conocí que vivía el mismo horror que Cleto. Tuve la impresión de que su aspecto sería el mismo si se hubiera ahogado en una substancia fría, espesa, y... pegajosamente no humana.

Eran como sonámbulos, hipnotizados o algo peor. Me di cuenta de todo esto aún antes de ver la pequeña burbuja de luz, que flotaba zumbando en medio de la habitación. Era de un tamaño aproximado al de una pelota de tennis, pero su tamaño es lo único que puedo describir. Entonces me dominó el convencimiento sordo de que su tamaño debía ser mucho mayor del que parecía, pero que al mismo tiempo las piezas del mecanismo que estaba dentro de ella, cualquiera fuese, eran de tamaño microscópico...

Cometí un error al mirar la burbuja: a los pocos segundos estaba bajo su conjuro tan enteramente como Cleto y Leticia. Jorge y Arvie quedaron congelados a mi izquierda y a mi derecha, y aunque ninguno de los dos se movió ni dijo nada, comprendí que ellos también habían sido subyugados. No me desvanecí, pero de inmediato me pareció que ya no tenía cuerpo, que no había un piso debajo de mis pies, que no tocaba mi piel ningún vestido, y comprendí asimismo que mi cuerpo no volvería a obedecerme hasta que Vail Bond lo permitiera.

El estaba de pie en un rincón apartado de la habitación, observándonos con sus ojos brillantes e inquisitivos y un rictus en su boca que era en parte sonrisa y en parte algo distinto. Había despedido a un rincón y de un

puntapié, el rifle de Cleto, sin tomarse siquiera la molestia de descargarlo, pero tenía un arma mejor. Su bastoncito oscuro nos apuntaba como una escopeta, y tuve la súbita convicción de que Arvie había estado acertado, de que era un arma mucho más mortífera de lo que ninguno de nosotros había imaginado.

—Hasta con los animales uno puede equivocarse —dijo Bond con su vocecilla cortada y aguda. Me miró con sus ojos penetrantes: pero todo puede remediarse, *policía*.

LOS dos minutos siguientes fueron como esas pesadillas que hielan la sangre, en los cuales uno está hundido hasta las rodillas en la arena movediza y no puede escapar de algo horrible porque uno no puede gritar ni distinguir la forma de la cosa que lo amenaza.

Luego comencé a comprender lo que Bond deseaba de mí, y aunque sabía que era absolutamente imposible resistirme, me sentí un poco mejor al comprobar que él no era infalible.

Uno de los tiros de Cleto había estropeado el maletín de Bond (resultó después que Arvie había tenido razón al decir que dentro de él había una unidad de antigüedad, como también otras cosas) y tuvo que aterrizar allí con Leticia. La máquina en la que había llegado estaba escondida en la ciénaga, y el único modo de llegar a ella era actualmente el helicóptero que yo había solicitado a la Defensa Forestal. Mi misión era volver a Bog City y regresar nuevamente con el helicóptero.

Remedio contra el asma

Los doctores de Kentucky han descubierto un remedio barato y sencillo para evitar las crisis asmáticas. Todo consiste en aplicar en el conducto auditivo externo un algodón embebido en éter. Los resultados son satisfactorios en el 70 % de los casos.

Bond pareció haberme leído el pensamiento:

—Estos se quedan aquí como rehenes: si se le aflojan los controles, recuerde que sus vidas están en riesgo hasta que usted regrese.

Yo tenía la sensación de que mi hipnosis no cedería hasta que el pequeño diablejo me hubiera devuelto el uso de mi cuerpo. Pero, ¿lo haría? ¿Nos dejaría en libertad, sabiendo todo lo que sabíamos nosotros? Sólo entonces advertí que estaba pensando como Arvie Moss, y el comprenderlo me hizo temblar, porque Arvie me lo había advertido desde un comienzo y yo me había rehusado a escuchar.

—Habla —dijo Bond con tono cortante, y el conjuro que me tenía completamente paralizado se aflojó un poco para que pudiera responder.

—El helicóptero no llegará hasta mañana por la mañana —dije. Traté de levantar la voz todo lo posible, con la esperanza de atraer la atención de alguien que eventualmente pasara por allí, pero lo único que pude conseguir fué responder en tono normal—. ¿Quiere que vayamos ahora o después?

El sonrió y el frunce desdenoso y arrogante de sus labios me hizo hervir de impotencia interiormente. Me hizo acordar a un domador de circo, que hace restallar el látigo en medio de la jaula y sonríe de satisfacción al ver que los tiene sujetos enteramente a su voluntad.

—Después —dijo Bond. Lanzó una mirada maliciosa hacia Arvie y prosiguió:— Su joven amigo ha desarrollado algunas ingeniosas teorías para expli-

car mi presencia entre ustedes, que aunque imperfectas, merecen ser tenidas en cuenta por provenir de una raza tan primitiva. Voy a confirmarlas y rectificarlas en lo que corresponda.

NOS lo refirió todo en sus frases cortantes y agresivas, golpeándonos deliberadamente con las informaciones que nos daba y disfrutando de su broma como un sádico puede disfrutar destrozando un nido de gorriónes.

—No hay ninguna espacionave en la ciénaga —dijo—. Es algo que en vuestra jerga salvaje podría llamarse una unidad de transferencia espacio temporal, más bien que un vehículo propiamente dicho. Vengo desde una Tierra que está situada aproximadamente a cuatro mil años del momento en que vosotros vivís.

Hizo una pausa para que la revelación nos penetrase.

—No hay ninguna intención de arrasar vuestro mundo en mi visita, como habíais supuesto. Se trata solamente de que estas edades bárbaras están prohibidas para los que viajan por el tiempo, y yo soy uno de los pocos suficientemente curiosos en estos siglos de barbarie para desafiar la prohibición de la Comisión de Policía e investigar por mí mismo. No soy un artista, sino lo que vosotros llamaríais un coleccionista aficionado. Mi hobby son las antigüedades poco corrientes.

Volvió la vista a Leticia:

—Puedes decirle por qué te traje aquí conmigo. Te prohíbo toda reticencia.

Leticia asintió mansamente a la orden. Solamente sus ojos dieron testimonio de la humillación y sufrimiento que experimentaba.

—Primeramente pensé que estaba atraído por mí en cuanto mujer —dijo—, pero estaba equivocada. Me lleva hacia el futuro para exhibirme ante



sus amigos coleccionistas como un espécimen.

—Ni más ni menos —dijo Bond.

Jorge sufría tanto o más que Leticia, pero su importancia era la misma que la de todos nosotros. Con todo, pude advertir cómo se estremeaba de furor y comprendí qué hubiera hecho si le hubiera sido posible: se hubiera lanzado contra Bond, con la caña atómica o sin ella.

Alguien se encargó de hacerlo por él.

Sin el menor aviso, se escuchó un ronco rugido en el exterior, y Reina, la perra gran danés de Leticia, atravesó de un salto el umbral. Un trozo de



cadena que colgaba de su collar nos hizo comprender cómo había llegado hasta allí, y el salto que pegó hacia la garganta de Bond nos explicó para qué había venido.

Como Jasón, Reina buscaba la muerte.

TODA la situación volvió a asemejarse a una pesadilla, sólo que ahora el horror no serpenteaba hacia nosotros, sino reinaba enloquecido.

La burbuja hipnótica de Bond no produjo ningún efecto sobre Reina. La tuvo encima antes de poder recurrir a sus rayos. Antes de que hubiera podido entender cabalmente qué pasaba,

lo había derribado en el suelo y lo destrozaba.

Entonces Bond comenzó a gritar y a vociferar en una jerga extraña, que podía ser de turco o esquimal, pero no era ninguno de los dos. No pude entender una palabra, por supuesto, pero aún en aquel momento me pareció extrañamente familiar.

No quiere decir esto que haya tenido tiempo para reparar en ello: todas mis fuerzas interiores estaban concentradas en luchar contra la parálisis que me agarrotaba, sudando por el miedo de que Reina pudiera matar a Bond y dejarnos a nosotros rígidos como estatuas de mármol.

El conjuro se desvaneció al caer al suelo la varita de Bond. A causa del choque contra el suelo, sin duda, dejó escapar una llamarada azul que fué a dar contra una de las paredes laterales del rancho, pero antes, por una mera casualidad, chocó contra la burbuja y la deshizo en mil pedazos.

Después de esto pasaron muchas cosas.

Leticia se desvaneció, y Jorge, olvidado de todo se arrodilló a sus pies y comenzó a frotarle las manos mientras decía palabras incoherentes.

Arvie, Cleto y yo nos lanzamos sobre Reina, que había destrozado ya toda la ropa de Bond y acababa de cerrar las mandíbulas sobre su garganta. Logramos apartarlo, pero no pudimos dominarla: estaba tan enloquecida como Jasón, y Cleto se vió obligado finalmente a desmayarla de un palazo para aplacarla.

Bond no había recibido ninguna herida fatal, pero nunca vi un cuerpo tan destrozado. Lo revisamos entre los cuatro, y antes de que hubiéramos completado la revisión, comprendí que cada uno de nosotros la hubiera suspendido a no ser porque los otros tres estaban presentes.

Hablando estrictamente, Bond no era un hombre. Se había recubierto de un rostro atractivo y de un cuerpo bien formado como el que va a un baile de máscaras se recubre de una armadura y de una careta. Reina había comenzado a desgarrar la sustancia con apariencia de carne que lo recubría, y nosotros proseguimos el trabajo. He aquí lo que encontramos.

Tenía la talla de un niño de doce años aproximadamente. Su cuerpo parecía tan suave, dúctil y blando como el de un gusano, y su cráneo sin cabello y su carita arrugada le daban más aspecto de un monito que de una persona. Sus ojos eran mucho mayores que los de un hombre, las pupilas

enormes y los párpados no cerraban por completo. Las orejas eran dos pequeñas ranuras a los costados de su cráneo. No tenía dedos en sus pies, que no eran más que pezuñas redondeadas, y las manos —que aún después de quitado el revestimiento eran lo más parecido a un miembro humano—, tenían cuatro articulaciones en cada dedo y tres el pulgar.

No tenía ombligo, lo que quiere decir que había nacido de un huevo o en una incubadora especial. Era varón, pero no hubiera sido posible determinararlo sin un examen algo cuidadoso.

—Cuatro mil años no parecen suficientes para tantos cambios —comentó Arvie tratando de dar a sus palabras un tono profesional, y sin conseguir otra cosa que poner de manifiesto la repugnancia que ello le producía—. La evolución debe haber sido acelerada por las guerras atómicas y las mutaciones provocadas por las radiaciones... No es de extrañar que Bond nos mirara de arriba abajo; no es de nuestra misma especie, sino un *homo superior*, el hombre superior que ha de resultar un día de nosotros. Para él, somos menos que monos.

Cleto interfirió la lección de Arvie con un nuevo problema:

—¡Al diablo con las teorías! ¿Qué vamos a hacer con éste?

Nos miramos los unos a los otros, comprendiendo por primera vez las complicaciones que nos aguardaban.

—Humano o no, tengo que arrestarlo —dije, sudando ante la perspectivas de ejércitos de periodistas, sabios y curiosos— por asesinato y rapto.

Pero no tuve tiempo de afrontar el problema. Algo semejante a una descarga eléctrica fría y penetrante nos sacó el aliento a todos y nos dejó temblando y castañeteando los dientes.

En el rancho entró el vagabundo que yo había encerrado el jueves y

que había huído de allí una o dos horas antes.

Se había despojado de sus andrajosas ropas y calzado, y no había duda posible de que fuera humano y varón. Era el hombre más perfecto que he visto. Su estatura no era mucho mayor que la de Bond, pero sobre su osamenta se extendía una capa espesa y armónica de músculos bien trabajados y formados, recubiertos por una piel atezada, de color castaño. Lo observé cuando se inclinó sobre Bond, y vi que sonreía. Pero no era la sonrisa desdénosa con que Bond nos había ofendido, sino una verdadera sonrisa de alguien que se divierte.

LLEVABA en una mano una caja semejante a la de Bond, y adosado a sus hombros había un correa que sostenía un pequeño globo azul detrás de su nuca. En una mano llevaba una varita de forma y tamaño semejante a los de un lápiz, en uno de cuyos extremos brillaba una pequeña luz azul. No necesité que me lo dijera para saber que esa luz era la que nos mantenía inmóviles.

En esto se despertó Bond y nos miró con sus ojos parpadeantes de grandes pupilas y se arrastró en el suelo como atemorizado de nosotros. Divisó al recién llegado y se irguió inmediatamente juntando sus talones en señal de respeto.

—¡Policia! —exclamó.

Reconocía la palabra, a pesar de que estaba contraída por pérdidas de las vocales y por primera vez sentí la esperanza de que pudiéramos salir con vida de aquel lío. La palabra que había usado Bond era "Policia", la misma con que me había designado a mí, y la situación resultaba clara. Bond había retrocedido cuatro mil años en el tiempo para satisfacer su curiosidad y para llevarse de vuelta dos o tres ejemplares para su colección; el recién ve-

nido era un policia que había sido destacado para llevarlo de nuevo. También se explicaba por qué el funcionario se había dejado arrestar como vagabundo; ¿qué otro escondrijo más discreto pudo imaginar para esperar la llegada de su hombre?

El oficial dijo algo a Bond con tono cortante e imperativo, y éste recogió su caja y su caña, saliendo luego del rancho mohino y avergonzado, como un niño sorprendido en un juego prohibido. Antes de seguirlo, el policia nos dió algo más en que pensar.

—No volverá a ocurrir un episodio semejante —dijo con un tono que convertiría sus palabras en un solemne compromiso—. En mi tiempo se han desarrollado algunas mutaciones que han formado especies diversas a partir del substrato biológico común. Algunos, como éste, se creen superiores, pero no pierdan ustedes por ello la fe en el futuro de la raza humana. El *homo sapiens* sigue predominando, y tiene en su mano el poder.

Al llegar al umbral se detuvo:

—Sucesos tan anormales como los que a ustedes les ha tocado vivir no obtendrán crédito ante las autoridades sin pruebas suficientes. Me permito sugerirles que preparen un informe compatible con el estado actual de las cosas. Creo que puede ser interesante.

Dicho que hubo esto, salió tras Bond, y un minuto después los oímos surcar el aire con un sonido exactamente igual al que Cleto había escuchado anteriormente. No era exactamente un quejido, pero sí el silencio de protestas de un generador sobrecargado: las pequeñas unidades de antigравidad que usaban para volar no estaban evidentemente hechas para llevar a dos personas.

Dos minutos después, cuando ya habían llegado a la ciénaga, nuestra parálisis desapareció. Arvie, Cleto y yo nos precipitamos hacia la puerta y

llegamos en el preciso instante en que se producía el fogonazo azulado que iluminó el horizonte y nos dejó encogidos durante un buen rato.

Cuando recobramos la visión, no había nada delante de nosotros fuera de la ciénaga. Las grandes ranas verdes, silenciadas durante un tiempo por la llamarada, retomaron su sempiterno coro *gronk, gronk, gronk*.

ENTRAMOS otra vez en la cabaña y encontramos, a Leticia en los brazos de Jorge, llorando hasta derretirse. Esta vez no se lo reproché: debió ser un choque muy fuerte para ella, después de jugar tantos años a la diosa inaccesible, verse en riesgo de ser llevada como pieza de museo por el único hombre al que se había dignado mirar. Jorge sintió lo mismo que yo. Le palmeaba suavemente las espaldas, como si fuera un niño, tratando de consolarla. "Bueno, bueno". Sus ojos, sin embargo, relucían como si le hubiera sido dado asomarse por un instante a la eterna bienaventuranza.

Y esto parecía serle suficiente.

Comprendimos que el consejo de mi colega había sido acertado: no podíamos referir las cosas tal cual habían pasado, a riesgo de que se nos culpase de la muerte de Bond.

Por lo tanto, nos guardamos lo sucedido para nosotros e informamos que Vail Bond se había hundido en las arenas movedizas de la ciénaga. Al día siguiente, Cleto, el piloto de la Defensa Forestal y yo recorrimos de punta a punta la Laguna de los Patos, pero no encontramos otra cosa digna de mención que el alambique clandestino de Taner.

¡Ah!, había un sector donde una máquina pudo haberse posado y una

cortina de árboles como por alguna brusca explosión, pero el pasto pudo haber sido aplastado por los animales y siempre caen rayos solares sobre los árboles.

La muerte de Taner está registrada aún en los libros policiales como un misterio no resuelto, pero nadie se preocupa mayormente.

EL asunto tuvo un resultado favorable al menos.

Parece ser que Leticia descubrió que en la vida existen otras cosas importantes además de la educación, el arte, la economía y la eficiencia.

Ella y Jorge se detuvieron en la estación de servicio de Arvie la mañana en que revisamos la Laguna, cuando Arvie estaba ya de regreso, y el cambio que se había operado en el aspecto de Leticia era digno de tenerse en cuenta.

Acababan de casarse en el Juzgado de Paz y se iban de luna de miel a las montañas. Leti —ya no consiente que la llamen Leticia—, había bajado de su pedestal, arrojando al mismo tiempo sus anteojos y soltándose el cabello sobre la espalda. Llevaba puestos unos shorts y una remera, y el físico que había escondido durante tantos años hacía que la chica bikini del almanaque pareciera insignificante a su lado.

Cuando la pareja se marchó, Arvie y yo nos sentamos a charlar un rato y yo comencé a hojear algunas revistas de imaginación científica para ver qué me había perdido.

Al atardecer, un turista se detuvo junto a la estación e hizo sonar la bocina para que lo atendieran. Arvie fué al surtidor llevándose la revista consigo.

Después de esto, el sábado fué un día como todos. ✦

Espaciotest

Aquí tiene usted un desafío a su memoria y a su cultura. Si usted es un asiduo lector de MAS ALLA, le resultará más fácil responder a este ESPACIOTEST. Indique en los cuadritos de la derecha las letras que corresponden a las respuestas que le parecen correctas. Compare los resultados en la página 136 de este volumen. Si no ha cometido ningún error, puede estar muy orgulloso. Si sus aciertos han sido entre 4 y 6, sus conocimientos son superiores al promedio de las personas cultas. Si ha contestado correctamente 3 preguntas, el nivel de sus conocimientos corresponde al promedio. Si ha acertado 2 ó menos, no se aflija y siga leyendo MAS ALLA, que le proporcionará un sinfín de conocimientos serios sin las molestias del estudio.



Pregunta N° 1:

Pregunta N° 2:

Pregunta N° 3:

Pregunta N° 4:

Pregunta N° 5:

Pregunta N° 6:

Pregunta N° 7:

1 ¿Cuál de los siguientes planetoides tiene la órbita cruzada con la terrestre?

- A) Rusia.
- B) Alemania.
- C) Italia.
- D) Marlene.
- E) Hermes.

2 ¿En cuál de las siguientes partes del mundo es actualmente más alto el índice de crecimiento de la población?

- A) Norteamérica.
- B) Groenlandia.
- C) Europa.
- D) China.
- E) Sudamérica.

3 ¿Qué es el "perihelio"?

- A) El punto de la trayectoria de un cuerpo de nuestro sistema que está más cerca del Sol.
- B) El punto de la trayectoria de un cuerpo de nuestro sistema que está más lejos del Sol.
- C) Un planeta próximo a Marte.

4 ¿Cuál de las siguientes es una razón para que los cohetes sean disparados verticalmente?

- A) Como hay partes del cohete más alejadas del centro de la Tierra, la acción de la gravedad es menor.
- B) Se alcanzan más rápidamente las capas superiores de la atmósfera donde hay poca resistencia del aire.
- C) Se lo puede diseñar de modo que sea más liviano.
- D) Por costumbre.

5 ¿Cuántas veces mayor que el terrestre es aproximadamente el diámetro solar?

- A) 10 veces.
- B) 100 veces.
- C) 1.000 veces.

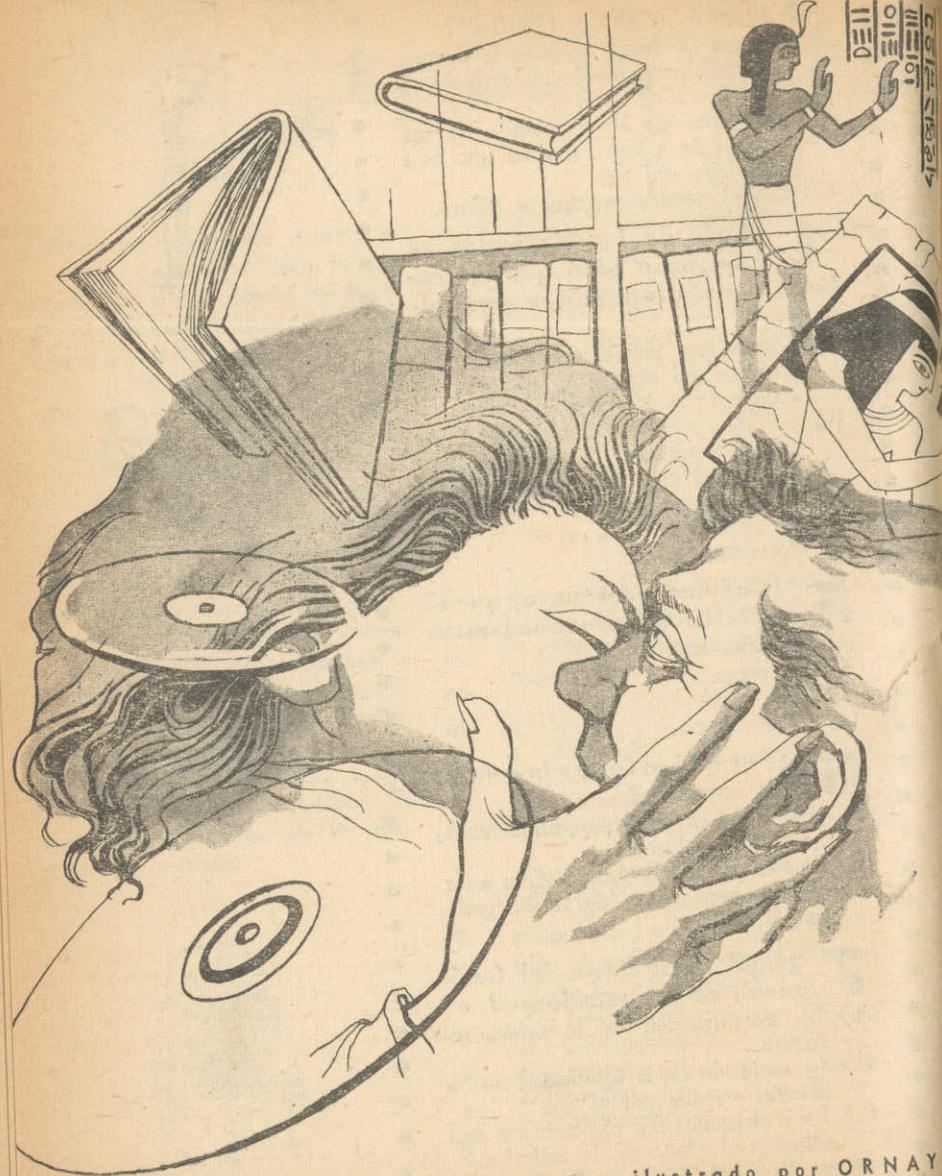
6 ¿Por qué se forma la cola de los cometas?

- A) Por fragmentos desprendidos debido a la gran velocidad.
- B) Por la presión de la radiación solar.
- C) Por la persistencia de las imágenes en la retina.

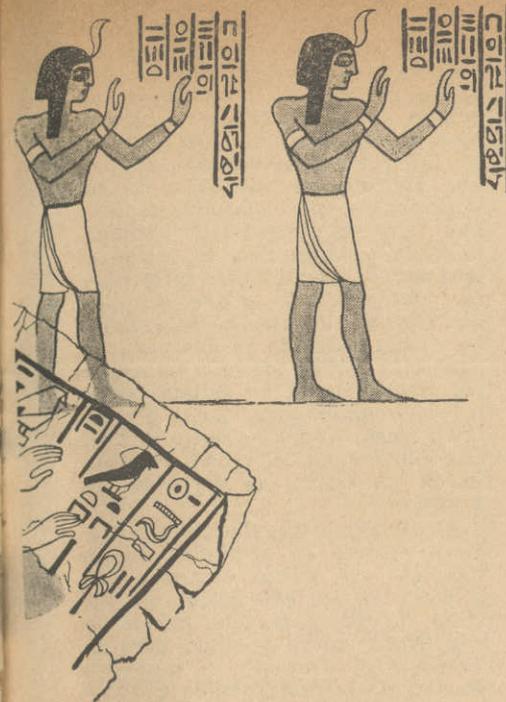
7 ¿Cuál es la causa del fenómeno de las estaciones?

- A) La excentricidad de la órbita terrestre.
- B) La variación de la intensidad de radiación emitida por el Sol.
- C) La inclinación del eje terrestre con respecto al plano de la eclíptica.





ilustrado por ORNAY



La congoja y la gloria
de quienes marchan a través
de las sombras del pasado,
hacia la luz fantástica
del porvenir en una
eternidad humana... ¿o
más que humana?... ¿o menos
que humana?

LOS SEÑORES DEL TIEMPO

Por WILSON TUCKER

RESUMEN DE LA PRIMERA PARTE

LA personalidad de GILBERT NASH constituía un enigma para CUMMINGS, Supervisor del Comité de Investigaciones de la Defensa Nacional de Estados Unidos, destacado en Knoxville, pequeña ciudad del estado de Tennessee, cerca de Oak Ridge, centro de las más importantes investigaciones sobre armas atómicas, proyectiles dirigidos y autodirigidos y proyectos experimentales de espacionaves.

Nash había comenzado a interesar al Comité el día en que se puso en evidencia una extraña coincidencia de fechas, por la cual, desde hacía algunos años, la presencia de Nash en cualquier lugar precedía en pocas semanas a un importante acontecimiento secreto en el campo del desarrollo de las armas atómicas y espacionaves.

Otro elemento sospechoso era el hecho de que Nash recibiera una

LOS SEÑORES DEL TIEMPO

97

enorme cantidad de cosas técnicas de todas partes del mundo. Al investigar su personalidad, Cummings y su ayudante DIKTY se encontraron ante un misterio, por cuanto fué imposible hallar la fecha de nacimiento de Nash: parecía haber llegado a Miami en 1940, pero no fué dable descubrirle ningún antecedente. En 1942 se había instalado en Knoxville, en un lugar estratégico cerca de la planta atómica; y poco después había salvado, mediante un extraño sentido de premonición, de un mortal accidente de automóvil, a Dikty, que le era desconocido. También, físicamente, Nash era una persona extraña: parecía egipcio; era alto, de piel curtida, delgado, rápido en sus movimientos, siempre alerta, pero tranquilo y sereno y con los ojos de un extraordinario color amarillo. No parecía haber envejecido en los últimos años. No estaba casado, recibía muy pocas personas y en Knoxville poseía una oficina de investigaciones privadas.

A esta oficina se presenta un día GREGG HODGKINS, científico de la American Chemical Trust, Sociedad que tiene a su cargo algunos de los más importantes proyectos secretos del gobierno de Estados Unidos. Hodgkins se presenta al investigador Nash con un problema: el de encontrar a su esposa CAROLYN, que había desaparecido. Al pedirle mayores detalles, Nash conoce una extraña historia que Hodgkins le revela acongojado: Hodgkins había conocido a Carolyn en una biblioteca mientras estaba estudiando un libro científico. Unidos, en seguida, por el amor a la ciencia, se conocieron mejor y terminaron por casarse. Carolyn es una mujer sumamente inteligente, hermosa, de ojos de un extraño color amarillo, que se mantiene siempre joven y no ha envejecido después de más de diez años de matrimonio. Es huérfana, y su esposo no puede indicar exactamente su edad, ya que su partida

de nacimiento no se registra, al lado de Hodgkins, había aumentado rápidamente sus conocimientos técnicos, y eso es justamente lo que más intriga a Hodgkins. Acerca de este punto él ha construido una teoría. En los primeros tiempos, al darse cuenta de que su esposa aprendía en seguida todo lo que él estudiaba o hacía en su laboratorio, había pensado en una transmisión telepática de conocimientos, pero pronto advirtió que Carolyn aprendía por contacto físico y tanto más rápida e intensamente, cuanto más íntimo era ese contacto. Todo lo que él aprendía, Carolyn lo sabía al día siguiente. El día antes de su desaparición, Hodgkins había logrado importantes resultados en un estudio secreto cuyo contenido se niega a revelar a Nash. Hodgkins ruega a Nash que encuentre a su esposa y se aleja en un estado de profunda depresión.

Al día siguiente, Hodgkins es hallado muerto en el dormitorio de Carolyn. La policía descubre que, a pesar de las apariencias de suicidio, ha sido asesinado. Por la noche, Nash, aparentemente para investigar el asesinato y descubrir huellas de la desaparecida Carolyn, penetra en la casa de Hodgkins, la registra toda y con particular cuidado el cuarto de baño. Luego, toma asiento y medita: Hodgkins le había dejado la impresión de ser un hombre sin futuro y, en efecto, al día siguiente de su entrevista había muerto. Mientras está sumido en profundas meditaciones, una mujer también entra en el departamento; Nash la sorprende y trata de saber quién es; pero ella se le escapa y, amenazándolo con un arma, se aleja, prohibiéndole seguirla. Sin embargo, al día siguiente, Nash, mientras asiste al funeral de Hodgkins, reconoce en la secretaria de Dikty a la misteriosa muchacha que había visto la noche anterior, y logra conocer su nombre: SHIRLEY HOFFMAN.

MÁS ALLÁ

Nash parece decidido a encontrar a Carolyn, y no están del todo claros los motivos de su determinación. Está seguro de que el interés que Carolyn tiene en las armas atómicas y en las naves interplanetarias no puede haberla alejado de los centros principales en que se están estudiando. Los razonamientos de Nash resultan algo extraños: "Carolyn quería volver, quería volver al lugar de donde había venido; yo sé que está interesada en naves interplanetarias, y que ella quería estar en la primera que viajara al infinito..."

Nash se encuentra casualmente con Shirley en un restaurante. Se reconocen y se hablan con toda franqueza y amistad. La conversación gira alrededor de arqueología y especialmente sobre los sacrificios a los dioses en la antigua Creta. Sobre ellos, Nash parece saberlo todo; y Shirley observa que habla como si hubiera sido testigo de ellos... Nash sigue hablando de temas parecidos, demostrando conocimientos extraordinarios: entre el Tigris y el Éufrates, arqueólogos ingleses encontraron tabillas con el poema de GILGAMESH, el primer poema épico fantástico de la historia humana, que se escribió por lo menos 4.000 años atrás. El poema trata de un hombre heroico, un semidiós, cuyo origen se desconoce y que recorría la tierra cumpliendo grandes hazañas, buscando la sabiduría y la inmortalidad, derrotando tiranos y reyes. En una de sus aventuras, se encontró con un hombre prehistórico, UT-NAPISHTIN, que le contó un relato mucho más inmenso y fantástico que todas sus hazañas: el relato de la destrucción del mundo, del diluvio universal, al que sólo él con su pequeño clan había podido sobrevivir construyendo una nave, cargándola de provisiones y llevando consigo a muchos animales, que encontraron ubicación en las tierras, después del descenso de las

aguas. Éste es el prehistórico poema de Gilgamesh.

Shirley escucha el fantástico relato de cosas que ella desconocía y que Nash le cuenta con arte y emoción. Y cuando Shirley le pregunta: "¿Gilgamesh, después de todo, encontró la inmortalidad que perseguía?", Nash queda un instante con el tenedor en el aire y vacila antes de contestarle: "Halló lo que buscaba, pero era demasiado tarde para salvar su vida..."

CAPÍTULO VII

CUMMINGS vagó al azar por el despacho, buscando en las paredes unos cuadros que nunca hubo en ellas, mirando distraídamente la alfombra y esperando ver en ésta un rayo del sol matinal, que todavía no entraba en la habitación. Vaciló en la ventana; pasó malhumoradamente el dedo por el polvo del alféizar, y luego asomó la cabeza por ella y miró el cielo. El sol seguía oculto detrás del edificio. Una paloma, posada en una cornisa cercana, le devolvió su curiosa mirada. Cummings parpadeó y se retiró de la ventana, temiendo que más arriba pudiera haber otras personas.

—Habla a los caballos —dijo Cummings al hombre sentado detrás de él en el escritorio.

Dikty asintió.

—Por lo visto.

—Tiene que hablar con ellos: son sus amigos; le dicen dónde y cómo debe invertir su dinero... como si ellos supieran cuál va a ganar. Eso me asusta. En el Ministerio de Hacienda me dicen que es un caso único; anota cuidadosamente todas sus ganancias, pero nunca sus pérdidas. Generalmente se suele hacer lo contrario, si es que uno acuerda de incluir las ganancias o pérdidas del juego. Pero Réditos declara que sus declaraciones de impuestos son un modelo: cincuenta

dólares por este concepto; setenta y cinco por este otro; ganancias totales como investigador, menos de mil dólares al año. Uno pensaría que va a morir de hambre.

—Pero, al parecer, no se muere — murmuró Dikty.

—¡No! —Cummings le dió una patada a la silla, disgustado—. No se muere, gracias a sus amigos, los caballos. Sus declaraciones de impuestos son la cosa más rara que he visto. Tiene la costumbre de agregar a cada declaración una hoja impresa donde se dan los nombres de las pistas, los caballos, las fechas y las ganancias. ¡Veintitantos mil dólares al año, aunque usted no me crea! Réditos sí lo cree; ya no se molestan en comprobar las declaraciones...; saben que son exactas. Cuando empezaron a recibirlas, hicieron investigaciones y comprobaron algunas fechas; siguieron su suerte muy de cerca durante dos o tres años; ahora se contentan con que no deduzca las pérdidas, si es que las tiene. ¡Dikty, los caballos tienen que hablar con él!

—Buena pantalla —comentó Dikty—. Buena pantalla para cubrir unos ingresos de menos de mil dólares anuales. Esa casa de campo ha tenido que costarle una buena cantidad. Dígame... ¿cuándo presentó la primera declaración?

—En marzo de 1941, por los ingresos del año anterior. En Georgia — Cummings siguió paseándose distraídamente por la habitación—. Les he pe-

dido que hagan discretas averiguaciones, que investiguen su cuenta bancaria y las ventanillas de pago de los hipódromos que menciona en las declaraciones. Con una suerte tan fantástica, algunos de los pagadores tiene que recordarlo. Bueno, ya veremos — miró de nuevo su reloj, con impaciencia—. Tengo que tomar un avión para Louisville, al mediodía. En la nueva fábrica del río las cosas no andan bien —sus paseos lo habían llevado a la puerta que comunicaba los dos despachos; miró el exterior, que estaba vacío, y luego a Dikty—. La muchacha no ha llegado aún.

—Me imagino que algo la habrá demorado.

—¿Estará enferma?

—Su patrona dijo que no —Dikty sacó la pipa de un bolsillo—. Dijo que salió hace una hora o más, muy apresurada. Vendrá.

Cummings se volvió hacia la ventana.

—Cenó anoche con él, ¿no? A lo mejor le indicó algún caballo.

—Yo fui el estúpido que lo hizo — replicó Dikty—. Nash nos relacionó a los dos en el entierro, cuando me vió oliendo su perfume. Me pareció que era nupio, me detuve a olerlo... y lo era. Pero ella se lo encontró anoche en un restaurante y él la invitó inmediatamente a su mesa. Ella aprovechó en seguida la oportunidad. Según el informe, él no trató de sonsacarle nada... fué todo lo contrario.

Circulación femenina

TODO el mundo se la agarra con la nicotina, lo cual no es de extrañar si se tiene en cuenta la poca simpatía que ella le tiene al cuerpo humano. Otro de los perjuicios que es capaz de ocasionarle es disminuir la circulación en las manos y los pies. Esto ya se sabía, pero la novedad al respecto es que el efecto se manifiesta con casi el doble de intensidad en las mujeres que en los hombres, lo cual no impedirá que sigan fumando.

—Está bien —asintió Cummings, que, siempre mirando el cielo, asomó una vez más la cabeza y vió que su alado amigo seguía en el mismo lugar—. ¿Descubrieron algo por los micrófonos? —preguntó mientras contemplaba a la paloma.

Dikty contestó:

—Nada en absoluto. Volvió a su oficina después del entierro de Hodgkins y se pasó la tarde entera leyendo... al parecer. No hubo más ruidos que el de la silla, el escritorio, los zapatos, el papel: lo normal. Ni siquiera se habla a sí mismo en alta voz — Dikty metió la mano en el bolsillo del chaleco y sacó un pedazo de papel—. Esta mañana se detuvo en una librería para comprar un libro: *La Termodinámica del Estado Permanente*. No es de política... Lo pregunté... Es algo que tiene que ver con la ingeniería química.

—Su saludable interés por la ciencia continúa.

Dikty llenó en silencio su pipa y luego se quedó con un fósforo en los dedos, sin encenderlo.

—Me pregunto yo si eso no tendrá algo que ver con la clave cuatro cuatro siete... Un libro de ingeniería química... Ahora sospecho de todo y de todos.

—No lo sé; lo dudo; pero procuraré averiguarlo —Cummings meneó la cabeza—. No se puede estar seguro hasta que no se ha comprobado. La semana pasada tuvimos que intervenir la imprenta de una enciclopedia... Los muy estúpidos iban a publicar las cifras de la masa crítica del U-235.

Dikty se sobresaltó.

—¿Cómo las descubrieron?

—¡Uno de sus hombres las descubrió! El físico que les escribía el artículo lo fué deduciendo y calculando todo, y el muy estúpido quería incluirlo. También le hicimos eliminar ciertas referencias acerca de las pro-

piedades de refinación de U-238; quería enseñarle al mundo cómo se hace un explosivo más potente. Nos apoderamos de las planchas y de varios miles de ejemplares que habían salido ya. ¿Cuánto puede durar esto?

Dikty no le contestó, pues en aquel momento se abrió la puerta, y Shirley Hoffman entró con los brazos cargados de polvorientos volúmenes. Su rostro juvenil parecía excitado.

—Buenos días —dijo alegremente, mirando a uno y otro—. He estado en la biblioteca, en busca de tesoros —cerró con el pie la puerta que daba al corredor y dejó la carga en el escritorio—. Un trabajo pesado.

Cumming examinó gravemente el montón de libros y luego miró a Dikty.

—¡Haciéndole perder el tiempo con lecturas!... ¿Por qué no la ocupa en otros trabajos?

—Jefe —intervino Shirley, antes de que a Dikty se le hubiera ocurrido una respuesta—. Estoy siguiendo una pista.

—¿De qué?

—De momias, reyes enterrados, el diluvio y Gilgamesh —se detuvo un momento, frunciendo el entrecejo y reflexionando—. No se puede encontrar a Gilgamesh; al menos, en nuestra biblioteca.

—Yo se lo buscaré en Washington —dijo Cummings, y agregó en seguida—: ¿Por qué le interesa?

—¡Le dije que estaba siguiendo una pista! Nash sabe muchas cosas acerca de Gilgamesh, así que yo quiero saberlas también. Gilgamesh es un hombre prehistórico que recorrió el antiguo Mediterráneo; pertenece a la arqueología. ¿Puede buscármelo realmente?

—Creo que no hay más que nueve millones de libros en la Biblioteca del Congreso. Usted menciona un nombre, y en seguida se lo entregan. Ni más ni menos.

—Veo que se está burlando de mí.

Cummings se volvió de nuevo para examinar el montón de libros.

—¿Así que ahora es la arqueología?

—Sí, eso es. Anoche, Nash no habló de otra cosa, y no lo hacía simplemente por impresionarme. Sabía lo que decía. No me sorprendería descubrir que sabe cosas que no figuran en esos libros.

Dikty gruñó:

—Lo que sabe es cuál caballo será ganador.

UNA puerta se cerró con ruido distante y apagado, y los tres dejaron inmediatamente de hablar. Dikty se volvió en su silla para extender la mano y tocar el control de volumen de un diminuto altavoz que había sobre el escritorio. El altavoz zumbó por el aumento de volumen, pero nada más. El trío aguardó varios minutos en completo silencio.

—Nash ha llegado a su trabajo —murmuró Dikty al cabo de un rato—, para ganarse sus escasos mil dólares anuales —y escuchó, mientras los micrófonos registraban los nuevos sonidos, las apagadas pisadas que atravesaban un suelo distante, el cristal de una ventana que se levantaba, una silla que se apartaba del escritorio, un fuerte crujido, indicador de que la silla había sido ocupada, y luego, nada.

—Es un pensador serio —sugirió secamente Cummings.

—Realmente lo es —convino Shirley—. Tiene el punto de vista imparcial del erudito, del testigo que se encuentra fuera del torrente de la historia y se limita a contemplar su marcha. Se refería continuamente a *mis* antepasados, a *mis* humanos, como si fueran míos, pero no suyos.

—Tiene que haber nacido en alguna parte —Dikty repitió su antigua declaración—. Y no me refiero a Miami, Florida, el 8 de marzo de 1940. En todo caso... , ahora tiene treinta años.

—Al parecer —murmuró Cummings, que estaba de nuevo en la ventana, observando la paloma.

Dikty le lanzó una mirada de desconfianza.

—Yo lo encuentro simpático —intervino Shirley—. Es un hombre extraño: tiene ojos extraños, piel extraña, manera de pensar extraña. A veces me parece vislumbrar el pensamiento que hay detrás de sus palabras... , y son también pensamientos muy extraños. Me pregunto si pensará en palabras, en imágenes, en símbolos o en abstracciones; quizá no piense en nada como nosotros. Pero me resulta simpático.

—Pues que no le resulte —le previno de repente Cummings, volviéndose de la ventana—. ¡Y tenga cuidado! ¿Ha leído los informes?... ¡Ah, sí; usted los escribió a máquina. Bueno, entonces, estúdielos con atención, y lleve cuidado con él. Hasta que nosotros o la policía encontremos un asesino convicto, él es nuestro sospechoso... , doblemente sospechoso por haberlo visto cerca de Oak Ridge —se volvió a Dikty—. ¿Qué tal fue lo que él le dijo ayer a la policía, después del entierro?

—Que estaba pensando en marcharse, porque en Knoxville no había ya nada para él.

—Si pensara por un momento que se refería a Hodgkins, ¡lo detendría ahora mismo! Pero, al parecer, tiene ahora otro propósito: está buscando a la viuda de Hodgkins.

—¿Y quién no?

Cummings miró de nuevo el montón de libros que había sobre el escritorio de la muchacha, y le preguntó a ésta:

—¿Por qué le interesa a usted ese... , ese... , como se llame?

—Gilgamesh. En parte para satisfacer mi curiosidad —se apresuró ella a explicarle—, y en parte para pillar a

Nash en un error... , si eso es posible. Anoche me contó algunas cosas de la historia (mejor dicho, de la prehistoria), que nunca soñé que existieran, y tengo muchos deseos de saber más. También me contó cosas que tal vez no figuran en estos libros, y en ese caso... —dejó la sugestión sin terminar.

—Y en ese caso, *sabremos más que sabemos menos* acerca de él —completó Cummings, y abrió un libro para leer el título.

—¿Sabe usted algo acerca del llamado método del C-14? —preguntó Shirley.

Cummings cerró el libro y se quedó mirándola.

—Sí. Es una medida atómica del tiempo, uno de los productos derivados de Oak Ridge, por decirlo así. ¿Por qué?

—Me dijo que si pudieran encontrar los restos del arca de Noé, podrían medir el tiempo transcurrido desde su construcción.

—Así es.

Dikty rió, con una risita breve y desagradable.

—¡Se me ha ocurrido una idea! Vamos a cortarle uno de los dedos para medir su edad.

—Eso es repugnante —declaró Shirley.

Cummings se volvió hacia ellos y luego se detuvo.

—Dikty... —dijo, golpeando la cubierta del libro—, Dikty...

—¡Oh, no! —protestó la muchacha—. ¡Eso es ir demasiado lejos!

Cummings la hizo callar con una rápida mirada.

—Dikty —repitió—, si Nash *apareciera* muerto, si le *ocurriera* algo desagradable, ¿usted se apoderará inmediatamente de su cadáver!

Dikty asintió, ligeramente asombrado de que su chiste hubiera tenido una pizca de mérito. Shirley Hoffman mantuvo su silencio, conmovida ante la mirada de censura del superior, cuya fría sugestión la espantaba.

—Creo que no debemos pasar por alto nada —prosiguió Cummings—, por absurdo que pueda parecer superficialmente. Por eso, nuestro grupo se encuentra en la posición de preeminencia que tiene ahora. Y mientras no podamos localizar la fecha y el lugar de su nacimiento... ¡Oh, Dios mío! ¡Esto es increíble!

—¿Qué pasa? —Dikty se puso en pie, alarmado.

—La esposa de Hodgkins... , es decir, su viuda. Tampoco pudimos encontrar el lugar ni la fecha de su nacimiento. ¡Cuando se casó con Hodgkins no tenía pasado!

Dikty tardó sólo un segundo en comprender el significado de aquellas palabras y volvió a sentarse para repasar frenéticamente unos papeles que tenía en un cajón. Finalmente encontró lo que buscaba; pasó rápidamente la vista por las líneas escritas a máquina, deteniéndose ante dos largos párrafos; los leyó por segunda vez, y luego miró a su superior.

—Según la policía y los vecinos, parte de sus descripciones coinciden:

Jeringa supersónica

SE ha inventado un método para dar inyecciones a distancia, sin la molesta pinchadura que las acompañaba hasta ahora. Por medio de una carga explosiva microscópica, se proyecta un finísimo chorro de líquido a una velocidad vez y media mayor que la del sonido. En estas condiciones el líquido penetra en la piel, sin que el enfermo se dé cuenta siquiera.

los extraños ojos, las líneas rápidas y seguras, la larga juventud...

Cummings vaciló un instante; su rostro se arrugó con expresión pensativamente reconcentrada; luego, mientras tomaba su sombrero, dijo:

—Ese avión... —y se dirigió rápidamente hacia la puerta.

—No se olvide de Gilgamesh — le gritó Shirley.

—¿Qué?

—Gilgamesh: mi nombre prehistórico.

El le dirigió una rápida y curiosa mirada, y salió. La puerta del corredor se cerró tras él.

—Creo —dijo Dikty— que va a ocurrirle algo a nuestro amigo.

NASH se había percatado lentamente de que alguien lo seguía.

La inquietante sombra que acechaba en algún lugar no era la de Dikty, el agente de seguridad. Dikty llevaba varias semanas espíandolo, y esta situación, ya previsible, se había convertido en algo familiar y rutinario: en una presencia conocida que Nash podía sentir casi inmediatamente que el agente comenzaba a seguirlo. Dikty se descuidaba a veces, momentáneamente, y dejaba que su imagen se reflejara en un espejo o en el cristal de un escaparate, o se dejaba ver si Nash se volvía bruscamente. Dikty sabía que Nash se daba cuenta de su presencia y la aceptaba. El aparente secreto se mantenía simplemente porque formaba parte del juego; pero el secreto verdadero había sido abandonado cuando los dos se dieron cuenta de la situación.

Y ahora... ¿lo seguía otra sombra!

El que iba detrás no era Dikty; Dikty iba delante. Aquel día, Gilbert Nash, tranquilamente y no sin cierta diversión, había cambiado los papeles y había comenzado a seguir a Dikty, porque vio que el agente de seguridad

estaba buscando a la viuda de Hodgkins. Nash siguió detrás de Dikty, recorriendo con él varios bancos, varias oficinas, innumerables agencias de propiedades y algunas casas de automóviles. Sin duda alguna, la policía había recorrido en parte aquel terreno, durante su registro rutinario de los hoteles y centros de transporte; pero Dikty tenía también que investigar estos lugares, y Nash lo seguía, curiosamente, para ver si descubría algo. Las horas de la calurosa tarde fueron transcurriendo. Dikty continuaba aún su infructuosa investigación, seguido de Nash y del extraño desconocido que los seguía a los dos.

No era la muchacha quien iba tras él. Nash se había dado cuenta en seguida. Shirley Hoffman jugaba un juego distinto, y lo había jugado bien desde el día del entierro. No era bastante experta para permanecer tan completamente oculta como el desconocido, ni lo suficientemente versada en el arte de seguir a un hombre para evitar que su imagen se reflejara en los escaparates o fuese descubierta si él se volvía inesperadamente. Además, nunca lograría hacerlo bien, porque había en torno de su persona un aura que la traicionaba. Tal vez a ello contribuía su perfume, o su personalidad, o la actividad mental que exhalaba; pero no podía ocultarse. Cuando ella lo seguía, Nash se daba cuenta inmediatamente de su proximidad, y al doblar una esquina o pasar frente a un portal, allí estaba. Poseía una cualidad magnética, atractiva, que avisaba de su presencia por anticipado.

Pero, por eso, ella jugaba un juego distinto. En vez de tratar de ocultarse, se colocaba en algún lugar donde él pudiera verla, donde, como por azar, pudieran detenerse a charlar y él pudiera terminar invitándola a pasar la velada juntos. Habían cenado juntos varias veces y habían ido dos a un con-

cierto; una vez, ella le ofreció llevarlo al cine, pero él no aceptó porque no le agradaba la idea de perder varias horas en un cine, viendo una película que no le interesaba.

Nash se detuvo en una farmacia, pidió un helado y se sentó en un lugar desde donde podía vigilar la puerta de una agencia de propiedades que había enfrente. Dikty, a su modo, y Hoffman, al suyo..., no cabía duda de que se interesaban por él. Sonrió brevemente. Sin duda alguna se preparaban para acorralarlo. Y ahora, el nuevo seguidor desconocido.

Distraídamente, se quedó mirando las personas que pasaban frente al escaparate, preguntándose si alguna de ellas no sería el nuevo seguidor. Un joven con una cartera; dos mujeres con las manos cargadas de paquetes, que echaron una mirada al escaparate al pasar frente a él; un muchacho zanquilargo, leyendo una revista de ficción científica; un hombre; otro hombre; una muchacha; otro hombre; los muchachos que llevaban unas bolsas vacías; un viejo cubierto con un destrozado sombrero de paja; un hombre con una cartera... Nash lo siguió con la mirada, al verlo pasar por segunda vez. El de la cartera entró en la farmacia, compró un paquete de tabaco para pipa y se marchó. No volvió a aparecer. El desfile proseguía delante del escaparate. Dikty salió del portal de enfrente. Nash terminó su helado y salió afuera, dejando que Dikty se le adelantara una cuadra. En cuanto dejó la farmacia, volvió a sentir la presencia de unos ojos detrás de él.

Los ojos invisibles eran desconcertantes, malignos; le producían inquietud e irritación, porque no podían ser localizados ni identificados y porque se los sentía clavados constantemente en la nuca como las miras telescópicas de un rifle. Una y otra vez trató de localizarlos sin demostrar visiblemente

su intención, pero no tuvo éxito. El hombre era muy listo... fuera quien fuere. Brevemente pensó que podía ser el jefe de Dikty; Cummings... Sí, podía ser Cummings; o también un hombre nuevo que Cummings hubiera destinado a ese trabajo.

DIKTY prosiguió su inútil búsqueda de algún rastro de la viuda. Podría o no haber notado que Nash lo iba siguiendo; pero Nash estaba seguro de que no sentía la presencia del nuevo seguidor, pues no había hecho nada que lo manifestara... *Pensamiento repentino*: Dikty podía saber muy bien que venía un hombre detrás de los dos y, por eso, no hacía caso de él. Sea como fuere, Dikty siguió buscando cualquier informe que sirviera para indicarle el lugar donde se ocultaba la viuda de Hodgkins, pero nunca miró hacia atrás.

Nash sonrió para sus adentros, porque acababa de ocurrírsele un pensamiento avieso. Supongamos que todo detective, espía, agente secreto o autoridad de cualquier clase, llevara algún vestido que sirviese para identificarlo: una larga capa roja, por ejemplo. ¡Qué espectáculo tan divertido sería el ver a Dikty atravesar las calles con su larga capa roja, a Nash pegado a sus talones con la suya, y luego, volviendo simplemente la cabeza, ver que había un tercer espía, oculto detrás de ellos! Un verdadero desfile de espías, siguiéndose el uno al otro. Y, de cuando en cuando, alguno que otro detective, parado en alguna esquina, mirando a los transeúntes y a los tres que pasaban uno tras otro.

Nash terminó por reírse en voz alta.

Al caer la tarde, el rastro de Dikty lo hizo pasar delante de la biblioteca pública. Nash tuvo la repentina intuición de que Shirley Hoffman andaba cerca de allí. Abandonó a Dikty y entró en la biblioteca. Shirley esta-

ba retirando unos libros en el mostrador. Nash se acercó a ella, vió cómo la bibliotecaria perforaba la tarjeta de Shirley, le ponía el número con la máquina de fechar, y luego extendió la mano para tomar uno de ellos.

—La Antigua Civilización de los Griegos —leyó Nash en el canto del primer volumen—. Muy anticuado; tiene cincuenta años, por lo menos.

La bibliotecaria lo miró con ojos de censura.

—Hola —le sonrió Shirley—. Me imagino que usted tendrá otros más nuevos.

—Los tengo, sí. ¿Quiere venir a verlos?

—Con mucho gusto..., aunque pienso que debería haber vacilado, por decencia.

Nash se echó a reír.

—Los libros no han violado todavía a nadie.

La bibliotecaria lo miró furiosa.

Shirley se volvió con la cara ruborizada y se dirigió a la puerta. Afuera, se detuvo un instante.

—Ahora, ¿cómo podré volver a mirarle a la cara a esa mujer?

—¡Oh!, no le molestó lo que yo dije, sino que hablara tan fuerte.

—¡Me imagino lo que pasará! —insistió Shirley, con voz cada vez menos irritada—. En fin; pasarán muchos días... ¡Ah!, aquí tengo algo —metió la mano entre los libros, que él le lle-

vaba, y sacó uno del montón—. La bibliotecaria me lo recomendó después de que le dije lo que buscaba. *Viejo Muere el Cisne*, de Huxley.

Él la miró con curiosidad.

—¿Por qué se lo recomendó?

—Le pedí cualquier cosa que tratara de la longevidad y la inmortalidad.

Nash dejó de andar y se volvió para mirarla. La gente se movía impaciente en torno al pequeño obstáculo que habían creado en la acera.

—¿Sigue usted persiguiendo a Gilgamesh?

Shirley asintió sin vacilar.

—Siempre a Gilgamesh. El señor Cummings me va a enviar algo desde Washington.

—Pero esto no es lo mismo —protestó él, golpeando el volumen con los dedos—. Aquí se trata de un anciano moribundo, decidido a no morir; está dispuesto a gastar hasta el último de sus millones, con tal de vivir para siempre.

—¿Lo consigue? —le preguntó ella, examinando la gastada cubierta del libro.

—Eso es lo mejor de la obra; léala y lo verá. Tendrá que leer una gran cantidad de sermones, pero es mejor que lo vea usted misma.

Comenzaron a andar de nuevo.

—Pero él y Gilgamesh perseguían el mismo fin —protestó ella.

—Sí..., en cierto sentido. Este an-

ciano tenía cincuenta o sesenta años y temía la muerte porque temía encontrarse cara a cara con su Dios. Pero Gilgamesh era otro caso muy distinto. Gilgamesh era..., bueno, *mucho más viejo*, y sólo buscaba prolongar su vida hasta su término natural: vivir el tiempo debido. Algo parecido a lo que se hace con los niños a los que se protege de las enfermedades infantiles, para que puedan llegar a adultos. No tenía miedo a la muerte, ni temía verse con su Dios; cuando se dió cuenta de que su búsqueda de la "inmortalidad" era inútil, la abandonó y se resignó a morir joven —Nash la miró de soslayo—. Éste es un término relativo; no joven en el sentido en que lo es usted, por ejemplo.

Shirley ladeó la cabeza y lo miró.

—¿Y usted qué edad tiene? —le preguntó bruscamente.

—Más de veintitún años —contestó él, y se echó a reír—. Esta respuesta la he aprendido de las mujeres que votan.

—¡Farsante! —exclamó ella.

—¡Curiosa! —replicó él.

SE pusieron a caminar lentamente, sin tratar de ir a la misma velocidad que los demás grupos de transeúntes y sin dirigirse a ninguna parte en particular. La gente pasaba rápidamente junto a ellos, preocupada con sus destinos individuales y sus dificultades personales. Al cabo de un silencio, la muchacha habló de nuevo.

—¿Qué edad tenía Gilgamesh?

—¿Cuándo?

—¡Oh!..., cuando conoció a Noé, por ejemplo.

—Yo diría que muchos cientos de años.

—¿De veras? —reflexionó un momento— ¿Entonces tendría hoy varios miles?

Nash inclinó la cabeza.

—Sí.

—Pero eso es completamente imposible!

—Sí, ¿no es cierto?

Ella lo miró, con ligera irritación.

—Eso lo dice usted simplemente por darme la razón, pero no porque lo crea. Nadie vive varios miles de años.

—Recuérdeme que le hable de las moscas de mayo..., más tarde, cuando ya la haya hecho caer en mis redes.

—¿Las moscas de mayo? ¿Qué diablos tiene eso que ver con Gilgamesh?

—Viven toda una vida en menos de un día.

—¡Oh! Entonces, ¿usted quiere decir que un año de la vida de Gilgamesh no es lo mismo que un año de mi vida?

—Sí y no; como le decía, los términos son relativos.

—Pero, aun así, ¿Gilgamesh seguiría diciendo que iba a morir joven?

—Si estuviera vivo hoy en día, sí.

¿Por qué?

—Porque... estaría aún muy lejos de la vejez.

—Pero, ¿por qué? —insistió ella—. ¿Y por qué iba a morir? ¿Y qué era lo que buscaba para prolongar su vida?

Nash le sonrió, con buen humor.

—Aquellas tablillas enterradas no lo decían. El antiguo poeta no daba indicación alguna.

La irritación se apoderaba de Shirley; pero ella luchó por ocultarla. Cambió de tema.

—¿Dónde vamos a comer? Tengo hambre. Vamos a comer, ¿no le parece?

—Ha hablado como una chica franca. Hay que llevarlas a cenar bien, darles bien de beber y luego invitarlas a ver los grabados —comentó Nash, riendo en alta voz, y algunos de los transeúntes se detuvieron para mirarlo. Él la tomó del brazo, y siguieron adelante—. ¿Sabe cocinar?

—Desde luego. Espero casarme algún día.

Despertador cerebral

SE ha encontrado una nueva aplicación a las ondas eléctricas que emiten nuestro cerebro. Estas ondas cambian de ritmo inmediatamente después que nos sumimos en el sueño, en menos de un cuarto de segundo. Actualmente se estudia la utilización de este principio para evitar los accidentes nocturnos en las carreteras, provocados por los conductores que, tras largos trayectos, se dejan dominar por el sueño. Bastaría munirlos de un casco registrador de las ondas cerebrales. En el momento de la pérdida del conocimiento, comenzaría a sonar una señal de alarma que despertaría automáticamente al conductor.

—Entonces, vamos a practicar esta noche.

—¿Lo de cocinar o lo de casarse?

—¡Shirley! —exclamó él, soltándole el brazo.

—Me imagino —dijo ella, expectante— que tendrá su cocina bien equipada, ¿no?

—Sí. Mi auto está cerca de aquí.

Nash dió un paso y se detuvo de pronto. Su actitud era la del que escucha atentamente. Los transeúntes pasaban junto a ellos.

Shirley Hoffman alzó los ojos hacia él, para seguir la dirección de su absorta mirada, y en aquel instante interpretó mal sus intenciones. Nash miraba distraídamente el escaparate de un florista, iluminado ya. Ella pensó que estaba examinando las flores.

—¿Flores? —le preguntó, con sorpresa—. ¿Se está volviendo serio?

—¿Qué? —replicó él, sin prestarle atención, mientras seguía escuchando algo desconocido, que no se veía. Hacía un instante que se había dado cuenta de que los ojos que lo seguían habían desaparecido y que las miras telescópicas no apuntaban ya a su espalda. Lo sabía con la misma seguridad que si hubiera visto detenerse al hombre, quitarse con un amplio gesto la capa roja y dirigirse a casa. Pensando rápidamente, se dió cuenta de que los ojos inquisitivos lo habían abandonado cuando entró en la biblioteca, pero no habían vuelto a seguirlo cuando salió de ella con la muchacha.

Y... ¿qué significaba aquello?

¿Que los ojos sabían que la muchacha lo estaba aguardando en la biblioteca, y que se iba a encargar de la vigilancia durante el resto de la tarde? ¿O esos ojos no estaban interesados en él, sino que seguían realmente a Dikty? ¿Se habían fijado tanto tiempo en su nuca simplemente porque se hallaba en línea directa con la visual entre Dikty y el desconocido seguidor? ¿Pe-

ro por qué estaban los ojos interesados por Dikty? Dikty no era ninguna amenaza para la sacrosanta seguridad. ¿O quizá, cuando él dejó de seguir a Dikty, no era ya necesario que los ojos lo siguieran? ¿Esperaban que la muchacha lo vigilaría durante la noche, o pondrían a otro cuando ella lo dejara? ¿Habían comenzado a vigilarlo durante las veinticuatro horas del día? En ese caso, había llegado el momento de actuar, porque ellos se preparaban a actuar también.

—¡Gilbert Nash! —exclamó la muchacha.

Él salió de su abstracción.

—¿Qué?

—Le dije que el florista estaba cerrado.

Por un segundo, el significado de aquello se le escapó, hasta que sus miradas se fijaron en el escaparate iluminado, y entonces adivinó.

—¡Oh, qué lástima! —replicó—. ¡Yo que pensaba comprarle un cacto! Venga, vamos a buscar mi taxi. Tengo curiosidad por saber si cocina bien o no.

NASH apartó su silla de la mesa y se dió una palmadita en el estómago, lanzando una exclamación de satisfacción. Luego le guiñó el ojo a la muchacha sentada al otro lado de la mesa.

—¡Contemplan —declamó Shirley Hoffman— al macho repleto! Cualquiera pensaría que nunca había comido bien hasta ahora —puso un codo sobre la mesa y apoyó la barbilla en la palma de la mano—. Y ahora, si es realmente clásico, querrá dormir una siesta.

—Negra consentida; habla usted como si tuviera experiencia.

—Las he tenido con mi jefe y mis parientes masculinos. Y eso que ha dicho usted, ¿qué significa?

—Mi morena preferida. Desde esta

noche lo es. Cualquier mujer capaz de preparar una comida así, es mi preferida.

—¡Cualquier mujer!... —repitió ella—. Yo no soy más que la última.

—La última y la primera, al menos en esta cosa. Se quedaría sorprendida si supiera cuánto tiempo hace que no voy de la compañía de una mujer —rió entre dientes—. Mis buenos vecinos tendrán mañana un día de fiesta; generalmente tienen que ir más lejos para buscar sus escándalos.

—Mejor —le replicó ella—. Me encantan los murmuradores. Eso no quiere decir que me guste la murmuración, sino que con toda inocencia les doy a los demás motivos para que murmuren. Me gusta saber que andan dándole a la lengua por algo que yo he hecho... y cuanto más los escandalice, mejor. Así me siento más a gusto.

—Y ellos se disminuyen más ante usted. Pero, si realmente le agrada proporcionarles un espectáculo, podemos levantar las persianas y ofrecerles una función.

—¿Cuál, por ejemplo? —preguntó ella, entornando los ojos.

—La perseguiré en torno al sofá.

—No, gracias. Me interesa más su biblioteca, y todo lo que hay en ella. Quiero ver lo que han pasado por alto los arqueólogos —su mirada era franca—. Quiero ver las danzas juveniles.

—¿Ahora? —Nash se separó de la mesa como si fuera a levantarse—. Entonces querrá ver también mis grabados —y se echó a reír ante la expresi-

sión de ella—. De veras, tengo unos grabados y usted querrá verlos. Tengo algunas láminas del mioceno y algunos dibujos de los comienzos de la época minoica y del final de la civilización egipcia. Tengo también algunos dibujos muy raros, antiguos tesoros, hechos por un pintor adscrito al ejército de Napoleón. Creo que le gustarán.

—¿Napoleón? ¿En Egipto?

—Sí —dijo Nash, cerrando los ojos un momento y concentrándose en sus pensamientos—. Creo que fué a finales del siglo dieciocho, después de sus conquistas de Italia. Igual que otro hombre anterior a él, buscaba realmente un camino comercial para la India, pero terminó en el Nilo, con el ejército y el pintor. Su incursión duró un poco más de un año; él y el artista volvieron sanos y salvos, pero su ejército no fué tan afortunado. El pintor (se llamaba Denon: Vivant Denon) se llevó, en la imaginación y en sus bosquejos, algunos de los tesoros más extraños que se han sacado hasta ahora de Egipto.

—¿Extraños? —preguntó ella.

—Aguarde a verlos. Son muy apreciados por ciertos tipos de coleccionistas y bastante caros actualmente.

—¿Cómo los consiguió?

—Hubo una época en que eran muy baratos. El tiempo ha aumentado, naturalmente, su valor.

—Muy bien; ha despertado mi curiosidad; quiero ver esos preciosos tesoros.

Máquinas de coser para cirujanos

UN ingeniero soviético llamado Gúrov ha inventado un aparato para la sutura mecánica de los vasos sanguíneos. El aparato ofrece tan extraordinarias perspectivas, que ya ha comenzado a utilizarse para "pegar" de vuelta, miembros destrozados en caso de accidentes, y que de otra manera hubiera sido necesario amputar por completo.

—Me imaginé que quería —Nash se levantó y le separó la silla—. Deje los platos para la criada.

—¿Tiene alguna? —le dijo ella inmediatamente, con mayor viveza de lo que pensaba. La frase de Nash la había pillado desprevenida.

—Yo —replicó él—. Puedo lavarlos más tarde —el tono de Shirley había provocado en él una mirada curiosa e interrogante—. Mientras tanto, la noche acaba de empezar, y usted está muy...

Shirley se volvió, levantando los labios.

—¿Sí?

—Está muy deseosa de adquirir nuevos conocimientos —fingió no ver el gesto de fastidio de ella—. Dé diez pasos adelante y tuerza a la derecha, hacia la puerta cerrada.

La precedió y abrió la puerta. La puerta daba a una habitación que ella no había visto la primera vez que recorrió la casa. Nash entró en la habitación a oscuras y encendió las luces. Desde la puerta, Shirley vio una habitación rodeada de libros, cuatro paredes llenas de libros que llegaban hasta el techo, sin que hubiera en ellas el hueco de ninguna ventana; una habitación que no contenía más que dos sillones, una lámpara de pie, colocada entre ellos, y un gramófono.

—¡Bueno! —exclamó ella con agradable sorpresa.

—Todo esto induce a pensar —le explicó — pensamientos profundos o ligeros, según la inclinación del que piensa, y también es muy agradable para soñar. Un paraíso del soñador. No hay interferencias de fuera, es una habitación a prueba de ruidos. Pruébalo alguna vez —le sonrió y siguió sonriendo hasta que ella respondió con otra sonrisa—. Los libros no están arreglados de acuerdo con algún sistema u orden particular, como no sea por su naturaleza general y mis propias cos-

tumbres. Empezando por allí —le indicó con un ademán el rincón más alejado— matemáticas, filosofía, química, bioquímica, geología y geografía, y allí abajo, psicología y sociología. La sociología se extiende hasta aquel rincón y continúa allí. Como verá, va aumentando. Aquí, un poco de lingüística y un mucho de astronomía. Es mi tema favorito; eso... más arqueología y antropología. Más allá está la paleontología, y aquellos dos estantes están dedicados a la física —estudió los dos estantes y agregó en voz más baja—: Parece ser que también está aumentando.

—¿No tiene libros? —preguntó ella con curiosidad, mirando alrededor—. ¿Es decir, libros para leer simplemente?

—¿Fantasía? Estos son más interesantes y, desde luego, algunos de ellos son más fantásticos que la fantasía misma. Pero, sí; tengo algunos... Aquellos.

—No son muchos —dijo Shirley, un momento después.

—No puedo dedicarles mucho tiempo —confesó él.

—Perdón —le contradijo ella y luego sonrió, para que su frase no resultara tan hiriente—, pero yo conozco a un hombre que piensa que usted tiene todo el tiempo del mundo... para no hacer nada.

—¡Ese hombre se quedaría muy sorprendido si descubriera cuán equivocado está! —declaró Nash casi con cólera. Inmediatamente, se arrepintió de sus palabras, dándose cuenta de las implicaciones y preguntas que eso despertaría en la mente de ellos, aunque no acudieran a sus labios. Su tono había cambiado y ahora era ligeramente burlón como si quisiera borrar la impresión de su respuesta—. Ese hombre me tiene envidia... piensa que soy un haragán, y a él le gustaría serlo.

—¿Sí? —dijo ella, secamente. Sus

ojos, fijos en la cara de Nash decían muchas cosas más. Luego, ella cambió también de tono—. Y ahora, señor, los grabados. ¿O le parece demasiado descarada?

NASH se los trajo del lugar donde los tenía guardados en otra habitación de la casa, volviendo a la biblioteca con los brazos cargados. Mientras estaba fuera, ella había puesto en marcha el gramófono y se había sentado en uno de los sillones, a descansar y esperarlo. Él puso la carga en el regazo de Shirley, y ella la retuvo allí para un examen preliminar. Eran dos grandes volúmenes de hojas sueltas, como libros de recortes, y muchas carpetas y folios, todos ellos encuadrados en un grueso y fuerte material que les servía de protección. Antes de mirar las láminas vio que estaban cubiertas de un plástico delgado y fuerte, como el celofán, para protegerlas del aire y la suciedad; aun así, el papel estaba amarillento y deteriorado por el tiempo, y, de cuando en cuando, una raya atravesaba en zigzag su superficie, descubriendo la fragilidad de su vejez. Vio todo eso y las líneas de los dibujos, antes de ver realmente las complicadas figuras, antes de que los detalles se pudieran separar del conjunto. Hasta se puso a buscar el nombre del ilustrador en las esquinas inferiores de la primera lámina, antes de que las líneas se separaran y las figuras individuales atrajeran su atención. Sus ojos vagaron por la página y se detuvieron sobre una figura en la que reconoció a Hator, la diosa egipcia del amor. Miró para ver lo que la diosa estaba haciendo, y entonces descubrió al hombre que estaba a su lado.

Shirley Hoffman contuvo con fuerza el aliento. Alzó rápidamente los ojos para ver si Nash la miraba y se reía de ella; pero él se había ido al otro lado

ESTE ESPACIO ES SUYO...

...utilicelo para decirnos qué piensa de MAS ALLÁ. Critique, comente, alabe, sugiera. Si este espacio no le alcanza, agregue una hoja suya. Su carta será contestada y, si expresa puntos de vista originales o temas de interés general, será publicada.

Escriba a

más allá

Av. Alem 884 — Buenos Aires

de la habitación. Volvió a mirar la lámina, la miró realmente, y sintió que la sangre acudía a sus mejillas. El rubor la enojó y trató de vencerlo y hacerlo desaparecer. Se concentró en Hator y en las demás figuras reunidas en torno a la diosa. En la habitación seguía sonando la música.

No sintió el paso del tiempo, ni se daba clara cuenta de la habitación ni de que, uno tras otro, los discos iban pasando a la placa giratoria. De cuando en cuando, levantaba los ojos sobresaltada y se volvía para mirar en torno de sí, o para mirar a Nash. A veces, él estaba sentado en el sillón, detrás de ella, leyendo atentamente un libro, o había salido de la habitación sin que ella hubiera sentido abrir o cerrar la puerta. Una vez lo vio con un chop de cerveza en la mano, y a la vez siguiente ya no tenía el chop; pero, aun así, ella seguía sin darse cuenta del paso del tiempo. Vagamente sintió que el desagradable rubor le había desaparecido de la cara hacía largo rato, porque ya no sentía aquella sensación de ardor en la piel de las mejillas. En vez de aquello, había otra cosa que no pudo identificar inmediatamente y que no se limitaba a su cara. Un algo ansioso y devorador, que se asemejaba a los seres antiguos que no eran ya más que unas líneas de tinta en el papel; un algo que parecía buscar una salida oculta todavía en un vacío indefinido.

Con cada página que volvía, con cada dibujo cuidadosamente protegido, que sacaba del cartapacio para exa-

minarlo con minuciosidad y reemplazarlo luego por el siguiente, iba comprendiendo un poco más lo que él había querido decir al llamarlo "extraño tesoro". Se halló contemplando la mente y la personalidad de los hombres que habían hechas aquellas ilustraciones; preguntándose cómo habrían sido recibidas en las épocas en que vieron; especulando acerca de lo que habían encontrado en aquellas tierras extrañas, que de tal modo había incendiado sus imaginaciones. ¿Habría visto aquella lámina el mismo Napoleón... y qué había pensado de ella? Hacia el fin, se dió cuenta de algo más. Los hombres que habían realizado aquellas láminas no eran pensadores convencionales, en el sentido convencional. A juzgar por aquellas pruebas, no pensaban como ella, como Dikty o como Cummings. ¿Pensarían en abstracciones o símbolos, o quizá de un modo completamente extraño... como Nash? ¿Quién podía decirlo ahora? Estaban muertos, enterrados, y quizá hasta sus mismas tumbas habían sido olvidadas. Sólo podían ser juzgados a medias por lo que habían dejado tras ellos. ¿Y qué ser humano de la época actual podía juzgar una prueba de aquella clase, con una mente libre de prejuicios, libre de obscenidades? Era un obsequio muy poco merecido.

Volvió de nuevo a la realidad de lo que la rodeaba. Dirigió su mirada vaga hacia una estantería de libros que había en la pared de enfrente; se encontró con las manos cruzadas sobre

Espionaje de tránsito

EL radar se va a convertir dentro de poco en el terror de los automovilistas que no tienen consideración con el "fierrito". Se ha inventado un aparato de radar que mide instantáneamente la velocidad de un automóvil, y la transmite automáticamente al policía encargado de multar al desaprensivo conductor.

la falda, encima del montón de láminas; vió que el gramófono seguía tocando un vals sin nombre. Se encontró en eso, en el nombre de la pieza, y cuando lo encontró, había vuelto a darse plena cuenta de la habitación en que se hallaba. Sin volverse, sabía que Nash estaba sentado en el otro sillón, detrás de ella. No hacía ningún ruido ni se movía, pero ella sabía que estaba allí.

También sabía que ella tenía hambre, cuál era la causa de aquel hambre y cómo podía satisfacerla.

Con toda calma y frialdad analizó su hambre y la fué siguiendo hasta su origen. El vacío no era indefinido, y la salida no se le ocultaba ya a su mente.

Shirley Hoffman se levantó, dejó el contenido de su falda en el sillón y, pasando alrededor de la lámpara, se colocó detrás del segundo sillón. Nash estaba absorto en la página impresa. Ansiosa, atrevidamente, ella se inclinó sobre él, le sujetó la cabeza entre sus brazos, lo besó y lo mantuvo sujeto por una eternidad, deseando no romper el contacto de sus labios.

Él se sobresaltó cuando sus bocas se unieron, luchó por soltarse, pero ella apretó más los brazos. Luego, quedó inmóvil. Si Shirley le hubiera estado mirando las manos habría visto que sus puños se apretaban con determinación y luego, lentamente, se iban abriendo en una peculiar entrega. Si hubiera estado mirando sus manos habría podido leer en ellas los enigmáticos mensajes, habría comprendido que él luchaba contra algo intangible, luchaba por rechazar, por no usar el fácil acceso que ella le había proporcionado a un lugar muy privado, a la última intimidad que le queda al hombre en el mundo: la intimidad de su mente, el mundo oculto de sus pensamientos personales. Mientras ella persistía en el largo beso, las manos

de él se fueron aflojando, quedaron flojas y abiertas, y Nash atravesó el umbral de una habitación sin que ella lo supiera. Gergg Hodgkins había tardado varios años en descubrir esa entrada y sus consecuencias.

Shirley lo soltó y retrocedió un paso, respirando agitadamente.

Nash alzó los ojos, la miró con ligero asombro y pronunció una sola palabra. Ella no la entendió, no era inglesa y, por lo tanto, no la comprendió. Pero, por la intensidad con que la dijo, se dió cuenta de que era un epíteto.

—¿Está enojado? —le dijo, al cabo de un momento.

La respuesta de él no fué una contestación a su pregunta. Era algo completamente distinto; pero Shirley pensó que se refería al beso.

—¡Tan largo! —exclamó Nash, todavía asombrado—. Tan increíblemente largo. No le podía ver el fin.

CAPÍTULO VIII

ME debe mucho —dijo Shirley, inesperadamente —, mucho, muchísimo.

Nash se sobresaltó de pronto, preguntándose si no habría cometido un gran error de juicio. Seguía arrodillado frente a la chimenea avivando el pequeño fuego que había encendido para mitigar el frío de la noche. Al día siguiente volvería a hacer calor, el húmedo calor veraniego de Knoxville; pero las montañas enviaban ahora un aire frío que había penetrado hasta en la casa. Nash no se volvió hacia el lugar donde ella estaba sentada, ni siquiera dejó por un momento de seguir avivando el fuego, y se limitó a aguardar en silencio las palabras que tenían que seguir a aquello.

Ella dejó la taza de café en el plato.

—Me debe una explicación... , muchas explicaciones.

Él sintió la decepción que iba en aumento en su interior, el claro sentido de su error.

—¿Sí?

Ella debió de asentir con la cabeza, detrás de él.

—Las moscas de mayo —dijo—. Una búsqueda no explicada de una inmortalidad tampoco explicada. Y por qué hizo el descubrimiento demasiado tarde para salvar la vida. ¿Qué es lo que descubrió demasiado tarde? ¡Oh, me debe tantas cosas!

Su miedo de Nash, el peso que le oprimía se disiparon de pronto; casi se echó a reír al preguntarle.

—¿Quién quiere saberlo? ¿Usted... o un hombre que usted conoce?

—Yo —le replicó en seguida ella—. Pero me imagino que el hombre lo sabrá, finalmente. Me gusta bastante mi empleo.

Él se volvió lentamente y se sentó, extendiendo la mano para dar una palmadita en la alfombra, junto a él.

—Venga aquí.

Shirley atravesó la pieza y se sentó a su lado.

—Esto es muy agradable —dijo, y cruzó las piernas debajo de la falda.

—La mayor parte de las cosas vulgares del mundo son agradables. Aprovechélas mientras pueda.

—¿Va a darme un sermón? —le preguntó ella con picardía.

—No; ni mucho menos.

—Lo decía en broma. Hábleme... , de las moscas de mayo.

—Puede resultarle muy aburrido.

—Entonces lo haré callar. Sé cómo hacerlo.

—Sí —convino él, secamente—, lo sabe. Y lo que no sabe aún, lo aprenderá. Tiene mucho tiempo para aprender.

—Unos setenta años —dijo ella.

El no le contestó nada a eso, por-

que estaba absorto en sus pensamientos. Detrás de ellos, las llamas chisporroteaban, enviándoles su calor a las espaldas. La casa estaba silenciosa, el gramófono se había callado hacía ya tiempo, y las luces, con la única excepción de una lamparita de mesa, estaban apagadas. La puerta de la habitación de los libros estaba cerrada y los estantes, llenos de volúmenes, olvidados por aquella noche.

—Las moscas de mayo —insistió ella.

—Las moscas de mayo —repitió él—. Los huevos se ponen en el agua dulce, donde las corrientes los dispersan hasta que finalmente encuentran un lugar donde reposan. Las larvas suelen con frecuencia vivir varios años.

—Lo sé —interrumpió ella.

—Cállese. Los adultos son los que nos interesan. ¿Sabe cuánto tiempo viven? Unas pocas horas; sólo unas pocas horas... , y tienen que vivir toda una vida en menos de un día. Eso nos parece increíblemente extraño e increíblemente trágico, porque nosotros vivimos unos setenta años —miró brevemente a la muchacha—; a veces, más. Pero en el espacio de esas pocas horas, el insecto tiene que cumplir su misión, realizar los deberes que le han sido asignados y preparar los huevos para la generación siguiente. Y luego, morir de vejez antes de la puesta del sol. ¿Se da el insecto cuenta de que sólo han pasado unas pocas horas?

—Bueno... No lo sé...

—No se la da. Si tiene capacidad para pensar en ello y nada más, para él una vida es una vida. Si además tiene capacidad para medir, para comparar, entonces seguramente comprendería que la naturaleza le ha jugado una mala pasada. Pero no puede hacer ninguna de esas cosas, porque no tiene elementos de comparación, ninguna regla con la que medir el tiempo, o su longitud de vida, comparán-

dola con la longitud de vida de las demás criaturas vivas que la rodean. Por eso, vive su vida hasta que lo vence la vejez. A usted le pasa lo mismo, ¿no?

—Claro. Pero yo no soy...

—No es una mosca. Es un ser humano. Un ser humano tiene los medios y la inteligencia para pensar, para razonar, para medir. Los humanos miden el tiempo de muy diversos modos; han medido el tiempo que su planeta emplea en girar una vez en torno del sol y lo han llamado un año. Por lo tanto, usted sabe lo que es un año y los años que razonablemente puede vivir antes de que la vejez acabe con usted. El insecto no puede hacerlo y tiene que confiar en su instinto, tiene que cumplir con su labor antes de que llegue ese momento que intuitivamente presiente. Pero el insecto y el ser humano siguen los dos el mismo camino: nacimiento, vida hasta un término dado, y luego muerte. La mosca de mayo es tan vieja al terminar el día, como lo será cuando tenga setenta años. No hay una verdadera diferencia, como no sea que cada una vive de acuerdo a una distancia medida del tiempo.

—¡Oh!, me parece que comprendo adónde quiere ir a parar. Está haciendo una analogía.

Él asintió:

—Una analogía. El insecto vive su

vida, y eso es todo. No sabe que usted existe; si lo supiera, se asombraría, no podría creer que usted vive miles de años... , de acuerdo con su tiempo. Pero usted sabe que no vive miles de años, porque su medida del tiempo no abarca más que unas pocas horas de su vida. Su medida del tiempo está muy por debajo de usted, es insignificante. Muy bien; entonces, ¿qué hay por encima de usted? ¿Existe una medida del tiempo donde sus setenta años parezcan tan sólo unas pocas horas?

SHIRLEY abrió la boca y de inmediato volvió a cerrarla, porque no podía pronunciar las palabras que aquella asombrosa sugestión le inspiraban. Se quedó mirándolo con fascinación.

—Usted sabe, claro está, que hay en la tierra otros seres que viven mucho más que los humanos: los elefantes, los loros, algunas especies de peces; algunos de los árboles de la costa occidental de Norteamérica tienen miles de años de vida. Cada uno de ellos tendrá tal vez algún medio de medir el paso del tiempo, pero, desde luego, no será de acuerdo con sus patrones ni sus medidas. Los términos medios de vida, y las escalas que sirven para medirlos, pueden ser más grandes o más chicas, según el que tome esas medidas. Usted puede vivir varios mi-

¡Revolución en las oficinas!

DENTRO de poco, el papel carbónico usado para las copias a máquina, pasará a ser una reliquia de museo. Para reemplazarlo, se ha inventado un nuevo papel para máquina, el dorso del cual se halla recubierto con sales de plata. Al apretarse la tecla, estas sales producen una reacción química en el revestimiento de la hoja siguiente, dibujándose la letra correspondiente; y así de la misma manera hasta que quepan las hojas en la máquina. La ventaja del procedimiento consiste en que todas las copias, de la primera a la última, son igualmente nítidas. Además este papel no resultará más caro que el común.

les de años más que el insecto; esos árboles viven varios miles de años más que usted, hablando relativamente. ¿Usted cree que los árboles representan el límite absoluto...? ¿No se le ha ocurrido pensar que alguien puede vivir muchísimos miles de años más que usted, más que los árboles?... ¿vivir una cantidad de tiempo que parezca fantástica de acuerdo con sus medidas? Pero lo cierto es que sus medidas no son válidas cuando se aplican a una escala distinta, a un concepto de vida diferente; del mismo modo que las medidas de la mosca de mayo tampoco lo serían si intentaran encajarla a usted dentro del concepto que ellas tienen de vida. Usted mira con desdén al insecto porque tiene usted un término de vida mayor, porque se da cuenta de que el insecto muere al cabo de unas pocas horas de la vida de usted. ¿No cree que puede haber alguien que la mire a usted igual?... ¿qué la vea desvanecerse en pocas horas, según él?

—Todo eso —dijo Shirley con voz cecita ahogada— va a parar a algo. Me doy cuenta de ello.

—Todo esto se refiere a Gilgamesh y a su supuesta inmortalidad. Lo repito, su *supuesta* inmortalidad. Un inmortal, de acuerdo con la definición común, es una persona que nunca muere, una persona con una existencia infinita. Gilgamesh no era inmortal; se pensó solamente que lo era, porque existía antes de que los antiguos poetas hubieran nacido y seguía viviendo cuando ellos murieron. Parecía inmortal porque no envejecía y moría como ellos, porque no descendía a la tumba de acuerdo con su medida del tiempo. Por lo tanto, se complacen en crear en torno de él una gran cantidad de leyendas falsas, para convertirlo en algo que no era. La especie humana tiene una terrible noción ciega: la del tiempo. Como son

capaces de medir y razonar, han razonado el tiempo según su existencia y lo miden por las medidas que ellos pueden comprender con facilidad. Pero los seres humanos tienen también egos y, siempre que es posible, cuidan de esos egos; por eso crearon un tiempo para ellos solos y emplearon medidas que se ajustaban solamente a ellos. Fundieron el universo entero en el molde de su tiempo, juzgándolo por sus propios y vanos patrones, como si esos patrones fueran la ley primordial del universo. Los seres humanos creen que solo ellos tienen un término de vida *natural* (esos setenta años de que antes he hablado) y que todo lo demás de la creación está por encima o por debajo de ellos. Su vanidad los ha convertido en los únicos seres normales. Miran a los insectos como subnormales, porque no viven más que horas o días del tiempo humano; y abren la boca y se maravillan ante los viejos árboles, porque los árboles viven una cantidad anormal de ese tiempo. Nunca reconocerán que el insecto o el árbol o cualquier otro ser pueda conocer el tiempo en su medida verdaderamente normal... si es que la verdadera normalidad existe realmente.

—¿Y existe? —preguntó ella.

—No lo puedo saber. No soy tan grande —dijo, sacudiendo la cabeza—. Los seres humanos creen que son el eje de la creación.

—No es una idea muy noble.

—No; pero yo creo que es la que profesaron. Un ego que viva en una isla con varios millones de egos similares, llegará finalmente a la conclusión errónea de que ellos, los egos, son la creación y que, por lo tanto, todo lo demás debe conformarse a sus medidas y patrones. Las historias humanas están llenas de repeticiones de ese hecho.

—Pero hay una salida.

—Sí: que algo mayor lo eche a uno de la isla

Shirley, mirándole siempre a la cara, dijo:

—O hacer que ese algo mayor se mude a la isla con ellos.

—Hermosa teoría, pero no resulta en la práctica. Acá o allá, alguno que otro ego individual puede convencerse, pero la gran masa no se convencerá. Ese fué el caso de Gilgamesh. Los antiguos no podían ver contradicción alguna en sus leyendas; decían que era un inmortal, que buscaba el equivalente local de la fuente de la juventud. Si era inmortal no necesitaría esas aguas milagrosas, y si necesitaba las aguas no podía ser inmortal. Confundieron la causa y el efecto, y crearon una leyenda contradictoria.

El fuego ardía alegremente detrás de Shirley y Nash, calentándoles las espaldas y haciendo bailar en las paredes sombras fantásticas. Allá arriba, en el cielo nocturno, un avión pesado atravesaba penosamente la oscuridad, dejando tras sí el ruido de sus motores.

Shirley preguntó por fin.

—¿Qué era lo que buscaba Gilgamesh?

—Agua. Agua para prolongar su vida.

—Usted dijo... —Shirley se detuvo para recordar las palabras de Nash—. Usted dijo que la encontró demasiado tarde para salvar su vida;

que descubrió su "inmortalidad" tarde. ¿Qué quería decir con eso?

—Quería decir que Gilgamesh buscaba el agua para vivir y que, cuando finalmente la encontró, su suerte ya estaba echada: era demasiado tarde para salvar su vida, porque había estado demasiado tiempo sin ella.

—¿Sin agua? —preguntó ella con incredulidad.

—En la isla había agua, el tipo de agua natural de aquella isla; pero no era la clase de agua que él necesitaba.

—Creo que debe explicarme eso —contestó ella, vacilante.

—¿Quiere que le cuente una historia?

—¿Qué clase de historia?

—La de un marino náufrago: la de un hombre a la deriva —dijo Nash, mirando las sombras que se movían en la pared de enfrente—. Una historia acerca de un hombre de otra isla, que vivió parte de su vida tomando los alimentos y el agua naturales de su isla —hizo una pausa—; acerca de Gilgamesh.

—Quiero saber *todo* lo que se pueda saber de Gilgamesh.

—¿Para satisfacer a un hombre que usted conoce?

—Para satisfacerme a mí.

GILGAMESH nació en una isla —comenzó Nash lentamente, eligiendo cuidadosamente las palabras—, una isla que él creía que era

¡Ojo al nylon!

Los odontólogos le están haciendo la guerra al cepillo de dientes de nylon. Se ha descubierto que las extremidades no muy redondeadas de las cerdas artificiales tienen asperezas y aristas capaces de producir heridas minúsculas en las encías; heridas que a su vez pueden servir de entrada para peligrosas infecciones. Sin embargo, no se descarta la posibilidad de su uso, siempre que sus puntas hayan sido redondeadas convenientemente.

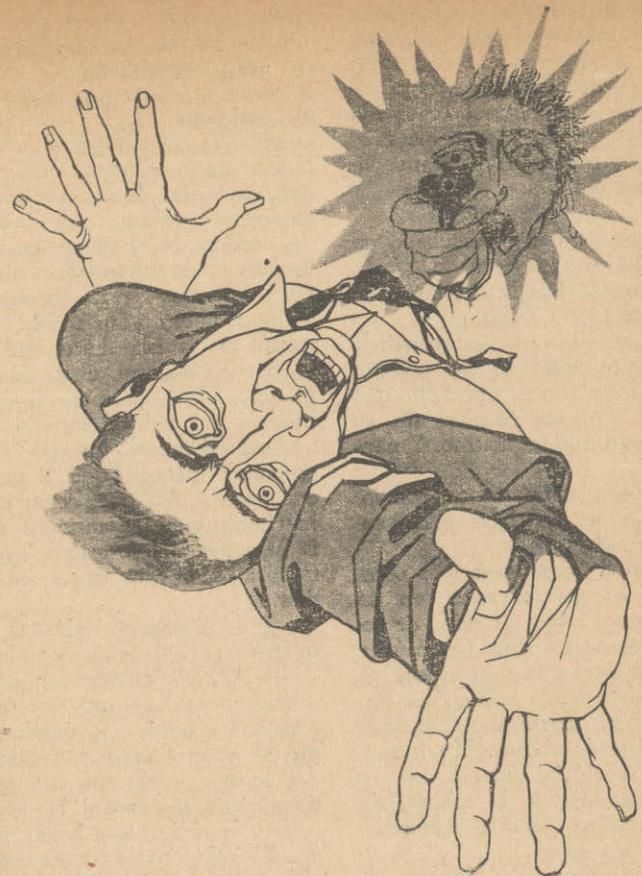
todo el universo, toda la creación, hasta que salió de la niñez y comenzó a enterarse de que no era más que una isla entre muchas otras.

Cuando descubrió que había otras, decidió visitarlas, pues quería pasarse la vida haciendo esos viajes. En cuanto salió de la niñez, comenzó el riguroso entrenamiento necesario para llegar a ser marino, comenzó a acumular los conocimientos precisos para ayudar a las operaciones de esas naves, comenzó a aprender cosas acerca de esas otras islas. Y, al mismo tiempo, empezó a aprender cosas acerca de sí mismo. Descubrió (y no con poca impresión) que realmente no había muchas personas en su isla, no tantas como había en las otras. En aquel aspecto su isla era realmente única, y una de sus cosas notables era su falta de población. Finalmente descubrió el motivo, el origen de aquello, el cual radicaba en la genética. La vida en su mundo tenía una herencia letal porque él, sus padres, sus parientes y sus amigos eran víctimas de los cromosomas dobles, un rasgo verdaderamente mortal que reducía al mínimo los nacimientos de seres vivos y permitía que sólo un número fantásticamente bajo de niños nacieron con cuerpos normales. La mayoría de los que nacían morían al nacer o nacían convertidos en monstruos que no podían vivir o a los que no se permitía vivir. Una perversión genética, bajo la forma de un número desequilibrado de cromosomas, era la maldición de la isla y de sus habitantes; maldición a la que ninguno escapaba. La vida estaba casi a punto de extinguirse, y se habría extinguido completamente si no hubiera aparecido un factor salvador que luchaba por equilibrar la balanza de la naturaleza. La longevidad. La única solución posible era una larga vida para que los adultos tuvieran oportunidad de vencer la ex-

cesiva mortalidad infantil, y así prolongar la raza... Pocos eran los niños que vivían; pero los que llegaban a vivir vivían durante mucho tiempo, para poder procrear más veces, para poder mantener viva la raza hasta que otros cuantos hubieran nacido para ocupar su lugar. Era un equilibrio precario, pero el mejor que podía procurarse las torturadas fuerzas naturales. Y se aceptaba así. Gilgamesh lo aceptaba como lo habían aceptado sus padres antes que él, porque se encontraba sin hermanos vivos y también porque se enteró bien pronto de que vivía en un mundo escasamente poblado. Pero, mientras tanto, se había convertido en un hombre, había terminado los estudios necesarios para ser marino y se había casado.

Shirley lo miró, sobresaltada. Nash continuó el relato.

—Se casó joven porque era la costumbre y el único medio de prolongar la raza. Se casó joven porque era lo que se esperaba de él. Antes de hacer su primer viaje, había tenido dos hijos... que nacieron muertos. Y luego comenzó su carrera de marino, navegando entre las islas... Una de las cosas vitales que aprendió fue que la vida (su vida) dependía siempre de un delicadísimo equilibrio. Las naves eran muy fuertes y muy bien hechas, pero constantemente se encontraban con obstáculos invisibles y terribles que las destrozaban. Además, chocaban constantemente con objetos que figuraban en las cartas, pero que no permanecían en las posiciones que se les había asignado. Una nave podía naufragar en cualquier momento y cuando la nave se destrozaba, la vida terminaba con ella, porque las islas estaban separadas entre sí por enormes distancias. Además, los alimentos y el agua de una isla no eran siempre buenos para la vida... para su vida. El problema de los alimentos no era tan



importante como el del agua, porque el agua que había en la isla donde él nació no era la misma que el agua de otras partes. Era una clase especial de agua, natural si uno permanecía en la isla durante toda la vida, pero realmente muy rara si uno visitaba las otras islas y descubría lo poco corriente que era. Era un agua que poseía ciertas cualidades especiales que no se hallaban en muchos de los lugares que la nave visitaba. Por lo tanto, las na-

ves tenían que llevar grandes cantidades de agua para que los tripulantes pudieran hacer un viaje completo, de ida y vuelta, sin tener que llenar los tanques. El agua de los demás mundos era potable en un caso de emergencia, sí, pero era un agua de naturaleza completamente distinta que no podía proporcionarles los minerales necesarios para conservar su larga vida. Era un pobre sustituto, y, si uno se veía forzado a confiar solamente

en ella, no podía mantenerse durante la extensión natural de su vida. Era, en verdad, un líquido claro que podía prolongar la vida por poco tiempo... y nada más. El agua natural de la isla en que había nacido y se había criado era lo que necesitaba para una vida sana y normal.

LA muchacha había escuchado en silencio las palabras de Nash, mirando su perfil a la luz vacilante de las llamas. Entonces, dijo:

—Así que Gilgamesh se convirtió en marino. A pesar de los peligros que corrían los marinos, a pesar de que necesitaban el agua peculiar de su mundo, se convirtió en marino. Y naufragó.

Nash asintió sombríamente, con los ojos fijos aún en las danzarinas sombras de la pared.

—Fué uno de esos obstáculos oscuros e invisibles que se movía en un mar más oscuro aún: un trozo de roca lanzado desde la nada. Ocurrió en un instante. Estaba con su esposa... Los dos estaban en la cabina, hablando de cosas sin importancia, cuando sonó el timbre de alarma. Un instante después, se vió lanzado al vacío, a través de una raja de la cabina, sin saber si su esposa había tenido tiempo o no de prepararse.

—¿Lo... lo descubrió alguna vez?

—Sí. Cuando las aguas trajeron su cadáver a la orilla.

Shirley cerró los ojos y formó con los labios las palabras "¡qué penal!", sin llegar a pronunciarlas. Pero no dijo nada en alta voz, esperando que él continuara.

—Y por eso, Gilgamesh se dedicó a buscar agua, el agua que necesitaba para su vida. Tenía sus raciones de emergencia y tomó otras cuantas más del cadáver de su esposa; las iba sacando de cuando en cuando, bebiendo un poco mientras se iba acostumbrando al agua nueva y más débil, que encontró en la isla desconocida. No le duró para siempre, claro está, y bien pronto se le acabó, pero él siguió buscándola por todo el mundo conocido, por todo el mundo que podía recorrer, esperando siempre que alguna vez la encontraría. Así que, como usted, era inevitable que los antiguos poetas de la Mesopotamia formaran leyendas en torno a él, lo convirtieron en un semi dios.

—Pero él encontró el agua en alguna parte... demasiado tarde.

—Sí. No la encontró nunca en su estado natural, y por eso su cuerpo comenzó a morir... simplemente comenzó a deteriorarse por falta de ella, del mismo modo que su cuerpo se deterioraría si a usted le privaran de agua y la obligaran a beber otro líquido. Él había pasado tanto tiempo sin ella que el sustituto que encontró por fin, en estado artificial, no le permitió un rejuvenecimiento completo.

El cine en banda

DENTRO de poco, cuando estemos cansados de un programa de televisión, podremos presenciar el espectáculo que más nos agrade, así como ahora escuchamos un disco cuando no nos gusta el programa de radio.

La razón es que se han conseguido grabar en una banda magnética los impulsos correspondientes a las ondas de televisión. De esta manera, se pueden registrar películas, obras de teatro u óperas, y pasarlas por un televisor común, que hará entonces las veces de un proyector de cine.

Compárelo, si quiere, con el médico que descubre un suero demasiado tarde para salvar a un paciente; el suero podrá prolongarle la vida un poco, pero nada más.

—Ese agua se fabri... ¡oh!

—Sí —replicó secamente Nash—, "¡oh!".

—¿Agua pesada? —le preguntó ella.

—Ése es el nombre vulgar. El nombre técnico es óxido de deuterio. Eventualmente, los hombres comenzaron a realizar experimentos científicos, con fines guerreros, y produjeron el agua pesada.

—Pero de eso hace muy poco tiempo. Veinte o treinta años —protestó ella.

—Le dije que Gilgamesh la encontró demasiado tarde para prolongarle la vida.

Ella guardó largo rato silencio. Él no hizo nada para romperlo, dejándola entregada a sus pensamientos privados. Siguió sentado de espaldas al fuego, escuchando el silencio de la casa, de la noche. La proximidad de ella le permitió apreciar su suave perfume, y eso le agradaba. Inconscientemente, Shirley estiró y luego volvió a cruzar las piernas debajo de la falda, exponiendo brevemente a la débil luz los esbeltos tobillos. Permaneció callada tanto tiempo que, al fin, él movió la cabeza para mirarla, para estudiar la expresión intensa de su cara. Sus miradas se encontraron.

—Todo esto... —Shirley hizo una pausa y tragó saliva—, todo esto resulta bastante difícil de creer en una sesión, y es bastante confuso.

—Sí; me doy cuenta de ello —le sonrió él—. No le pido que lo crea, si no quiere. Considérelo una historia, contada por otro poeta imaginativo.

—No protestó ella, vacilante—, eso no. No puedo comprenderlo todo, pero a tanto no llego. Tendrá que perdo-

nar mi lentitud, pero no soy más que... humana. Es demasiado para darse cuenta de ello y crearlo todo de repente.

—Lo comprendo.

—Una vez —continuó ella lentamente, luchando con una idea difícil de exponer con palabras—, le pregunté qué edad tenía Gilgamesh... por ejemplo cuando se encontró con Noé. ¡Oh!, a propósito; desde entonces he descubierto que Gilgamesh es anterior al diluvio bíblico, posterior a él, si creemos lo que dicen las tablas de piedra. Como verá, estoy haciendo algunas investigaciones por mí cuenta.

—Ya veo.

—Pero tengo curiosidad por saber la edad de Gilgamesh cuando apareció en esta... isla. Las tablas no dan ningún indicio de ella. ¿Cuánto hace que ocurrió el naufragio? ¿Qué edad tenía Gilgamesh cuando llegó aquí?

Nash arrugó el entrecejo.

—Bueno, eso es difícil de contestar. ¿Cómo marcaría usted el tiempo antes de la invención del calendario? Lo más que puedo, es hacer un cálculo basado en las gentes y la vida que descubrió al llegar a la isla, y comparar esas gentes con los estudios antropológicos actuales.

—Aceptado. ¿Qué gentes eran?

—La cultura aziliense.

—¿Aziliense?... Eso no significa nada para mí. No la conozco.

—Generalmente se la identifica con el antiguo período mesolítico de la Europa Occidental —seguía mirándole la cara, aguardando la impresión que sus palabras tendrían que producirle—. Eso fué aproximadamente, unos 8.000 años antes de Jesucristo.

Ella permaneció inmóvil, con los ojos cerrados.

—El clima era muy cálido..., muy parecido al de hoy día en esa parte de Europa; los últimos hielos se ha-

bían retirado hacia el norte, y los animales de los países cálidos comenzaban a aparecer. La gente (los azilienses) eran de corta estatura, pero una raza feroz y cazadora; poseían perros semisalvajes, que los ayudaban en la caza, y vivían principalmente del ganado salvaje y los caballos que recorrían la región. Era una raza valiente. Los azilienses poblaron casi toda la Europa Occidental, según creo: España, Suiza, Francia, Bélgica y partes de Inglaterra.

Shirley se volvió y lo miró con ojos muy abiertos, y él vio el asombro y la impresión profunda que sentía, reflejados en ellos.

—¡Pero eso fué hace casi diez mil años!

El asintió con la cabeza.

NASH trajo de la cocina una cafetera hirviendo y llenó de nuevo sus tazas de café, llevándole la de ella y poniéndosela a su lado, en la alfombra. Agregó unas astillas al fuego moribundo, reanimando así su fuerza y calor, y le indicó el café.

—El doctor Nash se lo receta.

—Gracias. Me imagino que me estoy portando como una tonta, ¿no?

—Yo no diría eso.

—Me siento bastante torpe.

—No, por favor.

—Procuraré poner mis cinco sentidos — le explicó ella —. Trato siempre de ser crédula y comprensiva, dispuesta a aprender cosas nuevas. Pero a veces me resulta imposible.

—Es lo humano — sonrió Nash —; ¡oh, muy humano!

—Precisamente eso — protestó ella —; humano.

—¡Basta! — dijo él vivamente —. No lo he dicho con esa intención.

—Perdón — suplicó ella, bajando los ojos sobre su taza, durante un momento —. Si no le importa..., me

gustaría preguntarle algo. Le prometo no hacerle una escena.

—Haga la pregunta. Le contestaré si puedo.

—El naufragio... — comenzó ella —, ese naufragio de hace diez mil años... Usted dijo que las aguas llevaron a la orilla el cadáver de su esposa — vaciló brevemente, mientras una rápida y leve sombra emocional pasaba por la cara de él —. ¿No hubo otros sobrevivientes además de Gilgamesh?

—Sí, los hubo. La isla era grande, y, como comprenderá, gran parte de ella era todavía una selva inexplorable. El movimiento era casi imposible con tantos obstáculos y sin medios de transporte. Naturalmente, mientras él buscaba el agua, iba buscando también a los compañeros que podían haber sobrevivido. Finalmente descubrió a algunos de ellos. Los restantes habían perecido con la nave o se encontraban en algún lugar inaccesible. Lentamente, con el tiempo, los pocos sobrevivientes fueron apareciendo.

—¿Hay... hay todavía...?

—¿Alguno vivo? No. Con una sola excepción, todos murieron pronto. Algunos murieron de heridas, otros eran viejos y no podían subsistir con el agua que encontraron, otros tuvieron accidentes. Uno se suicidó deliberadamente en un circo romano.

Shirley le preguntó:

—¿Con una excepción?...?

Nash la miró con curiosidad.

—¿Tiene usted acceso a los secretos de guerra de su gobierno?... Puede comprobar esto, si quiero. En 1940, en Francia, dos científicos abandonaron su país, huyendo del enemigo que se acercaba; se llevaron a Inglaterra, con ellos, doscientos diez litros de agua pesada...; para ser más exactos, salieron de Francia con doscientos diez litros, poco antes de que la invadieran los alemanes, que buscaban también ese tesoro. Los fugitivos cruzaron el

canal con el óxido de deuterio, que virtualmente constituía en aquel momento la cantidad total que había en el mundo, y era, por lo tanto, doblemente precioso. Los dos científicos llegaron sanos y salvos a Inglaterra con ciento sesenta y cinco litros. Pero fíjese en una cosa: no podían explicarse la disminución, no podrían explicar de un modo razonable lo que le había ocurrido a los cuarenta y cinco litros que faltaban. Y se supuso que habían caído al mar.

—¿Y no había sido así? — preguntó ella.

El no le contestó directamente.

—La pérdida de esos cuarenta y cinco litros fué el primer indicio de la existencia de otro sobreviviente... un sobreviviente que vivía aún — de nuevo se volvió hacia ella, mirándole los ojos y la cara sensible y preguntándose si lo seguía mentalmente —. Comenzó entonces la búsqueda de ese otro sobreviviente, inspirada por un deseo muy natural de verse reunidos. Por fin se encontró una pista.

—¿Nada más que una pista?

—Una pista. En Peenemunde.

Shirley frunció las cejas.

—Creo que conozco ese nombre.

—La estación de cohetes alemanes, donde se construyeron las V-2.

—¡Ah... claro! — sus cejas seguían aún fruncidas —. ¿Y allí encontraron una pista de él?

—Encontraron una pista de ella — le corrigió él.

—¿De ella? ¡Una mujer!

—Una mujer. Parece ser que llevaba varios años en Peenemunde; desde 1934, en realidad, cuando el gobierno alemán comenzó a considerar seriamente los experimentos con cohetes. Pero ahora no quedaba más que un rastro de su presencia... Se había ido, y con ella habían desaparecido cuarenta y cinco litros de agua pesada, en pleno Canal de la Mancha. No era muy difícil comprender por qué había estado en Peenemunde, por qué se había ido finalmente de allí y adónde pensaba ir. No lo era, si se conocía la naturaleza de la mujer. Después de tanto tiempo, seguía todavía sin reconciliarse con el mundo en que vivía; no quería quedarse en él, y no estaba dispuesta a aceptar una muerte prematura. Quería una nave para volver a su isla.

Nash hizo una pausa.

Shirley meneó distraídamente la cabeza, sin hablar.

CUANDO los alemanes comenzaron los experimentos con cohetes en Peenemunde — continuó Nash —, ella fué, naturalmente, a aquel lugar, atraída por una esperanza más fuerte que ella. En verdad, estaba aguardando con impaciencia el día en que terminarían de experimentar con los cohe-

Diccionario de secretos atómicos

EN Francia acaba de aparecer un libro que pone al alcance del público una enorme cantidad de secretos atómicos celosamente guardados durante más de 10 años. Se trata pura y simplemente de números — ciento cincuenta mil números — referentes a todos los datos atómicos fundamentales, desde las cantidades de metales que es necesario poner en contacto para producir la explosión de la bomba H (cosa de hacerla en casa, ¿no?), hasta cantidades calculadas por vía teórica, que aún la experiencia no confirma.

tes de guerra y pasaran más allá, porque sabía que hacía falta algo mejor para conquistar el espacio. Si les daban tiempo y canalizaban debidamente sus energías, los alemanes le construirían la nave que necesitaba. Pero los alemanes no tuvieron ni el tiempo ni la inclinación; se concentraron en la destrucción de Londres y otros fines similares de guerra. Entonces ella debió darse cuenta de que Peenemunde no era la solución; que los alemanes no construirían la nave que ella deseaba. Y huyó... , llevándose consigo el agua que daba la vida. Después de Alemania... , ¿adónde ir? ¿Qué otra nación estaba experimentando con cohetes? ¿Qué otra nación estaba experimentando también con la energía atómica... y que podía ser también la solución de su viaje al espacio? Vino a Estados Unidos. Una vez en Estados Unidos, examinó cuidadosamente la situación y calculó sus posibilidades. Y eligió: se casó con un joven que le ofrecía una brillante promesa en el campo de la física, y lo ayudó e impulsó con sus conocimientos, siempre que pudo, empujándolo y llevándolo de acá para allá, haciendo que su nombre y su obra aparecieran en lugares y publicaciones donde podía llamar la atención. Los años de pacientes planes dieron por fin su fruto y, finalmente, su esposo entró a trabajar para el Distrito de Manhattan, llegó a Oak Ridge y, probablemente con gran sorpresa suya, se halló ayudando a diseñar y construir un motor de reacción atómica, que era capaz de llevar una nave a través del espacio. Al fin, la victoria, tan largo tiempo aguardada, estaba al alcance de su mano y le parecía que sólo tendría que esperar muy poco antes de emprender el viaje de vuelta. Su esposo, que ya no era más que un peso peligroso, fué asesinado.

—¡Carolyn Hodgkins! — exclamó la muchacha.

—Carolyn — asintió él —. Está decidida a salir de la tierra y no se detendrá ante nada, mientras viva. — Nash guardó silencio.

—¿Carolyn Hodgkins es... una sobreviviente?

—Sí.

—¿La única que había además de...? ¿No existen más que dos?

—No más de dos.

—¿Es... — vaciló, con cierto embarazo —, es la única sobreviviente decidida a vivir... y marcharse?

—Sí. El otro se resignó hace mucho a quedarse aquí y morir prematuramente. Sin dramatismo, sin falso heroísmo, aceptó simplemente la situación, y se ha contentado con vivir aquí y aguardar lo que venga — Nash se movió ligeramente sobre la alfombra, levantando una mano para tocarle el brazo —. Debe usted recordar que la única cosa que amé está enterrada aquí, en alguna parte. *Quiero* quedarme.

En medio de la noche se oyó un pequeño ruido en alguna parte. Y Nash levantó los ojos para mirar el cielo, a través de la ventana.

—Creo que le comprendo — dijo Shirley, vacilante y aun con evidente azoramiento —. Y me gustaría preguntarle... Por favor, es una pregunta bastante personal, pero...

—Hágamela — dijo Nash, que seguía escuchando atentamente en la oscuridad.

—¿Se... se volvió usted a casar alguna vez?

—¿Casarme? No, en ese sentido no. Me he apareado... muchas veces, pero nunca me casé de nuevo.

—¿Hubo... , es decir, hay descendientes suyos?

—Sí, algunos — meneó la cabeza —. Muy, muy pocos. Mi maldición genética me sigue; siempre me seguirá. Pero hay unos pocos.

Shirley alzó los ojos; vió que Nash

tenía la vista fija en la ventana, y siguió su dirección, sin comprenderle.

—Los descendientes no lo sabrán, claro está. No pueden saberlo.

—Tienen un modo de saberlo. Me imagino que la mayoría de ellos se sorprenderá agradablemente al ver que viven hasta una edad anormal; anormal con respecto a los que los rodean.

—¿Conoce usted a alguno de ellos? — insistió Shirley —. Es decir, ¿los ha visto? Siento mucho no poder expresarme con más claridad... Estoy toda confusa, y mis pensamientos no son muy lúcidos. Pero en sus... viajes, ¿no se ha encontrado nunca con alguno de sus descendientes?

—Sí. — El sonrió ampliamente por algún pensamiento secreto, mientras se ponía en pie y la ayudaba luego a levantarse. Ella quedó junto a él, y Nash apoyó las manos en sus hombros —. Siempre es algo sorprendente; aparecen inesperadamente y en los lugares más extraños. Claro está que rara vez hay algún rasgo físico que los marque; así que he aprendido a buscar cosas más sutiles: su actitud, su personalidad, la percepción mental y el asunto de su longevidad. Ese es el indicio más claro, ése y una cierta capacidad de telepatía mental, de percepción extrasensorial — meneó juguetonamente la cabeza —. Sí, eso ocurre de cuando en cuando. A veces me hace sentirme como un abuelo vanidoso.

Shirley vaciló y luego dijo:

—Usted sabe que todavía tengo un empleo. Cierta hombre querrá saber la verdad acerca de usted.

—Dígale a ese hombre lo que usted quiera, y omita lo que guste. Conozco la curiosidad de ese hombre... Por eso, no le he dicho a usted todo lo que podría haberle contado — por ejemplo, no le había hablado de que había colocado un micrófono en la oficina de Dikty, mucho antes de que Dikty pen-

sara en poner el instrumento en la suya. — Lo dejo a su conciencia, Shirley. Cuénteles mucho o poco, según le parezca. Sólo le prevengo una cosa, por bien suyo: reflexione acerca de si la creerán o no.

—Ese es mi mayor problema — reconoció ella.

SHIRLEY se acercó a la cartera que tenía sobre la mesa.

—Realmente es muy tarde. Tengo que irme. ¿Y sabe lo que voy a hacer? Voy a consultar con la almohada todo lo que me ha contado acerca de los marineros, las naves que naufragaron y los sobrevivientes, y mañana decidire si debo creerle lo mismo o no.

—Una decisión prudente. Espero que me informará de su respuesta. Y, mientras tanto, gracias por la cena. Fué una experiencia muy agradable.

Ella levantó sus labios, incitante.

—A mí también me gustó.

Nash la besó brevemente.

—Mañana podremos hacerlo de nuevo.

—¿Mañana? — interrogó ella.

—*Algún* mañana. Le quedan a usted por vivir varios miles.

Ella vaciló de nuevo, y luego puso su dedo sobre los labios de él. Cambiando de idea antes de expresar el pensamiento, repitió:

—Realmente, tengo que irme.

Nash sacó del bolsillo las llaves de su auto y las agitó delante de ella.

—Tendrá que aguardarme o caminar. Y de aquí a la ciudad hay bastante distancia.

Se dirigían hacia la puerta de salida. El extendió la mano para encender la luz exterior; luego abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarla pasar.

—Lo aguardaré... o, si no, no llegaré nunca a casa. Y le apuesto lo que quiera a que mañana llegaré tarde al... ¡Gilbert! — Shirley pronunció su nom-

bre a gritos y luego retrocedió, tapan-
do la entrada.

CAPÍTULO IX

LA mala noche sin dormir se refle-
jaba en su cara. Shirley Hoffman,
tristemente sentada detrás del escri-
torio de Dikty en el despacho interior,
luchaba por mantener abiertos los ojos,
sujetándose la cabeza con ambas ma-
nos. Le dolía terriblemente la cabeza,
y las aspirinas y el café puro que ha-
bía tomado no habían logrado quitar-
le el dolor. Tenía las piernas cansadas
de tanto ir y venir por la casa de Nash,
y su cuerpo tan cansado como las pier-
nas, después de una noche de excita-
ción y espanto.

—Dígamelo otra vez — le preguntó
furiosamente Cummings —, ¡otra vez!
— Agarró el escritorio con ambas ma-
nos, como si estuviera dispuesto a vol-
carlo —. ¿Adónde fué él?

—¡No lo sé! Ya le he dicho que no
lo sé — dijo Shirley, apretándose con
fuerza la cabeza, como si temiera que
fuera a estallar con el dolor y la fu-
riosa cólera de la voz de Cummings —.
Desapareció.

—¿Adónde fué?
—No lo sé.
—¿Cuándo desapareció?

—No lo sé. Antes de que la policía
llegara allí.

—¿Por qué llamó usted a la policía?
¿Por qué no me llamó a mí?

—Porque él me lo dijo. No pensé
en usted... entonces. No pensé hasta
después.

—¿Después de irse él?

—Sí.

—Pero, ¿no sabe cuándo? ¿No lo
vió ir?

—No... no.

—¿Estuvieron allí toda la noche?
¿En su casa?

—Sí.

—¿Solos?

—Sí.

—¿Entonces no sabía usted que Dik-
ty estaba allí, siguiéndolos?

—No. Yo no había visto al señor
Dikty en todo el día.

—¿Dónde se encontró usted con
Nash?

—En la biblioteca. El me invitó a
cenar... o quizá yo lo invité a él.
¡Ahora no lo recuerdo!

—¿Qué ocurrió después de que sa-
lieron de la biblioteca?

—Fuimos por la calle hasta donde
estaba su auto, subimos a él y llegamos
a su casa.

—¿Nada más? ¿No se detuvieron en
ninguna parte?

—No... Bueno, él se detuvo un
momento, para mirar el escaparate de
una florista.

—¿Para comprarle unas flores?

—No, estaba cerrado.

—¿Se quedó simplemente allí, mi-
rando el escaparate? ¿Le pareció pen-
sativo... como si pensara en algo?

—Sí... , así fué. Tuve que hablarle
dos o tres veces para llamar su aten-
ción. Me imagino que estaba soñando
con algo. Me contestó diciendo que no
podría comprarme un cacto.

Shirley se llevó las puntas de los
dedos a los cerrados párpados, apre-
tándolos en un vano esfuerzo de ali-
viar el dolor.

—¿Y luego la llevó a su casa? ¿Sin
detenerse?

—Sí, sin detenerse. Yo hice la cena.

—¿Y después de la cena? ¿Qué ocu-
rrió entonces?

—Me mostró su biblioteca. Tiene
una habitación grande llena de libros,
de todas clases de libros.

—La vi hace unas horas — dijo seca-
mente Cummings —. ¿Y luego, qué?

—Pusimos unos discos, y yo miré...
los libros.

El supervisor se inclinó sobre el
escritorio, colocando la cara a pocas
pulgadas de la de ella.

—¡Mientel! No miró sus libros.



—¡Oh, muy bien! ¡Mira algunas láminas.

—¿Láminas?...

—Tiene docenas de ellas: antiguos grabados de escenas egipcias, escenas babilónicas... de todo.

Cummings se echó hacia atrás para estudiarla.

—Láminas — repitió en voz baja —. ¿Y qué hacía él durante todo ese tiempo?

—Leyendo. En un sillón, detrás de mí.

—¿Todo el tiempo? ¿No dejó nunca el sillón?

—No. Sí. A veces, yo levantaba los ojos y él no estaba allí.

—¿Quiere decir que había salido de la habitación?

—Sí — replicó ella con abatimiento.

—¿Cuánto tiempo faltó de ella?

—No lo sé. Lo siento, pero no le prestaba mucha atención. Las horas

NUMEROS ANTERIORES

de

más allá

Para los lectores que deseen completar la colección de la revista, tenemos en depósito una cantidad limitada de ejemplares de los números anteriores, en venta al precio de tapa de \$ 5.— por ejemplar. Pueden obtenerse: adquiriéndolos directamente en las oficinas de la Editorial Abril, Av. Alem 884, 1º piso, Buenos Aires; o remitiéndonos un giro postal por el importe correspondiente a la orden de

EDITORIAL ABRIL S. R. L.

iban pasando...; a veces estaba allí, y a veces no estaba. No puedo decirle cuánto tiempo faltó.

Cummings lanzó un sordo gruñido.

—Se había ido. Dios sabe por cuánto tiempo y adónde.

—¡Le digo que no pude evitarlo! Estaba absorta en mirar las láminas. Un ejército podía haber atravesado la habitación sin que me diera cuenta.

—Láminas — dijo él de nuevo, escépticamente —. Muy bien, ¿y después de las láminas, qué?

—Fuimos a la cocina e hicimos café. El encendió el fuego en la chimenea. Y nos sentamos a hablar.

—¿De qué?

—De historia..., es decir, de prehistoria. De Gilgamesh, de Noé, de la edad glacial, de los azilienses...

—¿Quiénes son esos?

—Unos hombres prehistóricos que vivieron en Europa, hace miles de años.

—¿Hablando nada más? ¿Todo el tiempo?

—Hablando nada más, hasta que me di cuenta de lo tarde que era. El iba a llevarme en auto a la ciudad.

—¿Y entonces?

—Entonces él abrió la puerta y vi... vi... — los recuerdos espantosos del comienzo de la pesadilla pasaron por la mente de Shirley, erizándole el vello de los brazos; quiso reprimir un escalofrío y no lo consiguió — al señor Dicky... ¡muerto!

—¿Qué hizo Nash?

—Bajó corriendo los escalones y le dió la vuelta.

—¿Vió usted la pintura de labios en el cadáver?

—No, entonces no. Alguno de los policías me la señaló más tarde. Entonces la miré.

—¿No vió si la pintura estaba allí cuando Nash volvió el cadáver?

—No. Lo único que pude ver fue...

—¿Vió alguna vez a Dikty con otra mujer? ¿Alguien que no fuera su esposa?

—No, nunca. No era un hombre de esos.

—Alguna mujer manchó su boca con pintura de labios — dijo mordazmente Cummings —. Y alguien lo estranguló.

Shirley no se molestó en contestar. Su cabeza rozaba casi el escritorio.

MUY bien — dijo desesperadamente Cummings —; volvamos a donde estábamos. ¿Qué ocurrió después de que Nash le dió vuelta al cadáver?

—Me quedé allí, mirando al muerto. Y entonces Nash dijo algo que no pude comprender, algo extraño.

—¿Quiere decir en un idioma extranjero? ¿Qué le pareció...? ¿Francés..., alemán..., castellano?

—No, ninguno de esos. No sonaba como algo que yo hubiera oído alguna vez. Dijo dos o tres palabras..., palabras de cólera. Comprendí que estaba furioso, terriblemente furioso.

—Y yo también — le replicó secamente Cummings —. ¡Todavía no tiene ni idea de lo furioso que estoy! Alguien va a pagar esto con la vida. ¿Y qué más? ¿Qué hizo?

—Me preguntó si yo sabía que Dikty estaba allí. Y yo le dije que no.

—¿La creyó?

—Sí.

—¿Nunca se dió usted cuenta de que Dikty lo seguía a los dos?

—No, nunca.

—¿Y luego, qué?

—Puso los dedos..., es decir, la mano, detrás de la chaqueta del señor Dikty; al cabo de un momento dijo que estaba muerto, y se inclinó más para mirarle la cara. La cara del señor Dikty estaba...

—Negra — terminó Cummings —.

¿Usted nunca había visto un hombre estrangulado?

—¡Nunca! — Hizo una pausa —. Me produjeron náuseas.

—¿Qué hizo entonces Nash?

—Me dijo que volviera a la casa y llamara a la policía.

—Y usted lo hizo... sin llamarme antes a mí.

—Sí. Entonces no pensaba en usted — se frotó la cara con las manos —. Después de llamar a la policía, me senté. Creo que fui al baño; estaba muy alterada. Todo era tan... increíble, tan enloquecedor.

—¿Qué hizo Nash?

—No lo sé. No recuerdo haberlo vuelto a ver.

—¿Se quedó usted en la casa hasta que llegó la policía? ¿En el sillón?

Shirley asintió:

—Allí, o en el baño.

—Y la policía la trató mal — Cummings la miró brevemente, estudiando la parte superior de su cabeza —. Realmente, no puede usted censurarlos: la encontraron sola con el cadáver, y no tenía mucha pintura en los labios. Les gusta hacer conclusiones precipitadas.

—No me puse más — le dijo ella, desesperada —. No íbamos a ir a ninguna parte. El me iba a llevar en el auto a casa, y yo me iba a acostar. No me molesté en maquillarme.

—Le pido perdón — dijo él de repente, con más suavidad —. Me imagino cómo se sentiría en la cárcel. Si los muy imbéciles se hubieran molestado en comparar su lápiz de labios con las manchas que tenía el cadáver, habrían notado la diferencia. Le pido perdón, señorita Hoffman. Y le juro que lo pagarán.

Ella dejó caer la cabeza sobre el escritorio.

—¡Oh, no se moleste!

Cummings se sentó en la esquina del escritorio y le pasó un brazo por encima del hombro.

—Piense bien. Mientras los dos estaban sentados, hablando... ¿No oyeron nada? ¿Ningún ruido?

—No, yo no.

—¿Y él?

—Tal vez. Me pareció que escuchaba y que miraba por la ventana. Entonces no le hice caso. Pero pudo haber oído algo.

—¿No fué a investigar lo que era?

—No. No nos quedamos allí mucho tiempo. Sólo unos minutos. Y luego, me dispuse a marcharme.

—Durante la noche, ¿no habló de irse?, ¿de salir de la ciudad?

—No, no habló de ello.

—¿Hicieron planes para volver a verse?

Ella meneó la cabeza, asintiendo.

—Iba a verle de nuevo hoy. No habíamos trazado un plan ni fijado el sitio. Pero le dije que lo vería.

—¿Y él accedió?

—Sí.

—¿Todavía cree usted que él acudirá a la cita?

—No lo sé. No he tenido tiempo de pensar en ello. El dijo... ¡Oh! —Shirley se irguió en el asiento, sobresaltada—. ¡Lo detendrá usted! Si viene a verme, usted lo detendrá...

—Claro. No se me ocurre un cebo mejor.

—¡Pero no es justo!

Cummings se levantó del escritorio y se apartó para mirarla.

—¿De parte de quién está usted?

Ella lo miró un momento, furiosa y perpleja, y luego estalló en lágrimas.

—¡Basta! —le ordenó él—. No puedo soportar eso.

Pero ella se limitó a bajar la cabeza sobre el escritorio, y siguió llorando. Cummings se quedó un momento indeciso, incapaz de hacer nada. Luego, se puso a pasear en círculos, enojado, evitando mirarla. Cuando no pudo soportar más el rumor de los sollozos, salió a la oficina exterior, cerrando la puerta de comunicación. Allí, afuera, casi no se oía el llanto. Se sentó pesadamente detrás del escritorio de la mu-chacha, y puso los pies sobre el borde, pasándose nerviosamente la mano por los escasos cabellos. Apretándose con los dedos el entrecejo, Cummings se quedó mirando el tirador de la puerta.

¡Qué diablos... alguien mató a Dikty!

Pero no fué Nash. No, no fué Nash, a pesar de los minutos que había estado ausente de la habitación donde Shirley lo aguardaba. No fué Nash, a pesar del hecho de que el asesinato había tenido lugar en su casa, a pocos pies de distancia del lugar en que él se hallaba. No, no era Nash. Era una mujer. Una mujer que primero lo había besado, ¡Dios sabe por qué razón fantástica, y luego lo había estrangulado. Lo había estrangulado mientras él acechaba desde afuera la casa de Nash. Una mujer. ¿Qué mujer? Sólo una estaba mezclada en aquel

Papel antióxido

DESDE ahora es posible prescindir de la grasa o la pintura para evitar la oxidación de objetos de hierro. Basta envolver estos objetos con el papel VPI (Vapor Phase Inhibitor), del cual emana una sustancia, el nitrito de sodio, que se deposita sobre el metal, protegiéndolo de la oxidación. De esta manera, además de los incalculables servicios que este papel puede prestar en la industria, se ve resuelto el problema de los cuchillos oxidados en el hogar, para no dar más que un ejemplo.

MÁS ALLÁ

espantoso asunto. La mujer se había convertido en viuda por su propia voluntad. Primero Hodgkins y luego Dikty. Pero, ¿por qué diablos? ¿Qué podía ella ganar con todo esto? Si hubiera sido solamente Hodgkins, en ausencia de otros factores, se habría podido pensar en un asesinato para cobrar su seguro. Pero ahora, habían matado también a Dikty. ¿Qué demonios tenían en común Hodgkins y Dikty? Era muy sencillo... muy sencillo. El uno era físico atómico; el otro estaba encargado de vigilarlo. Y una mujer sin pasado los había asesinado a los dos. ¿Por qué?

Y luego quedaba Nash, parecido en algo a la mujer: sin pasado ni historia.

Pero él parecía a favor, y la mujer en contra. ¿Qué sentido podía tener aquello cuando los dos eran tan claramente similares. ¿Por qué uno de ellos tiraba hacia este lado, y el otro hacia el opuesto? Los dos físicamente parecidos; los dos sin comienzos debidamente registrados, y (¡lo más probable!) los dos con una entrada ilegal en el país. Nash no podía haber aparecido en Florida, en determinada fecha, sin tener algún pasado... y sin embargo era así. Y ella, cerca de Nueva York.

CUMMINGS se dió cuenta vagamente, con cierta inquietud, de que se había mezclado en algo que no le pertenecía, en algo que no podía comprender.

Se levantó bruscamente del escritorio de Shirley, fué a la puerta y la abrió ligeramente para mirarla. Las lágrimas habían cesado.

—Señorita Hoffman...

Ella levantó la cabeza.

—¿Qué?

—Piense bien. ¿No vió ningún rastro de la mujer, en alguna parte de la casa? ¿Algo?

LOS SEÑORES DEL TIEMPO

—¡Oh, no!

—¿Nada en absoluto? En el dormitorio... en el baño? ¿Algo que yo habría pasado por alto, pero en lo que usted se habría fijado?

Ella le devolvió su mirada, abriendo mucho los ojos y meneó la cabeza.

—Nada. Me habría llamado la atención.

Cummings suspiró, vencido.

—Muy bien. No era más que una idea. Yo esperaba...

—No me habría quedado allí ni un minuto, si lo hubiera visto.

—Muy bien, muy bien; no se preocupe — estudió su cansado rostro —. Más vale que se vaya a casa y duerma un poco; en su estado actual no me es usted útil para nada.

—Estoy deshecha —le confesó ella—, realmente deshecha. ¡Fué algo horrible!

—Lo creo — Cummings fijó su mirada en la cara de Shirley, y una huella de lástima apareció en su voz —. Tome un taxi y váyase a casa. Vamos.

Ella dió la vuelta al escritorio y le puso vacilante la mano en el brazo en señal de agradecimiento.

—Señor Cummings, siento mucho haber fracasado. No he estado a la altura de lo que me pedían. Yo que había soñado... Cuando usted me dijo que podía trabajar en un caso con usted, cuando me dijo que llamara a Dikty, mi primo, si ocurría algo... bueno... me forjé unos sueños tan estúpidos. Pensé que iba a hacer grandes cosas; me vi en toda clase de puestos heroicos. Ahora comprendo mejor la realidad.

Cummings le levantó la abatida barbilla y le sonrió a los opacos ojos y el rostro cansado.

—Una noche en la cárcel es capaz de acabar con los sueños de cualquiera. Es muy duro. No diga nada hasta que haya dormido, hasta que haya dor-

mido un día entero. Mañana podremos discutir el asunto.

—Mañana — repitió ella débilmente —. Eso es lo que él dijo.

—¿Dijo qué?

—Que podía prepararle la cena otra vez, mañana. No se refería al día de hoy, sino al mañana; a cualquier día de mañana. Dijo que a mí me quedaban miles de días por vivir.

—¿Qué quería decir con eso?

—Realmente, no lo sé. Lo dijo. Nada más.

—Muy bien. Váyase a casa y duerma...

Shirley Hoffman salió de la oficina.

Cummings buscó distraídamente la familiar mancha de sol en el viejo piso, mientras escuchaba los pasos de la muchacha, que se alejaba por el corredor. Se sentó entonces, pesadamente, en una esquina del escritorio, tomó el teléfono y marcó un número en el disco, con la facilidad de una larga costumbre. Varios minutos transcurrieron silenciosos, mientras sonaba un timbre lejano y un rodalito de sol iba iluminándole tímidamente la punta del zapato. Al otro extremo, alguien levantó el auricular.

—¿Grove? — preguntó —. Habla Cummings, de Knoxville. ¿Puede enviarme dos hombres en el avión de la tarde?... Muy bien. Sí, basta con ellos. Tengo un par de sospechosos a los que hay que encontrar en seguida... Y que me traigan unos veinticinco mil dólares en billetes. Tengo que atender a una viuda y varios niños... ¿Qué?... Sí: Dikty. Pásele la noticia al jefe... Sí. Muy bien.

Colgó y se quedó contemplando distraídamente la mancha de sol. Al cabo de un momento, atrajo de nuevo el teléfono hacia sí y marcó el mismo número.

—¿Grove?... Cummings de nuevo. ¿Puede enviarme una oficinista en el mismo avión? Esta que tengo no sirve

para nada, habrá que reemplazarla. Cummings se quedó mirando el sol que brillaba en las puntas de sus zapatos.

CAPÍTULO X

“SAL de tu escondite, Carolyn... Estás oculta ahí, en alguna parte... En alguna parte, en esa confusa mezcla de luces y calles que se cruzan, en esa ciudad que sube y baja por colinas y valles, en esos edificios grandes y chicos, en esa noche suavemente iluminada que se extiende ahí abajo, ahí estás escondida... o lo estabas hace una hora”.

Nash, sentado en lo alto de la cuesta, miraba las luces de la ciudad extendida debajo de él. Volviendo ligeramente la cabeza, podía ver el contorno del camino que salía de la ciudad, podía ver el pequeño grupo de luces que iban y venían, las luces de la policía en torno a su casa. La policía estaba ahora allí, con el cadáver estrangulado de Dikty y la muchacha casi histérica. Pero en dirección opuesta, las luces de la ciudad llamaban su atención. Se agazapó entre la maleza de uno de los lados de la colina y estudió la ciudad y sus luces.

Carolyn estaba allí..., en alguna parte.

Estaba escondida, segura, libre de los ojos inquisitivos de la policía, de Cummings y de él mismo. Y eso lo irritaba. Oculta de él, el único ser humano entre los miles de millones que había en el mundo, que realmente la conocía, que la conocía desde hacía mucho, mucho tiempo. Carolyn se había escondido (en alguna parte) desde aquel día, hacía muchas semanas, en que primero abandonó y luego asesinó a su esposo..., el último de una larga hilera de esposos. Tan bien escondida estaba, que nadie la había encontrado. Primero la policía, después Cummings

y Dikty, y finalmente, él, finalmente, guiado todas las pistas posibles, habían registrado los hoteles, las piezas por alquilar, las agencias de propiedades, hasta las oficinas que a ella le tenían que proporcionar todo aquello que necesitaba: agua, electricidad, gas. Pero no la habían encontrado.

No había ningún indicio de que hubiera salido de la ciudad; y, hasta aquella noche, tampoco lo había de que se hubiera quedado en ella. Ninguna casa, departamento o pieza que pudiera haber alquilado, ningún automóvil que pudieran haberle vendido, habían quedado sin investigar. Conociendo a Carolyn como él la conocía, Nash sabía que aquellas cosas no significaban nada por sí solas; pues la mujer que ahora se hacía llamar Carolyn Hodgkins, había tenido tiempo de sobre para acumular y ocultar la riqueza material que necesitara en cualquier parte del mundo. Carolyn Hodgkins podía haber existido varias semanas, sin salones de belleza, sin diversiones, sin pequeños lujos, sin vestidos, sin esto o lo otro, a lo que se había ido acostumbrando durante su vida. Pero no podía existir sin comida y agua, y no era probable que hubiera existido sin electricidad y posiblemente sin gas. Aun así, no había ningún indicio de

que le hubieran proporcionado alguna de esas cosas. Cualquier hombre razonable, después de examinar los hechos conocidos, habría sacado finalmente en conclusión que la mujer no se hallaba ya allí.

Peró seguía estando, como lo probaba la segunda muerte.

Había matado de nuevo, con un propósito rápido y seguro... No había sido un crimen improvisado; pues el hombre se encontraba vigilando la casa, ella lo había besado para extraer de su mente toda la información que buscaba y luego lo había matado. Carolyn había permanecido allí durante todas aquellas semanas, mientras la buscaban. Era ella quien lo seguía, mientras él seguía a Dikty. Los ojos de ella eran los que se le habían clavado en la espalda con malévolos intenciones. Ella iba siguiendo a Dikty..., y Nash se había interpuesto entre los dos. Por lo tanto, Dikty debía de andar muy cerca de ella; peligrosamente cerca.

Nash se agachó sobre las malezas y miró la oscuridad. Dikty había descubierto el escondite de ella, y había pagado con su vida.

La mujer, conocida como Carolyn Hodgkins, era imaginativa, brillante en sus actividades... y cruel. Como

El prócer Cactoblastis

HE aquí un prócer argentino muy poco conocido, a quien, aunque parezca mentira, se le ha levantado un monumento en la ciudad de Boonarga, Australia. Se trata de..., ¡un insecto! El *Cactoblastis Cactorum*, originario de nuestro país, es una dulce mariposa que se caracteriza por la fruición con que devora erizados cactus. Lo cierto es que en 1920, en Australia, se había reproducido una variedad de cactus llamada *Opuntia*, que amenazaba con invadir todo el país. Fué entonces que se importaron 2.750 huevos de *Cactoblastis* de nuestro país. De ellos se generaron sólo una centena de adultos, que gracias a su rápida multiplicación dieron cuenta, en tres años, de 5.000.000.000 de toneladas de cactus, devolviendo a la agricultura una superficie comparable a la provincia de Buenos Aires. ¡Como para no merecerse el monumento!

los demás sobrevivientes, había caído de la nave destrozada hacía muchos siglos, en una intrincada selva, poblada por seres salvajes. Nash sabía bastante acerca de Carolyn, aunque hacía diez mil años que no la veía... o sea, desde el naufragio. La recordaba como uno de los pilotos de la nave; posiblemente se la había encontrado diariamente a bordo, habían comido en la misma mesa y en la misma habitación, sin que él se fijara gran cosa en ella. La conocía lo suficiente, pero para él era sólo un miembro más de los trescientos de la tripulación. Sabía que ella conocía bien la ciencia de la navegación; que si le daban una nave y la energía suficiente, podría seguir cualquiera de los rumbos de la creación. Las estrellas habían cambiado sus cursos en diez mil años, pero no lo bastante para impedir que Carolyn encontrara el camino de vuelta. Recordaba a Carolyn; la recordaba por el viaje que habían hecho juntos, diez mil años atrás, y por lo que había sabido desde entonces.

Era difícil que alguien no le hubiera hablado de ella.

EL viejo Raúl fué el primero en hablarle, él que había caído en el país fértil y semibárbaro, que rodeaba al Nilo, y que, por instinto de conservación, se había convertido en sacerdote. Raúl, en su vejez, había cruzado una vez el Mediterráneo, buscando la verdad que había en las leyendas de Gilgamesh, y le había hablado de un tercer sobreviviente; un tercer sobreviviente que vivía más al sur, en el centro de las regiones meridionales del continente africano. Durante más de cien años habían llegado al norte rumores e historias, llevadas por bocas de esclavos, que se repetían en las hogueras de los campamentos de mercaderes y ladrones. Una mujer, una hermosa mujer blanca, vivía en el corazón

de la selva; una diosa dorada que había caído de los cielos y a la que los guerreros aborígenes habían convertido en reina. Era brillante, era imaginativa, era cruel. Daba tierras, cosechas, riquezas y esposas a los que la servían, y una muerte repentina a los que no hacían lo mismo. Introdujo los ritos y rituales de los sacrificios humanos, les enseñó el arte de hacer arcos, de afilar mejor las espadas y hojas, y les dió un conocimiento rudimentario de los cielos; todo lo cual fué rápidamente degenerando en una religión mística. Al parecer, la diosa blanca vivía eternamente.

El viejo Raúl y él no se imaginaban qué miembro de la tripulación podría ser; pero, analizando su conducta, fueron disminuyendo el número de probables sospechosos hasta un simple puñado. Y después, muchísimo después, cuando los medios de transporte se fueron perfeccionando, Nash había ido a buscarla y se había enterado de que la diosa y la raza de guerreros se habían evaporado.

Aquella mujer volvió a atraer su atención, casi en su propia tierra, cuando las danzas rituales de jóvenes y toros aparecieron en las islas del Egeo. Nash conocía el origen de esos ritos, conocía el lejano mundo de las estrellas donde esas danzas eran comunes. No le costó trabajo darse cuenta de que sólo una sobreviviente de la nave podía haber introducido costumbre tan extraña en las tierras egeas. Pero no pudo encontrarla. Mucho después descubrió que era la diosa de los leones personificada en las monedas y anillos cretenses. Este descubrimiento fué sin embargo demasiado tardío para que pudiera servirle en su búsqueda.

Y, por extraño que pareciera, en una de aquellas ilustraciones hechas en Egipto por el dibujante de Napoleón, había una descarada caricatura de Carolyn; una caricatura copiada de

un original desconocido, pero que permitía reconocerla. Con el tiempo, llegó a conocer la identidad de la blanca diosa africana, de la introducción de los sacrificios humanos y los rituales con animales; pero en los diez mil años transcurridos, no había logrado encontrarse con ella. Estuvo a punto de encontrarla en Peenemunde; y, una vez más, se le escabulló. Ahora estaba más cerca de ella, mucho más cerca que nunca desde que la nave se destruyó en el espacio. Sabía que se hallaba en Estados Unidos cuando él llegó al país; sabía cuál tenía que ser el destino de esa mujer una vez que dicho destino se convirtió en realidad.

Y de ese modo, Nash se fué acercando lentamente a Oak Ridge y se dedicó a esperarla. Y entonces, cierto día, un físico perplejo fué a consultarlo, y por él descubrió a Carolyn.

Ella no se sentía contenta; no estaba dispuesta a vivir una vida más corta en un planeta paradisíaco; ansiaba volver a su patria, en un mundo donde todavía podría vencer a la muerte, bebiendo las aguas naturales de su isla. Carolyn era más joven que él, menos madura, más impulsiva y, desde luego, con muchas más esperanzas. Además, muy peligrosa. Rápidamente se desprendió de las costumbres civilizadas de su mundo y se adaptó a las del mundo en que vivía. El viejo Raúl, el de la edad fabulosa y la memoria igualmente fabulosa, había afirmado que en su raza jamás existió nadie capaz de matar deliberadamente a otro; es decir, nadie hasta que Carolyn se convirtió en una diosa despótica. Su raza, tan difícil de propagar, dependía demasiado de la vida.

Pero Carolyn había asesinado a su último esposo. Y ahora había matado al único hombre que descubrió su escondite. ¿Por qué lo había besado primero?; para descubrir si sabía algo que ella no conocía aún; para descubrir si

sabía en qué lugar y cómo se podía encontrar la blanca nave que iba a ascender al espacio. Dikty podía haberlo sabido, si se tenía en cuenta el lugar que ocupaba en su organización. O tal vez no sabía nada. Pero, aun así, ella no podía permitirse el lujo de pasar por alto aquella oportunidad. Por eso lo había besado y lo había matado.

Dikty, entre todos los demás, era el que había encontrado su escondite.

ESTAS ahí abajo, Carolyn, ahí abajo, en algún lugar, en el dedalo de calles iluminadas o en alguno de los recintos oscuros. Pero, ¿dónde diablos estás?"

Nash volvió de nuevo la cabeza hacia la oscura cinta de la carretera que salía de la ciudad y pasaba ante su casa. Las diminutas luces seguían aún allí, yendo de un lado a otro, entrando en la casa y atravesando el patio, co-



¡TAMBIÉN EN LA CHINA!

PEQUEÑOS GRANDES LIBROS

\$ 3.80 EN TODAS LAS LIBRERÍAS

riendo del grupo de automóviles al globo que iluminaba los escalones de la entrada y el cadáver estrangulado.

Shirley Hoffman iba a pasar un mal rato. Nash confiaba en que ella no hubiera perdido la cabeza y en que se hubiera acordado de llamar a Cummings; no había pensado en decirselo antes de irse; no había pensado en decirle que llamara al supervisor antes que a la policía, y se había ido precipitadamente antes de que cualquiera pudiera llegar. Ahora no podía volver para darle un buen consejo. Tendría que arreglárselas sola, y quizá Cummings tardaría algún tiempo en llegar allí. Se sentía orgulloso de la muchacha... muy orgulloso. Era muy agra-

dable descubrir reproducidos en ella algunos de los rasgos de su propio carácter. Y se preguntó cuánto tiempo transcurriría antes de que ella adivinara la verdad.

Cuando lo sorprendió en la biblioteca con aquel beso cálido y largo, le había extrañado muchísimo no descubrir el fin de la vida de ella.

En cambio Carolyn había descubierto el fin de la vida de su esposo, aunque en aquel momento tal vez no supiera que *ella* misma iba a ser la responsable de esa muerte. En los años de matrimonio y de amor conyugal Carolyn había llegado a saber todo lo que necesitaba saber acerca de su esposo; había conocido su pasado, su

presente, hasta cuando él trató de dejar su trabajo en el laboratorio, y finalmente había conocido su futuro..., un futuro asombrosamente corto que no se haría esperar. En una relación tan íntima, nada de lo que ocurre en una mente se le oculta a la otra, nada puede permanecer oculto en un rincón mental, en los canales abiertos y superficiales del presente o en el panorama gris e informe del porvenir. El pasado está allí, para investigarlo; el presente está allí, para leerlo y el futuro, para cualquier interpretación posible. Carolyn había penetrado con su mirada en la mente de su esposo y había descubierto que el camino de su porvenir terminaba bruscamente, a pocas semanas de allí. Debió de registrar su subconsciente, buscando en él lo que iba a venir... y sólo había encontrado un vacío, que significaba que aquella mente iba a dejar de existir dentro de poco. Hodgkins iba a morir, Carolyn abandonó precipitadamente a su esposo.

Pero tres semanas más tarde volvía para asesinarlo. ¿Por qué? ¿Para sellar sus labios?... Conociéndolo como ella lo conocía, se dió cuenta de que él tal vez iba a hablar de ella, de ellos; aunque no de un modo peligroso o absurdo, porque Hodgkins se preocupaba mucho por su posición y se esforzaría por no descubrir hechos

que harían que desconfiaran de él. Por eso, al principio, ella no se había preocupado de la posibilidad de que hablara, y lo había dejado para que consumiera solo las semanas que le separaban de su muerte... Entretanto, quizá ella se preguntaba cómo sería esa muerte. Hodgkins había hecho entonces una cosa que no entraba en los cálculos de Carolyn: había ido a visitar a Nash. Si ella vigilaba a su esposo, se habría enterado de la visita y se habría imaginado las conclusiones. Probablemente había vuelto entonces a su casa, aquella misma noche, y quizá se había enterado por primera vez de que *ella* era el instrumento de la muerte.

Hodgkins, dado su carácter y al verse ante su esposa, le habría contado seguramente todos los detalles de su entrevista con el investigador. Además, también era posible que él hubiera hecho notar la extraña similitud existente entre su esposa y Nash. Si Carolyn no había ya descubierto que Nash estaba en Knoxville, se habría llevado una gran impresión. Instantáneamente, habría comprendido lo que significaba su presencia. Gregg Hodgkins tenía que morir. ¡Nash no le sacaría más informaciones!

Pero era una muerte inútil.

Nash tenía toda la información que realmente necesitaba..., excepto un

Respuestas a las preguntas del Espaciotest

Respuesta Nº 1: E. — Hermes tiene apenas un kilómetro y medio de diámetro y puede llegar a colocarse a sólo 350.000 kilómetros de distancia de la Tierra, es decir más acá de la Luna.

Respuesta Nº 2: E. — Se calcula que, si las cosas siguen como en la actualidad, la población total de América del Sur será de 600.000.000 en el año 2.000, contra los 250.000.000 que apenas alcanzará América del Norte.

Respuesta Nº 3: A. — Haciendo derivar esta palabra del término que utilizaban los griegos para designar al Sol, *Helios*, los astrónomos llaman "perihelio" al punto de la órbita de cualquier cuerpo de nuestro sistema que se encuentra más cerca del Sol.

Respuesta Nº 4: B y C. — Al alcanzar más rápidamente las capas superiores de la atmósfera, se reduce al mínimo el tiempo durante el

cual actúa la resistencia del aire sobre el cohete.

Respuesta Nº 5: B. — La cifra exacta es 1,4 millones de kilómetros, es decir, 109 veces el diámetro de la Tierra.

Respuesta Nº 6: B. — Según las últimas teorías, los cometas están constituidos por un núcleo de gases helados, que se evaporan al acercarse al Sol, transformándose en la característica cabeza. La cola se forma a causa de la presión de la radiación solar, que empuja parte de los gases hacia atrás.

Respuesta Nº 7: C. — La inclinación del eje de rotación terrestre, con respecto a la órbita que describe la Tierra alrededor del Sol (plano de la eclíptica), hace que en las distintas épocas del año los rayos incidan con diferente inclinación en un mismo hemisferio, lo cual provoca el fenómeno de las estaciones.

Catarata en vacaciones

LA noche del 31 de marzo de 1848, un repentino e inesperado silencio hizo saltar de sus camas a los pobladores cercanos a las Cataratas del Niágara. ¡Las cataratas habían desaparecido, luego de siglos de fluir incesante! Durante 24 horas el lecho del río quedó en seco, haciendo creer a algunos en el próximo fin del mundo. Hasta que, por fin, el 1º de abril el fragor de las cataratas se encargó de tranquilizarlos, explicando lo sucedido: una tormenta había acumulado cientos de témpanos en la desembocadura del lago Erie sobre el río Niágara, formando un dique que las aguas pudieron romper sólo después de veinticuatro horas.

detalle, claro está, que no podía haber sabido hasta después. ¿Dónde se había escondido Carolyn? ¿Cómo había encontrado Dikty su escondite cuando los demás habían fracasado? ¿Qué evidencia había descubierto Dikty que los demás no poseían, o que agudas deducciones había hecho que los demás no podían hacer? O (irónicamente), ¿qué casualidad afortunada le había hecho descubrir lo que los otros no sabían?

NASH aguardó en la oscura colina, agachándose entre la maleza y esperando a que el anonimato de la noche volviera al camino, a la casa y al terreno que la rodeaba. De memoria iba trazando de nuevo el camino que Dikty y él habían recorrido por las calles, aparentemente al azar, mientras buscaban un indicio que les descubriese el paradero de Carolyn.

Debajo de él, en la carretera, algunas luces se apagaron y dos o tres automóviles se dirigieron a la ciudad. Todavía quedaban algunas figuras registrando la casa, y hasta una solitaria linterna brilló en el huerto de manzanos. No podía volver allí, al menos por el momento; tal vez nunca. Seguramente alguien quedaría aguardando a que él volviera a buscar sus cosas. Cummings consideraría aquello como un simple asunto rutinario; hasta quizá se le ocurriría enviar a Shirley como cebo.

Nash apartó los ojos de la lejana escena y miró la mancha blanquecina y borrosa de sus manos. "Adiós, Shirley Hoffman; hasta nunca o, por lo menos, hasta la vista." Volver ahora a ella, por cualquier motivo, sería colocarla en una situación difícil, obligarla a elegir entre él y aquello a lo que había jurado ser leal. No quería forzarla a tomar una decisión de esa clase. Pero esperaba fervientemente que sus caminos volverían a cruzarse en

el futuro. Para él sería una extraordinaria buena suerte volver a encontrarse con la muchacha durante su dilatada vida.

A las primeras luces del alba, Nash abandonó su escondite de la Colina y salió al camino de grava que serpeaba por la ladera. Al cabo de quince minutos de marcha, lenta y cautelosa, se encontró junto al profundo barranco donde se había despeñado su auto. Mirondeó hacia abajo con cierto pesar; pero no había tenido otro remedio, porque toda la policía del estado estaría buscando aquel coche. Dentro de unas horas, algún viajero rural, que pasara por el camino, lo encontraría, avisaría a la policía, y entonces se enterarían de que él había huído a pie. Nash le volvió la espalda al auto destrozado y descendió por la abrupta pendiente.

Se alejaba de allí con el amargo recuerdo de las infinitas veces que había hecho lo mismo en el pasado, huyendo siempre de algo o de alguien.

La primera vez había sido su asombrosa y rápida huída de los guerreros bajos y feroces que lo perseguían cazando perros semisalvajes. Estaban cazando jabalíes y lo encontraron a él. La punta del pedernal de una flecha le rozó el brazo. Esa fue la primera herida que recibió y la primera vez que se dio cuenta de que no todas las gentes veneraban la vida como ocurría en su mundo. Pero los cazadores azilienses no fueron más que un pálido aviso de lo que le aguardaba. Pertenecían a la última de las razas cazadoras, pero no eran los únicos que poseían una mentalidad criminal.

El intentó, y con bastante éxito, introducir ciertas medidas civilizadoras en uno de los vagabundos pueblos neolíticos. Les enseñó el arte de construir cabañas de madera, el de la alfarería, el modo de domesticar animales, de sembrar y trabajar la tierra, y de pulimentar las herramientas. Pero al final

se vio obligado a huir, viva o muerta. No eran bastante supersticiosos para convertirlo en dios o demonio, ni imaginativos para rodearlo de una leyenda de inmortalidad: simplemente desconfiaban de él, y decidieron que su presencia era un mal. Por segunda vez, huyó para no perder la vida.

Se dirigió hacia el sur. Entonces descubrió que la edad de piedra en la que se encontraba no cubriría simultáneamente todas las partes del planeta. Mientras los pueblos y tribus que había dejado tras sí trabajaban con rudas herramientas de piedra, más allá, en el sur, en las orillas del gran mar interior, había nuevas gentes que conocían ya el arte de la escritura, el uso del hierro, del cobre y del bronce. Al establecerse entre ellos, descubrió algo que le sorprendió y agradó; que su escritura no había sido inventada por ellos mismos: era una escritura que él podía descifrar, aunque con cierta dificultad. Algún sobreviviente del naufragio había estado allí, antes que él.

Durante aquellos diez mil años de evolución cultural (aziliense, tarde-noisiense, maglemosiana, de Campigny, de Ertebolle y de Asturias, así las llaman ahora los hombres, y luego la egipcia, la cretense y la minoica), durante aquellos diez mil años, se había visto siempre obligado a huir de alguien o de algo, del mismo modo que huía ahora de unos hombres que lo creían una amenaza para la seguridad nacional.

LA repentina voz de un niño lo sobresaltó.

—¡Eh, oiga!..., ¿adónde va?

Nash alzó los ojos y vio al niño, al otro lado de una cerca. El niño iba detrás de unas ovejas y se habían vuelto a medias para mirar a Nash, que bajaba precipitadamente la cuesta.

—Hola —respondió Nash—. No lo

señaló vagamente con el dedo, hacia atrás.

—¿Adónde? —preguntó el niño, con curiosidad.

—¿Conoce el camino de grava..., ese que parece un sacacorchos?... Cerca de un grupo de rocas rosadas y negras. En el barranco.

—Sí, lo conozco. ¿No se hizo nada?

—No, estoy bien. Bajaba por aquí para llegar antes a la ciudad.

—Por ahí no hay ningún atajo —le dijo el niño.

—¿No? —Nash se detuvo para inspeccionar el terreno, esperando que el chico no mencionaría el incidente a sus padres—. ¿Conoce un camino mejor?

—Sí le replicó el niño con positiva superioridad—. Salte la cerca y corte por allí, atravesando aquellos árboles — se volvió para indicarle un huertecillo—, y encontrará el camino. Sígalo hasta llegar a la casa de los Norwood; pero tenga cuidado con sus perros. Y poco después saldrá detrás de un recinto de casas rodantes. Ellos tienen teléfono.

—Lo haré así, y muchas gracias.

—Pero tenga cuidado con los perros.

—Lo tendré. Gracias de nuevo.

Nash saltó la cerca y comenzó a atravesar el prado. Se hallaba ya entre los árboles cuando se dio cuenta del significado de las palabras del muchacho: en el recinto de casas rodantes había teléfono.

También había electricidad y agua corriente, y gas envasado, si el dueño lo necesitaba. Los viajeros usaban las comodidades del recinto conectándolas simplemente con su casa rodante; no era necesario ir a la ciudad y solicitar el permiso; el espacio necesario para la casa rodante se alquilaba por días, semanas o meses y se pagaba allí mismo. Cualquiera que tuviese su ca-

sa rodante en el recinto, podía, con sólo mirar por la ventana, vigilar el tránsito de la carretera. Cualquiera que tuviese un interés particular en alguien que viviera en esa carretera, podría vigilar a esa persona sin gran trabajo; sin que lo vieran a él; sin tener que aventurarse a ir a la ciudad, a menos que quisiera correr el riesgo. ¿Vivía allí Carolyn, en el grupo de casas rodantes?

Nash bajó rápidamente la cuesta, a través de los árboles, llegando al campo abierto. A la pálida luz de la aurora se distinguía la forma de una casa. Nash avanzó con precaución, por el peligro de los perros. Adentro de la casa, uno de ellos comenzó a ladrar furiosamente; pero ninguno se opuso a su paso. Siguió por el estrecho sendero, perdiéndose a veces entre la maleza y teniendo que dar varios rodeos hasta encontrarlo de nuevo. El niño le había dicho que llegaría pronto; pero ro habían transcurrido ya veinte minutos, y el sol comenzaba a salir por el horizonte, cuando Nash divisó por fin el grupo de casas rodantes y se detuvo en lo alto de la cuesta, para estudiar el terreno.

El recinto era moderno y bastante grande, con calles de grava y travessías individuales que llegaban hasta la puerta de cada una de las casas rodantes. Los dos lados del recinto que quedaban de espaldas a la ciudad y bormiraban hacia las colinas, estaban bordeados por un alto seto y árboles jóvenes; el tercer costado, el que daba a la ciudad, estaba abierto, y el cuarto

Casas de material plástico

EN Australia se está aplicando un nuevo invento en la construcción de casas: se trata de un plástico que se aplica en forma líquida sobre casas de madera. Este revestimiento impermeabiliza completamente la madera, y la hace incombustible. Además la protege contra las devastadoras termitas, y su eficacia está garantizada por veinticinco años.

MÁS ALLÁ

daba al camino. Nash se sentó con la espalda apoyada en un árbol, mirando y estudiando las casas rodantes.

Las había de distintos tamaños y clases, unas más nuevas y otras más viejas; pero eso no le servía de indicio. Algunas de ellas, a pesar de lo temprano de la hora, tenían varias hileras de ropa tendida, lo cual las eliminaba. De otras salían niños, u hombres que subían a autos cercanos y se dirigían en ellos a la ciudad, o mujeres que se quedaban charlando con otras en la puerta de las casas rodantes vecinas. Nash permaneció en la colina, vigilando pacientemente aquellas casas y eliminando las posibilidades una tras otra. Más allá apareció una pareja, que discutió furiosamente en el umbral y luego volvió a entrar en la casa; en otra sacaron a un niño a que tomara el sol, y luego a otro. Un anciano salió de otra casa y dió la vuelta para comprobar la presión del aire de los neumáticos. El camión de un almacén entró en el recinto y se dirigió lentamente hacia una de las casas. Nash se inclinó, siguiendo con ojos atentos su recorrido. El camión dió media vuelta, retrocedió, y el chófer saltó afuera para abrir la puerta posterior. Una muralla se asomó a una de las puertas de las casas cercanas y miró al chófer. Nash se recostó contra el árbol, eliminando mentalmente aquella casa. A media mañana no le quedaban ya más que media docena de casas rodantes que todavía no habían dado ningún signo de vida. A las doce, eliminó una de la me-

Los niños tendrán FELICES FIESTAS

con estos libros maravillosos



de 4 a 8 años
Cuentos de Abril
\$ 4,50



de 7 a 11 años
Colección El Gallo de Oro
\$ 12.- \$ 15.-



de 3 a 7 años
Colección ¡Qué parejita!
\$ 2,40



de 3 a 7 años
Colección Yo Soy
\$ 1,30



de 8 a 12 años
Pequeños Grandes Libros
\$ 3,80

—¿No tiene hambre, Gilbert?
—¡Tú sabes bien que sí! —la antigua sonrisa seca había aparecido en su cara, una sonrisa que parecía burlarse de ella.

—La preparé para ti, cuando te vi dejar la colina. Podemos hablar mientras comes, Gilbert.

—Estoy segura de ello... ¡de que la preparaste bien!

Ella se irguió rígidamente y lo miró, frunciendo el ceño.

—¡Oh, no seas estúpido! ¿Por qué iba a querer matarte?

Nash miró la pistola.

—Tienes razón. ¿Por qué?

Carolyn siguió frunciendo el ceño, como si la enojara su insinuación. Desvió la mirada de la comida intacta que había sobre la mesa y volvió a dedicarle su atención a él.

—¿No vas a comerla? ¿Después de lo que me molesté? Gilbert, tienes que estar muerto de hambre. ¿No es verdad, querido?

—¿Qué es lo que has dicho de la ironía? —le preguntó él.

—¡Por favor! —le replicó vivamente ella—, no peleemos... tú y yo. Ha pasado mucho tiempo, Gilbert, y somos los únicos que quedamos. Seamos amigos... ¿quieres? Es lo mejor que podemos hacer.

Nash apartó suavemente el plato del bistec y apoyó un codo en la mesa.

—Muy bien; somos amigos... por un tiempo —miró de nuevo la pistola—. ¿Cómo estás, Carolyn?

—Muy bien, gracias. ¿Y tú?

—Muy bien.

DESPUÉS hubo un silencio. Nash seguía con los ojos fijos en la mujer, en sus manos y su cuerpo, en el modo como se sentaba en el diván; esperaba en ella un movimiento brusco o que se irguiera de pronto. Casi perezosamente apoyó él la barbilla en la palma de la mano. Al cabo de un rato, parpadeó.

—Vamos a hablar —sugirió Carolyn, inquieta.

—Vamos —convino Nash—. ¿Acerca de qué?

De nosotros... y de los demás, Gilbert, ¿te das cuenta del tiempo que ha transcurrido?... Somos los únicos que quedan con vida, ¿no es cierto? Yo ya me lo temía. ¡Me alegré tanto cuando te encontré... Ha habido veces en que sentía deseos de matarme, ¡tal era mi soledad! Gilbert, ha sido terrible —Carolyn estaba inquieta; movía las manos, golpeándose las rodillas, para acentuar las emociones que quería expresar con sus palabras; pero la pistola seguía siempre apuntándolo—, me alegro de que salieras con bien de todo.

—Lo mismo digo —asintió él—. Unos hombrecillos salvajes querían asarme como a un cerdo; pero los decepcioné.

—¿Y qué fué de tu esposa?... ¿de Artattle?

—Murió en la explosión —le replicó él sin emoción alguna—. No tuvo tiempo de abrocharse el traje.

—¡Oh! —suspiró Carolyn, y guardó un momento de pensativo silencio—. ¿Y los demás?

Imaginación oriental

“Se trata de una pequeña mula de hierro que se conduce por las orejas y que se hace avanzar dándole puntapiés en el vientre”. Estas eran, en 1895, las palabras de un periodista chino usadas para dar a conocer a sus lectores el invento de la bicicleta.

Nash parpadeó lentamente, mientras aspiraba el perfume del café.

—Quedó Raúl... ¿Te acuerdas de Raúl, el médico de a bordo? Murió hace poco en Egipto, ya muy viejo. Puedo asegurarte que murió feliz. Incidentalmente, Raúl fué el primero que me habló de ti. Le habían llegado ciertos rumores provenientes del sur; y los dos especulamos acerca de a quién podían referirse —cerró un ojo y la miró con el otro—. Eran unas historias terribles.

Ella no contestó.

—Quedó también Santun, el segundo oficial —prosiguió Nash—. Santun fué el único loco de todos: se suicidó en un circo romano. Santun era muy afortunado con las damas (¡tú debes de saberlo!), pero carecía de juicio. Cuando se dió cuenta de que tenía que quedarse aquí durante el resto de su vida, enloqueció. Una mañana, al despertarse, vió que padecía una enfermedad incurable y prefirió la muerte violenta y espectacular a una muerte lenta y sin gloria. Raúl y yo fuimos testigos del suceso —el aroma del café era tentador; pero Nash procuraba ignorarlo—. Y Leef, el geólogo... , también salió con vida del naufragio. Leef no fué al principio tan afortunado como los demás: estuvo a punto de morir helado cuando cayó en la región de los hielos, allá en el norte. Su primer invierno estuvo a punto de ser el último para él. Pero me imagino que llegó a acostumbrarse, porque se quedó allí. Al cabo de un tiempo, preparó una expedición y atravesó el Atlántico, buscando este continente. Nunca volví a verlo.

Nash, moviéndose de repente en la silla, le dió la espalda a la mesa y al café. Carolyn lo miraba con una leve sonrisa. La pistola estaba caída descuidadamente en su regazo.

—También descubrí a una muchacha llamada Brunna... ¿La conocías?... —Nash cerró los ojos, para borrar momentáneamente la figura de Carolyn—. Brunna trabajaba en los motores; pero su verdadero interés era la antropología ¿No te imaginas dónde la encontré? En las montañas del Afganistán, buscando el origen de la vida de aquellos pueblos —extendió las manos en un amplio semicírculo—. Parece ser que lo había encontrado, en un lugar que llaman Tíbet. ¿Te interesa todo esto? —preguntó sin molestarse en abrir los ojos para ver si le interesaba, y no aguardó a que le respondiera—. Brunna y yo nos sentíamos muy juntos; estábamos pensando seriamente en casarnos cuando fué detenida por los soldados de un rey minoico. Brunna fué entregada viva a los leones, para apaciguar a la legendaria diosa de los leones —abrió los ojos y los volvió hacia Carolyn—. Esa diosa era una perra sanguinaria.

Volvió a reinar el silencio.

AL cabo de un rato, Carolyn le preguntó:

—¿Todos caímos en aquel hemisferio? ¿No cayó ninguno aquí?

—Por lo visto, no. Aquella parte del mundo se hallaba directamente debajo de la nave cuando estalló. Creí haber encontrado algunos rastros en El Nuevo Mundo, pero no eran más que imitaciones. No... , no había ninguno aquí hasta que nosotros llegamos. A no ser, claro está, que Leef consiguiera sus fines.

—¿No hubo más? —preguntó entonces Carolyn—. ¿Sólo Raúl, Santun, Leef, Brunna, tu y yo? ¿Es eso todo? —en la voz grave no había ninguna huella de emoción—. Seis de trescientos... Me habría gustado volver a verlos.

—Estabas demasiado ocupada jugando a la diosa blanca —replicó él, lacónicamente.

Carolyn guardó silencio. Y Nash agregó, con repentino entusiasmo:

—Hubo alguien más... quizás más de uno... alguien que introdujo nuestra escritura en las antiguas civilizaciones. Una forma degenerada de esa escritura seguía existiendo cuando yo llegué a aquellas regiones, alterada y destrozada, pero legible aún hasta ciertos puntos. Nunca encontré al que la originó. No era uno de los seis sobrevivientes; me aseguré de ello. Pero, durante algún tiempo, hubo alguien más.

—Yo no —le dijo ella.

—No... tú no. Me has interesado mucho, Carolyn. Cuando pude, te seguí a través de casi todo el mundo, aunque no siempre sabía tu identidad. Cuando llegué al África del Sur, había mucho tiempo que tú y tu pequeño imperio habíais sido barridos por el viento; cuando volví al Mediterráneo, también habíais estado allí, pero habíais vuelto a desaparecer. Mas allí dejaste unas cuantas cosas que no se llevó el viento —Nash clavó su mirada en la de ella—. Las danzas, los toros y los leones, los festines sangrientos. Esas cosas venían de Ichor, Carolyn, y muy pocos de los que iban a bordo habían visitado alguna vez Ichor. Además, en Creta y en Egipto encontré raros recuerdos de tu paso... En la biblioteca de mi casa tengo una caricatura pornográfica tuya. Quizá debería felicitarte por tu vívida imaginación —se encogió de hombros y se volvió a mecer—. Pero nunca di contigo. Había transcurrido tanto tiempo sin encontrarte, que al fin decidí que debías haber muerto como Raúl, como Leef, como los otros dos. Realmente, te había dado por perdida... hasta que comencé en Alemania los experimentos con los cohetes. Estuve a punto de encontrarte en Alemania, Carolyn. Por una cuestión de semanas, quizá de días, volví a perderte. Y luego,

cuando me enteré del robo de los cuarenta y cinco litros de agua pesada, durante la guerra, comprendí que te habías ido, y me imaginé cuál era tu destino. Por eso te seguí aquí, dispuesto a descubrirte. Y aquí estamos.

—Sí, mula; aquí estamos. Yo me preguntaba cuánto tiempo tardarías en lograrlo —se estiró, moviendo sus belts piernas, provocativamente—. Aquí estamos, tú y yo, los dos últimos sobrevivientes en un mundo de salvajes. ¿Y ahora?...

El levantó la cabeza, para mirar un punto encima de ella... para mirar el pasado.

—Raúl dijo que eras malvada.

—¡Raúl era un viejo tonto y entrometido! —dijo secamente ella.

—Raúl —contradijo él— era el hombre más viejo y más sabio que he conocido. Sus recuerdos de nuestra gente y de nuestro modo de vivir son anteriores a mi padre y quizás al tuyo. Dijo que eras malvada, y yo acepté su juicio. Me dijo que habías perdido todo el respeto por la vida... por las vidas de los demás, de esas gentes a las que tú llamas salvajes. Me dijo que te habías habituado a matar u ordenar que mataran, por capricho; a mutilar y destruir, según te placía. He descubierto que eso era cierto. No puedes negar que has dejado detrás de ti un rastro de destrucción y muerte. Tu negro historial es una mancha de la civilización y del mundo que te dió vida. Carolyn, has llegado a tales extremos, que muy bien podrías haber nacido en Ichor. Mataste a Brunna, mataste a tu esposo y ayer mataste de nuevo —Nash volvió a clavar sus ojos en los de ella—. Esta noche volverás a matar, si puedes.

La sonrisa burlona y descuidada permaneció en la cara de ella, en la helada curva de sus labios que parecía aumentar aun más su belleza. La pistola apuntaba el corazón de Nash.

—¿Y tú, mula? ¿Vas a hacer el papel de juez?

El meneó la cabeza.

—No me has escuchado, Carolyn. Te he dicho que Raúl era más sabio y más viejo de lo que yo espero llegar a ser. Raúl fué tu juez hace mucho tiempo, y dijo que eras malvada. Yo acepté su juicio.

—¿Entonces eres policía? ¿Vas a hacer policía?

—No, en nuestra vida no hay policías; y si los hubiera, yo no tendría estómago para serlo. No podría entregarte a las autoridades, porque sé lo que harían contigo... Eso sería igual que si me matasen a mí. No podría ahorcarte o aplicarte el castigo que aplican a los asesinos en este estado. No tomaré parte en eso.

—Eres muy considerado, mula —se estaba casi riendo de él, riéndose con la seguridad de las ventajas que tenía sobre Nash—; considerado y noble. Debes de estar estallando de noble humanidad. ¡Pero me seguiste aquí por algún fin! Lo reconociste. ¿No es así?

—Sí. Para ofrecerte una elección.

—Sigues siendo noble —le replicó mordazmente ella—. ¿Qué clase de elección?

—La de permanecer aquí conmigo, en este mundo, y abandonar tus malvadas costumbres, si te quedas.



Miedo al dentista

Si hay algo generalizado dentro de nuestra sociedad es el terror al dentista. Cuando se trata de hacerle una visita no hay valiente a quien no le flaquee el corazón. Para remediar esta situación acaba de aparecer un nuevo producto en el mercado: el Oblivión. Un par de pildoritas de esta substancia tomadas de antemano le quita a uno toda aprehensión, si bien no el dolor, lo hace marchar al matadero sonriente.

sa: *puedo* dejar que te suicides, si así lo deseas.

Ella se rió entonces, con un sonido ronco y bajo que llenó la casita rodante con su eco burlón.

—¿Y tú crees, noble mula, que voy a suicidarme? ¿Como tu Santun, quizá? ¿Lo crees realmente, mula? — y siguió riendo locamente.

Nash aguardó paciente a que hubiese terminado.

—Sí —le dijo.

—¡Pero si los circos romanos han desaparecido! — exclamó alegremente ella.

—Existe una nave.

Carolyn dejó de reír y lo miró.

—¿Te has olvidado tan pronto de mi profesión? ¿Te has olvidado de que yo era piloto?

—No, no lo he olvidado.

—¿Dudas de que sea capaz de llevar la nave a destino?

—Siempre hay un elemento de azar.

—¡Claro que lo hay! — exclamó ella furiosa—. Siempre que una nave asciende a los cielos, hay que contar con el azar, en cualquier parte, en cualquier momento. ¡Todos los días, mil naves se enfrentan con mil azares! ¿Por qué, si no, estamos aquí ahora, derrochando nuestras vidas en esta bola de barro? Claro que hay un riesgo... Lo espero y lo correré. Escúchame, Gilbert Nash: ¡en el desierto hay una nave que yo ayudé a construir, a diseñar! Una nave capaz de llevarme a mi país. Me prostituí durante más de diez años con un salvaje sucio e ignorante, para conseguir que se construyera esa nave... Viví con él, me sometí a él, lo cuidé, y ahora voy a llevarme lo que es mío. ¡He pagado un precio muy alto por esa nave! Llené su miserable cabeza de conocimientos y descubrimientos, hasta que me asqueaba sólo el verlo, hasta que me harté de sus estupideces y sus sen-

timentalismos; lo atiborré de datos técnicos, hasta que pudo haber construido la nave con los ojos cerrados. Lo alabé, lo instigué, lo eduqué, lo forcé para que construyera el motor a reacción. ¡Yo quería volver a mi patria! Y ahora voy a irme... sola.

—Sola, sí —asintió Nash—. Lo esperaba.

—¿Pensaste por un segundo que iba a llevarte a ti?

—No podías permitirme el lujo de llevarme contigo, Carolyn. Yo hablaría... si llegáramos allí —los ojos amarillos la estudiaban con seriedad—. No querías que circularan allí historias acerca de ti. No esa clase de historias.

—Nos habrán dado por perdidos, Gilbert. Y se alegrarán de ver que hubo por lo menos un sobreviviente.

—Tú.

Ella asintió:

—Yo.

—Me imagino la recepción de gala —dijo él, secamente—. Tú la aprovecharás bien.

—Haré grandes elogios de tu memoria, mi querida mula —se movió como una gata en el diván, arqueando la espalda y sonriéndolo—; elogios de ti, de la pobrecita Brunna... de Santun... de Leef, sí, hasta de Raúl. Seréis héroes, héroes muertos y enterrados en una miserable e insignificante bola de barro, indigna de tocarse. No vendrán a buscarte, cuando yo les hable de este lugar. Querrán saber cómo construí mi nave, y yo se lo diré, con las reservas apropiadas y la debida coloración protectora. Y después de que les haya dicho cómo es este planeta, no querrán venir nunca a él, hasta que se haya quedado limpio de su bárbara vida. El día en que yo vuelva a mi isla será un día memorable, mula.

—Si vuelves —insistió él.

—¿Todavía dudas de mí, de mi ca-

pacidad, estupido! ¡Puedo pilotar la nave y llevarla a destino!

—La nave —le recordó él—, estará dirigida por radio desde la base. Volará en un rumbo fijado de antemano.

—La nave —le dijo ella, burlándose lindamente de él—, puede desconectarse muy fácilmente de sus controles de radio —se inclinó hacia él y se golpeó la rodilla para mayor énfasis—. No te hagas el estúpido, Gilbert. Tú y yo podemos hacer y deshacer cualquier cosa que hayan hecho esos cerdos. ¡Una vez fuera de la tierra, la nave es *mía* y puedo hacer con ella lo que quiera! Y tú sabes que no me costará mucho trabajo ponerme de nuevo en contacto con los míos. ¿Conoces bien las cartas de navegación? ¿Sabes en qué parte del Universo nos encontramos?

—Carecía de tus conocimientos especializados, Carolyn.

—Lo único que necesito, mula desconfiada, es subir cierto número de grados más arriba del plano elíptico de este sistema, para alcanzar nuestras rutas comerciales. Nuestras naves están allá arriba; han estado todo el tiempo, pasando más allá del sistema solar como si no existiera. Ibamos por un buen rumbo, Gilbert, cuando la nave explotó y caímos aquí. Seguimos una ruta comercial muy empleada. Y esa nave que me aguarda en el desierto me llevará más allá de este sistema, me llevará a las rutas comerciales donde mi gente me encontrará. No voy a ir a la Luna, o al destino que le hayan dado a este barco, sea cual fuere. ¡Voy a mi patria! Conozco el motor a reacción de la nave, Gilbert; conozco sus posibilidades y sus limitaciones. Debo de conocerlas, puesto que lo construí. Sé que puede llevarme más allá del plano elíptico y ponerme en el camino de vuelta a mi patria. ¡Después de eso, me confío a ese elemento del azar de que antes hablabas; pero

—¿Supongamos que no te encuentran en seguida?

—No espero que me encuentren en seguida. Me llevaré toda la comida que pueda procurarme, y tengo ya unas drogas escondidas en la nave. Si es necesario, me dormiré y aguardaré a que me descubran. ¡Espero permanecer viva hasta que encuentren la nave!

Nash se encogió de hombros.

—Por lo visto, te imaginas que conoces todas las respuestas.

HE tenido diez mil años para calcularlo todo —replicó sarcásticamente ella—; y los últimos diez para perfeccionarlo. Mi difunto y llorado esposo se asombraría si supiera (si supiera realmente) qué clase de motor construyó. El motor tiene un tamaño enorme, enorme... y está blindado. Para contenerlo hace falta una verdadera nave, no uno de tus primitivos cohetes. Se diseñó deliberadamente de gran tamaño, porque así podría llevarme a mí también. Y, mula... escucha bien: en unos huecos perfectamente inútiles, contiene agua pesada que, al parecer, se va a emplear como moderador; es el agua que yo beberé con el tiempo. Lo único que no pude poner en el motor, para estar más cómoda, fué comida. Tengo que correr ese riesgo.

—Me parece magnífico —dijo lacónicamente Nash—. ¿No pensaste también en una señal?

Carolyn rió, encantada.

—¡El motor dará una señal de alarma que podrá oírse en todo el Universo! Llamará la atención. En el espacio, los obstáculos que no figuran en las cartas de navegación no irradian señales de alarma.

—Casi me entran deseos de acompañarte —le dijo—; casi... Pero tu propaganda carece de algo.

La mujer meneó la cabeza.
—No me acompañarás, Gilbert. Seguramente voy a echarte mucho de menos.

—De eso estoy seguro —confirmó él—. ¿Así que vas a robar una nave celosamente guardada, para irte en ella?

—¡Gilbert! —ella se sentó rígidamente, mirándole a los ojos—. Gilbert, no me gusta el modo cómo lo has dicho. ¿Estás pensando en detenerme?, ¿o en prevenirlos? —levantó significativamente la pistola.

—¿Yo?... —preguntó él inocentemente y sonrió sin humor—. Claro que no —se recostó en el asiento y metió los pulgares dentro del cinturón, contemplándola—. Tus actos me asquean; nunca te perdonaré el asesinato de Brunna. Pero no voy a detenerte ni avisar a nadie... Hace un momento te ofrecí que eligieras. Todavía puedes hacerlo; puedes suicidarte si lo deseas. Carolyn se puso de repente en pie y lo miró.

—Gilbert...

—¿Qué? El sabía lo que ella iba a decir ahora.

—¿Quieres besarme? ¿O quieres...?

—No.

—¡Por favor, Gilbert! Tengo que...

—De repente —le dijo él— se te ha ocurrido la idea de que tal vez vas a suicidarte. Quieres besarme para descubrirlo. No.

Ella se pasó la mano por los botones de la blusa de su pijama.

—Gilbert...

—No.

Carolyn se quedó junto al diván, mirándolo con franca incredulidad. La pistola colgaba de su mano, a un costado. Se abrió la blusa, arrancando la fila entera de botones, y tiró la prenda al suelo.

Nash levantó la cabeza y se puso las manos sobre la nuca.

—Muy bonito —dijo.

—¿Te gustaría...?

—No —repitió él.

Carolyn aguardó; indecisa, un gran rato, mirándolo furiosa y humillada. De una casita rodante cercana llegaban los ruidos apagados de una radio y el llanto de un niño. Más allá se oía un camión que pasaba por la carretera, con gran ruido de motor. La mujer fijó, con furia, los ojos en la cara impasible del hombre. Entonces se acordó de la pistola automática que tenía, en la mano.

—Podría obligarte.

—Podrías intentarlo.

—¡Podría! —insistió ella.

—Entonces prueba, a ver qué pasa —la invitó él—. Da un solo paso, Carolyn, y actuaré en propia defensa. No puedes dirigir la nave con los dos brazos rotos. Pruébalo... y te enviaré al hospital por un mes. Para entonces, tu nave estará ya en el cielo.

Nash no se había movido; no había apartado de la nuca las manos.

—¡Gilbert, esto es una tontería! Lo único que quiero es...

—Lo único que quieres es besarme. Lo único que quieres es averiguar si vivirás más allá de la semana que viene. Lo único que quieres es que mire en tu malvada mente por ti. —Nash sonrió, con íntima satisfacción—. En este país se usa una frase muy expresiva: "¡Vete al diablo!".

—¿No quieres hacerme eso?

—No haré nada a menos que aceptes mi ofrecimiento... que elijas una cosa: el quedarte aquí.

Ella dió una patada de cólera.

—¡Mula!

El le indicó con la cabeza la chaqueta del pijama.

—Se acabó la función. Corre el telón.

CREO que será mejor que me vaya —sugirió al fin Nash—. Por aquí no vamos a ninguna parte.

—Gilbert... —ella estaba en el diván, rígidamente sentada—. ¿No vas a prevenirlos?

—Te he dicho dos veces, Carolyn, que no impediré que te suicides. No, no los prevendré; no hace falta que los prevenga. ¿No sabes nada acerca de White Sands? ¿Sabes lo bien que está guardado? El radar te descubrirá primero y avisará a las patrullas motorizadas. O la cerca descubrirá tu presencia. El lugar está rodeado por una sencilla cerca electrónica, Carolyn. Si un simple coyote pasa junto a ella, la presencia de su cuerpo altera la corriente eléctrica que pasa por ella, y esa alteración se registra en los contadores de alarma. Mi aviso no servirá de nada. No, no intentaré detenerte. Carolyn lo miró con disgusto.

—Tus pensamientos siguen ahora los derroteros humanos, mula. Piensas mal. Tú y yo no somos humanos, ¿lo

recuerdas? Podemos forzar a los demás a cumplir con nuestra voluntad... ¿O lo has olvidado? Peenemunde estaba también magníficamente guardado. La policía militar y secreta de aquel loco mataba a los hombres simplemente si se encontraban en las proximidades de aquel lugar, Y, sin embargo, yo me hallaba a quince pies de distancia, del brazo de un oficial, viendo cómo preparaban el disparador, un momento antes de lanzaran el cohete —Carolyn se reía de él, nuevamente—. Si quieres tener éxito, tienes que acercarte de un modo claro y franco... aparentemente honesto. No he de aproximarme a la maravillosa cerca, no me encontrarán en el desierto con el radar. Debías tener mejor opinión de mí, Gilbert.

El le dijo con humor:

—Me imagino que vas a ir directamente a la puerta, a decirles buenos días, ¿no?

—Sí —afirmó Carolyn con ademán desafiante—; o algo por el estilo. He tenido diez años para crearme una segunda personalidad.

Nash no intentó ocultar la impresión que aquello le producía. Se quedó sentado, mirándola. Demasiado tarde se daba cuenta de que no había estimado debidamente a Carolyn. Reconocía que ella fué la que impulsó a su esposo a construir el motor de reacción; pero sabía que éste no era tan bueno como ella se imaginaba, pues Carolyn carecía de los conocimientos necesarios. También reconocía Nash que ella era la que había llevado a su esposo a los sitios apropiados para que pudiera trabajar en ese motor. Carolyn había hecho muchas cosas, buenas y malas, en aquellos diez mil años. Pero en su aspecto Nash había subestimado la inteligencia de Carolyn: nunca se le había ocurrido pensar que ella podía haberse preparado cuidadosamente un lugar en White Sands, del

Los ruidos por su orden

Los psicólogos han establecido una lista de ruidos según la intensidad de las emociones que provocan en las personas. El primero, sin discusión en cuanto a dramatismo, es el primer llanto de un recién nacido. Le siguen por su orden: la sirena de los bomberos o de una ambulancia; el rugido de las olas sobre la playa un día de tormenta; el crepitar de las llamas en el incendio de un bosque; el monótono caer del agua gota a gota; el galope de una recua de caballos, y el aullido de los perros.



Ahora, por primera vez
en la Argentina, se pu-
blica una sensacional
historieta completa
en relieve.

El martes 30
cómprales a los chicos

SUPERNUMERO

30
E
Pato
Donald

con un antejo de regalo
para admirar toda una
historieta en el mágico sis-
tema 3-D.

\$4.-

¡RESERVE HOY MISMO SU EJEMPLAR!

mismo modo que había preparado la nave para el viaje. Pero ahora comprendía que, si Carolyn había aguantado diez mil años ese momento y había empleado diez años en planearlo, seguramente no iba a dejar al azar el paso final.

—Por eso es por lo que tomabas esas vacaciones, separada de tu esposo —le dijo admirado—. Y por eso nunca querías que él supiera adónde ibas ni cuánto tiempo estarías fuera. ¡Claro! Habías preparado ya su entrada libre y sin riesgos en aquel lugar, antes de que el motor y la nave pudieran despertar sospechas. Estabas allí, representando otro papel.

—Gilbert —dijo ella con evidente sorpresa—, ¿te extraña eso?

—Sí —reconoció él—. No comprendo...

—¡Oh, pobre mula afanosa! —dijo ella, burlona—. Te has vuelto como esos salvajes. No importa que no te lleve conmigo... Realmente estás mejor aquí —fingió falsa lástima por su disminuída inteligencia, y le hizo una mueca—. Me preparé una nueva personalidad hace varios años, en cuanto hallé el momento oportuno. La preparé bien, y hoy es indiscutible. Los humanos son terriblemente débiles... parecen creer que la fuerza reside en el secreto y son ciegos a las debilidades inherentes a todo secreto. ¿Acaso no conoces tú las debilidades humanas, mula? ¿Cómo, si no, te has movido con tanta facilidad?

—He comprado pasaportes —respondió él—, y los he falsificado también. Adoran el dinero —hizo un gesto, señalando la puerta—. Pero, aun así...

—Mi presencia en el desierto es algo por encima de toda sospecha —replicó Carolyn a su pregunta muda—. Y mis largas ausencias no se notan... gracias al fetichismo del secreto. Te quedarías muy sorprendido si vieras con qué facilidad puedo entrar y salir de

White Sands, mula vieja. ¡Muy sorprendido!

—¿Es a prueba de toda sospecha? —preguntó él—, ¿de todo examen?

—¿Mi otra personalidad?... Absolutamente; tan digna de confianza como la nave que voy a llevar al espacio, Gilbert. Las dos son inseparables.

Nash la miró, boquiabierto.

LA segunda sorpresa le había alterado el equilibrio mental. ¡Carolyn era una de las personas que tenían entrada en White Sands!

—¡Caramba, Carolyn! —exclamó, en involuntario asombro. Nash no pudo ocultar un destello de admiración en su mirada; admiración ante la audacia de la astuta mujer. Luego, inesperadamente, se echó a reír. Se rió abiertamente de lo que ella había dicho y de lo que significaba. De repente, con absoluta certeza, comprendió cuál era esa segunda personalidad. Realmente, Carolyn se había aprovechado de aquel fetichismo del secreto, para colocarse en una posición donde muy pocas personas podían sospechar que era la esposa de Hodgkins.

¡Qué sorpresa le aguardaba a uno de los compañeros de Cummings!

—¡Que el diablo me condene! —exclamó, levantándose, y luego se excusó—. Esa es otra frase de las que emplean aquí... Carolyn, eres maravillosa... y demasiado para mí. Nunca sabrás lo que acabas de hacerme. —Se dirigió hacia la puerta—. Me voy.

Carolyn levantó la pistola, apuntándole a los ojos.

—No te vas.

Lentamente se levantó del diván, sin dejar de apuntarle ni un instante.

—Me marchó —repitió él—. Esto se terminó.

—¡No puedes irtel! Hablarás, Gilbert; arruinarás mis posibilidades de huir. Vas a quedarte aquí.

—Te prometí... —comenzó a decir él.

—No puedo permitirme el lujo de aceptar tus promesas —interrumpió rápidamente ella—; no a estas alturas. Te negaste a besarme; no me dejaste ver lo que yo quería ver, con el índice acaricié el gatillo—. Mi única esperanza de prolongar mi vida se encuentra en el desierto, esperando que yo la aproveche. Mi nave estará lista dentro de unos días, y entonces yo partiré hacia mi destino, después de haber guardado una eternidad. No puedo permitirme el lujo de aceptar tus promesas, Gilbert Nash... No puedo correr más riesgos. Voy a irme, y tú te quedarás... aquí, en esta casa rodante.

—¿Vas a dispararme un tiro en la boca? —preguntó él, simplemente—, ¿cómo hiciste con tu querido esposo?

—¡Te mataré ahí mismo, donde estás!

Se enfrentaron en tensa expectativa. Carolyn apretó más el dedo sobre el gatillo. Nash bajó los ojos, concentrándose en los músculos de la mano de ella. Cuando habló, no levantó los ojos hasta su cara.

—Puedo matarte en propia defensa, Carolyn.

—No puedes moverte más de prisa que la bala.

El lo sabía, sabía que ella lo estaba desafiando.

—Nosotros solos quedamos de una

tripulación de trescientos —le previno él—. No quiero ser el último sobreviviente.

—¡No lo serás, mula!

Su voz la traicionó. Nash se dio cuenta de que Carolyn apretaba el gatillo. Y saltó...; no hacia ella, como Carolyn había esperado, sino hacia la puerta. Su cuerpo golpeó el frágil tabique, con un ruido seco, y la explosión de la automática pareció solamente el eco. La bala le entró en el oído y penetró en el costado del cráneo. Nash atravesó tambaleante el umbral... Cayó sobre la grava de afuera. Alguien gritó.

CAPÍTULO XII

ETER y flores.

Las flores eran rosas; un gran ramo, en un vaso amarillo. El vaso descansaba en el alféizar de una ventana, desde donde se veían las copas de los árboles que se agitaban suavemente y el cielo azul del verano. Una cara apareció como suspendida en el aire, cerca de las rosas, sobre el respaldo de una silla; cara que olía a éter y rosas. Nash parpadeó, la miró y volvió a parpadear.

Cummings dijo:

—Ya era hora.

Estaba sentado en una silla, que había dado vuelta, y miraba la cama. Tenía los brazos cruzados sobre el respaldo de la silla y parecía que su cara descansaba sobre ellos.

—Buenos días —le dijo Nash a la

Aceite polar

MAS dificultades para levantar una gran ciudad en el polo no se deben tanto a los hombres como a las maquinarias. A 40° bajo cero, todos los lubricantes conocidos se solidifican, impidiendo el funcionamiento de cualquier maquinaria. Ha sido una fábrica de relojes la que ha resuelto el problema, fabricando un aceite especial adecuado para temperaturas tan bajas. Desde ahora, los formidables recursos del polo en toda clase de minerales, estarán a la alcance de la civilización.

cara, y miró el cielo azul que había más allá de la ventana—. ¿Buenas tardes?

—Buenas tardes —le contestó Cummings— No cabe duda de que pasó mucho tiempo.

—Perdón si lo he molestado —contestó débilmente Nash.

—La gente de aquí está un poco preocupada.

—¿Por mí? —preguntó Nash.

—Por usted. Hay algo que no concuerda.

—Me lo temía —confesó Nash.

—Yo también estoy preocupado, muy preocupado —había un leve dejo de amargura en su voz—; pero tengo que esperar. Esos malditos médicos son los que mandan aquí. Me han concedido generosamente quince minutos cuando usted recobre el conocimiento.

Nash intentó asentir con la cabeza.

—Cuando lo recobre

—Todavía no lo ha recobrado. Mis quince minutos no han empezado aún. Por eso me preocupa lo que no concuerda. La gente de aquí está algo extrañada ante un doble corazón y un doble sistema circulatorio. No se explican la falta de un apéndice vermiforme. Algunos están muy nerviosos respecto a la actividad o inactividad de ciertas glándulas endocrinas —Cummings apretó los labios—. Ahora bien, a mí no me preocupan tanto esos detalles, porque para mí no significan gran cosa. Los detalles no son en realidad más que eso: detalles. Lo que me extraña es el conjunto que no concuerda (la cabeza se movió sobre los brazos cruzados, mirando al hombre de la cama).

—Probablemente lo decepcionaré —replicó Nash—; pero no puedo evitarlo ni explicarlo. Simplemente, es así. ¿Es así qué?

—De lo que está hablando, sea lo que fuere.

Cummings guardó silencio un momento y luego probó un nuevo camino.

—Su esposa le pegó un tiro, ¿eh?

—No es mi esposa.

—¿No? Excúseme. ¿Hermana, quién?

—No es pariente mía... de lo cual estoy muy contento.

—¿Adónde se fué? —le preguntó Cummings.

—No tuve tiempo de verlo. Todo pasó anoche con bastante rapidez —replicó secamente Nash.

—¿Anoche? —la cara posada sobre la silla se iluminó, divertida—. Anoche fué hace ocho días.

—¿Qué?

—Hace ocho días. Por lo visto ha estado usted fuera de contacto con el mundo. Voy a informarlo. Ahora le falta a usted una oreja y un pedazo de cráneo. Por otra parte, ha ganado una placa de plata... aquí —le indicó uno de los lados de la cabeza—. ¡Oh, sí!... y tenía la boca llena de grava. Debí ser toda una fiesta de despedida la de anoche. Duró ochos días.

Nash exclamó.

—Pero...

—Pero, ¿qué? —le preguntó curiosamente Cummings.

—Nada.

—Algo, sí —insistió el otro—. ¿Quiere saber si la mujer se nos escapó de nuevo? Sí. No somos muy eficientes, ¿eh? ¿Qué si armó un escándalo el propietario del recinto de casas rodantes? Sí; usted asustó a varios de sus inquilinos, que se fueron. ¿Que si nos contó el niño de la colina que usted había dejado el auto en un barranco? Sí... él fué a verlo, y usted lo había informado mal. ¿Qué más?

—¿La dama se llevó consigo la casa rodante?

—La dama no se llevó más que la ropa puesta... si es que iba vestida.

¿Lo iba? —preguntó Cummings—. A los diarios les gustaría la historia de una riña de enamorados —reflexionó un momento—. Y eso es lo que han publicado.

—¿Sí?

—Sí. No me pareció conveniente que se inmiscuyeran en nuestros asuntos... y por eso se publicó la historia de la riña de enamorados. También se habló de que iban a acusarlo de violación.

Nash se echó a reír débilmente, y le dolió la herida.

Cummings lo hizo callar.

—Nuestros quince minutos no han empezado aún. No está usted despierto.

—Gracias —expresó Nash, mirando hacia la ventana—. ¿Esas rosas?

—De Shirley Hoffman.

—Una muchacha agradable.

—Una muchacha inútil... gracias a usted.

—Lo siento de veras.

—Perdió la cabeza por usted.

—Lo sospechaba, y procuré impedirlo.

—¿Por qué? —le preguntó francamente Cummings.

—¡Diablos! —dijo Nash—. ¡Por mi avanzada edad podría ser su abuelo!

—Oh, no se... —dijo simplemente el supervisor—. No tiene usted más que cuarenta y tantos, según sus papeles.

—Muy bien; entonces, su padre.

—Al mirarlo, no representa más de unos treinta.

—Me siento como un viejo.

—Amigo mío —dijo el agente, con tono de confidencia, inclinándose hacia él—, ¡va a sentirse mucho más viejo cuando yo haya terminado con usted! Cuando este hospital lo dé de alta. ¡Muchísimo más viejo!

—Alegre perspectiva —aseguró Nash—. Me dan ganas de salir ahora mismo de la cama.

—¡Oh, tómese el tiempo necesario! Descanse y goce, dejando que las lindas enfermeras lo atiendan. Será su último descanso por muy largo tiempo, amigo. ¡Le prometo que voy a darle muy malos ratos! —la cabeza permanecía inmóvil sobre el respaldo de la silla, pero en ella había aparecido una horrible sonrisa—. Voy a hacerle unas preguntas, y usted va a contestarlas... créame, va a contestarlas. Comenzaré por decirme de dónde vino usted, y por qué. Me dirá cómo llegó a este país, y cuándo. Me dará toda clase de detalles de todas las horas de su vida. Desde el día en que nació hasta "anoche", hace ocho días, cuando el chófer de una ambulancia lo levantó del suelo. Me dirá cuál es el fin exacto que lo trajo aquí, y la razón por la que sabe acerca de la mujer que se casó con Gregg Hodgkins: por qué se casó con él; cuál es su relación con usted, y por qué los dos conspiraron para asesinarlo. Me dirá por qué los dos asesinaron a Dikty; por qué los dos se pelearon finalmente, y por qué razón ella intentó asesinarlo. Me dirá por qué los dos se interesaban por las fábricas atómicas; por qué se casó ella con Hodgkins; por qué Hodgkins vino a verlo a usted, y qué le dijo él. Amigo mío —afirmó Cummings—, *usted hablará!*

Nash lo miró.

—Creo que habla usted en serio.

SE oyó un ruido de rápidas pisadas. Algo blanco apareció en la puerta. Una joven enfermera asomó la cabeza y descubrió que Nash estaba despierto.

—¡Bueno, bueno! ¿Cómo está nuestro enfermo? —la enfermera miró el reloj—. ¡Dios mío, cuánto ha dormido! —dirigió una rápida y furiosa mirada a Cummings—. ¿Por qué no me llamó? —y luego, a Nash—. ¿Quiere

algo? ¿Se siente cómodo? —de nuevo a Cummings—. Creo que usted debe irse ya. Debería haberme llamado —y finalmente a Nash—. ¿Cómo se siente?

—Hola —contestó él, y no dijo más.

Cummings empezó a explicar:

—Hace un minuto que se despertó. Me dijo...

—Me pareció haber oído voces aquí —lo interrumpió la enfermera—. Voy a llamar al médico. Se alegrará mucho de saberlo —otra mirada furiosa a Cummings—. Será mejor que se vaya, señor —nueva mirada al hombre que había recibido sus cuidados profesionales—. ¿Quiere algo?

—No —Nash volvió la cabeza para sonreír a Cummings—. Adiós, compañero. Me imagino que lo veré por la mañana.

—Y por la tarde, y por la noche, y al día siguiente, y para siempre. No se olvide de lo que le he dicho... ¡Realmente hablaba en serio! —el supervisor se levantó de la silla, descubriéndose por fin que aquella cabeza estaba unida a un cuerpo—. Volveré por aquí —atravesó la habitación, llegó a la puerta y se detuvo, mirando de nuevo a Nash—. Y por si acaso se le ha ocurrido alguna idea descabellada, será mejor que la deseche. Nos encontrará en el corredor y en todo el edificio —y con el dedo describió un círculo.

Nash se quedó escuchando el ruido de las pisadas que se alejaban.

—¿Hay algún hombre esperando en el corredor? —preguntó a la enfermera.

—Sí, señor.

—¿Y afuera también?

—Creo que sí. No los he visto, pero algunas de las muchachas hablaron de eso.

—Enfermera... quiero algo.

—¡Me lo imaginaba! —sonrió triunfante la muchacha y, abriendo un armario, sacó un recipiente—. Las visitas son a veces muy molestas.

—¡No, eso no! —protestó Nash.

La sonrisa de la enfermera desapareció.

—Pero yo creí...

—Lo siento, me entendió mal. Quiero que me informe, que me dé un periódico. ¿Qué ha ocurrido?

—Bueno, le buscaré uno —la sonrisa volvió a aparecer en la cara juvenil. Usted figuraba en ellos... con una rubia misteriosa. Siempre es una rubia misteriosa, ¿no? —Se apartó un poco para mirarlo—. ¿Qué le hizo usted?

—Nada —declaró él con ligera exasperación—; no me interesan las rubias misteriosas. ¿No leyó nada en los periódicos acerca de un cohete... de una nave del espacio?

—¿Una nave del espacio? Pues... no. ¿Tenían que decir algo de eso?

—¿Está usted segura? ¿No decían nada?

—No vi nada —la enfermera estudió a Nash un momento—. ¿Una nave para ir a la Luna, o algo así?

—No creo —respondió lentamente Nash, que estaba pensando en otra

Pipeteando

EL arte de manipular la pipeta es propablemente la actividad más antigua y característica de la química. Sin embargo pronto pasará a la categoría de nostálgico recuerdo, mal que les pese a los químicos de hacha y tiza. La casa Shandon acaba de lanzar al mercado un nuevo aparato llamado Pumpett, que no sólo es capaz de llenar pipetas a gusto y placer sino que mantiene el líquido dentro de las mismas el tiempo necesario.

¿Lo iba? — preguntó Cummins — cosa—. No lo sé, no son más que suposiciones mías. Pero dudo mucho de que vaya a ir a la Luna. No creo que estaba destinada a la Luna... —se interrumpió y alzó los ojos hacia la enfermera—. ¿Puede darme un vaso de leche? ¿Y los periódicos?

—Sí, ya voy —se acercó más a la cama y bajó la voz—. Ese policía está realmente furioso con usted. Lleva varios días paseándose por el corredor, esperando. Me imagino que no habrá hecho usted nada malo. El le daba mucha importancia a la rubia misteriosa.

—Ese policía —dijo Nash— quiere que le contesten a mil preguntas..., y por eso está furioso conmigo. ¿Y sabe una cosa?... Si no puedo encontrar una salida, un modo de huir de él y de los hombres que tiene afuera, tendré que quedarme y contestarle a esas preguntas —sonrió a la muchacha—. Y no crea que eso no aumentará su furia y desesperación.

CAPÍTULO XIV

CAMPO de lanzamiento.

Altura cero.

El humo rojo de la señal de alarma se alzó de un lugar cercano. Desde una de las cabinas subterráneas de control, un marcador automático hacía sonar una sirena cada cinco minutos. Sobre el campo no se veía ningún movimiento, ninguna señal de vida. Las cámaras montadas en carriles verticales enfocaban sus lentes hacia el objeto. Mezclados con ellas había unos micrófonos que enviaban ya el sonido a las cintas de grabación. Los largos cañones de las lentes telescópicas de los aparatos de televisión asomaban por las troneras del cemento.

El objeto se asemejaba a un cohete de dos fases.

La parte inferior era un cohete, un aparato chato y pesado, cuyo único fin

consistía en sacar de la atmósfera terrestre el esbelto monstruo. El cohete descansaba sobre cuatro aletas, cuyos extremos se apoyaban en bases de cemento; su enorme mole no era más que un tanque de combustible, que iba estrechándose hacia la base, donde se hallaba la cámara de combustión y los tubos de escape. No tenía más que un fin. El cohete había sido construido para llevar su carga hasta cierta altura, donde una posible reacción atómica no pudiera dañar a los que quedaban abajo. Llegado a esa altura, agotado el combustible en el tremendo salto, el cohete se separaría del objeto que había sobre él y caería a tierra. Sólidos controles de radio, construidos dentro de él, dirigían hacia arriba la torpe mole, controlarían la dirección del vuelo, dispararían el mecanismo que lo había de separar de la parte superior. Al cohete no se le pedía otra cosa.

La última señal de cinco minutos había sonado ya, y su eco se había perdido entre las colinas. Una voz humana, que salía metálicamente de una de las cabinas de control, siguió contando los minutos que faltaban. Los micrófonos registraron el sonido zumbante de las cámaras cuando sus ojos de robot se pusieron en movimiento. Un suspiro gigantesco atravesó el desolado desierto. Los minutos habían transcurrido, y la voz contaba ahora los segundos...

—¡Despegue!

Una llamarada roja, amarilla y azul abrasó las arenas del desierto y las bases de cemento se ennegrecieron instantáneamente con el fuego que vomitó el cohete. En la base de la plataforma de lanzamiento se alzó una furiosa tempestad de arena, oscureciendo la vista; y luego, toda aquella superficie se cubrió de llamas. Los brazos de acero de la grúa se apartaron, dejando al objeto solo, en medio del fue-

go y la arena. La mole se tambaleó y comenzó a ascender.

Cincuenta metros.

El feo monstruo, sin pintar, iba ascendiendo, ganando velocidad con cada explosión del combustible de su vientre. Lenguas de fuego seguían lamiendo la tierra, la arena y los armazones de acero que lo habían contenido. Las cámaras robot seguían subiendo sus carriles verticales, enfocándolo, y los micrófonos registraron un trueno ensordecedor. El cohete se bamboleó, creando una falsa ilusión de vacilación, y luego ascendió hacia las estrellas conforme los controles interiores iban adquiriendo más fuerza.

Quinientos metros.

Subía rápida y constantemente; las lenguas de fuego no rozaban ya la tierra, y el ruido de su paso se registraba una fracción de segundo después, en los oídos mecánicos. El aire que lo rodeaba hervía de calor, pero el feo cohete seguía subiendo, impulsando su carga hacia los cielos. Debajo de él, el desierto enmudecía con un silencio de espanto.

Cinco mil metros.

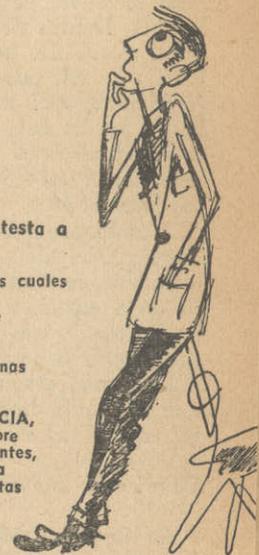
Arriba, siempre arriba. Las cámaras, que habían llegado al límite de los carriles, no veían ya más que el cielo, el rastro de humo que el monstruo dejaba atrás, y la pálida luna que perdía su diaria batalla con la aurora. Los altos y finos rastros de humo se ondulan con las corrientes de aire, perdiendo todo parecido con su forma original. Los últimos y atronadores ruidos se habían oído ya, habían sido captados por las cintas grabadoras, y ya no se oían otros más. Un avión a reacción voló en altos y anchos círcu-

¿por qué,
cómo,
cuándo,
dónde?

más allá

contesta a

todas las cartas que le escriban sus lectores, los cuales están invitados a formular preguntas sobre temas científicos, que serán contestadas por la Sección Científica. Algunas de las respuestas se publican cada mes en la sección CORRESPONDENCIA, indicando también nombre y dirección de los firmantes, a menos que se nos pida no hacerlo. Las preguntas deben ser claras y, en lo posible, breves; cada carta no debe contener más que una pregunta.



escriba a

más allá

AVENIDA ALEM 884

Bs. Aires

MAS ALLA

LOS SEÑORES DEL TIEMPO

los para observar la ascensión del cohete, pero, a pesar de su velocidad, se quedó siempre atrás.

Los ojos humanos y las lentes habían perdido de vista el objeto.

Cincuenta kilómetros.

Los tubos de escape se quedaron de repente silenciosos, al agotarse el combustible. La erupción de fuego, humo y ruido cesó de pronto, al cesar el ferroz impulso del cohete. Su tarea había terminado: ladeándose hacia el este siguió subiendo, pero había perdido ya la vida. Dentro de su coraza, un impulso electrónico puso en marcha una batería de relevadores y, bruscamente, el casco sin vida se vió solo en el cielo. La maciza bala pareció partirse por la mitad mientras la esbelta parte superior se liberaba del casco inútil y subía hacia el este.

Abandonado por el hijo que había llevado hasta aquellas alturas, el cohete muerto continuó su inútil trayectoria en el espacio y luego perézosamente dió media vuelta e inició su larga caída hacia la tierra, agotado.

La punta, esbelta como una aguja, que él había impulsado, desaparecía ya, camino del sol naciente.

Quinientos kilómetros.

La nave atravesó el espacio, con alas invisibles, impulsada por la fuerza ató-

Sus largas y esbeltas líneas eran atravesadas, en innumerables lugares, por ojos de cristal que miraban hacia arriba, hacia abajo, hacia los

lados. La barquilla tubular que salía de su puñta parecía una antena de radio. La nave iba abriéndose paso por el vacío incoloro, ladeándose cada vez hacia el este, hasta que su línea de vuelo se asemejó a un vuelo horizontal más que a una ascensión vertical. Silenciosamente, sin llamas ni truenos, siguió surcando el espacio.

Siguió viajando rápidamente, aumentando su velocidad, como si tratara de llegar al máximo antes de que su combustible se agotara y el motor dejara de funcionar. El impulso inicial bastaba por sí solo para hacerlo moverse eternamente. La nave atravesó majestuosamente el cielo sin aire.

Dos mil kilómetros...

La nave había llegado a la órbita que se le había asignado, e inició su trayectoria horizontal, comenzando su primer viaje histórico en torno a la Tierra.

Seguiría allí, girando eternamente en torno a la Tierra, a enorme velocidad, durante toda la eternidad; o hasta que la interceptaran; miraría el mundo que tenía abajo, e informaría de todo lo que veía, a los demás aparatos de control que había debajo del desierto de Nuevo Méjico. Esa nave de Hodgkins era una estación de observación orbital, diseñada para dar vuelta a la Tierra en dos horas, hasta el fin de los tiempos. Unos tres minutos después de dejar las arenas del desierto, había llegado a su destino.

El tiempo había terminado ya para Carolyn Hodgkins. ✦

más allá Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 414.547. Distribuidores. Cap. Federal: C. Vaccaro y Cía. S. R. L., Av. de Mayo 570 - Interior: RYELA, Piedras 113, Buenos Aires.

CORREO
ARGENTINO
Central (B)

FRANQUEO A PAGAR
Cuenta Nº 574

INTERES GENERAL
Concesión Nº 4923